



## Prólogo

—Mamá.

Anna MacGregor entrelazó la mano con la de su hijo mientras este se sentaba a sus pies. El pánico, el miedo, la tristeza brotaban en su interior y chocaban contra el férreo muro de su fuerza de voluntad. No iba a perder el control. No podía. Sus hijos ya estaban llegando.

—Caine.

Tenía los dedos fríos como el hielo, pero no le temblaban. La tensión de las horas pasadas había hecho desaparecer el color de su rostro y sus ojos estaban sombríos. Sombríos y asustados. Caine pensó entonces que, hasta ese momento, nunca había visto a su madre asustada. Jamás.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —sabía lo que Caine necesitaba escuchar. Le dio un beso en la mejilla—. Y, ahora que habéis llegado vosotros, mucho mejor.

Con la mano libre, tomó la de Diana mientras su nuera se sentaba a su lado. La nieve cubría el pelo oscuro y largo de Diana y comenzaba a derretirse ya sobre los hombros de su abrigo. Anna tomó aire antes de mirar de nuevo a Caine.

—Habéis llegado muy rápido —comentó.

—Hemos fletado un avión —bromeó Caine.

Detrás de aquel hombre adulto, prestigioso abogado y reciente padre de familia, se escondía un niño que estaba deseando gritar contra el mundo. Su padre era invulnerable. Su padre era un MacGregor. No podía estar destrozado en la cama de un hospital.

—¿Está muy mal?

Anna era médica y podía darle un parte preciso: costillas rotas, pulmones encharcados, conmoción cerebral y una hemorragia interna que en aquel momento estaban intentando detener sus colegas.

—Está en el quirófano —estrechó con fuerza la mano de su hijo y casi consiguió sonreír—. Es fuerte, Caine. Y el doctor Feinstein es el mejor del estado —tenía que apoyarse en eso y en su familia—. ¿Y Laura?

—A Laura la hemos dejado con Lucy Robinson —contestó Diana quedamente. Sabía lo que era tener que controlar los propios sentimientos. Acarició lentamente la mano de Anna—. No te preocupes, Anna.

—No, no estoy preocupada —aquella vez, Anna consiguió sonreír—. Pero ya conoces a Daniel. Laura es su primera nieta. Y cuando se despierte vamos a tener que enfrentarnos a un montón de preguntas.

—Anna —Diana deslizó el brazo por el hombro de su suegra. Le parecía de pronto tan pequeña, tan frágil...—, ¿has comido algo?

—¿Qué?

Anna sacudió ligeramente la cabeza y se levantó. Tres horas. Daniel llevaba tres horas en el quirófano. ¿Cuántas veces había estado ella en la sala de operaciones, luchando para salvar la vida de alguien mientras las personas que amaban a su paciente esperaban en aquella misma sala de espera, en aquellos pasillos fríos y asépticos? Había tenido que luchar duramente para poder estudiar medicina y lo había hecho porque quería aliviar el dolor de los

otros, curar a los demás de un modo diferente. Y, en aquel momento, cuando su marido estaba herido, lo único que podía hacer era esperar. Como cualquier otra mujer. No, no como cualquier otra mujer, se corrigió a sí misma, porque ella sabía el aspecto que tenía un quirófano, conocía su olor y los sonidos que se escuchaban dentro. Conocía las máquinas, el instrumental y el esfuerzo que en él se realizaba. Y quería gritar. Flexionó las manos y se acercó a la ventana.

Detrás de aquellos ojos oscuros y serenos se escondía una voluntad de hierro. Y tenía que hacer uso de ella por sí misma, por sus hijos y, principalmente, por Daniel. Si había alguna posibilidad de hacerle volver a la vida con la sola fuerza de su deseo, la emplearía. Sabía que había algo más allá del saber de los médicos, de las condiciones objetivas de la salud para recuperar la vida.

Estaba a punto de dejar de nevar. La nieve, pensó mientras observaba caer los últimos copos, que convertía unos neumáticos en objetos mortalmente traicioneros. La nieve que había cegado a un joven, haciéndole perder el control de su coche y estrellarse contra el ridículo biplaza de su marido. Apretó los puños con fuerza.

¿Por qué no habría ido en la limusina? ¿Qué estaría intentando demostrar con aquel ridículo juguete rojo? Siempre exhibiéndose, siempre... Sus pensamientos volaron hacia atrás en el tiempo y relajó las manos. ¿No era esa una de las razones por las que se había enamorado de él? ¿No era acaso uno de los motivos por los que lo había amado y vivido a su lado durante casi cuarenta años? Maldito fuera, Daniel MacGregor, lo maldijo. Era imposible decirle nada a Daniel MacGregor, era imposible hacerle entrar en razón. Anna se llevó la mano a los ojos y estuvo a punto de soltar una carcajada. Eran incontables las veces que se lo había dicho durante sus años de matrimonio. Y lo adoraba por ello.

El sonido de unos pasos la hizo darse la vuelta. Vio entonces a Alan, el mayor de sus hijos. Daniel había jurado que alguna vez tendría un hijo que llegaría a la Casa Blanca. Y, aunque Alan estaba a punto de convertir aquel sueño en realidad, de los tres hermanos, era el que más rasgos había sacado de ella. Los genes de los MacGregor eran fuertes. Los MacGregor eran personas fuertes. Se dejó caer suavemente en los brazos de Alan.

—Me alegro de que estés aquí —su voz era firme, pero había dentro de ella una mujer que necesitaba llorar y llorar—. Pero tu padre se va a enfadar contigo por haber traído a tu esposa en su estado —Anna miró a Shelby sonriendo y le tendió la mano. Su nuera, una joven de pelo de fuego y ojos dulces, estaba a punto de tener un hijo—. Deberías sentarte.

—Me sentaré si te sientas tú.

Sin esperar respuesta, Shelby tomó a Anna de la mano y la condujo hasta una silla. En cuanto Anna se sentó, Caine le puso una taza de café entre las manos.

—Gracias —musitó Anna y bebió un sorbo de café para complacer a su hijo.

Olía el café, fuerte y caliente, y sentía que le escaldaba la lengua, pero no podía saborearlo. Anna escuchaba el sonido de los timbres de las habitaciones y el roce de las suelas contra las baldosas. Hospitales. En ellos se sentía como en la fortaleza que Daniel había construido para que vivieran ellos dos. Siempre se había sentido cómoda en los hospitales, segura en aquellos

pasillos antisépticos. Pero en aquel momento se sentía impotente.

Caine caminaba nervioso. Era normal en él, era demasiado nervioso para estar quieto. Qué orgullosos se habían sentido ella y Daniel el día que había ganado su primer caso. Alan continuaba sentado a su lado, quieto, pensativo, como siempre lo había sido. Estaba sufriendo. Anna observó a Shelby deslizándose la mano en la de su hijo y se sintió satisfecha. Sus hijos habían elegido bien. «Nuestros hijos», pensó, intentando comunicarse mentalmente con Daniel. Caine con Diana, una mujer tranquila y voluntariosa. Alan con Shelby, un espíritu libre. El equilibrio era tan importante en una relación como el amor y la pasión. Ella lo había encontrado. Y también sus hijos. En cuanto a su hija...

—¡Rena! —Caine estaba ya cruzando la sala para abrazar a su hermana.

Cuánto se parecían, pensó Anna vagamente. Los dos rubios y delgados. De todos sus hijos, Serena era la que más se parecía a su padre en temperamento y cabezonería. En ese momento, su hija ya era también madre. Anna sentía la fuerza serena de Alan a su lado. Los tres eran ya adultos. ¿Cuándo habría ocurrido exactamente? ¿Y cómo lo habrían conseguido hacer tan bien?, le preguntaba a su esposo. Cerró los ojos un instante y amenazó mentalmente a Daniel; ¡que no se le ocurriera dejarla disfrutando sola de aquella hermosa familia!

—¿Y papá? —con una mano, Serena se agarraba a su hermano. Con la otra se aferraba a su marido.

—Todavía está en el quirófano —los cigarros y el temor habían enronquecido la voz de Caine. Se volvió hacia Justin—. Me alegro de que hayáis venido. Mi madre nos necesita a todos.

—Mamá —Serena se arrodilló a los pies de su madre, como hacía siempre que necesitaba consuelo o conversación—. Se pondrá bien. Es un hombre fuerte y obstinado.

Pero Anna leía la súplica que encerraba la mirada de su hija. Le estaba pidiendo que le dijera que todo saldría bien. Eso bastaría para que ella también lo creyera.

—Por supuesto que se pondrá bien —alzó la mirada hacia el marido de su hija. Justin, al igual que Daniel, era un jugador. Anna acarició la mejilla de Serena—. ¿Crees que se perdería por algo del mundo una reunión como esta?

Serena dejó escapar una temblorosa risa.

—Justin ha dicho lo mismo —sonrió y vio que Justin se había acercado ya a saludar a su hermana Diana—. Diana —Serena se levantó para abrazarla—. ¿Cómo está Laura?

—Esta maravillosa. Le ha salido ya el segundo diente. ¿Y Robert?

—Hecho un diablillo —Serena pensó en su hijo, que a su corta edad ya adoraba a su abuelo—. Shelby, ¿cómo te encuentras?

—Gordísima —esbozó una sonrisa radiante, intentando ocultar que ya llevaba más de una hora de parto—. He llamado a mi hermano —se volvió hacia Anna—. Grant y Gennie también vienen hacia aquí. Espero que no te parezca mal.

—Claro que no —Anna le palmeó la mano—. Ellos también son parte de la familia.

—Papá se va a emocionar cuando se despierte —Serena tragó saliva,

intentando deshacer el nudo que el miedo había formado en su garganta—. Con toda esta atención... Y, además, tenemos algo que anunciarle —miró a su marido—. Justin y yo vamos a tener otro hijo. El linaje está asegurado. Mamá —se le quebró la voz y se arrodilló otra vez a los pies de su madre—, Daniel se va a sentir muy orgulloso, ¿verdad?

—Claro que sí —le dio dos besos en las mejillas. Pensó en los nietos que tenía y en aquellos que iba a tener. La continuidad, la inmortalidad de la familia, Daniel. Siempre Daniel—. Pensará que todo esto es obra suya.

—¿Y no lo es? —musitó Alan.

Anna luchó para contener las lágrimas. Qué bien conocían todos ellos a su padre.

—Sí, claro que lo es.

Hubo más paseos, susurros y abrazos mientras el tiempo iba pasando lentamente. Anna dejó la taza de café sin terminar a un lado. Cuatro horas y veinte minutos. Estaban tardando demasiado. A su lado, Shelby se tensó y comenzó a respirar hondo. Automáticamente, Anna posó la mano en su vientre.

—¿Son muy frecuentes? —le preguntó.

—Ahora mismo cada cinco minutos.

—¿Y desde cuándo?

—Desde hace un par de horas —miró a Anna, aterrada y emocionada al mismo tiempo—. Un poco más de tres. Me gustaría haber elegido un momento mejor.

—Has elegido el momento perfecto. ¿Quieres que te acompañe?

—No —le dio un beso en el cuello—. Estaré bien. Todo va a salir bien, Alan —le tendió la mano para que la ayudara a levantarse—, me temo que el niño no va a nacer en el hospital de Georgetown.

Alan tiró suavemente de ella.

—¿Qué?

—Voy a tenerlo aquí. Y muy pronto —se echó a reír cuando su marido la miró con los ojos entrecerrados—. Los bebés no entienden de lógica, Alan. Y este ya está dispuesto a venir al mundo.

El clan entero los rodeó, ofreciéndoles ayuda, consejo y apoyo. Con su estilo tranquilo y eficiente, Anna llamó a una enfermera y le pidió una silla de ruedas. A los pocos minutos, Shelby ya estaba preparada para ir a la sala de partos.

—Me pasaré por allí para ver cómo van las cosas.

—Estaré bien —Shelby tomó la mano de Alan—. Dile a Daniel que va a ser un niño.

Anna observó a Shelby y a Alan desaparecer tras las puertas del ascensor justo antes de que el doctor Feinstein entrara en la sala de espera.

—Sam —exclamó Anna y se acercó rápidamente a él.

En el marco de la puerta de la sala de espera, Justin retuvo a Caine.

—Déjala sola un momento —murmuró.

—Anna —Feinstein posó las manos en sus hombros. Anna no solo era una colega o una cirujana a la que respetaba. Era también la mujer de un paciente—. Daniel es un hombre fuerte.

Anna sintió renacer la esperanza y se esforzó en tranquilizarse.

—¿Lo suficiente?

—Ha perdido mucha sangre, Anna, y ya no es un joven. Pero hemos detenido la hemorragia —vaciló, pero comprendió al instante que la respetaba demasiado para eludir lo que a los dos los preocupaba—. Lo hemos perdido una vez en la mesa de operaciones, pero en décimas de segundo ya estaba él luchando para volver a la vida. Quiere vivir, Anna. Se va a aferrar a todo lo que pueda para sobrevivir.

Anna se cruzó de brazos. Estaba helada. ¿Por qué serían tan fríos aquellos pasillos?

—¿Cuándo podré verlo?

—Lo van a llevar a la Unidad de Cuidados Intensivos —tenía las manos entumecidas después de tantas horas de trabajo—. Anna, no hace falta que te diga lo que significan las próximas veinticuatro horas.

Vida o muerte.

—No, no es necesario. Gracias, Sam. Voy a hablar con mis hijos. Después subiré.

Dio media vuelta. Era una mujer pequeña, adorable, con un pelo azabache que aclaraban ya algunas hebras plateadas. Su rostro estaba limpiamente dibujado y su piel era tan suave como en su juventud. Había criado a tres hijos, había llegado a la cima en su profesión y había pasado media vida amando a un solo hombre.

—Ya ha salido del quirófano —dijo con calma, haciendo uso de la capacidad de control que siempre la había caracterizado—. Van a llevarlo a Cuidados Intensivos. Y ya han conseguido detener la hemorragia.

—¿Podemos verlo? —preguntaron sus hijos casi al mismo tiempo.

—Cuando se despierte —su tono era firme. Estaba de nuevo a cargo de la situación. Algo que se le daba perfectamente—. Voy a quedarme aquí esta noche —miró el reloj—. Es posible que se despierte en cualquier momento y será mejor que sepa que estoy a su lado. Pero no podrá hablar hasta mañana —era la única esperanza que podía darles—. Ahora quiero que vayáis todos a maternidad para ver cómo está Shelby. Quedaos todo el tiempo que queráis con ella. Después, regresad a casa a esperar. Os llamaré en cuanto se produzca algún cambio.

—Mamá...

Anna interrumpió a Caine con una sola mirada.

—Haz lo que te he dicho. Os quiero descansados y preparados para cuando tu padre pueda verlos —acarició la mejilla de Caine—. Hacedlo por mí.

Dejó a sus hijos y subió a consolar a su marido.

Daniel estaba soñando. A pesar de los tranquilizantes y los somníferos, Daniel era consciente de que estaba soñando. Estaba en un mundo dulce y lleno de recuerdos. Aun así, continuaba luchando porque necesitaba orientarse. Cuando abrió los ojos, vio a Anna a su lado. No necesitaba nada más. Era muy hermosa. Siempre lo había sido. Aquella mujer fuerte, obstinada y serena a la que primero había admirado y después amado y respetado. Intentó tomarle la mano, pero era incapaz de levantar la suya. Furioso por su

debilidad, volvió a intentarlo, pero oyó entonces la voz dulce de Anna sobre él.

—Sigue tumbado, cariño. No voy a irme de aquí. Me quedaré a tu lado, esperando —Daniel creyó sentir sus labios en el dorso de su mano—. Te amo, Daniel MacGregor. Maldito seas.

Daniel sonrió. Y cerró los ojos.

## Capítulo Uno

Un imperio. A los quince años, Daniel MacGregor se había prometido a sí mismo que tendría uno, lo levantaría y lo dirigiría el mismo. Y él siempre cumplía su palabra.

Tenía treinta años y estaba trabajando para conseguir su segundo millón de dólares de la misma manera que había trabajado para conseguir el primero. Como siempre había hecho, utilizaba su fuerza, su cerebro y su astucia, en el orden que considerara conveniente. Cuando había llegado a América, cinco años antes, Daniel solo contaba con el dinero que había ganado trabajando primero en la mina y después como contable para Hamus McGuire. También llevaba consigo un cerebro astuto y una elevada ambición.

Podía haber pasado por un rey. Medía cerca de dos metros y tenía una complexión fuerte, acorde con su altura. Su tamaño había bastado para evitarle muchas peleas, aunque también inducía a algunos hombres a desafiarlo. Cualquiera de las dos cosas le iba bien a Daniel. Era un hombre conocido por su fuerte carácter, pero él se consideraba a sí mismo una persona tranquila. De hecho, no creía haber distribuido más dosis de puñetazos de las que a cualquier hombre le correspondía.

Tampoco se consideraba atractivo. Tenía una mandíbula cuadrada, fuerte, y en su perfil derecho una cicatriz causada por una viga caída en la mina. Como una concesión a su vanidad, se había dejado crecer la barba en su primera juventud. Doce años después, allí continuaba, tupida y roja, enmarcando su rostro y mezclándose con un pelo que llevaba demasiado largo para la época. Aquella combinación le confería un aspecto fiero y regio que le gustaba. Sus pómulos, altos y rosados, y su boca, parecían sorprendentemente suaves en medio de aquella melena salvaje. Sus ojos eran de color azul intenso y brillaban con buena voluntad cuando sonreía de verdad, pero podían adquirir la calidad del hielo cuando su sonrisa carecía de humor.

Imponente. Ese era uno de los adjetivos que se utilizaban para describirlo. Implacable era otro. A Daniel no le importaba cómo lo describieran siempre y cuando él no se enterara. Era un jugador intrépido. Su reino era la ruleta y su bolsa de valores la mesa de juegos. Cuando Daniel jugaba, lo hacía para ganar. Aprovechaba sus oportunidades, pero continuaba jugando. Nunca había buscado la seguridad, porque la seguridad llevaba aparejado el aburrimiento.

Aunque había nacido pobre, Daniel MacGregor no era un adorador del dinero. Lo usaba, lo manejaba y jugaba con él. El dinero significaba poder y el poder era un Anna.

En América, se había encontrado con una vasta arena en la que desenvolverse. Estaba Nueva York, con su ritmo ajetreado y sus ávidas calles. Un hombre con cerebro y valor podía ganar allí una fortuna. Y también Los Ángeles, con su glamour y sus grandes apuestas; una ciudad en la que un hombre con imaginación podía moldear un imperio. Daniel había pasado temporadas en ambas ciudades, había tenido sus escauceos en el mundo de los negocios de ambas orillas pero, al final, había elegido Boston como base para sus negocios y para levantar su hogar. No era solo dinero o poder lo que buscaba, sino un estilo. Boston, con su antiguo encanto, su dignidad y su esnobismo, encajaba perfectamente con el estilo de Daniel.

El procedía de una larga estirpe de guerreros que había sobrevivido gracias



al ingenio y la espada. El orgullo por su linaje era su fuerza, su fuerza y su ambición. Daniel pretendía ver prolongarse su linaje en sus hijos e hijas. Como hombre con visión de futuro que era, no tenía ningún problema para imaginarse a sus nietos heredando el imperio que él había levantado. Era absurdo tener un imperio si no había una familia con la que compartirlo. Pero, para formar una, tenía que encontrar a la mujer adecuada. Para Daniel, encontrarla era tan importante como encontrar la primera pieza de su estado. Y había ido al baile de los Donahue para probar suerte.

Odiaba el cuello alto de la camisa y aquella corbata que lo estaba estrangulando. Cuando un hombre tenía la constitución de un toro, necesitaba sentir su cuello libre. El traje que llevaba se lo había hecho en Boston un sastre de la calle Newbury. Daniel se lo encargaba casi siempre a él, porque así lo demandaba su tamaño. Había sido la ambición la que lo había metido en aquel traje, pero no tenía por qué gustarle. Otro hombre vestido con aquel elegante esmoquin negro y la camisa blanca habría parecido distinguido. Daniel, ya fuera con un traje de tartán o con esmoquin, siempre resultaba rimbombante. Y así lo prefería él.

A Cathleen Donahue, la hija mayor de Maxwell Donahue, también le gustaba.

—Señor MacGregor —recién salida de un internado suizo, Cathleen sabía perfectamente cómo servir el té, bordar con hilo de seda y coquetear de manera elegante—, espero que esté disfrutando de nuestra pequeña fiesta.

Su rostro parecía de porcelana y su pelo de lino. Daniel pensó que era una pena que tuviera los hombros tan delgados, pero él también conocía el arte del flirteo.

—Ahora estoy disfrutando mucho más, señorita Donahue.

Sabiendo que a la mayor parte de los hombres les molestaban las carcajadas de las mujeres, Cathleen rió muy bajito. La falda de su vestido crujió suavemente cuando se sentó a su lado, al final de la enorme mesa en la que habían servido el *buffet*.

Cualquiera que se acercara a probar las trufas o el salmón podría verlos juntos. Y le bastaba volver mínimamente la cabeza para ver el reflejo de los dos en uno de los espejos de la pared. Cathleen decidió que le gustaba lo que veía.

—Mi padre me ha dicho que está interesado en comprar un terreno en el acantilado de Hyannies Point —batió las pestañas—. Espero que esta noche no haya venido para hablar de negocios.

Daniel tomó dos copas de la bandeja que acababa de acercarle uno de los camareros. Él habría preferido tomar un whisky escocés en un vaso grueso, en vez de champán en una copa tan fina, pero un hombre que no sabía adaptarse a las cosas, perdía otras muchas. Mientras bebía, observó el rostro de Cathleen. Sabía que Maxwell Donahue no hablaba de negocios con su hija más de lo que él podría hablar de moda con ella, pero Daniel no la culpaba por mentir. De hecho, le concedía el mérito de haber averiguado aquella información. Pero, aunque la admirara por ello, era precisamente esa la razón por la que no la consideraba como una posible esposa. La que fuera su mujer estaría demasiado ocupada cuidando de sus hijos para ocuparse de sus negocios.

—Los negocios siempre son menos importantes que una mujer adorable.

¿Alguna vez ha estado en los acantilados?

—Por supuesto —inclinó la cabeza y las flores de diamante que llevaban en las orejas resplandecieron—. Pero prefiero la ciudad. ¿Va a asistir a la cena de los Ditmeyer la semana que viene?

—Si estoy en la ciudad...

—Viaja usted mucho —Cathleen sonrió antes de dar un sorbo a su copa. Ella se sentiría muy cómoda con un marido que viajara—. Debe ser muy emocionante.

—Lo exige mi trabajo —comentó. Entonces añadió—: Pero usted acaba de volver de París.

Halagada al enterarse de que había notado su ausencia, Cathleen sonrió radiante.

—Tres semanas no son suficientes. Solamente en comprar se te va todo el tiempo. No puede hacerse idea de la cantidad de horas de tedio que he tenido que emplear para encontrar este vestido.

Daniel la recorrió de arriba a abajo con la mirada, tal como ella esperaba.

—Solo puedo decir que ha merecido la pena.

—Muchas gracias.

Mientras ella se levantaba, adoptando una pose un tanto afectada,, la mente de Daniel comenzó a divagar. Sabía que se suponía que las mujeres tenían que estar interesadas por la ropa y los peinados, pero él habría preferido una conversación más estimulante. Al sentir que estaba perdiendo su atención, Cathleen le tocó suavemente el brazo.

—¿Ha estado alguna vez en París, señor MacGregor?

Había estado en París, sí, y había visto los estragos que la guerra podía hacer en la belleza. La hermosa rubia que en aquel momento le sonreía jamás se habría sentido conmovida por la guerra. No tenía por qué hacerlo. Vagamente disgustado, Daniel dio un sorbo al burbujeante champán.

—Hace algunos años.

Miró a su alrededor, fijándose en el resplandor de las joyas y el cristal. Se respiraba algo en el ambiente que solo podía ser descrito como riqueza. En cinco años, ya había conseguido acostumbrarse a ella, pero no había olvidado el olor del polvo de carbón. Y no quería olvidarlo.

—América me gusta más que Europa. Su padre sabe cómo organizar una fiesta.

—Me alegro de que esté disfrutando. ¿Le gusta la música?

Daniel todavía echaba de menos las gaitas. Los doce miembros de la orquesta, con sus corbatas blancas, le parecían un poco estirados, pero sonrió.

—Mucho.

—Pensé que a lo mejor no le gustaba —Cathleen le dirigió una mirada melosa por debajo de sus espesas pestañas—, puesto que no baila.

Con un gesto cortés, Daniel le quitó la copa y la dejó junto a la suya en la mesa.

—Claro que estoy bailando, señorita Donahue —la corrigió y salió con ella a la pista de baile.

—Cathleen Donahue continúa siendo demasiado obvia —Myra Lornbridge

mordisqueó un canapé de paté.

—Manten tus garras envainadas, Myra —le contestó su amiga, con una voz grave y suave por naturaleza.

—No me importa que una persona sea ruda o calculadora, ni siquiera que sea un poco estúpida... —Myra se terminó el canapé con un suspiro—, pero no soporto que alguien sea tan obvio.

—Myra...

—De acuerdo, de acuerdo —tomó un poco de *mousse* de salmón—. Por cierto, Anna, me encanta tu vestido.

Anna bajó la mirada hacia el vestido de seda rosa.

—Lo elegiste tú.

—Ya te dije que me encantaba —Myra sonrió satisfecha, contemplando la caída del vestido por las caderas de su amiga. Era muy chic—. Si prestaras la mitad de atención a tu guardarropa de la que le dedicas a tus libros, podrías convertirte en un problema para Cathleen Donahue.

Anna se limitó a sonreír mientras observaba a las parejas que bailaban en la pista de baile.

—No tengo ningún interés en Cathleen Donahue.

—De acuerdo, no es muy interesante. ¿Pero qué me dices del hombre con el que está bailando?

—¿Ese gigante pelirrojo?

—Así que te has fijado en él.

—No estoy ciega —se preguntaba cómo podría irse dignamente de la fiesta. Estaba loca por volver a casa y ponerse a leer el diario médico que el doctor Hewitt le había enviado.

—¿Sabes quién es?

—¿A quién te refieres?

—Anna —la paciencia era una virtud que Myra solo extendía a sus mejores amigas—. Sabes perfectamente a quién me refiero.

Con una risa, Anna bebió un sorbo de vino.

—De acuerdo, ¿quién es?

—Daniel Duncan MacGregor.

Myra permaneció un momento en silencio, esperando despertar el interés de Anna. A los veinticuatro años, Myra era una joven rica y atractiva. No hermosa, eso lo sabía. Myra era consciente de que nunca había sido guapa. Comprendía que la belleza era una ruta hacia el poder. El cerebro era otra. Myra usaba su cerebro.

—Actualmente es el joven prodigio de Boston. Si prestaras más atención a quién es quién en la alta sociedad de nuestra ciudad, habrías reconocido el nombre.

La alta sociedad, con sus juegos y absurdas restricciones, no le interesaba a Anna lo más mínimo.

—¿Para qué voy a prestar más atención si ya me pones tú al corriente?

—Te merecerías que no te contara nada.

Pero Anna se limitó a sonreír y bebió otra vez.

—De acuerdo, te lo diré — el chismorreó era una tentación que Myra

encontraba imposible resistir—. Es un escocés, como supongo que es obvio por su aspecto y su nombre. Deberías oírlo hablar, parece capaz de cortar la niebla.

En ese momento, Daniel soltó una carcajada que hizo que Anna arqueara las cejas.

—Creo que podría cortar cualquier cosa.

—Es un poco rudo, pero algunas personas... —dirigió una significativa mirada a Cathleen Donahue—, creen que un millón de dólares puede aliviar cualquier cosa.

Al darse cuenta de que aquel hombre estaba siendo medido y juzgado por el tamaño de su cuenta bancaria, Anna sintió una cierta compasión por él.

—Espero que sepa que está bailando con una víbora —comentó Anna.

—No parece ningún estúpido. Compró la antigua Oficina de Préstamo y Ahorro hace seis meses.

—¿Ah, sí?

Anna se encogió de hombros. A ella solo le interesaban los negocios si había algún hospital relacionado con ellos. Al sentir que algo se movía a su izquierda, se volvió y sonrió a Herbert Ditmeyer, que se encontraba con un caballero al que ella no conocía.

—¿Cómo te encuentras?

—Contento de verte —Herbert era solo unos centímetros más alto que Anna y tenía el rostro ascético de un erudito, con el pelo negro que anunciaba una calva en muy pocos años. Pero tenía una fuerza de voluntad que Anna respetaba y también un sentido del humor agudo e ingenioso.

—Estás adorable —señaló con la mano al hombre que estaba a su lado—. Este es mi primo, Mark. Anna Whitfield y Myra Lornbridge —las presentó.

Herbert detuvo un instante la mirada en Myra, pero en cuanto la orquesta comenzó a tocar un vals, se dejó llevar por la impaciencia y agarró a Anna del brazo.

—Deberías estar bailando.

Anna lo siguió con naturalidad. Le encantaba bailar, pero prefería hacerlo con personas a las que conocía. Con Herbert se sentía muy cómoda.

—Creo que tengo que felicitarte —sonrió—, señor abogado del distrito.

Herbert sonrió. Era joven para el puesto, pero no tenía intención de detenerse allí. Si no lo hubiera considerado como una falta de educación, le habría hablado inmediatamente a Anna de sus ambiciones.

—No sabía que las noticias viajaban tan rápido desde Boston a Connecticut —miró hacia Myra, que estaba bailando con su primo—. Supongo que debería haberme informado mejor.

Anna soltó una carcajada mientras giraban alrededor de la otra pareja.

—Que haya estado fuera de la ciudad no quiere decir que no me haya mantenido al corriente de lo que estaba pasando por Boston. Debes estar orgulloso.

—Esto solo es el principio —comentó Herbert alegremente—. Y a ti, un año más y ya habrá que llamarte doctora Whitfield.

—Un año más —musitó Anna—. A veces me parece una eternidad.

—¿Estás impaciente, Anna? Eso no es propio de ti.

Sí, claro que era impaciente, pero siempre había conseguido dominar con éxito su impaciencia.

—Quiero tener el título cuanto antes. No es ningún secreto que mis padres desaprueban lo que estoy haciendo.

—Podrán desaprobarlo —comentó Herbert—, pero tu madre no tiene ningún inconveniente en mencionar que estás en la lista de los diez primeros de la clase por tercer año consecutivo.

—¿De verdad? —Anna pensó en ello sorprendida. Su madre siempre había sido más partidaria de alabar su peinado que sus notas—. Tendré que darle las gracias, aunque ella continúa albergando la esperanza de que aparezca algún hombre que me haga olvidarme de las salas de operaciones y las cuñas.

Mientras hablaba, Herbert giró y Anna se descubrió mirando a Daniel MacGregor directamente a los ojos. Sintió que se le tensaban los músculos del estómago. ¿Nervios? Era ridículo. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Miedo? Completamente absurdo.

Aunque continuaba bailando con Cathleen, Daniel miraba fijamente a Anna. La miraba de una forma que parecía destinada a hacerla sonrojarse. Anna le devolvió fríamente la mirada, aunque su corazón latía a toda velocidad. Quizá había sido un error. Porque Daniel pareció tomarse su actitud como un desafío y sonrió lentamente.

Con una admiración imparcial, Anna lo observó maniobrar. Daniel miró de reojo a un hombre que estaba al final de la pista de baile y le hizo una señal casi imperceptible. En cuestión de segundos, Cathleen se descubrió bailando en los brazos de otro hombre. Anna comprendió al instante cuál iba a ser el siguiente paso.

Con la seguridad de la experiencia, Daniel caminó entre las parejas que bailaban. Se había fijado en Anna en cuanto esta había comenzado a bailar. Se había fijado en ella, la había observado y había calculado todos sus movimientos. En cuanto ella había reparado en su mirada y lo había observado sin disimular su frialdad, Daniel se había sentido atrapado. No era tan alta como Cathleen, parecía una mujer pequeña y delicada. Tenía el pelo negro y de aspecto suave. Y unos ojos tan oscuros como su pelo. Y parecía una mujer que se adaptaría fácilmente a los brazos de cualquier hombre.

Con la confianza que lo caracterizaba en cualquier situación, Daniel palmeó el hombro de Herbert.

—¿Puedo interrumpir?

Daniel esperó a que Herbert la soltara antes de tomar la mano de Anna para ponerse a bailar nuevamente.

—Ha sido un movimiento muy inteligente, señor MacGregor.

Le complació que supiera su nombre. Y le gustó también no haberse equivocado al imaginarla entre sus brazos. Olía a flores, una fragancia suave y delicada.

—Gracias, señorita...

—Whitfield. Anna Whitfield. Y también me ha parecido muy rudo.

Daniel la miró fijamente porque la severidad de su voz no parecía encajar con aquel rostro tan adorable. Pero él siempre apreciaba la sorpresa. Soltó una

carcajada que hizo que varias cabezas se volvieran hacia ellos.

—Tiene razón, pero ha funcionado. No creo haberla visto antes, señorita Anna Whitfield, pero conozco a sus padres.

—Es muy posible —la mano que sostenía la suya era enorme, dura como una roca, e increíblemente delicada. Comenzaba a sentir un extraño cosquilleo en la mano—. ¿Es usted nuevo en Boston, señor MacGregor?

—Supongo que tengo que responder que sí, porque solo llevo dos años viviendo aquí, no dos generaciones.

Anna inclinó la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—Hace falta poder retrotraerse a tres generaciones para no ser considerado un recién llegado.

—O ser más inteligente —dio tres vueltas sobre la pista de baile.

Agradablemente sorprendida por la agilidad de sus movimientos, Anna se relajó un poco. Sería una pena no disfrutar de aquella música.

—Ya me han dicho que usted lo es.

—Y volverán a decírselo —no se molestaba en bajar la voz, a pesar de que la pista de baile estaba abarrotada de gente. El poder era su fuerte, no los buenos modales.

—¿Ah, sí? —Anna arqueó una ceja—. Qué extraño.

—Solo si no se comprende el sistema —le aclaró Daniel—, si no puedes tener una generación detrás de ti, basta con que tengas dinero delante.

Aunque sabía que era verdad, a Anna la molestó aquella exhibición de esnobismo.

—Supongo que tiene suerte de que la alta sociedad de Boston se mueva con unos criterios tan flexibles.

El desinterés y la frialdad de su voz le hicieron sonreír. No era ninguna estúpida aquella Anna Whitfield. No era una estúpida vestida de seda, como Cathleen Donahue.

—Su rostro me recuerda al del camafeo que llevaba mi abuela en el cuello.

Anna elevó una ceja y estuvo a punto de sonreírle. La mirada de Daniel indicaba que estaba siendo absolutamente sincero.

—Gracias, señor MacGregor, pero creo que sería mejor que guardara sus halagos para Cathleen. Es más susceptible a las alabanzas que yo.

Daniel frunció el ceño, dando a su rostro un aspecto formidablemente fiero, pero lo despejó antes de que Anna pudiera medir su próxima actuación.

—Y usted tiene una lengua muy afilada, muchacha. Admiro a las mujeres que dicen lo que piensan... hasta cierto punto.

Sintiendo una agresividad para la que no encontraba explicación, Anna lo miró directamente a los ojos.

—¿Hasta qué punto exactamente, señor MacGregor?

—Hasta el punto de que las haga parecer poco femeninas.

Antes de que Anna hubiera podido anticipar su movimiento, Daniel giró con ella hacia las puertas de la terraza. Hasta entonces, Anna no había sido consciente del sofocante calor que hacía en el salón de baile. A pesar de todo, la reacción normal de Anna habría sido excusarse con firmeza y regresar al interior. Pero se encontró a sí misma deteniéndose justo donde estaba, con los

brazos de Daniel a su alrededor y las flores del jardín perfumando el aire.

—Estoy segura de que tendrá su propia definición de lo que es o no la feminidad, señor MacGregor, pero me pregunto si será coherente con el hecho de que estemos en el siglo veinte.

Daniel estaba disfrutando al sentirla entre sus brazos, pero se sintió ligeramente ofendido.

—Siempre he considerado la feminidad como una constante, señorita Whitfield, y no como algo que cambia con los años o las modas.

—Ya entiendo.

Daniel la estaba abrazando con excesiva fuerza. Se apartó y caminó hacia el borde de la terraza para asomarse al jardín. El aire era allí más dulce y la música llegaba amortiguada por la distancia.

Se le ocurrió entonces que estaba teniendo una conversación privada, una conversación que podría estar muy cerca de convertirse en discusión, con un hombre al que acababa de conocer. Pero no tenía ninguna urgencia por interrumpirla. Había aprendido a sentirse cómoda rodeada de hombres. Había tenido que hacerlo. Al ser la única mujer de su clase, Anna había aprendido a tratar a los hombres a su mismo nivel, y también a hacerlo sin que sus orgullos se resintieran. Tras el primer año de críticas e insinuaciones, había conseguido concentrarse en sus estudios, y durante la mayor parte del tiempo, se sentía aceptada por sus colegas. Era consciente, sin embargo, de a lo que debería enfrentarse cuando comenzaran los meses de residencia. El ser etiquetada como poco femenina todavía le dolía, pero ya se había resignado a ello.

—Estoy segura de que sus puntos de vista sobre la feminidad son fascinantes, señor MacGregor —el dobladillo de su vestido rozó las baldosas de la terraza cuando se volvió—. Pero no creo que sea un tema del que me interese hablar. Dígame, ¿a qué se dedica exactamente en Boston?

Daniel no la había oído. No había oído nada desde que Anna se había vuelto para mirarlo. Su pelo rozaba suavemente sus hombros blancos, cremosos. Con aquel vestido de seda rosa, su cuerpo parecía tan delicado como la porcelana. La luz de la luna bañaba su rostro haciendo que su piel pareciera de mármol y sus ojos negros como la media noche. Cuando un hombre se encontraba frente a una visión como aquella, no era capaz de oír absolutamente nada.

—¿Señor MacGregor? —por primera vez desde que habían salido, Anna comenzó a ponerse nerviosa.

Aquel hombre era enorme, un desconocido, y la estaba mirando como si se hubiera vuelto loco. Anna enderezó los hombros y se recordó que era capaz de manejar cualquier situación a la que se enfrentara.

—¿Señor MacGregor? —repitió.

—Sí... —Daniel apartó a un lado sus fantasías y dio un paso adelante.

Curiosamente, Anna se relajó. Daniel no parecía peligroso cuando estaba cerca de ella. Y tenía unos ojos bonitos. Lo cierto era que había una razón genética para justificar su hermosura; podía haber escrito hojas y hojas al respecto. Pero eran preciosos.

—Usted trabaja en Boston, ¿verdad?

—Sí —a lo mejor había sido una ilusión óptica la que la había hecho parecer tan perfecta, tan etérea y seductora—. Compro —le tomó la mano

porque sentirse en contacto con ella se convirtió de pronto en algo vital para él. Le tomó la mano porque quería estar seguro de que era real—. Y vendo.

La mano de Daniel era tan cálida y delicada como cuando habían bailado. Anna apartó la suya.

—Qué interesante. ¿Y qué es lo que compra?

—Cualquier cosa que me apetezca —sonriendo, dio otro paso adelante—. Cualquier cosa.

Anna sintió que se le acelerara el pulso; sentía calor en la piel. Sabía que había explicaciones físicas y emocionales para justificar una reacción como aquella. Aunque no era capaz de pensar en ellas en ese momento. No retrocedió.

—Estoy segura de que es muy satisfactorio. Y eso me conduce a pensar que vende lo que no quiere conservar.

—En pocas palabras, señorita Whitfield. Y, además, siempre intento obtener beneficios.

Vaya un presuntuoso, pensó Anna e inclinó la cabeza.

—Algunos podrían considerarlo un poco arrogante, señor MacGregor.

Daniel podría haberse echado a reír ante la fría calma con la que hablaba, ante la fría calma con la que lo miraba a pesar de los trazos de pasión que distinguía él en sus ojos. Aquella era una mujer, pensó Daniel, que podía hacer que un hombre se presentara en la puerta de su casa cargado de ramos de flores y cajas de bombones.

—Cuando un hombre pobre es arrogante, es arrogante y ya está, señorita Whitfield. Pero cuando un hombre de dinero es arrogante, dicen que tiene estilo, señorita Whitfield. Yo tengo ambas cosas.

Anna sabía que tenía parte de razón, pero no estaba dispuesta a retroceder ni un ápice.

—Es curioso, no sabía que los criterios sobre la arrogancia cambiaran con los tiempos o las modas.

Daniel sacó un puro mientras la observaba.

—Un punto para usted —encendió el mechero, que iluminó sus ojos por un breve instante. En ese momento, Anna comprendió que era un hombre peligroso.

—Entonces quizá deberíamos dar por terminada la conversación —el orgullo le impedía retroceder. La dignidad le advertía que se alejara de una situación que, frente a toda lógica, parecía interesante—. Y ahora, si me disculpa, señor MacGregor, tengo que pasar adentro.

Daniel la agarró del brazo, de forma brusca y posesiva. Anna no se sobresaltó y tampoco se apartó; apenas lo miraba, era como una duquesa mirando a un sucio plebeyo. Al enfrentarse a aquella muda desaprobación, la mayoría de los hombres habría dejado caer la mano y habría musitado una disculpa. Daniel sonrió de oreja a oreja. Allí había una mujer capaz de hacer que a un hombre le temblaran las rodillas.

—Volveré a verla, Anna Whitfield.

—Quizá.

—Volveré a verla —se llevó su mano a los labios.

Anna sintió el suave y sorprendente roce de su barba contra sus rodillos y,



por un instante, la pasión que Daniel había visto en sus ojos pareció desbordarse.

—Y más de una vez —añadió Daniel.

—No creo que tengamos muchas ocasiones de encontrarnos, puesto que solo voy a estar en Boston un par de meses. Y ahora, si me perdona...

—¿Por qué?

No le soltó la mano, algo que inquietaba a Anna más de lo que podía permitirse demostrar.

—¿Por qué, señor MacGregor?

—¿Por qué solo va a estar en Boston un par de meses? —si ella estuviera buscando marido, las cosas podrían cambiar. Daniel la miró otra vez y decidió que no permitiría que nada hiciera cambiar nada.

—Tengo que volver a Connecticut a finales de agosto para terminar el último curso de la carrera de medicina.

—¿La carrera de medicina? —frunció el ceño—. ¿No querrá decir de enfermería? —su voz reflejaba la estupefacción de un hombre que no terminaba de comprender lo que oía y además mostraba muy poca tolerancia hacia las mujeres que trabajaban.

—No —esperó hasta que lo sintió relajarse—. Voy a ser cirujana. Gracias por el baile.

Pero antes de que hubiera llegado a la puerta, Daniel ya había vuelto a agarrarla del brazo.

—¿Se va a dedicar a abrir a la gente? —por segunda vez, Anna oyó una de sus sonoras carcajadas—. Está bromeando.

Aunque estaba furiosa, consiguió parecer solamente aburrida.

—Le prometo que cuando quiero bromear soy mucho más graciosa. Buenas noches, señor MacGregor.

—Ser médico es un trabajo de hombres.

—Aprecio su opinión, pero sucede que no creo que sea un trabajo de hombres si una mujer es capaz de hacerlo.

Daniel bufó, dio una chupada a su puro y farfulló:

—Tonterías.

—Muy agudo, señor MacGregor y, una vez más, muy rudo —cruzó las puertas de la terraza sin mirar atrás. Pero continuó pensando en él. Era un hombre gruñón, rudo, rimbombante y estúpido.

Daniel la observó marcharse y mezclarse con el resto de los invitados. Fría, dogmática, brusca y ridícula.

Pero ambos habían quedado fascinados.

## Capítulo Dos

—Cuéntamelo todo.

Anna dejó el bolso sobre el mantel de lino blanco que cubría la mesa y le sonrió al camarero.

—Yo tomaré un cóctel de champán.

—Dos —decidió Myra, y se inclinó hacia adelante—. ¿Y bien?

Tomándose su tiempo, Anna miró alrededor de aquel bonito restaurante. Había una media docena de personas de las que conocía el nombre y otras tantas a las que conocía de vista. Lo encontraba un lugar acogedor, seguro y tranquilo. Había ocasiones en las que, durante la presión y las prisas de las clases, echaba de menos momentos como aquel. Pero ya encontraría alguna manera en el futuro de combinar ambos aspectos de su vida.

—¿Sabes? Lo único que echo de menos en Connecticut es poder comer aquí. Me alegro de que sugirieras que viniéramos.

—Anna —Myra no veía ninguna razón para perder el tiempo con educadas conversaciones cuando había nuevas noticias que desgranar—, cuéntame.

—¿Que te cuente qué? —replicó Anna, disfrutando del relámpago de frustración que brilló en los ojos de su amiga.

Myra sacó un cigarrillo de una pitillera de oro, lo golpeó dos veces contra la mesa y lo encendió.

—Cuéntame lo que ocurrió entre Daniel MacGregor y tú.

—Bailamos un vals —Anna tomó la carta y comenzó a leerla. Pero se descubrió a sí misma moviendo el pie al ritmo de la música que sonaba en su cabeza.

—¿Y?

Anna estiró el cuello para mirar a su amiga por encima de la carta.

—¿Y?

—¡Anna! —Myra se interrumpió mientras les servían las bebidas. Impaciente, apartó su cóctel a un lado—. Saliste a la terraza con él, sola, y estuvisteis allí bastante tiempo.

—¿De verdad? —Anna bebió un sorbo de champán, se decidió por una ensalada y cerró la carta.

—Sí, de verdad —con calculada lentitud, Myra soltó una bocanada de humo—. Al parecer encontrasteis algo de lo que hablar.

—Sí, creo que sí —regresó el camarero y Anna pidió una ensalada. Ardiendo de cólera, Mary pidió langosta Newburg, lamentándose de antemano por lo mucho que iba a engordar.

—Bueno, ¿y de qué hablasteis?

—Creo recordar que uno de los temas fue la feminidad.

Anna bebió otro sorbo de champán con aparente tranquilidad, pero no fue capaz de ocultar el enfado que asomó a sus ojos. Al verlo, Myra dejó el cigarrillo.

—Asumo que el señor MacGregor tiene una opinión muy definida al respecto.

Anna volvió a beber, saboreando el gusto del champán antes de bajar la

copa.

—El señor MacGregor es un cabezota y un patán.

Inmensamente complacida, Myra posó la barbilla en la mano. El pequeño velo de su sombrero ocultaba sus ojos, pero nada podía disimular su entusiasmo.

—Estaba bastante segura de que era un hombre obstinado, pero jamás habría pensado que es un patán. Cuéntame.

—Él admira a las mujeres que dicen lo que piensan —continuó Anna furiosa—, hasta cierto punto. Hasta cierto punto —repitió con un bufido de desagrado—. Y ese punto llega en cuanto lo que una mujer piensa entra en conflicto con su punto de vista.

Myra se encogió de hombros, ligeramente decepcionada.

—Así que es como cualquier otro hombre.

—Es uno de esos hombres que ven a las mujeres como subsidiarias de los hombres —se reclinó en su asiento y comenzó a tamborilear lentamente con los dedos sobre el mantel de lino—. Le parecemos perfectas siempre y cuando nos dediquemos a hornear pasteles, cambiarles los pañales a los niños y calentarles a ellos la cama.

Tras atragantarse con el champán, Myra tragó saliva.

—Dios mío, ha conseguido impresionarte en muy poco tiempo.

Deliberadamente, Anna continuó recostada contra el asiento. Detestaba dejarse llevar por el genio y reservaba esos momentos para cuando ocurriera algo realmente importante. Se recordó a sí misma que Daniel MacGregor no lo era en absoluto.

—Es un hombre rudo y arrogante —dijo con calma.

Myra estuvo pensando en silencio un momento.

—Quizá —se mostró de acuerdo—, pero eso no tiene por qué ser necesariamente malo. Prefiero a un hombre arrogante que a un tipo pedante y pomposo.

—No, desde luego no es ni pedante ni pomposo. ¿No viste la maniobra que utilizó para sacarme a bailar y deshacerse de Cathleen?

A Myra se le iluminó la mirada.

—No.

—Le hizo una señal a un hombre que se acercó a interrumpirlos mientras estaban bailando para así poder él acercarse a nosotros y pedirle a Herbert permiso para bailar conmigo.

—Qué inteligente —Myra sonrió con admiración y soltó una carcajada al ver la expresión de Anna—. Vamos, querida, tienes que admitirlo. Y Cathleen está tan orgullosa de sus propios encantos que ni siquiera se daría cuenta —Myra suspiró de placer mientras le servían la langosta—. ¿Sabes, Anna? Deberías sentirte halagada.

—¿Halagada? —Anna pinchó un poco de ensalada—. No sé por qué debería halagarme que un idiota enorme y presuntuoso quiera bailar conmigo.

Myra se detuvo a apreciar el aroma de langosta.

—Quizá sea idiota y enorme, pero no es un hombre presuntuoso, de hecho, es un hombre realmente importante. Y aunque en un estilo un poco rústico, podría decirse que es atractivo. Y, obviamente, por la forma en la que te has

quitado a otros de en medio, es evidente que no te interesan los hombres sofisticados.

—Tengo que pensar en mi carrera, Myra. No tengo tiempo para hombres.

—Querida, siempre hay tiempo para los hombres —soltó una risa y pinchó otro trozo de langosta con el tenedor—. No estoy diciendo que tengas que tomártelo muy seriamente.

—Me alegro de oírtelo decir.

—Pero no entiendo por qué tienes que rechazarlo.

—No tengo intención de hacerle ningún caso.

—Estás siendo muy cabezota.

Anna se echó a reír. Una de las razones por las que quería a Myra era que su amiga siempre tenía las cosas claras... por lo menos a su manera.

—Estoy siendo yo misma.

—Anna, sé lo importante que tu carrera es para ti y tú sabes lo mucho que admiro lo que estás haciendo. Pero —continuó antes de que Anna pudiera hacer ningún comentario—, de todas formas, durante el verano vas a quedarte en Boston. ¿Qué daño puede hacerte entonces dejarte acompañar por un hombre atractivo?

—No necesito ningún acompañante.

—Necesitar y tener son dos cosas diferentes —Myra partió un trozo de pan y se maldijo por su poca fuerza de voluntad mientras lo comía—. Dime, Anna, ¿tus padres continúan presionándote por haber decidido estudiar medicina? ¿No siguen intentando encontrar para ti un hombre que pueda hacerte cambiar de opinión?

—Ya me han presentado a tres posibles candidatos este verano —Anna se había convencido a sí misma de que lo mejor que podía hacer era tomarse las estrategias de sus padres como algo divertido y casi lo estaba consiguiendo—. El primero de la lista es el nieto del médico de mi madre. Ella cree que su relación con la medicina puede influirme positivamente.

—¿Es atractivo? —Myra descartó la pregunta al ver el ceño fruncido de Anna—. Entonces no importa. La cuestión es que tus padres van a continuar presentándote a posibles candidatos, esperando que alguno te convenza. Pero... —untó un poco de mantequilla en el pan—, si estuvieras saliendo con alguien...

—¿Alguien como Daniel MacGregor?

—¿Por qué no? Anoche parecía muy interesado en ti.

Anna tomó el trozo de pan en el que Myra había puesto mantequilla y se lo comió.

—Porque no me parece honesto. Y porque él no me interesa.

—Pero sería una manera de evitar que tu madre continuara invitando a todos los solteros de la ciudad de entre veinticinco y cuarenta años a tomar el té.

Anna dejó escapar un largo suspiro. Myra tenía razón en eso. Si al menos por una vez sus padres pudieran comprender lo que ella necesitaba, lo que ella realmente deseaba... «Por tu propio bien». ¿Cuántas veces habría oído aquella frase? Si alguna vez se casara, si alguna vez tuviera hijos... Aquellas palabras jamás habían salido de su boca.

Anna era perfectamente consciente de que sus padres habían dejado de discutir con ella y proponerle que dejara de estudiar porque estaban seguros de que abandonaría la carrera en el primer semestre. Si no hubiera sido por su tía Elsie, Anna sabía que probablemente jamás habría conseguido ir a la universidad. Elsie Whitfield había sido la tía excéntrica de su padre, una solterona que había hecho el dinero, según el decir de algunos, dedicándose al contrabando de alcohol durante los años de la ley seca. Sin embargo, Anna apenas podía culpar a su tía por el dinero que había ganado, puesto que Elsie le había dejado suficiente dinero en herencia para pagarse la matrícula y conquistar cierta independencia.

«No te cases a menos que estés condenadamente segura de él», recordaba Anna que le aconsejaba siempre Elsie. «Si tienes un sueño, lucha por él. La vida es demasiado corta para los cobardes. Utiliza el dinero, Anna, y haz con él algo que te ayude a ti misma, por ti misma».

A Anna le faltaban ya pocos meses para conseguir su sueño, graduarse y comenzar las prácticas de medicina. No iba a ser fácil que sus padres lo aceptaran. Y sería más difícil todavía cuando sus padres se enteraran de que pretendía hacer la residencia en el hospital General de Boston y, sin embargo, no quería vivir en casa de sus padres mientras lo hiciera.

—Myra, he estado pensando en vivir sola.

Myra detuvo el tenedor cuando estaba a punto de metérselo en la boca.

—¿Se lo has dicho ya a tus padres?

—No —Anna empujó su plato y se preguntó por qué la vida sería tan complicada cuando a ella había tantas cosas que le parecían tan claras—. No quiero hacerles sufrir, pero creo que ya ha llegado el momento de que lo haga. Soy una mujer adulta, pero mientras continúe viviendo en su casa, jamás me tratarán como si lo fuera. Además, si no me independizo cuanto antes, esperarán que me vaya a vivir con ellos a su casa después de graduarme.

Myra se reclinó en su asiento y se terminó el champán que le quedaba.

—Creo que tienes razón. Y también creo que sería más sensato que se lo dijeras cuando ya estuviera todo hecho.

—Yo también. ¿Te apetecería pasar la tarde buscando un apartamento?

—Me encantaría. Pero no antes de que me tome una *mousse* de chocolate —le hizo un gesto al camarero—. Aun así, Anna, eso no resuelve el problema de Daniel MacGregor.

—No tengo ningún problema con Daniel MacGregor.

—Oh, yo confío en que sí. Una *mousse* de chocolate —le dijo al camarero—. Y no escatime nata.

En su recientemente decorado despacho, Daniel permanecía sentado detrás de su escritorio. Se encendió un puro. Acababa de completar un trato mediante el cual pasaba a ser propietario de una fábrica de aparatos de televisión. Daniel calculaba que, lo que entonces era una novedad, se convertiría en un elemento básico en todos los hogares de Norteamérica en cuestión de años. Además, él mismo disfrutaba viendo aquella cajita. Y le reportaba gran satisfacción comprar algo que también a él lo entretenía. Aun así, su proyecto más importante en aquel momento consistía en modernizar la inestable Oficina de Préstamo y Ahorro para convertirla en la máxima

institución de préstamo de Boston. Ya había comenzado extendiendo dos importantes préstamos y refinanciando algunos otros. Daniel creía que poner el dinero en circulación era la forma de hacerlo crecer. El director del banco estaba horrorizado, pero Daniel imaginaba que con el tiempo terminaría plegándose o cambiando de trabajo. Y, mientras tanto, Daniel tenía otras cosas que investigar.

Anna Whitfield. Conocía el pasado de su familia porque su padre era uno de los principales abogados del estado. Daniel había estado a punto de contratarlo antes de decidirse por el más joven y flexible Herbert Ditmeyer. Tras haber sido Herbert elegido como abogado del distrito, debería reconsiderar algunas cosas. Quizá el padre de Anna Whitfield fuera la respuesta. Aunque acababa de decidir que la respuesta era la propia Anna.

La casa familiar, situada en Beacon Hill, había sido construida en el siglo dieciocho. Los antepasados de Anna habían sido unos patriotas que habían iniciado una nueva vida en el Nuevo Mundo y habían conseguido prosperar. Los Whitfield eran, lo habían sido durante generaciones, una parte muy importante de la alta sociedad de Boston.

No había nada que Daniel respetara más que un fuerte linaje. Príncipe o mendigo, eso no importaba, lo importante era la fuerza, la permanencia. Anna Whitfield pertenecía a una familia con arraigo. Y ese era el primer requisito de Daniel para una esposa adecuada. Tenía que tener la cabeza sobre los hombros. Y no le había costado mucho darse cuenta de que, aunque estuviera estudiando algo tan extraño como medicina, seguramente en eso Anna sería la primera. Él no quería que sus hijos heredaran un cerebro reblandecido. Aquella mujer era adorable. Un hombre que buscaba una esposa y una madre para sus hijos tenía que apreciar la belleza. Especialmente una belleza de aquella cualidad tan suave y cremosa.

Anna no era ninguna pusilánime. Daniel no quería una mujer sumisa y obediente, aunque sí esperaba que respetara que era él el que tenía que llevar la voz cantante.

Había una docena de mujeres a las que podía galantear y conquistar fácilmente, pero ninguna de ellas se había presentado ante él con aquel pequeño extra: un desafío. Tras un solo encuentro con Anna, Daniel estaba seguro de que supondría un desafío. Ser perseguido por una mujer era algo que halagaba su orgullo, pero un desafío... un desafío le encendía la sangre. El todavía conservaba suficientes genes de guerrero como para ansiar la lucha.

Si de algo estaba seguro, era de cómo poner los fundamentos para la posterior toma de poder. Primero, tenía que averiguar cuáles eran los puntos débiles y fuertes de su oponente. Después, jugar con ambos. Daniel levantó el teléfono, se inclinó contra el respaldo de su asiento y comenzó a trabajar.

Pocas horas después, estaba luchando con el nudo de una corbata de seda negra. Por lo que hasta el momento había podido ver, el único problema de ser un hombre rico era tener que preocuparse por su atuendo. No había ninguna duda en que presentaba una imagen imponente vestido de negro, pero jamás dejaría de agotarlo aquella servidumbre. Aun así, si un hombre pretendía que una mujer perdiera la cabeza por él, tenía que llevar adelante su estrategia... y hacerlo además con sus mejores galas.

Según la información que había obtenido, Anna Whitfield pasaría la noche en el ballet con unas amigas. Daniel imaginaba que tendría que darle las

gracias a su contable por haberle alquilado un palco en el teatro. Quizá no lo hubiera utilizado mucho hasta entonces, pero aquella noche valía por todas.

Bajó silbando las escaleras hasta el primer piso. La mayoría de la gente habría considerado un poco excesiva aquella casa de veinte habitaciones para un solo hombre pero, para Daniel, la casa, con sus amplios ventanales y sus suelos resplandecientes, era toda una declaración de principios. Mientras conservara aquella casa, jamás tendría que regresar a la casa de tres habitaciones en la que había crecido. La casa representaba lo que Daniel quería que representara: su propietario era un hombre de éxito, tenía presencia y estilo. Sin aquellas cosas, Daniel Duncan MacGregor regresaría a las minas, con la piel cubierta de polvo de carbón y los ojos enrojecidos.

A los pies de las escaleras, Daniel se detuvo para gritar:

—¡McGee! —sintió una ridícula oleada de placer ante la forma en la que su voz rebotaba en las paredes.

—Señor —McGee llegó por el largo pasillo, muy tieso y estirado. Había servido a otros caballeros, pero a ninguno tan poco convencional y tan generoso como MacGregor. Además, le gustaba trabajar para un escocés.

—Voy a necesitar el coche.

—Ya está esperándolo fuera.

—¿Y el champán?

—Helado, por supuesto, señor.

—¿Las flores?

—Rosas blancas. Dos docenas, como usted dispuso.

—Bien, bien —Daniel estaba ya a medio camino de la puerta cuando se detuvo y se volvió—. Sírvete un whisky. Tienes la noche libre.

Sin cambiar de expresión, McGee inclinó la cabeza.

—Gracias, señor.

Silbando de nuevo, Daniel salió hacia el coche. Aquel Rolls plateado había sido un capricho del que no había tenido que arrepentirse. Le había proporcionado al jardinero un trabajo extra como chófer y le había dado la satisfacción de un traje color gris perla con gorra de plato incluida. La gramática de Steven podía ser un tanto defectuosa, pero en cuanto se ponía tras el volante, era el alma misma de la dignidad.

—Buenas noches, señor MacGregor —Steven le abrió la puerta y, en cuanto la cerró, le sacó brillo al picaporte con un trapo. Daniel podía haber comprado el Rolls, pero Steven lo trataba como si fuera su hijo.

Tras instalarse en el lujoso asiento trasero del Rolls, Daniel abrió el maletín que lo estaba esperando dentro. Si iban a tardar quince minutos en llegar al teatro, eso significaba que tenía quince minutos para trabajar. El tiempo de ocio era para la vejez.

Si las cosas iban tal como las había planificado, tendría el terreno de Hyannis Port la semana siguiente. Aquellos altos acantilados de verde hierba y roca gris le recordaban a Escocia. Levantaría allí su casa, una casa que ya se imaginaba perfectamente. Sería única, incomparable. Y cuando la tuviera, la llenaría con una esposa y con sus futuros hijos. Pensó en Anna.

Las rosas blancas estaban en el asiento, a su lado. El champán en la hielera. Lo único que tenía que hacer era entrar en el teatro antes de comenzar

a hacerle la corte a aquella joven. Tomó una rosa y aspiró. Tenía una fragancia dulce y serena. Las rosas blancas eran las flores favoritas de Anna. No le había costado mucho averiguarlo. Haría falta ser una mujer muy dura para resistirse a dos docenas de rosas blancas, para rechazar el lujo que él podía ofrecerle. Daniel dejó la rosa junto a las otras. Él ya se había hecho a la idea. Y en muy poco tiempo también estaría convencida ella. Satisfecho, se reclinó en el asiento y cerró el maletín mientras Steven aparcaba delante del teatro.

—Dos horas —le dijo Daniel al chófer y, en un impulso, tomó una de las rosas otra vez. No le haría ningún daño empezar la campaña antes de lo previsto.

La escena que estaba teniendo lugar en el vestíbulo del teatro era todo resplandor y seda. Los vaporosos vestidos color pastel de las mujeres contrastaban con los trajes negros de los hombres. Había perlas, diamantes y fragancia de perfume femenino por doquier. Daniel vagó entre la multitud, tan distante como preocupado. Su altura y su presencia, combinadas con su naturalidad, fascinaron a más de una mujer. Daniel recibía aquella admiración con una sonrisa, sin concederle valor alguno. Una mujer que se dejaba fascinar tan fácilmente, seguramente también se aburriría pronto. Y un hombre sabio no elegiría a una mujer voluble como pareja. Especialmente cuando el hombre en cuestión era propenso a los cambios de humor.

Caminaba a grandes zancadas entre la multitud, deteniéndose de vez en cuando para saludar o cruzar unas palabras amistosas con alguien. A Daniel le gustaba la gente, de modo que para él no era difícil socializar, ya fuera en el vestíbulo de un lujoso teatro o en una mina. Desde siempre, se había sabido capaz de decir una cosa aunque pensara algo completamente diferente. No lo consideraba deshonesto, para él era simplemente una cuestión práctica. Así que, mientras se detenía aquí y allá, continuaba buscando a Anna con la mirada.

Y, de pronto, la vio, y se sintió tan impactado como el día del baile. Anna llevaba un vestido azul claro que hacía que su piel resplandeciera como la leche fresca. El pelo se lo había peinado hacia atrás, sujetándolo con unas peinetas, de modo que su rostro quedaba completamente despejado y mucho más parecido al camafeo de la abuela de Daniel que nunca. Daniel sintió una punzada de deseo, e inmediatamente, algo más profundo y fuerte de lo que esperaba. Aun así, continuó esperando pacientemente hasta que Anna volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Anna no se sonrojó, ni hizo un gesto coqueto, como seguramente cualquier otra mujer habría hecho. Se limitó a sostenerle serenamente la mirada. Daniel sintió la emoción y el desafío del juego mientras caminaba hacia ella.

Con un movimiento demasiado suave para que nadie pudiera juzgarlo como brusco, se acercó hasta ella, e, ignorando a la gente que los rodeaba, le ofreció la rosa.

—Señorita Whitfield, por el vals.

Anna vaciló, pero comprendió que no había ninguna forma educada de rechazarla. En cuanto tomó la rosa, se sintió embriagada por su fragancia.

—Señor MacGregor, creo que no conoce a mi amiga Myra. Myra Lornbridge, Daniel MacGregor.

—¿Cómo se encuentra? —Myra le ofreció la mano, al tiempo que lo examinaba atentamente con la mirada.



Daniel la miró directamente a los ojos, con una mirada fría y recelosa. Myra descubrió que, aunque no estaba segura de si le gustaba o no, era un hombre que le merecía respeto.

—He oído hablar mucho de usted —le comentó.

—He hecho algún negocio con su hermano —Myra era más bajita que Anna, y un poco mas gruesa. Pero a Daniel le bastó mirarla para comprender que era una mujer interesante.

—No es a él al que le he oído hablar. Me temo que Jasper no es muy dado a los chismorreos.

Daniel sonrió abiertamente.

—Por eso me gusta hacer negocios con él. ¿Está disfrutando del ballet, señorita Whitfield?

—Sí, mucho —inconscientemente, olió la rosa y, enfadada consigo misma, bajó rápidamente las manos.

—Me temo que yo no he asistido muchas veces al ballet y la verdad es que me cuesta apreciarlo —comentó él, añadiendo una pesarosa sonrisa al encanto de la rosa—. Creo que si conociera la trama de la historia o pudiera ver con alguien la función, llegaría a disfrutar de verdad del ballet.

—Estoy segura.

—Me pregunto si podría pedirle un gran favor.

Inmediatamente se encendieron las señales de advertencia. Anna lo miró con los ojos entrecerrados.

—Por supuesto que puede pedírmelo.

—Tengo un palco. Si se sentara conmigo, quizá pudiera ayudarme a disfrutar del ballet.

Anna se limitó a sonreír. No iba a dejarse convencer fácilmente.

—En circunstancias diferentes, estaría encantada de ayudarlo. Pero ahora mismo estoy con unas amigas, así que...

—No te preocupes por nosotras —la interrumpió Myra. Cualquiera que fuera el demonio que la había impulsado a intervenir, la urgió a ir todavía más lejos—. Es una pena que el señor MacGregor esté viendo *Giselle* sin ser capaz de apreciar realmente la obra, ¿no crees? —le guiñó un ojo a Anna y sonrió—. Podéis iros al palco.

—Le estoy muy agradecido —los hasta entonces fríos ojos de Daniel brillaron con humor—. Muy agradecido, de verdad. ¿Señorita Whitfield?

Daniel le ofreció el brazo. Durante un satisfactorio instante, Anna consideró la posibilidad de tirar la rosa al suelo y pisotearla con el pie antes de rechazar su ofrecimiento. Pero sonrió y aceptó el brazo que le ofrecía. Había mejores formas de ganar una partida que montar una pataleta. Daniel la alejó de su amiga, tras guiñarle el ojo con un gesto de complicidad que Myra asumió con el mismo aplomo que el semblante ceñudo de Anna.

—¿No es un poco raro que tenga alquilado un palco cuando no es capaz de apreciar el ballet?

—Es una inversión —respondió Daniel brevemente mientras subían las escaleras—. Pero esta noche estoy seguro de que voy a conseguir algo más que un rendimiento económico.

—Oh, puede contar con ello —Anna cruzó la puerta del palco y se sentó.

Con mucho cuidado, dejó la rosa en su regazo y permitió que Daniel tomara el chal color marfil, dejando al descubierto sus hombros desnudos. Ambos fueron conscientes de lo contundente que podía llegar a ser el más ligero roce de la piel. Anna cruzó las manos y decidió pagarle dándole exactamente lo que MacGregor le había pedido.

—Ahora, le haré un resumen del argumento del ballet.

Con un tono propio de una profesora de jardín de infancia recitando un poema para niños, Anna le contó la historia de Giselle. Sin darle oportunidad de comentar nada, continuó explicándole todo lo que sabía acerca del ballet en general. Lo suficiente, pensó, para aburrir a cualquiera.

—Ah, ya van a levantar el telón. Ahora preste atención.

Satisfecha con su táctica, Anna se recostó en el asiento y se dispuso a disfrutar del ballet. Pero no conseguía concentrarse. Durante los primeros diez minutos, perdió el hilo de lo que ocurría una docena de veces. Daniel permanecía tranquilamente sentado a su lado, pero no se sentía en absoluto intimidado, de eso estaba segura. Pensando en ello, Anna volvió unos milímetros la cabeza y lo descubrió sonriendo de oreja a oreja. Inmediatamente enderezó la cabeza. Myra iba a tener que vérselas con ella, se dijo sombría, por haberla encerrado en aquel palco con ese bárbaro pelirrojo. Y no volvería a mirarlo. Claro que no, se prometió a sí misma, ni si quiera pensaría en él. Intentaría concentrarse en la música, los colores y los movimientos de aquel ballet que adoraba. Era romántico, emocionante, conmovedor. Lo único que tenía que hacer era relajarse, olvidarse de que Daniel estaba allí. Deliberadamente, respiró lentamente cinco veces. Entonces Daniel le tocó la mano, acelerándole el pulso de forma peligrosa.

—Todo esto trata del amor y la suerte, ¿verdad? —murmuró Daniel.

Anna comprendió que, bárbaro o no, Daniel lo había comprendido y, por el tono respetuoso de su voz, que también lo apreciaba. Incapaz de resistirse, volvió la cabeza. Sus rostros estaban muy cerca, la luz era tenue. La música crecía, se alzaba sobre ellos. Un pequeño pedazo de su corazón se debilitó, y comprendió que lo había perdido para él.

—Casi todo en la vida trata de la suerte y el amor.

Daniel sonrió, y en medio de las sombras su sonrisa tuvo un aspecto increíblemente viril... y sorprendentemente delicado.

—Una frase digna de recordar, Anna.

Antes de que Anna pudiera pensar en resistirse, Daniel entrelazó los dedos en los suyos. Con las manos unidas, observaron el ballet.

Daniel se mantuvo cerca de ella durante el intermedio, proporcionándole comida y bebida antes de que ella pudiera evitarlo. De alguna manera, se las arregló para que fuera demasiado tarde para que Anna pudiera pedirle excusas y volver a reunirse con sus amigas durante la última media hora. Mientras se sentaba después del intermedio, Anna se dijo a sí misma que simplemente estaba intentando ser educada, que era ese el único motivo por el que permanecería en el palco hasta que cayera el telón. No era que le apeteciera estar allí, ni que estuviera disfrutando, simplemente era una cuestión de buenos modales. Consiguió permanecer dignamente sentada durante los primeros cinco minutos, hasta que volvió a atraparla el romanticismo de la historia.

Sintió el escozor de las lágrimas cuando Giselle tuvo que enfrentarse a la tragedia. Aunque mantenía el semblante firme y pestañeaba furiosamente para vencer las lágrimas, Daniel fue capaz de calibrar su estado de ánimo. Sin decir una sola palabra, le tendió su pañuelo. Anna lo aceptó con un ligero suspiro.

—Es tan triste —musitó—. Por muchas veces que lo vea, siempre termino emocionándome.

—Algunas cosas hermosas tienen que ser tristes para que así podamos apreciar la belleza de las que no lo son.

Sorprendida, Anna se volvió hacia él con las lágrimas brillando todavía en las pestañas. Daniel no parecía un bárbaro cuando hablaba de aquella manera. De alguna, manera, Anna deseó que continuara siéndolo. Inquieta, volvió la cabeza para contemplar el final del baile.

Cuando cesó el aplauso y se encendieron las luces, Anna ya había recobrado la compostura. En su interior, todavía se agitaban sus emociones, pero culpaba de ello a la función. Sin decir nada, aceptó la mano que Daniel le tendía para ayudarla a levantarse.

—Puedo decirle con toda sinceridad que nunca había disfrutado tanto de un ballet —con una cortesía ejemplar, se llevó la mano de Anna a los labios—. Gracias, Anna.

Anna se aclaró nerviosa la garganta.

—De nada. Y ahora, si me perdona, me gustaría volver con mis amigas.

Daniel retuvo la mano entre la suya mientras salían del palco.

—Me he tomado la libertad de decirle a su amiga Myra que la acompañaría yo mismo a su casa.

—Usted...

—Es lo menos que puedo hacer por usted —la interrumpió suavemente—, después de lo amable que ha sido al intentar introducirme en el mundo del ballet. Me ha hecho preguntarme si no se ha planteado nunca la posibilidad de ser maestra.

La voz de Anna se enfrió notablemente mientras bajaban hacia el vestíbulo. Daniel se estaba riendo de ella, pero ella se había reído antes de él.

—No me parece prudente decidir algo por mí sin haber preguntado primero. Yo podría tener otros planes.

—Estoy a su disposición.

Anna todavía no había perdido la paciencia, pero estaba a punto de hacerlo.

—Señor MacGregor.

—Daniel.

Anna abrió la boca, pero la cerró hasta que estuvo segura de que iba a ser capaz de contestar con calma.

—Aprecio su ofrecimiento, pero puedo volver sola a mi casa.

—Anna, ya me acusaste en una ocasión de actuar de forma excesivamente ruda —hablaba alegremente mientras la conducía hacia su coche—. ¿Qué clase de hombre sería si no te llevara a tu casa?

—Ambos sabemos el tipo de hombre que es.

—Es cierto —se detuvo en la puerta del teatro, donde quedaban todavía algunos rezagados—. Por supuesto, si me tiene miedo, siempre puedo

conseguirle un taxi.

—¿Miedo? —la luz volvió a sus ojos. Pasión, fuego, carácter... Fuera lo que fuera, Daniel estaba aprendiendo a amarlo—. Se tiene en muy alta consideración.

—Constantemente —señaló hacia la puerta que Steven sostenía abierta.

Demasiado enfadada para pensar siquiera, Anna se metió en el vehículo y fue inmediatamente asaltada por la cálida y voluptuosa fragancia de las rosas. Apretó los dientes y tomó el enorme ramo, para así poder sentarse lo más lejos posible de Daniel. Casi inmediatamente pudo darse cuenta de que Daniel era demasiado inmenso para poder poner distancia alguna entre ellos.

—¿Siempre lleva rosas en el coche?

—Solo cuando voy a acompañar a una mujer hermosa.

Anna deseó tener el valor suficiente para tirar las rosas por la ventana.

—Había planeado todo esto cuidadosamente, ¿verdad?

Daniel descorchó la botella de champán.

—Es imposible planear algo si no se hace con cuidado.

—Myra dice que debería sentirme halagada.

—Tengo la impresión de que Myra es una mujer muy inteligente. ¿A dónde quieres ir?

—A casa —aceptó el champán y bebió un sorbo, pensando que la ayudaría a tranquilizarse—. Mañana tengo que madrugar. Estoy trabajando en el hospital.

—¿Trabajando? —la miró con el ceño fruncido mientras volvía a dejar la botella en el lecho de hielo—. ¿No me dijiste que todavía tenías que estudiar otro año?

—Otro año antes de obtener el título para poder ser médico residente. Pero, ahora mismo, mi formación también incluye cosas como vaciar orinales.

—Una mujer como tú no debería estar haciendo ese tipo de cosas —Daniel apuró la primera copa de champán y se sirvió otra.

—Le aseguro que le prestaré a su opinión la consideración que se merece.

—Es imposible que disfrutes haciendo una cosa así.

—Disfruto ayudando a los demás —bebió un sorbo de champán—. Supongo que para usted es algo difícil de comprender, puesto que no se trata de un negocio. Simplemente es una cuestión de humanidad.

Daniel podía haberla corregido en aquel momento. Podía haber señalado que había donado importantes fondos para que los mineros de Escocia pudieran disfrutar de servicios médicos. No eran aquellas donaciones que le aconsejara su contable, sino algo que tenía que hacer. Pero decidió concentrarse en el tema que más parecía enfurecer a Anna.

—Deberías pensar en casarte y formar una familia.

—¿Porque una mujer no es capaz de hacer nada más que sostener a un hijo en su regazo mientras crece un nuevo ser en su vientre?

Daniel elevó las cejas. Se suponía que a esas alturas ya debería estar acostumbrado a la franqueza de las mujeres americanas.

—Porque se supone que las mujeres tienen que formar una familia y un hogar. Para los hombres es más fácil, Anna. Ellos solo tienen que salir a ganar

dinero. Pero la mujer tiene el mundo entero en sus manos.

Lo decía de tal forma que le resultaba imposible replicarle con dureza. Luchando para recobrar la calma, Anna se reclinó en el asiento.

—¿Alguna vez se le ha ocurrido pensar que los hombres no tienen que elegir entre la familia o el trabajo?

—No.

Anna estuvo a punto de echarse a reír mientras se volvía para mirarlo.

—Por supuesto que no, nunca has tenido que pensar en ello. Sigue mi consejo, Daniel —comenzó a tutearlo—, búscate una mujer que no tenga ninguna duda sobre lo que significa ser mujer. Intenta encontrar una mujer que no esté dispuesta a luchar contra molinos de viento.

—No puedo hacer eso.

Al rostro de Anna había asomado algo parecido a una sonrisa, pero desapareció rápidamente. Lo que acababa de ver en los ojos de Daniel la aterraba y la excitaba al mismo tiempo.

—Oh, no —dijo rápidamente, y vació su copa—. Eso es ridículo.

—Quizá sí —Daniel enmarcó su rostro entre las manos y la miró a los ojos—, quizá no. En cualquier caso, te he elegido a ti, Anna Whitfield, y estoy decidido a tenerte.

—No se puede elegir una mujer como se elige una corbata —intentaba mostrar dignidad e indignación al mismo tiempo, pero el corazón le latía a una velocidad vertiginosa.

—No, claro que no —encontraba excitante el ligero temblor de la voz de Anna. Le acarició la barbilla con el pulgar, deseando sentir su calor—. Un hombre no atesora una pieza de ropa tal como atesora a una mujer.

—Creo que te has vuelto loco —lo agarró por la muñeca, pero él no apartó la mano—. Ni siquiera me conoces.

—Voy a conocerte mejor.

—No tengo tiempo.

Miró a su alrededor, frenética, y descubrió que estaban solo a unas manzanas de su casa. Daniel estaba completamente loco, decidió. ¿Y qué estaba haciendo ella en el asiento trasero de un Rolls junto a un loco?

El inesperado sobresalto de pánico que obviamente había asaltado a Anna le gustó.

—¿Para qué? —musitó, acariciándole lentamente la mejilla.

—Para nada de esto —quizá debería seguirle la corriente. No, tenía que ser firme—. Para las flores, el champán, los paseos a la luz de la luna. Es evidente que estás intentando ser romántico, y yo...

—Deberías tranquilizarte un poco —respondió Daniel y decidió que había llegado el momento de besarla.

Anna se aferró a las rosas que tenía en el regazo con tanta fuerza que se clavó una espina. Pero ni siquiera lo notó. ¿Cómo podía haberse imaginado que su boca iba a ser tan suave y su beso tan inteligente? Un hombre de su tamaño debería haber sido torpe, dominante en el momento de besar a una mujer. Daniel la tomó en sus brazos como si fuera algo que hubiera hecho incontables veces. Su barba rozaba su rostro, sensibilizando su piel mientras se esforzaba para no moverse. Pero antes de que el sentido común pudiera

ayudarla a evitarlo, deslizó los dedos a través de su barba.

Algo fiero y ardiente se desató en su interior. La pasión que había mantenido firmemente controlada escapó de sus ataduras para burlarse de todo lo que alguna vez había creído Anna de sí misma. Si él estaba loco, también lo estaba ella. Con un gemido, en parte de protesta y en parte de confusión, se aferró con fuerza a sus hombros.

Daniel esperaba resistencia, o al menos indignación. Pensaba que Anna lo empujaría y le dirigiría una de esas frías miradas con las que acostumbraba a ponerlo en su lugar. Pero en vez de rechazarlo, se estrechó contra él, haciendo que su impulsiva demanda ardiera como una antorcha en el viento. Daniel no imaginaba que aquella mujer fuera capaz de hacerle perder el control con unos dedos tan delicados, capaz de hacerle sentirse desnudo y vulnerable. Ni que le haría desearla con un deseo tan visceral. Anna solo era una mujer. Una mujer que había elegido para completar sus planes de éxito y poder. Se suponía que no tenía que hacerle olvidarse de todo lo que no fuera su sabor o el tacto de su piel.

Daniel sabía lo que era desear... a una mujer, el poder, la riqueza... Pero en aquel momento, con Anna estrechándose contra él, con la fragancia de las rosas llenando sus sentidos y el sabor de la propia Anna inundando su alma, ella era todas esas cosas en una. Desearla a ella era desearlo todo.

Cuando se separaron, Anna estaba ya sin respiración. Sin respiración, excitada y asustada. Para combatir su debilidad, tuvo que apoyarse en la dignidad que le quedaba.

—Tus modales continúan siendo rudos, Daniel.

Daniel podía ver los restos de la pasión en sus ojos, todavía los sentía vibrar en ella, y en él.

—Tendrás que aceptarme como soy, Anna,

—No tengo que aceptarte de ninguna manera —dignidad, se decía a sí misma. Necesitaba conservar una apariencia de dignidad a toda costa—. Un beso en el asiento trasero de un coche no significa nada más que el tiempo que se tarda en consumarlo.

Hasta ese momento, no se dio cuenta de que estaban aparcados enfrente de su casa. ¿Cuánto tiempo llevarían allí?, se preguntó. Se ruborizó, pero se dijo a sí misma que era por el enfado. Intentó abrir torpemente la puerta antes de que el chófer saliera y rodeara el coche para hacerlo él.

—Llévate las rosas, Anna. Te sientan bien.

Anna volvió la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—Adiós, Daniel.

—Buenas noches —replicó él, y la observó correr con el vestido de seda revoloteando alrededor de sus piernas.

Las rosas se quedaron a su lado en el asiento. Tomó una y se la llevó a los labios. Sus pétalos no eran tan suaves como la piel de Anna y tampoco tan dulces. Lo dejó en el asiento. Al día siguiente le mandaría las rosas a Anna, y quizá añadiría otra docena. Aquello era solo el principio.

La mano le tembló cuando comenzó a servirse champán. Llenó la copa hasta el borde y la vació de un solo trago.

## Capítulo Tres

A la mañana siguiente, Anna fue a trabajar al hospital. El tiempo que pasaba allí le resultaba al mismo tiempo placentero y frustrante. Nunca había sido capaz de explicar a nadie, ni a sus padres ni a sus amigos, la emoción que sentía cuando entraba en el hospital. No había nadie que pudiera comprender la satisfacción que le proporcionaba saberse parte de él, aprender y ayudar a otros a sanar.

La mayor parte de la gente pensaba que los hospitales eran tristes. Identificaban las paredes blancas, los focos y el olor a antisépticos con la enfermedad y la muerte. Para Anna, significaban vida y esperanza. Las horas que pasaba allí cada semana reafirmaban su determinación de formar parte de la comunidad médica, de la misma manera que el tiempo que dedicaba semanalmente a leer libros y revistas médicas, la afirmaban en su decisión de seguir aprendiendo.

Anna tenía un sueño que nunca se había atrevido a compartir con nadie. Lo consideraba sencillo y demasiado pretencioso al mismo tiempo; quería hacer de la medicina algo distinto. Y para cumplir su sueño, tenía que dedicar muchos años de su vida a estudiar.

Trabajando en otros puntos, arreglando camas, repartiendo revistas, también aprendía. Anna observaba a los médicos haciendo la ronda por el hospital tras cortas horas de sueño. Muchos de ellos no conseguirían hacer la residencia por altas que hubieran sido sus notas. Pero ella lo conseguiría. Anna observaba, escuchaba y tenía la mente siempre alerta.

Y aprendía también algo más, algo que estaba decidida a no olvidar nunca. La columna vertebral de un hospital no eran los cirujanos o los médicos residentes. Tampoco los administradores, aunque fueran ellos los que proporcionaran los fondos y establecieran la política del hospital. Era el personal de enfermería. Los médicos examinaban y diagnosticaban, pero las enfermeras, pensaba Anna, las enfermeras sanaban. Pasaban horas y horas levantadas, recorriendo kilómetros de pasillos cada día. Fuera cual fuera el uniforme que llevaran: el de enfermera, limpiadora o consoladora, Anna sabía que el material estaba siempre hecho de dedicación entretejida a veces con la fatiga. Fue entonces, durante aquel verano anterior a su último año de carrera, cuando Anna se hizo una promesa: sería médica y cirujana, pero trabajaría con la compasión y dedicación de una enfermera.

—Oh, señorita Whitfield.

La señora Kellerman, la enfermera jefe, detuvo a Anna con una señal cuando terminó de rellenar un informe. Había sido enfermera durante tanto tiempo como llevaba siendo viuda, veinte años. A los cincuenta, tenía la firmeza del hierro y la energía de una adolescente. Kellerman era tan amable y delicada con los pacientes como dura con las enfermeras—. La señora Higgs, de la quinientos veintiuno está preguntando por usted.

Anna cuadró las revistas que llevaba. La quinientos veintiuno sería la primera visita del día.

—¿Cómo está hoy?

—Igual que ayer —contestó Kellerman sin alzar la mirada. Estaba en medio de un turno de diez horas y no tenía tiempo para chacharas—. Ha pasado una

noche tranquila.

Anna reprimió un suspiro. Sabía que Kellerman había examinado el informe de la señora Higgs personalmente y podía darle la información exacta. También conocía la opinión de Kellerman sobre el funcionamiento del hospital: Las mujeres estaban destinadas a ciertas áreas y los hombres a otras. Y las cosas no tenían por qué cambiar.

En vez de seguir preguntándole nada a la enfermera, Anna continuó caminando por el pasillo, decidida a ver ella misma a la enferma.

Las contraventanas de la habitación estaban abiertas en la habitación de la señora Higgs. La luz del sol iluminaba las paredes y las sábanas blancas. Estaba sonando la radio mientras la señora Higgs permanecía tumbada en la cama. Su rostro diminuto tenía más arrugas de las que correspondían a una mujer que no llegaba todavía a los sesenta años. Tenía el pelo ralo, con canas ligeramente amarillentas. El colorete que se había puesto aquella mañana lucía como fuego en sus mejillas pálidas. Aunque su palidez fue una mala señal para Anna, sabía que en el hospital estaban haciendo todo lo posible por ella. Al final de cada una de sus frágiles manos, las uñas de la señora Higgs brillaban pintadas de rojo esmalte.

Anna sonrió al verla; la señora Higgs le había dicho en una ocasión que por deteriorado que estuviera su aspecto, jamás dejaría de ser una mujer presumida.

Tal como le había indicado la señora Kellerman, la paciente permanecía estable: ni mejor ni peor que una semana atrás. Tenía la tensión ligeramente baja y todavía era incapaz de comer alimentos sólidos, pero había pasado una buena noche. Satisfecha, Anna se acercó a la ventana y corrió las cortinas.

—No, cariño, me gusta el sol.

Anna se volvió y descubrió a la señora Higgs sonriéndole.

—Lo siento, ¿te he despertado?

—No, solo estaba soñando un poco —el dolor siempre estaba allí, pero la señora Higgs continuaba sonriendo mientras le tendía la mano—. Estaba esperándote.

—Oh, tenía que venir —Anna se sentó a su lado—. Te he traído algunas de las revistas de moda de mi madre. Espera a ver lo que nos tienen preparado en París para este otoño.

Entre risas, la señora Higgs apagó la radio.

—Nunca llegarán a lo que se hizo en los años veinte. En aquel momento la moda fue realmente atrevida. Por supuesto, hacía falta tener las piernas largas y mucho valor para ponérsela —le guiñó el ojo—. Y yo tenía ambas cosas.

—Todavía las conservas.

—El valor sí, las piernas no —suspirando, la señora Higgs se sentó en la cama. Anna se levantó para ahuecarle la almohada—. Echo de menos la juventud, Anna.

—Y a mí me gustaría ser mayor.

La señora Higgs se reclinó contra la almohada y Anna le arregló las sábanas.

—No deseas que pasen los años.

—No deseo que pasen los años. Solo quiero que este pase cuanto antes.



—Terminarás la carrera antes de que te hayas dado cuenta siquiera. Y seguro que después habrá veces en las que echas de menos todo el trabajo y la confusión de este año.

—Procuraré tenerlo en cuenta —siempre eficiente y discreta, Anna le tomó el pulso—. Pero, ahora mismo, en lo único que soy capaz de pensar es en que termine cuanto antes el verano para poder comenzar las clases.

—Ser joven es como tener un maravilloso regalo y no estar muy segura de lo que se debe hacer con él. ¿Conoce a esa enfermera tan bonita, esa alta y pelirroja?

Muy débil, pensó Anna mientras movía los dedos por la muñeca de su paciente. Recordó haber visto en el informe que a la paciente todavía le faltaba una hora para tomar la medicación.

—Sí, sé quién es.

—Ha estado ayudándome esta mañana. Es tan dulce... Pronto se va a casar. Me gusta oírle hablar de su amor. Tú nunca lo haces.

—¿Nunca hago qué?

—Hablarle de tu enamorado.

Había unas flores marchitas en un jarrón de la mesilla. Anna sabía que las habría comprado alguna de las enfermeras, pues la señora Higgs no tenía familia. Se inclinó hacia adelante e intentó reanimarlas.

—Yo no tengo ninguno.

—Oh, no te creo. Una mujer tan adorable como tú debe tener un buen puñado de enamorados.

—La verdad es que hacen cola delante de la puerta de mi casa —respondió Anna, y sonrió cuando la paciente se echó a reír.

—Supongo que es más cierto de lo que pretendes. Yo solo tenía veinticinco años cuando perdí a mi marido. Pensé que nunca volvería a casarme otra vez. Por supuesto, tuve otros enamorados —la señora Higgs elevó los ojos hacia el techo con expresión triste y soñadora—. Podría contarte historias que te sorprenderían.

Con una risa, Anna se echó el pelo hacia atrás. La luz del sol iluminaba sus ojos, haciéndolos parecer más cálidos y profundos.

—No podría sorprenderme, señora Higgs.

—Era una coqueta terrible, me temo, pero me divertía tanto. Ahora me gustaría...

—¿Qué le gustaría, señora Higgs?

—Me gustaría haberme casado con alguno de ellos y tener hijos. Así tendría alguien a quien le importara y se acordara de mí.

—Hay mucha gente a la que le importa, señora Higgs —Anna le tomó la mano—. A mí me importa.

No podía dejarla sumirse en el dolor o la pena por sí misma. La señora Higgs apretó la mano de Anna con calor.

—Pero tiene que haber algún hombre en tu vida, alguien especial.

—No hay nadie en especial. Pero sí hay un hombre —continuó Anna en un tono más frío—, aunque solo es un pesado.

—¿Y qué hombre es ese? Háblame de él.

Como vio que sus ojos cansados se habían iluminado al oírla, Anna decidió seguirle la corriente.

—Se llama Daniel MacGregor.

—¿Es atractivo?

—No... Sí —Anna se encogió de hombros y posó la barbilla en la mano—. No es el tipo de hombre que aparecería en una revista, pero, desde luego, tampoco es un hombre vulgar. Debe de medir por lo menos dos metros.

—¿Y es de complexión fuerte? —preguntó la señora Higgs animada.

—Definitivamente —había decidido hacerlo parecer más grande por el bien de la señora Higgs, pero se dio cuenta de que no había tenido que exagerar—. Parece capaz de levantar a dos hombres con cada brazo.

Encantada, la señora Higgs se reclinó contra la almohada.

—Siempre me han gustado los hombres grandes.

Anna comenzó a fruncir el ceño, después admitió para sí que la descripción de Daniel era más beneficiosa para la señora Higgs que hablar de las modas de París.

—Es pelirrojo —esperó un instante—. Y tiene barba.

—¡Barba! —los ojos de la señora Higgs brillaban con fuerza—. ¡Qué apuesto!

—No... —la imagen de Daniel acudía a su mente con demasiada facilidad—. En realidad tiene un aspecto fiero. Pero también unos ojos adorables. Son muy azules —frunció el ceño, recordándolos—. Y tiende a mirarte fijamente.

—Un hombre intrépido —asintió la señora Higgs con aprobación—. Nunca he podido soportar a los hombres que no son ni fu ni fa. ¿A qué se dedica?

—Es un hombre de negocios. Un hombre de éxito y muy arrogante.

—Mejor que mejor. Y ahora explícame por qué es una molestia.

—No es capaz de aceptar un no como respuesta —nerviosa, Anna se levantó y se acercó a la ventana—. Yo le he dejado muy claro que no tengo ningún interés en él.

—Lo que hace que esté cada vez más decidido a hacerte cambiar de opinión.

—Algo así. Me ha enviado flores todos los días de la semana.

—¿Qué tipo de flores?

Anna se volvió divertida.

—Rosas. Rosas blancas.

—Oh —la señora Higgs exhaló un suspiro joven y soñador—. Hace tanto tiempo que nadie me manda rosas.

Conmovida, Anna estudió su rostro. La señora Higgs estaba cansada.

—Estaré encantada de traerte las mías. Huelen maravillosamente.

—Eres un encanto, pero no es lo mismo, ¿verdad? Hubo otro tiempo... —se le quebró la voz y sacudió la cabeza—. Bueno, eso ya pasó. Quizá deberías mirar más de cerca a ese Daniel. Nunca es inteligente rechazar el cariño.

—Tendré más tiempo para el amor cuando termine la residencia.

—Siempre creemos que tendremos tiempo para el amor —con otro suspiro, la señora Higgs cerró los ojos—. Yo apuesto por Daniel —musitó y se quedó dormida.

Anna la observó un momento. Después dejó a la señora Higgs con el sol y las revistas de París y cerró la puerta tras ella.

Horas después, salía al calor de la tarde. Tenía los pies cansados, pero el espíritu bien alto. Había pasado la mayor parte de la tarde en maternidad, escuchando a las nuevas madres y sosteniendo bebés en sus brazos. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que estuviera preparada para llevar al mundo una nueva vida.

—Estás mucho más guapa cuando sonríes.

Anna miró sobresaltada a su alrededor. Daniel estaba apoyado contra el capó de un descapotable azul oscuro. Iba vestido con ropa más informal que las veces anteriores, con unos pantalones anchos y una camisa. Una ligera brisa despeinaba su pelo y en sus labios bailaba una sonrisa. Tenía un aspecto, aunque Anna odiaba admitirlo, maravilloso. Mientras vacilaba, intentando encontrar la mejor manera de controlar la situación, Daniel se enderezó y caminó hacia ella.

—Tu padre me ha dicho dónde estabas —Anna parecía tan... competente, decidió, con aquella falda oscura y la blusa blanca. No tan delicada como con los vestidos de noche, pero igualmente adorable.

Con un gesto natural, Anna se colocó el pelo detrás de la oreja.

—Oh, no sabía que conocías a mi padre.

—Ahora que Ditmeyer es abogado del distrito, necesitaba otro abogado.

—Y has decidido que lo sea mi padre —Anna intentó dominar una oleada de cólera—. Espero que no lo hayas contratado por mí.

Daniel sonrió lentamente. Sí, era definitivamente adorable.

—No me gusta mezclar los asuntos personales con el trabajo, Anna. No has contestado a ninguna de mis llamadas.

En aquella ocasión, Anna sonrió.

—No.

—Tus modales me sorprenden.

—No deberían sorprenderte, considerando los tuyos, pero en cualquier caso, te envié una nota.

—No lo considero una petición formal para que deje de enviarte flores.

—En cualquier caso, no has dejado de enviármelas.

—No. ¿Has estado todo el día trabajando?

—Sí. Así que ahora, si me perdonas...

—Te llevaré a tu casa.

Anna inclinó la cabeza con aquel frío gesto que Daniel ya esperaba.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. Hace un día precioso y no vivo lejos.

—De acuerdo, entonces iré caminando contigo.

Anna descubrió que estaba apretando los dientes. Haciendo un notable esfuerzo, se relajó.

—Daniel, creo que ya he dejado muy claro lo que pienso.

—Sí, desde luego. Y yo también. Así que... —le tomó las manos—, ahora ya solo queda ver cuál de nosotros es más persistente. Y pretendo ser yo. En cualquier caso, ¿hay algo malo en que pretenda que nos conozcamos un poco mejor?

—Claro que lo hay —comenzaba a entender uno de los motivos por los que Daniel tenía tanto éxito en sus negocios. Cuando quería algo, derrochaba encanto. No había muchos hombres capaces de tomarse un desafío con una amable sonrisa—. Tendrás que soltarme las manos.

—Por supuesto... si aceptas dar una vuelta en el coche conmigo.

La luz volvió a los ojos de Anna.

—Yo no acepto chantajes.

—Me parece bien —como estaba empezando a respetarla y todavía estaba dispuesto a ganar, la soltó—. Anna, hace una tarde adorable. Da una vuelta conmigo. El aire fresco y el sol te sentarán bien, ¿verdad?

—Claro que sí —¿qué mal haría a nadie? Quizá si le seguía un poco la corriente, pudiera convencerlo para que dedicara su considerable energía a cualquier otra mujer—. De acuerdo. Daremos un paseo entonces. Tienes un coche muy bonito.

—Me gusta, pero Steven hace pucheros cada vez que salgo sin él en el Rolls. Y es algo muy triste ver a un hombre adulto haciendo pucheros. Empezó a abrirle la puerta a Anna, pero de pronto se detuvo—. ¿Sabes conducir?

—Por supuesto.

—Estupendo —Daniel se sacó las llaves del bolsillo y se las tendió.

—No lo comprendo. ¿Quieres que conduzca?

—A no ser que prefieras no hacerlo.

Anna tomó al instante las llaves.

—Me encantaría. ¿Pero cómo sabes que no soy una mujer imprudente?

Daniel se quedó mirándola un instante y entonces estalló en carcajadas. Antes de que Anna pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, la había levantado en brazos y giraba encantado con ella.

—Anna Whitfield, estoy loco por ti.

—Loco —musitó Anna, intentado colocarse la falda y recuperar la dignidad cuando sus pies estuvieron otra vez en el suelo.

—Vamos, Anna —Daniel se dejó caer en el asiento de pasajeros y sonrió travieso—. Mi vida y mi coche están en tus manos.

Con la cabeza bien alta, Anna rodeó el coche y se sentó en su asiento. Incapaz de resistirse, contestó a la sonrisa de Daniel con una fría y perversa sonrisa.

—¿Te gusta jugar, Daniel?

—Desde luego —se repantigó en el asiento mientras el motor cobraba vida—. ¿Por qué no salimos de la ciudad? El aire será mas fresco.

Dos kilómetros, se prometió Anna mientras sacaba el coche de la acera. Tres como mucho.

En cuestión de minutos, estaban los dos riendo a más de quince kilómetros de la ciudad.

—Es maravilloso —gritó Anna contra el viento—. Nunca había conducido un descapotable.

—Te sienta muy bien.

—Lo recordaré cuando decida comprarme un coche —se mordió el labio inferior mientras tomaba una curva—. Algo que tendré que hacer pronto.

Quiero mudarme a un apartamento que esté cerca del hospital, pero siempre viene bien tener un coche.

—¿Vas a dejar la casa de tus padres?

—El mes que viene —asintió—. No han protestado tanto como esperaba. Supongo que es lo mejor que he hecho desde que decidí estudiar fuera del estado. Ahora solo tengo que convencerlos de que no tienen que amueblarme la casa.

—No me gusta la idea de que vivas sola.

Anna volvió brevemente la cabeza hacia él.

—No es algo de lo que pretenda discutir contigo, pero, en cualquier caso, soy una mujer adulta. Tú vives solo, ¿verdad?

—Eso es diferente.

—¿Por qué?

Daniel abrió la boca, pero volvió a cerrarla. ¿Por qué? Porque mientras que él mismo no le preocupaba, sí que le preocupaba que Anna viviera sola. Sin embargo, no era esa una razón que Anna pudiera aceptar.

—Yo no vivo solo —la corrigió—. Tengo criados —con gesto petulante, esperó su respuesta.

—No creo que yo tenga sitio para criados. Mira qué verde está la hierba.

—Estás cambiando de tema.

—Sí, estoy cambiando de tema. ¿Tienes muchas tardes libres a la semana?

—No —gruñó un poco, pero después decidió dejar pasar el tema. Siempre podía inspeccionar él mismo el apartamento y asegurarse de que era un lugar seguro—. Pero he decidido que ir a buscarte al hospital era la única manera de volver a verte.

—Podría haber dicho que no.

—Desde luego. Pero estaba seguro de que no lo harías. ¿Qué haces en el hospital? Todavía no puedes clavarles agujas y cuchillos a la gente.

Anna volvió a soltar una carcajada. El viento olía deliciosamente.

—Durante la mayor parte del tiempo, visito pacientes, hablo con ellos, les llevo revistas. Y también puedo ayudar a cambiar sábanas y cosas así cuando lo necesitan.

—No creo que hayas ido a la universidad para dedicarte a eso.

—No, pero de esta forma estoy aprendiendo muchas cosas. Ni los médicos ni las enfermeras pueden prestarle a los pacientes mucha atención personal por la sencilla razón de que tienen mucho trabajo y muy poco tiempo. Yo ahora tengo tiempo para hacerlo. Y eso me ayuda a comprender lo que significa estar tumbado hora tras hora, sintiéndose mal o, simplemente, aburrido. Quiero recordar todas estas cosas cuando comience las prácticas.

Daniel nunca había pensado en ello, pero aquellas palabras le hicieron recordar la larga enfermedad que había sufrido su madre cuando él tenía diez años. Recordaba, también, lo difícil que había sido para ella permanecer confinada en una cama. Recordó el olor de su habitación, un olor que recordaba tan nítidamente como el de las minas.

—¿No te molesta estar todo el tiempo rodeada de gente enferma?

—Si me molestara, no querría ser médico.

Daniel observó el modo en el que el viento retiraba el pelo de su rostro. El adoraba a su madre, iba a verla todos los días, pero le destrozaba verla enferma. Anna, una mujer joven y vital, había elegido pasar la vida viendo enfermos.

—No lo comprendo.

—Yo tampoco me comprendo siempre.

—Dime por qué vas a ese hospital todos los días.

Anna pensó en su sueño. ¿Por qué iba a comprender él lo que nadie entendía? Pensó después en la señora Higgs. Quizá pudiera entenderla mejor si le hablara de ella.

—Ahora hay una mujer en el hospital. Hace un par de semanas la operaron, le quitaron un tumor y parte del hígado. Sé que está sufriendo mucho, pero apenas se queja. Necesita hablar, y yo puedo darle conversación. Es lo único que puedo hacer por ella.

—Pero es importante.

Anna se volvió hacia él; sus ojos habían adquirido una nueva intensidad.

—Sí, lo es para las dos. Hoy me ha estado diciendo que le gustaría haberse vuelto a casar tras la muerte de su marido. Quiere que alguien la recuerde. Su cuerpo está renunciando a la vida, pero su mente continúa viva. Hoy le he hablado de ti...

—Le has hablado de mí...

Anna no fue capaz de morderse la lengua. De modo que continuó explicándole:

—La señora Higgs ha sacado el tema de los hombres y yo le he dicho que conocía a uno muy pesado.

Daniel le tomó la mano y le dio un beso.

Anna aumentó la velocidad.

—En cualquier caso, te he descrito. Estaba impresionada.

—¿Y cómo me has descrito?

—¿También eres vanidoso, Daniel?

—Absolutamente.

—Arrogante, feroz. No sé si me he acordado de decirle que eres también un hombre rudo. La cuestión es que si puedo sentarme a hablar con ella durante algunos minutos todos los días y llevarle un poco de la vida que transcurre fuera del hospital, le haré más fácil la convalecencia. Un médico tiene que recordar que el diagnóstico y el tratamiento no lo son todo. De hecho, quizá no sean nada si no hay compasión.

—No creo que tú puedas olvidarlo nunca.

Anna sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Estás intentando halagarme otra vez.

—No, estoy intentando comprenderte...

—Daniel... —¿cómo tratar con él en un momento así? Anna podía manejar su arrogancia, su pedantería e incluso sus demandas. ¿Pero cómo enfrentarse a su amabilidad?—. Si de verdad quieres comprenderme, me escucharás. Obtener el título y comenzar las prácticas no solo es lo más importante de mi vida. Es lo único que me importa. He deseado esto durante demasiado tiempo,

he trabajado muy duramente para permitir que nada o nadie me distraiga de mi objetivo.

Daniel deslizó un dedo por su hombro.

—¿Estás diciéndome que soy un motivo de distracción?

—No estoy bromeando.

—No, yo tampoco estoy bromeando. Quiero que seas mi esposa.

El coche se desvió cuando las manos de Anna resbalaron en el volante. Pisó el freno con fuerza e hizo una precipitada parada en medio de la carretera.

—¿Eso es un sí? —Daniel sonrió al ver el impacto que sus palabras habían tenido en Anna.

Anna tardó más de diez segundos en recuperar la voz. No, Daniel no estaba bromeando. Aquel hombre estaba completamente loco.

—Has perdido la cabeza. No hace ni una semana que nos conocemos, nos hemos visto un par de veces y me estás proponiendo matrimonio. Si haces de forma tan descuidada tus negocios, no entiendo que no te hayas arruinado.

—No me he arruinado porque sé qué negocio tengo que quedarme y cuál debo rechazar —posó la mano en su hombro—. Debería haber esperado a preguntártelo, pero cuando estoy seguro de algo, no soy capaz de esperar.

—¿Estás seguro? —soltó aire e intentó controlar el caos emocional que se había producido en su interior—. Es posible que te interese saber que hacen falta dos personas para casarse. Dos personas que se amen la una a la otra.

—Nosotros somos dos.

—No quiero casarme, ni contigo ni con nadie. Me queda otro año de universidad, tengo que hacer las prácticas, la residencia.

—No me gusta la idea de que tengas que convertirte en médico —a esas alturas, estaba ya convencido de que Anna iba a aceptar—, pero estoy dispuesto a hacer algunas concesiones.

—¿Concesiones? —la furia daba un aspecto vidrioso a sus ojos—. Mi carrera no es ninguna concesión —hablaba con voz calmada, demasiado tranquila incluso—. He intentado ser razonable contigo, Daniel, pero tú simplemente no escuchas. Intenta meterte esto en la cabeza: estás perdiendo el tiempo.

Daniel se acercó a ella, excitado por su carácter y furioso por su rechazo.

—Mi tiempo lo gasto como quiero.

Y sin la delicadeza ni la paciencia de la vez anterior, buscó sus labios. Quizá Anna se hubiera resistido; Daniel no lo sabía. En aquel momento, estaba demasiado concentrado en los deseos que ardían en su interior, las emociones que lo atravesaban eran demasiado intensas para ser consciente de cualquier protesta o queja.

Los labios de Anna estaban calientes por la fuerza del sol y su piel suave, quizá gracias a alguno de esos remedios mágicos que utilizaban las mujeres. La deseaba. No solo era una cuestión de que se ajustara a sus planes. Un deseo sobrecogedor regía sus acciones.

Aquello fue tal como Anna consideraba a Daniel: fuerte, apremiante, peligroso, emocionante. Anna no era capaz de protestar, aunque sabía que sería muy fácil hacerlo. Frío. ¿Cómo podía sentir frío cuando su cuerpo se había convertido repentinamente en fuego? Insensible. ¿Cómo podía no sentir

las sensaciones que la atravesaban? A pesar de toda lógica, a pesar de toda su fuerza de voluntad, se fundió con él, dándole mucho más de lo que creía poseer. Y tomando mucho más de lo que creía necesitar.

Y lo volvería a desear. Mientras la sangre latía frenéticamente en su cabeza, lo supo. Siempre que Daniel estuviera cerca de ella, cada vez que pudiera recordar sus caricias, lo desearía. ¿Cómo podía detener aquel deseo? Había respuestas. Estaba segura de que habría respuestas si pudiera encontrarlas. Necesitaba razonar, un poco de lógica, pero estaba envuelta en una debilidad que la hacía perderse en aquella intensidad que creaban juntos.

Cuando recuperó las fuerzas, la encontró entrelazada con la pasión. Pero la pasión era algo que se sentía capaz de controlar. Luchando contra los arrepentimientos, Anna se apartó. Se enderezó en su asiento y miró hacia adelante hasta que estuvo segura de que era capaz de volver a hablar.

—No voy a verte otra vez.

El primer aguijón del miedo lo sorprendió. Daniel lo descartó rápidamente y la hizo volverse hacia él.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

—Estoy hablando en serio.

—Estoy seguro. Pero no es verdad.

—Maldito seas, Daniel, no se te puede decir nada. Es imposible hablar contigo.

Era la primera vez que sentía el látigo de su enfado, y, aunque Anna se controló rápidamente, Daniel comprendió que tenía un genio digno de respeto.

—Aunque estuviera enamorada de ti, que no lo estoy, no volvería a verte.

Daniel enredó un mechón de pelo de Anna en su dedo y lo soltó.

—Eso lo veremos.

—No, no lo veremos... —se interrumpió y se sobresaltó al oír una bocina.

Un coche los estaba adelantando. Su conductor se detuvo a su lado el tiempo suficiente para fulminarlos con la mirada y gritar algo que se fundió con el sonido de su motor mientras continuaba la marcha. Daniel se echó a reír. Anna apoyó la frente en el volante y se unió a sus carcajadas. Jamás había conocido a nadie capaz de enfurecerla, hacerla sentirse repentinamente débil inmediatamente después y a los pocos minutos provocarle carcajadas.

—Daniel, esta es la situación más ridícula en la que me he visto envuelta en toda mi vida —sin dejar de reír, alzó la cabeza—. Creo que si dejaras el asunto de la boda, incluso podríamos llegar a ser amigos.

—Seremos amigos —se inclinó hacia delante y la besó antes de que Anna pudiera apartarse—. Quiero una esposa y una familia. Llega un momento en el que un hombre necesita todas esas cosas para que lo demás merezca la pena.

Anna cruzó los brazos sobre el volante y apoyó sobre ellos la barbilla. Una vez recuperada la calma, observó la hierba que rodeaba la carretera.

—Lo creo... creo que es cierto para ti. Y también creo que has decidido encontrar una mujer que cumpla una serie de requisitos.

Daniel se enderezó incómodo en su asiento. No iba a ser fácil vivir con una mujer capaz de conocerlo tan bien. Pero él había elegido a Anna.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque para ti todo es un negocio —lo miró con firmeza—, de un modo u



otro.

No podía eludir el tema. Con ella no era posible.

—Quizá sí. Pero la cuestión es que te he elegido a ti. Solo a ti.

Suspirando, Anna se recostó contra el asiento.

—El matrimonio no es una transacción, o no debería serlo. No puedo ayudarte, Daniel —Anna puso el coche en marcha otra vez—. Ya es hora de que volvamos.

Daniel posó la mano en su hombro, antes de que ella se volviera hacia la carretera.

—Es demasiado tarde para dar marcha atrás, Anna. Para los dos.

## Capítulo Cuatro

Un rayo cruzó los cielos y se oyó el retumbar de un trueno, pero no llovía. La noche, aunque el verano acababa de empezar, era casi tórrida. De vez en cuando, el viento movía suavemente las hojas de los árboles, sin capacidad alguna para refrescar el ambiente. Disfrutando del calor y de la amenaza de tormenta, Myra detuvo el coche frente a la casa de Ditmeyer con un agudo chirrido de frenos.

—Qué ruido más desagradable —comprobó su aspecto en el espejo retrovisor—. Realmente tendrían que arreglarlo.

—¿Tu rostro? —la sonrisa desabrida de Anna fue contestada de muy buen humor.

—Sí, eso después, pero de momento me refería a ese ruido tan desagradable que hacen los frenos.

—Podrías intentar conducir de una forma más... discreta.

—¿Y entonces qué gracia tendría conducir?

Anna salió del coche riendo.

—Recuérdame que no te deje mi coche nuevo.

—¿Coche nuevo? —Myra cerró la puerta y se colocó el tirante del vestido—. ¿Desde cuándo tienes un coche nuevo?

Tenía que ser el ambiente, se dijo Anna, lo que la hacía estar tan nerviosa.

—Estaba pensando en comprarme uno mañana.

—Magnífico. Iré contigo. Apartamento nuevo, coche nuevo —Myra agarró a su amiga del brazo y comenzaron a caminar. La fragancia de sus respectivos perfumes, el uno sutil y el otro intenso, las seguía—. ¿Qué le está ocurriendo a nuestra tranquila y pequeña Anna?

—El sabor de la libertad —echó la cabeza hacia atrás y miró hacia el cielo. Estaba cubierto de nubes—. Desde que he descubierto su sabor, me siento insaciable.

«Insaciable» no era una palabra que Myra asociara con Anna, excepto en lo que se refería a los estudios. A menos que ella se hubiera perdido algo, los pensamientos de su amiga se estaban alejando un poco de los libros. Con gesto pensativo, se humedeció el labio superior.

—Me pregunto si Daniel MacGregor tendrá algo que ver con todo esto.

Anna se detuvo y arqueó una ceja antes de llamar al timbre. Había reconocido la mirada de Myra y sabía cómo enfrentarse a ella.

—¿Qué puede tener él que ver con que quiera comprarme un coche nuevo?

—Estaba pensando en lo de insaciable.

Era difícil mantener el rostro serio, pero Anna consiguió ignorar la maliciosa sonrisa que Myra le dirigió.

—Te estás equivocando, Myra. Simplemente he decidido volver a Connecticut con estilo.

—Algo rojo —respondió Myra—, y llamativo.

—No, un coche blanco, creo. Y con clase.

—Te sienta muy bien, ¿verdad? —con un suspiro, Myra se volvió para estudiar a su amiga. Llevaba un vestido de color salmón muy claro, con las

mangas muy finas y fruncidas en los puños—. Si yo me pusiera un vestido de ese color me confundiría con el papel de las paredes. Y tú pareces un pastel en el escaparate de una pastelería.

Con una carcajada, Anna la agarró del brazo.

—No he venido aquí a que me coman. En cualquier caso, a ti te sientan mejor los colores llamativos, Myra. De hecho, no conozco a nadie a quien le sienten tan bien.

Complacida, Myra apretó los labios.

—Sí, ¿verdad?

Cuando se abrió la puerta de la casa de los Ditmeyer, Anna entró en el interior. No podía explicar por qué de pronto se sentía tan bien. Quizá fuera porque su trabajo en el hospital cada vez era más satisfactorio. O quizá por la carta que había recibido del doctor Herwitt, hablándole de una fascinante técnica quirúrgica. Porque, desde luego, no tenía nada que ver con las rosas que continuaban llegando cada día.

—Señora Ditmeyer.

Fuerte y formidable con su vestido color lavanda, Louise Ditmeyer salió a recibirlas.

—Anna, estás adorable —se detuvo para examinar el vestido de la joven—. Sencillamente adorable —continuó—. Los colores pastel les sientan muy bien a las jóvenes. Y Myra... —deslizó la mirada por el vestido verde esmeralda de Myra. La desaprobación era evidente en su mirada—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —contestó Myra dulcemente. «Vieja bruja», pensó para sí.

—Usted está maravillosa, señora Ditmeyer —intervino Anna rápidamente, habiendo leído perfectamente los pensamientos de su amiga. Le dio a Myra un disimulado codazo en las costillas—. Espero que no hayamos llegado demasiado pronto.

—En absoluto. Ya hay algunos invitados en el salón. Vamos —se dirigió hacia el salón con ellas.

—Tiene el aspecto de un acorazado —murmuró Myra.

—Entonces mantén la boca cerrada si no quieres que te caiga encima algún torpedo.

—Espero que vengan vuestros padres —la señora Ditmeyer se detuvo en el marco de la puerta y miró satisfecha a sus invitados.

—Nunca se perderían una fiesta como esta —le aseguró Anna, preguntándose si alguien se atrevería a decirle a Louise Ditmeyer que el color lavanda la hacía parecer hepática.

La señora Ditmeyer le hizo un gesto a uno de sus criados.

—Charles, sírveles un jerez a estas jovencitas. Estoy segura de que podéis presentaros vosotras mismas. Tengo tantas cosas que hacer —y, sin más, desapareció de su lado.

Sintiéndose terriblemente agresiva, Myra se dirigió hacia el bar.

—Ponme un bourbon, Charles.

—Y yo quiero un martini —añadió Anna—. Seco. Compórtate, Myra. Ya sé que es muy irritante, pero es la madre de Herbert.

—Para ti es fácil decirlo —Myra tomó bruscamente su vaso—. En lo que a

ella concierne, tienes corona y alas.

Anna hizo una mueca ante aquella descripción.

—Estás exagerando.

—Muy bien, entonces solo tienes corona.

—¿Te ayudaría en algo que tirara mi copa en la alfombra? —Anna sacó la aceituna.

—No te atreverías a hacer algo así —comenzó a decir Myra, y jadeó al ver que Anna inclinaba la copa—. ¡No! —la enderezó entre risas—. Había olvidado la facilidad con la que aceptas los desafíos —le quitó la aceituna a Anna y se la comió ella misma—. No me importaría que le tiraras la copa encima a ese ogro, pero la alfombra es preciosa. Pobre Herbert —se volvió para mirar al resto de los invitados—. Ahí está, acorralado por esa cazadora de hombres que es Mary O'Brian. ¿Sabes? Herbert es un hombre atractivo, al menos en el aspecto intelectual. Es una pena que sea tan...

—¿Tan qué?

—Bueno —concluyó. Alzó su copa para disimular una sonrisa—. Acaba de entrar alguien a quien creo que nadie llamaría bueno.

Anna ni siquiera tuvo que volverse. La habitación pareció encogerse de pronto y la temperatura aumentó varios grados. El ambiente estaba repentinamente cargado. Anna sentía la excitación, recordaba la emoción. Por un momento, sintió pánico. Las puertas de la terraza estaban a su derecha. Podría cruzarlas y alejarse inmediatamente de allí. Ya inventaría más tarde alguna excusa. Cualquier excusa.

—Vaya, vaya —Myra posó la mano en el brazo de su amiga y advirtió que estaba temblando—. Esto te está afectando mucho, ¿eh?

Furiosa consigo misma, Anna dejó su copa en la mesa, pero volvió a tomarla casi inmediatamente.

—No seas ridícula.

Myra la miraba con una mezcla de diversión y preocupación.

—Anna, soy yo. La amiga que más te quiere.

—Él es muy insistente, eso es todo. Indignantemente persistente. Y me pone nerviosa.

—De acuerdo —Myra sabía que era mejor no intentar presionar a Anna—, de momento lo dejaremos ahí. Pero como tengo la sensación de que necesitas un minuto para recuperarte, vamos a rescatar a Herbet.

Anna no protestó porque sabía que necesitaba ese minuto. Una hora. Años quizá. No importaba que hubiera considerado y sopesado su forma de reaccionar con Daniel y hubiera llegado a la conclusión de que tenía que ser puramente física. La reacción permanecía y era más intensa cada vez que lo veía. No le importaba que fuera capaz de hacer aflorar la pasión entrando simplemente en la misma habitación en la que ella se encontraba, puesto que sabía que podía ignorarlo e intentar relajarse. Anna siempre había sido capaz de controlar las reacciones de su cuerpo. Debía respirar lentamente, se dijo a sí misma. Concentrarse en cada uno de sus músculos. La tensión de los hombros cedió. Al fin y al cabo, estaban en una fiesta, rodeados de gente. No era como si estuvieran sentados en un coche aparcado, o en una carretera solitaria. Se le tensó el estómago.

—Hola, Herbert —Myra se colocó al lado de su amigo—. Mary.

—Myra —obviamente molesta con la interrupción, Mary se volvió hacia Anna. Mientras lo hacía, Herbert elevó los ojos al cielo. Divertida y compasiva, Myra lo agarró del brazo.

—¿Hoy has encerrado a algún criminal en una celda?

Antes de que Herbert pudiera contestar, Mary fulminó a Myra con la mirada.

—Hablas como si se tratara de un juego. Herbert es una parte muy importante del sistema judicial.

—¿De verdad? —Myra arqueó las cejas como solo ella era capaz de hacerlo—. Y yo que pensaba que se dedicaba a meter a ladronzuelos en chirona.

—De vez en cuando —Herbert mantenía la voz fría y la mirada solemne. Asintió mirando a Myra—. Hago todo lo que puedo para asegurarme de que las calles sean seguras. Deberíais ver las muescas que llevo en mi maletín.

Encantada al darse cuenta de que le estaba siguiendo el juego, Myra se inclinó hacia él y batió las pestañas.

—Oh, Herbert, adoro a los hombres duros.

Aquella fue, desgraciadamente, una fiel e inteligente imitación de Cathleen Donahue, la mejor amiga de Mary. Esta última se tensó e inhaló varias veces antes de poder decir nada.

—Si me disculpáis...

—Creo que se te ha dislocado la nariz —Myra la miraba con los ojos abiertos como platos, con expresión de absoluta inocencia—. Anna, ¿tú qué opinas como médico?

—Malicia Terminal —Anna palmeó la mejilla de Myra—. Cuidado, cariño, es contagioso.

—Qué actuación.

Anna se quedó helada, pero inmediatamente se obligó a relajarse. ¿Cómo podría haberse imaginado que un hombre tan grande pudiera moverse tan sigilosamente?

—Buenas noches, señor MacGregor —Myra le tendió la mano. Al parecer, aquella fiesta no iba a ser en absoluto aburrida—. ¿Disfrutó del ballet?

—Mucho, pero su actuación me ha gustado mucho más.

Herbert recibió a Daniel estrechándole amistosamente la mano.

—Con Myra es imposible aburrirse —le comentó.

Halagada y sorprendida, Myra se volvió hacia él.

—Vaya, gracias —en un impulso, decidió poner su mente a funcionar rápidamente. Quería a Anna como a una hermana y se propuso hacer lo que consideraba era mejor para ella—. Creo que tomaré otra copa antes de cenar. Tú también, Herbert —y sin darle oportunidad de mostrar su acuerdo, se lo llevó de allí.

Daniel observó su maniobra sacudiendo incrédulo la cabeza.

—Esa mujer es increíble.

Anna observaba a su amiga alejándose hacia el bar.

—Sí, definitivamente increíble.

—Me gusta tu pelo.

Anna estuvo a punto de llevarse la mano a la cabeza, pero inmediatamente se lo impidió. Como no había tenido tiempo de arreglarse mucho tras haber pasado el día entero en el hospital, se había limitado a peinárselo hacia atrás. Esperaba tener un aspecto sofisticado, o al menos competente. Su rostro quedaba completamente expuesto y vulnerable.

—¿Habías estado antes en casa de los Ditmeyer?

—Estás cambiando de tema otra vez.

—Sí. ¿Habías estado aquí?

Una sonrisa asomó a sus labios.

—No.

—Tienen una magnífica colección de Waterford en el comedor. Deberías echarle un vistazo durante la cena.

—¿Te gustan las cristalerías?

—Sí, me gusta ver cómo absorbe y proyecta la luz el cristal, provocando todo tipo de sorpresas.

—Si aceptas cenar en mi casa, podría enseñarte mi colección.

Anna descartó la primera parte de la invitación, pero se interesó por la segunda.

—¿Tu colección?

—Me gustan las cosas bonitas.

El tono era evidente. La mirada de Anna era tan directa y tranquila como siempre.

—Si eso es un cumplido, lo tomaré por lo que vale. Pero no tengo intención de ser coleccionada.

—No quiero colocarte en una estantería o en una caja de cristal. Solo te deseo a ti —le tomó la mano y le estrechó los dedos cuando ella intentó apartarla—. Estás asustada —comentó, complacido por el tacto de su piel.

—Simplemente soy prudente —sin mover la cabeza, Anna bajó la mirada hacia sus manos unidas—. No me has soltado la mano.

Daniel pensaba continuar reteniéndola.

—¿Te has dado cuenta de lo bien que encaja en la mía?

Anna lo miró entonces a los ojos.

—Tienes unas manos muy grandes. Cualquier mano encajaría bien en ellas.

—Yo creo que no —le soltó la mano, pero solo para agarrarla del brazo.

—Daniel...

—Creo que ha llegado la hora de ir a cenar.

No podía comer. Anna nunca tenía mucho apetito, lo cual era constante motivo de queja de Myra, pero aquella noche era incapaz de probar bocado. Al principio, pensó que había sido una jugarreta del destino que Daniel estuviera sentado a su lado en la mesa. Pero le bastó mirarlo a la cara para darse cuenta de que había sido él el que había logrado que así fuera. Daniel dio cuenta sin problema alguno del marisco que se sirvió como aperitivo y del plato de sopa, mientras que ella apenas conseguía mordisquear algo por no quedar mal.

Daniel se mostraba atento, de una manera casi exasperante, mientras ignoraba por completo a la mujer que tenía sentada a su derecha. Se inclinaba

hacia ella y le susurraba cosas al oído, la animaba a probar esto y lo otro. Forzada por la buena educación a mantener los modales, Anna estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no perder la compostura. Sus padres estaban sentados cerca de la cabecera de la mesa y los veía mirarla de vez en cuando con expresión especulativa y de aprobación al mismo tiempo. Anna intentaba vencer la dentera y tragar el filete Wellington. No tardó mucho tiempo en darse cuenta de que las miradas especulativas procedían también de otras zonas de la mesa. Veía sonrisas, asentimientos de cabeza y susurros mal disimulados. Daniel estaba dejando claro, públicamente, que se consideraba su pareja.

El genio de Anna, siempre controlado, comenzó a calentarse. Deliberadamente, cortó un trozo de carne.

—Como no dejes de hacerte el pretendiente enamorado —musitó, mientras le dirigía una sonrisa—, voy a tirar mi copa de vino en tu regazo. Y te aseguro que te sentirás muy incómodo.

Daniel le palmeó la mano.

—No, no lo harás.

Anna tomó aire y decidió tomarse su tiempo. Cuando le estaban sirviendo el postre, alargó la mano sobre la mesa y empujó suavemente su copa. Si Daniel no hubiera bajado la mirada justo en ese momento, se habría perdido aquel gesto y habría terminado con el regazo cubierto de borgoña. Pero rápidamente, agarró la copa, inclinándola hacia el otro lado. Antes de que pudiera enderezarla, la mitad de su contenido se había derramado sobre el mantel. Oyó que Anna maldecía entre dientes y casi rugió una carcajada.

—Qué torpeza —miró disculpándose a su anfitriona—. Tengo unas manos tan grandes —con expresión de arrepentimiento, utilizó una de ellas para palmeo la pierna de Anna por debajo de la mesa. Creyó oírle rechinar los dientes, aunque no estaba del todo seguro.

—No tiene importancia —la señora Ditmeyer supervisó el daño y decidió que podía haber sido peor—. Para eso están los manteles. Pero usted no se ha manchado, ¿verdad?

Daniel le dirigió una sonrisa radiante y después miró hacia Anna.

—Ni una gota —mientras volvía a alzarse el zumbido de las conversaciones, se inclinó hacia ella—. Admirable y muy rápido. Cada vez te encuentro más excitante.

—Habría sido mucho más excitante si hubiera tenido mejor puntería.

Daniel elevó su copa y la acercó a la de Anna.

—¿Qué crees que haría nuestra anfitriona si te besara aquí mismo, delante de todo el mundo?

Anna tomó el cuchillo y lo miró como si estuviera admirando su diseño. Pero a Daniel le dirigió una mirada dura como el acero.

—Puedo decirte lo que haría yo.

En aquella ocasión Daniel contestó con una larga y sonora carcajada.

—Maldita sea, Anna, eres la única mujer posible para mí —aquella declaración pudo oírse en los dos extremos de la mesa—. Pero ahora no voy a besarte. No quiero que hagas tu primera operación quirúrgica conmigo.

Después de la cena, se jugó al bridge en el salón. Aunque odiaba ese

juego, Anna consideró la posibilidad de jugar para mantenerse ocupada y en grupo. Pero antes de que hubiera podido decir nada, media docena de jóvenes la urgió a salir al jardín.

La tormenta continuaba amenazando con estallar y la luna estaba cubierta de nubes, pero el aire había refrescado. A medida que la lluvia se acercaba, el viento se levantaba. Había luces estratégicamente colocadas en el jardín, de manera que los árboles aparecían bañados por una tenue luz. Alguien había encendido la radio en el interior de la casa y la música fluía hacia fuera a través de la ventana. El grupo comenzó a caminar lentamente y pronto se formaron parejas.

—Me pregunto si sabrás algo de jardines —le preguntó Daniel.

Anna no esperaba poder deshacerse fácilmente de él. Se encogió de hombros y procuró no alejarse de sus amigos.

—Un poco.

—Steven es mejor chófer que jardinero —Daniel se agachó para oler una peonía blanca—. Es muy trabajador, pero le falta imaginación. Yo esperaba algo más...

—¿Llamativo?

A Daniel le gustó la palabra.

—Desde luego. Más llamativo, con más colores. En Escocia tenemos el brezo y las zarzas están llenas de rosas salvajes. Quizá no sean tan bonitas como las que se compran en las tiendas, aunque algunas tienen unos tallos tan gruesos como el pulgar y espinas capaces de atravesarte una mano —ignorando el murmullo de desaprobación de Anna, tomó un capullo y se lo colocó en la oreja—. Las flores delicadas son bonitas para miraras, o para verlas en el cabello de una mujer, pero las rosas salvajes... son lo mejor.

Anna se olvidó de que no quería quedarse a solas con él, y se olvidó también de mantener lo que se consideraba una distancia prudente entre amigos. Se preguntaba por el olor de las rosas salvajes y le habría gustado saber si un hombre como Daniel arrancaría aquellas rosas o preferiría dejarlas crecer en su arbusto.

—¿Echas de menos Escocia?

Daniel la miró, perdido en sus recuerdos durante algunos minutos.

—A veces. Cuando no estoy demasiado ocupado para pensar, echo de menos los acantilados y el mar. Y esa hierba más verde de lo que parece posible.

Estaba en su voz, comprendió Anna. La nostalgia. Ella nunca había creído posible añorar una tierra. Para Anna lo único importante era la gente.

—¿Vas a volver? —de pronto se descubrió esperando con miedo su respuesta.

Daniel desvió la mirada justo en el momento en el que un rayo cruzaba el cielo, iluminando al mismo tiempo su rostro. A Anna le latió violentamente el corazón. Daniel tenía el aspecto del mismísimo Thor: intrépido, cruel, invulnerable. Cuando habló, lo hizo con una voz suave que debería haberla tranquilizado. Pero Anna estaba cada vez más emocionada.

—No. Un hombre construye su propio hogar a cada momento.

Anna acarició una frágil glicinia. Otra ilusión óptica, pensó. Y era absurdo



dejarse conmover por una ilusión óptica.

—¿Tienes familia allí? —le preguntó.

—No —Anna creyó advertir dolor en su voz, un dolor más intenso que la nostalgia, pero su rostro permanecía impertérrito cuando la miró—. Soy el último hombre de mi familia. Necesito hijos, Anna —no la tocó. No hacía falta que lo hiciera—. Necesito hijos e hijas y quiero que tú me los des.

Anna lo miraba sin comprender por qué no se escandalizaba cuando Daniel decía cosas tan escandalosas. Continuaron paseando por el jardín.

—No quiero discutir contigo, Daniel.

—Estupendo —la rodeó por la cintura y la hizo girar. Su expresión solemne había sido sustituida por una sonrisa—. Iremos a Maryland y nos casaremos mañana por la mañana.

—¡No! —a través de su dignidad herida, Anna intentó alejarse.

—De acuerdo, si lo que quieres es celebrar una gran boda, estoy dispuesto a esperar una semana.

—¡No, no y no! —sin terminar de comprender por qué encontraba todo aquello divertido, Anna comenzó a reír mientras lo empujaba para que se separara de ella—. Daniel MacGregor, debajo de ese pelo rojo, tienes la cabeza más dura que he visto en mi vida. No me casaré contigo mañana, ni dentro de una semana, ni nunca.

Daniel la levantó en brazos, de modo que sus rostros quedaron al mismo nivel. Cuando se recuperó del primer impacto, Anna se descubrió sintiendo una extraña y no del todo desagradable sensación.

—¿Quieres apostar? —dijo Daniel simplemente.

Anna arqueó una ceja y preguntó con una voz tan fría como el agua de un manantial:

—¿Perdón?

—Dios, qué mujer —repuso Daniel y la besó con dureza.

Las imágenes que aparecían y desaparecían de la mente de Anna eran tan rápidas que no conseguía separarlas.

—Si no quisiera hacer las cosas de forma honrosa, te juro que te colocaría sobre mi hombro y antes de mañana ya estaríamos casados —rió y volvió a besarla—. Pero voy a dejarte apostar.

Si la besaba otra vez, Anna iba a estar demasiado aturdida para recordar siquiera su nombre. Aferrándose a la poca dignidad que le quedaba, posó las manos en sus hombros y lo miró muy seria.

—Daniel, déjame en el suelo.

—No pienso hacerlo —repuso él, sonriendo radiante.

—Quedarás lisiado de por vida como no lo hagas.

Daniel recordó la amenaza de la copa de vino. Un compromiso, decidió, y la dejó en el suelo, pero no apartó las manos de su cintura.

—Haremos una apuesta —repitió.

—No sé de qué estás hablando.

—Un día me dijiste que yo era un jugador, ¿qué me dices de ti?

Anna descubrió que todavía tenía las manos apoyadas en su pecho y las apartó rápidamente.

—Desde luego que no.

—¡Ja! —había en su mirada un desafío que Anna encontró difícil de resistir—. Estás mintiendo. Cualquier mujer que se decide a ser médico desafiando al sistema, tiene alma de jugadora.

Como si quisiera demostrarle que tenía razón, Anna inclinó la cabeza.

—¿Qué apostamos?

—Esa es mi chica —si Anna lo no lo hubiera mirado con los ojos entrecerrados, habría vuelto a levantarla—. Yo digo que llevarás una alianza en el dedo antes de que termine el año.

—Y yo digo que no.

—Si yo gano, pasaremos el primer fin de semana de nuestra vida en común en la cama. Lo único que haremos será comer, dormir y hacer el amor.

Si pretendía impactarla, había errado en el cálculo, porque Anna apenas asintió.

—¿Y si pierdes?

En los ojos de Daniel brillaba el desafío acompañado ya del sabor de la victoria.

—Eso tienes que decirlo tú.

Anna curvó los labios en una sonrisa. A ella le gustaba apostar fuerte.

—Si pierdes, tendrás que dar al hospital un donativo suficiente para construir un ala nueva.

Daniel no vaciló.

—Hecho.

Si de algo estaba Anna segura, era de que Daniel sería capaz de mantener su palabra, por absurdas que fueran las circunstancias. Con expresión solemne, le tendió la mano. Daniel se la estrechó para hacer oficial la apuesta y después se la llevó a los labios.

—Nunca hago apuestas tan altas si no sé que voy a ganar. Ahora, déjame besarte, Anna.

Como Anna retrocedió, volvió a atraparla otra vez.

—Hemos hecho una apuesta, pero qué hay de las probabilidades —rozó su sien con los labios y la sintió estremecerse—. Dime, Anna, mi amor, ¿qué hay de las probabilidades?

Lentamente, deslizó los labios por su piel, tentadoramente, pero sin encontrarse nunca con su boca. Sus manos, confiadas y delicadas al mismo tiempo, vagaban por su espalda hasta llegar a la piel sensible de su cuello para retornar de nuevo a su cintura. Daniel pudo sentir el instante en el que el cuerpo de Anna cedió a sus propios deseos. Y pudo sentir su deseo creciendo hasta cimas imposibles. Pero continuó seduciéndola lentamente.

Retumbó un trueno y Anna creyó que era su propio corazón. La luz del rayo era como el fuego que corría en su sangre. ¿Sería eso la pasión? ¿El deseo? ¿La emoción? ¿Cómo podía saberlo cuando ningún hombre había desatado en ella ninguno de esos sentimientos con tanta intensidad anteriormente? Anna sabía que era vital que se separaran, pero continuaban meciéndose juntos en aquella sensación incandescente.

Aquello era hermoso. Mientras sentía su cuerpo fluir, comprendió que también era peligroso. Y al sentir sus músculos relajarse, decidió aceptarlo.

Daniel rozó sus labios, pero no la besó. Frustrada, Anna gimió y se acercó más a él. Y no supo si lo que oyó a continuación fue la risa de Daniel o un trueno.

Entonces se abrieron los cielos y comenzó a llover. Con una maldición, Daniel la levantó en brazos.

—Me debes un beso, Anna —gritó. Permaneció un momento de pie, mientras la lluvia descendía por su pelo. Los rayos se reflejaban en sus ojos—. No creas que voy a olvidarlo —y estrechándola contra su pecho, corrió hacia la ventana.

¿Era extraño que al día siguiente Anna estuviera constantemente distraída en el hospital? La joven se descubría a sí misma caminando por el pasillo y tenía que detenerse para averiguar a dónde iba y qué estaba haciendo. La preocupaba. Y la enfurecía. ¿Qué ocurriría si fuera ya una médica graduada y se despistara de aquella manera con sus pacientes? Sencillamente, no podía permitirse el lujo de pensar en otra cosa que no fueran sus obligaciones mientras estuviera en el hospital.

Pero entonces recordó la salvaje emoción de ser llevada en los brazos de Daniel a través de la tormenta. Y recordó también cómo había cruzado Daniel las puertas de la casa, transformando la sosegada partida de bridge en un caos mientras la dejaba en el suelo y exigía toallas y un brandy para ella. Debería haberle parecido humillante. Pero a Anna le había parecido maravillosamente dulce.

Recordó a Louise Ditmeyer abriendo los ojos como platos y sofocó una risa. Desde luego, Daniel había añadido diversión a una cena tranquila y aburrida.

Se pasó la mayor parte del día en los diferentes pabellones del hospital, llevando libros y revistas a los pacientes y charlando con ellos. La falta de intimidad, pensaba Anna, podía ser tan debilitante como la enfermedad que los había llevado al hospital. Pero hacían falta tantas habitaciones y tantos médicos... Sonrió ligeramente, pensando que la apuesta que había hecho con Daniel podría proporcionarle algo bueno.

Cuando miró el reloj, se dio cuenta de que faltaba menos de una hora para encontrarse con Myra. Aquel día tenía que ir a comprar su coche nuevo. Se compraría algo práctico, se recordó a sí misma, pero no aburrido. Quizá fuera una tontería emocionarse ante la perspectiva de comprar cuatro ruedas y un volante, pero no podía dejar de pensar en los largos y solitarios viajes que haría ella sola. Cuando le había explicado a Myra que quería libertad, estaba diciéndole la verdad. Pensaba en la libertad que podría proporcionarle el coche y la añoraba. Pero no podía marcharse del hospital sin pasar antes por la habitación de la señora Higgs.

Mientras planificaba el resto de la jornada, Anna se dirigió a la quinta planta. Saldría con Myra a cenar y a derrochar dinero. No había nada que a su amiga le gustara más. Después quizá fueran a dar una vuelta para probar el coche nuevo. Algún fin de semana podrían acercarse a la playa y pasar todo el día al sol. Complacida con la idea, Anna cruzó la puerta de la habitación quinientos veintiuno. Y se quedó boquiabierta.

—Oh, Anna, temía que no vinieras.

Sentada en la cama, y con los ojos resplandecientes, la señora Higgs

jugueteaba con el borde de la sábana. En la mesilla de noche había un jarrón con rosas rojas, frescas y relucientes. Y sentado al lado de la cama estaba Daniel.

—Ya te he dicho que Anna no se marcharía sin pasar a ver cómo estabas —Daniel se levantó y le ofreció la silla a Anna.

—No, por supuesto que no —Anna se acercó a la cama confundida—. Tienes buen aspecto.

La señora Higgs se llevó la mano a su pelo. La enfermera pelirroja la había ayudado a peinarse aquella mañana.

—Si hubiera sabido que iba a tener visita me habría arreglado yo misma —miraba a Daniel con expresión de pura adoración.

—Estás adorable —Daniel tomó su frágil mano entre las suyas.

Parecía estar hablando completamente en serio. Pero lo que más impresionó a Anna fue que no empleaba el tono de condescendencia que muchas personas utilizaban para hablar con los enfermos o los ancianos. Algo brillaba en los ojos de la señora Higgs; era una mezcla de gratitud y orgullo.

—Es importante estar atractiva cuando se va a recibir a un caballero, ¿verdad, Anna?

—Sí, por supuesto —Anna se acercó a los pies de la cama e intentó leer discretamente el informe—. Las flores son preciosas. No me dijiste que ibas a venir al hospital, Daniel.

Daniel le guiñó un ojo a la señora Higgs.

—Me gustan las sorpresas.

—¿No crees que tu novio ha sido muy amable al venir a visitarme?

—Él no es... —Anna se interrumpió y suavizó la voz—, sí, ha sido muy amable.

—Ya sé que tendréis ganas de iros, y no voy a impedíroslo —la señora Higgs hablaba animadamente, pero su energía comenzaba a debilitarse—. ¿Volverás? —le tendió la mano a Daniel—. He disfrutado mucho hablando contigo.

Daniel percibió la súplica que la señora Higgs intentaba disimular.

—Vendré otra vez —se inclinó sobre la cama y le dio un beso en la mejilla.

Cuando retrocedió, Anna le colocó la almohada a la paciente y la colocó cómodamente en la cama con eficientes movimientos. Daniel vio entonces que las manos de Anna no solo eran unas manos suaves y delicadas, hechas para ser besadas, sino que eran también unas manos fuertes, competentes y seguras. Por un instante, se sintió incómodo.

—Ahora, intenta descansar.

—No os preocupéis por mí —la señora Higgs suspiró—. Que os divirtáis.

Cuando abandonaron la habitación, ya estaba medio dormida.

—¿Ya has terminado por hoy en el hospital? —preguntó Daniel mientras bajaban al vestíbulo.

—Sí.

—Te llevaré a casa.

—No, he quedado con Myra —como siempre, el ascensor iba lento y funcionando a su antojo. Anna apretó el botón y esperó.

—Entonces te llevaré con ella —la quería solo para él, lejos del hospital en el que parecía encontrarse como en su propio hogar.

—No hace falta. He quedado a solo dos manzanas de aquí —Anna se metió con él en el ascensor.

—Cena esta noche conmigo.

—No puedo, tengo otros planes —mantenía las manos juntas mientras las puertas del ascensor volvían a abrirse.

—¿Mañana entonces?

—No sé, yo... —las emociones bullían en su interior y salió al sol de la calle, ansiosa por respirar aire fresco—. Daniel, ¿por qué has venido hoy al hospital?

—Para verte, por supuesto,

—Has ido a ver a la señora Higgs —continuó caminando. Ella solo había mencionado una vez su nombre, ¿cómo era posible que lo recordara? ¿Y por qué iba a preocuparse él por una paciente del hospital?

—¿No debería haberlo hecho? A mí me ha parecido que la compañía la hacía mejorar.

Anna sacudió la cabeza mientras intentaba encontrar las palabras adecuadas. No sabía que Daniel pudiera ser tan amable a cambio de nada. Al fin y al cabo, él era un hombre de negocios, acostumbrado a sacar beneficios y a perder, pero manteniendo siempre sus cuentas equilibradas. El precio de aquellas rosas podía no significar nada para él, pero para la señora Higgs lo era todo. Se preguntaba si él lo sabría.

—Lo que tú has hecho por ella en este momento es más importante que cualquier otra medicina que puedan darle —se detuvo y se volvió.

Daniel pudo ver la emoción que reflejaban sus ojos y la firme intensidad del sentimiento con el que lo miraba.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Para impresionarme?

Nadie podía mentir ante una mirada como aquella. Sí, Daniel lo había hecho para impresionarla y se había sentido terriblemente satisfecho de sí mismo hasta que había empezado a hablar con la señora Higgs. Había encontrado en ella un reflejo de la pálida belleza y la cansada dignidad de su madre. Y sabía que iría a verla otra vez, no por Anna, sino por sí mismo. Pero no tenía forma de explicárselo a ella, ni intención de sacar a la luz sentimientos que durante tanto tiempo había mantenido en secreto.

—La idea principal era impresionarte. Pero también quería ver cómo era este lugar en el que pasas tanto tiempo. Todavía no lo comprendo, pero quizá yo también pase a formar parte de él a partir de ahora.

Anna no dijo nada, así que Daniel se metió las manos en el bolsillo y continuó caminando. Quería agradecerle, y le sorprendía darse cuenta de lo mucho que lo deseaba. Y quería verla sonreír otra vez. Se había visto cuestionado por una de sus frías y regias miradas. Frustrado, frunció el ceño.

—Bueno, maldita sea, ¿te he impresionado o no?

Anna se detuvo para mirarlo. Tenía una mirada fría, pero Daniel no sabía cómo interpretarlo. De pronto, Anna consiguió sorprenderlo como pocas cosas lo habían hecho en su vida. Le enmarcó el rostro con ambas manos y le hizo inclinarlo para rozar sus labios. Apenas lo besó, pero Daniel sintió que algo explotaba en su interior. Anna permaneció mirándolo a los ojos durante unos

segundos, lo soltó sin decir nada y continuó caminando.

Por primera vez en su vida, Daniel se quedó sin habla.

## Capítulo Cinco

Daniel permanecía sentado en su despacho, fumando un puro y escuchando el informe del banco de su contable. Aquel hombre sabía de operaciones bancarias, admitió Daniel y era un genio con las cifras. Pero no era capaz de ver más allá de dos palmos de sus narices.

—Además, para añadirlo a mis otras recomendaciones, le aconsejaría que el banco ejecutara la hipoteca sobre la propiedad de Halloran. Subastando esa propiedad, podría cubrirse la deuda pendiente y además, siendo conservador en la estimación, obtener un cinco por ciento de beneficio.

Daniel sacudió el puro en el cenicero.

—Extiéndalo.

—¿Perdón?

—Que extienda el préstamo de Halloran, Bombeck.

Bombeck se ajustó las gafas y removió sus papeles.

—Quizá no haya comprendido que los Halloran llevan seis meses de retraso en el pago de la hipoteca. Durante los dos meses pasados, ni siquiera han podido pagar los intereses. Aun en el caso de que Halloran encontrara trabajo, como él dice que hará, no es posible que pueda pagarnos el préstamo. Tengo aquí todas las cifras.

—No lo dudo —musitó Daniel aburrido. El trabajo, pensó, nunca debería resultar aburrido.

Bombeck ordenó sus papeles y los colocó ante el escritorio de Daniel. Allí estaban, tal como Bombeck mismo era, ordenados y pertinazmente correctos.

—Si les echa un vistazo, estoy seguro de que podremos...

—Dale a los Halloran otros seis meses de plazo para pagar los intereses.

Bombeck palideció.

—Seis... —se aclaró la garganta y se irguió en la silla. Se retorció las manos con gesto nervioso—. Señor MacGregor, estoy seguro de que su compasión por los Halloran es admirable, pero debería comprender que un banco no puede dirigirse pensando en los sentimientos.

Daniel apartó el puro de su boca y soltó una bocanada de humo. Había una sonrisa casi imperceptible en sus labios, pero sus ojos, si Bombeck se hubiera atrevido a mirarlos, estaban fríos como el hielo.

—¿De verdad, Bombeck? Te agradezco que me lo digas.

Bombeck se humedeció los labios.

—Como director de la Oficina de Préstamo y Ahorro...

—Que estaba a punto de quebrar cuando la compré.

—Sí —Bombeck volvió a aclararse la garganta—. Sí, y esa es precisamente la cuestión señor MacGregor. Como director, me siento en el deber de sacar todo el beneficio de mi experiencia. He estado trabajando en el banco durante quince años.

—¿Quince? —preguntó Daniel fingiéndose impresionado. Catorce años, ocho meses y diez días. Él tenía el registro de todos los empleados que trabajaban para él, incluida la mujer de la limpieza—. Está bien, Bombeck. Quizá si te explico esto de una forma diferente, llegues a comprender mi

manera de pensar.

Daniel se recostó en la silla de manera que el sol que se filtraba por el ventanal que tenía tras él convertía su pelo en una masa de fuego. No era un efecto que hubiera planeado, pero lo encontraba más que satisfactorio.

—Usted estima que podríamos obtener un cinco por ciento de beneficio si hiciéramos vencer la hipoteca y subastáramos la casa de Halloran, ¿tengo razón?

Su sarcasmo parecía caer lentamente por la cabeza de Bombeck.

—Exactamente, señor MacGregor.

—Bien. Bien. Sin embargo, durante los doce años que quedan para que Halloran pague completamente la hipoteca, podríamos obtener a largo plazo un beneficio tres veces mayor.

—A largo plazo, por supuesto. Podría decirle exactamente la cantidad, pero...

—Excelente. Entonces nos estamos entendiendo. Extiéndale el crédito —esperó unos segundos antes de dejar caer la siguiente bomba, dispuesto a disfrutar de su efecto—. Y quiero que bajemos las hipotecas durante el mes que viene.

—Bajar las hipotecas, pero señor MacGregor...

—Y quiero que aumentemos los intereses de las cuentas de ahorro todo lo que podamos.

—Señor MacGregor, entonces nos quedaremos en números rojos.

—A corto plazo —confirmó Daniel brevemente—. Pero a largo plazo, ¿entiende lo que quiere decir a largo plazo, verdad, Bombeck? A largo plazo, recuperaremos con creces el dinero que ahora podemos perder. Nuestra Oficina tendrá las hipotecas con el interés más bajo del estado.

Bombeck sintió un nudo en el estómago y tragó saliva.

—Sí, señor.

—Y las cuentas de ahorro con el interés más alto.

Bombeck casi podía ver los dólares dotados de alas diminutas y escapando volando por la ventana.

—Eso le costará al banco... —Bombeck ni siquiera se atrevía a imaginarlo—. Puedo tener las cifras dentro de unos días. Estoy seguro de que comprenderá lo que estoy intentando decir. Con una política como esa, dentro de seis meses...

—Seré el propietario de la mayor institución de préstamo del país —terminó Daniel por él—. Me alegro de que estemos de acuerdo. Ahora tenemos que hacer una buena publicidad en prensa.

—Publicidad —musitó Bombeck como si estuviera en un sueño.

—Algo grande... —Daniel lo expresó con las manos, disfrutando del momento—, pero distinguido. ¿Por qué no intenta encontrar algo que pueda servirnos y me lo trae... mañana a las diez, por ejemplo?

Bombeck tardó algunos segundos en darse cuenta de que lo estaban echando del despacho. Demasiado aturdido para discutir, ordenó sus papeles y se levantó. Mientras salía, Daniel apagó el puro en el cenicero.

Imbécil, miope, tonto de capirote. Lo que él necesitaba era alguien joven, recién salido de la universidad y con ganas de trabajar. Podía salvar el orgullo



de Bombeck inventando un nuevo puesto para él. Daniel tenía un fuerte sentido de la lealtad y, tonto de capirote o no, Bombeck había estado cerca de quince años trabajando en el banco. Era algo que podría discutir con Ditmeyer. Ese era un hombre en cuya opinión confiaba Daniel.

Los banqueros tenían que darse cuenta de que el negocio era como el juego. O al menos lo era para Daniel. Se levantó, se acercó a la ventana que estaba detrás de su despacho y contempló la ciudad de Boston. En ese momento, toda su vida era como un juego. El dinero que había ganado podía perderlo. Se encogió de hombros. Podría volver a ganarlo. El poder que en aquel momento manejaba podía palidecer también, pero podría recuperarlo otra vez. Pero había una cosa que, si la perdía, no podría reemplazar nunca: Anna.

¿Cuándo habría dejado de formar parte de un plan para formar parte de su vida? ¿Y cuándo habría perdido el control sobre lo que estaba pasando y se había enamorado? Podía señalar exactamente cuándo había sido: en el instante en el que había tomado su rostro con las manos, lo había mirado solemnemente y había acercado su boca a la suya. Había sido entonces cuando sus sentimientos habían ido más allá de la pasión, más allá del deseo, más allá de la emoción del desafío.

Su estrategia de seducción estaba hecha añicos. El detallado proyecto tan cuidadosamente elaborado hecho jirones. Desde aquel momento, ya solo era un hombre hechizado por una mujer. ¿Qué hacer a partir de entonces? Aquella era una pregunta para la que no tenía respuesta. Él buscaba una esposa que lo esperara pacientemente en casa mientras él se ocupaba de sus negocios. Pero esa no era Anna. Él quería una esposa que no cuestionara sus decisiones, que las asumiera tranquilamente. Pero esa tampoco era Anna. Había una parte de su vida que siempre permanecería separada de la suya. Si Anna tenía éxito en su proyecto, y él estaba empezando a pensar que lo tendría, conseguiría el título de doctora antes de que el año terminara. Para Anna, no sería simplemente un título, sino también una forma de vida. ¿Podía un hombre al que los negocios obligaban a pasar tantas horas fuera de casa, tener una mujer cuya profesión la obligara exactamente a lo mismo?

¿Quién llevaría la casa?, se preguntó, pasándose la mano por el pelo. ¿Quién atendería a sus hijos? Sería mejor que le diera la espalda antes de que fuera demasiado tarde y buscara una mujer que se conformara con hacer ambas cosas. Sería mejor que siguiera el consejo que la propia Anna le había dado y eligiera a una mujer que no quisiera luchar contra molinos de viento.

Él necesitaba un hogar. Le resultaba difícil admitirlo, ni siquiera ante sí mismo, lo desesperadamente que lo necesitaba. Necesitaba una familia, el olor del pan horneándose en la cocina, de las flores en los jarrones. Aquellas eran cosas con las que había crecido; cosas que llevaba demasiado tiempo sin ver cerca de él. No podía estar seguro de que llegara a tenerlas con Anna. Y aun así... si las encontraba sin ella, dejaría de considerarlas tan importantes.

Maldita mujer. Miró el reloj. Debía estar a punto de terminar su jornada en el hospital. Él tenía una reunión en el otro extremo de la ciudad al cabo de una hora. Decidido a no permitir que su vida fuera dirigida por algo que no fuera su horario, se sentó tras el escritorio y tomó el informe de Bombeck. Después de leer un párrafo, volvió a dejarlo en la mesa otra vez. Gruñendo y maldiciendo, salió del despacho.

Había pasado cinco horas de pie. Con un suspiro satisfecho, Anna pensó en darse un baño caliente mientras disfrutaba de un libro. O quizá se limitara a darse un baño mientras pensaba en cómo decoraría su apartamento. Faltaban solo dos semanas para que le entregaran las llaves. Si sus pies no protestaban demasiado, iría a dar una vuelta por algunas tiendas de antigüedades. Pensó con placer en el descapotable blanco que la estaba esperando en la puerta. El coche significaba para ella mucho más que no tener que regresar andando a casa. Significaba independencia.

Sacó las llaves del bolso y las hizo tintinear en su mano sintiéndose en la cima del mundo. Anna jamás había creído tener una vanidad tan acusada, pero cuando su padre había admirado el coche y le había pedido que le permitiera dar una vuelta, se había sentido engordar de orgullo. Su padre por fin había aprobado una de sus decisiones. Anna había utilizado su propio dinero, había decidido por sí misma y no había recibido ninguna crítica. Recordaba cómo había arrastrado su padre a su madre de casa y la había hecho sentarse en el asiento trasero con él. Anna había estado conduciendo por Boston durante casi una hora con sus padres abrazados como un par de adolescentes en el asiento de atrás.

Comprendía que sus padres estaban comenzando a verla como algo más que una niña que necesitaba que la guiaran. Lo creyeran de verdad o no, habían comenzado a tratarla como a una adulta. Quizá, pensó, solo quizá, hasta se sintieran orgullosos cuando consiguiera su diploma.

Riendo por su éxito, Anna tiró las llaves al aire y volvió a tomarlas otra vez. Caminó directamente hasta Daniel.

—Cuidado, a ver si miras por dónde vas.

Si antes estaba contenta, más contenta se puso al ver a Daniel. Y casi estaba dispuesta a admitirlo.

—Tienes razón, estaba distraída.

Daniel ya había decidido cómo tratar con ella: a su modo.

—Esta noche vas a cenar conmigo —cuando Anna abrió la boca para protestar, él la agarró por los hombros. Con una voz suficientemente alta como para hacer que se volvieran varias cabezas y unos ojos suficientemente fieros como para obligarlas a volverse otra vez, añadió—: No quiero protestas. Estoy cansado de discusiones y además no tengo tiempo para ellas. Vas a cenar conmigo esta noche. Prepárate para las siete.

Había muchas cosas que Anna podía hacer. En cuestión de segundos, se le ocurrieron muchas de ellas. Pero decidió que lo mejor era hacer lo que menos esperaba Daniel.

—De acuerdo, Daniel —le dijo recatadamente.

—Y no me importa lo que... ¿qué?

—He dicho que de acuerdo —lo miró a los ojos, con calma y una serena sonrisa. Le hizo perder completamente el equilibrio, como de antemano imaginaba.

—Yo... de acuerdo entonces —Daniel frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos—. Procura estar lista para las siete. Había conseguido exactamente lo que quería, pero se mantuvo a medio camino de su coche y se volvió. Anna permanecía donde estaba, en medio de un charco de luz. La

sonrisa permanecía en sus labios tan tranquila y dulce como el beso de un ángel.

—Malditas mujeres —farfulló Daniel mientras abría la puerta de su coche. No se podía confiar en ellas.

Anna esperó a que Daniel se alejara para soltar una carcajada. Verlo farfullar y tartamudear había sido mejor que ganar una discusión. Sin dejar de reír, se dirigió hacia su coche. Una velada con Daniel, pensó, seguramente sería mucho más interesante que cualquier libro. Giró la llave del coche y sintió la fuerza del motor. Ella lo controlaba. Y eso le gustaba.

Daniel le llevó flores. No las rosas blancas que insistía en seguir enviándole día tras día, sino unas pequeñas y rebeldes violetas de su propio jardín. Le gustó verla colocarlas en un pequeño jarrón mientras él hablaba con sus padres. Parecía muy grande e impetuoso en el refinado salón de la madre de Anna. Estaba nervioso como un adolescente flacucho el día de su primera cita. Inquieto, permanecía sentado en una silla que le parecía más apropiada para una casa de muñecas y compartía una taza de té con la señora Whitfield.

—Tiene que venir un día a cenar a casa —lo invitó la señora Whitfield.

El constante envío de rosas la había hecho albergar grandes esperanzas. Y también le había proporcionado algo de lo que jactarse en las partidas de bridge. La verdad era que no comprendía a su hija y nunca la había comprendido. Por supuesto, se decía que Anna siempre había sido una niña dulce y adorable, pero escapaba completamente a su comprensión cuando hacía cualquier cosa que no fuera elegir la tela para un vestido o ayudarla a preparar un menú. Anna, con su tranquila obstinación y sus inquebrantables ambiciones, era una mujer totalmente fuera de su ámbito.

Aun así, la señora Whitfield no era ninguna tonta. Veía cómo miraba Daniel a su hija y comprendía perfectamente su mirada. Con una extraña mezcla de alivio y arrepentimiento, se imaginó a Anna casada y formando su propia familia. Quizá pudiera ser abuela en un año o dos. Mientras bebía lentamente el té, observaba a Daniel.

—Soy consciente de que John y usted ahora son socios, pero esos asuntos los dejaremos para el despacho. Por supuesto, no sé nada sobre negocios —le palmeó la mano a Daniel—. John no me cuenta nada, por mucho que se lo pida.

—Y puedes estar seguro de que lo pide —intervino el señor Whitfield.

—Caramba, John —con una ligera risa, su mujer le envió una mirada mortífera. Si aquel hombre tenía alguna intención seria respecto a su hija, cosa de la que ella estaba completamente segura, quería averiguar todo lo que pudiera sobre él—. Todo el mundo siente curiosidad por los negocios del señor MacGregor. Es natural. Justo el otro día, Pat Donahue me comentó que le había comprado un terreno que tenía en Hyannis Port. Espero que no esté pensando en abandonar Boston.

Daniel no necesitaba ser muy intuitivo para saber en qué dirección soplaba el viento.

—Le he tomado cariño a Boston.

Decidiendo que ya le había dejado sudar lo suficiente, Anna le tendió a Daniel su chal. Agradecido, Daniel se levantó rápidamente y la ayudó a

ponérselo.

—Espero que paséis una velada agradable —la señora Whitfield se habría levantado para acompañarlos hasta la puerta, pero su marido posó la mano en su hombro.

—Buenas noches, mamá —Anna le dio un beso en la mejilla y sonrió a su padre. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo perspicaz que este era. Sin dejar de sonreír, también lo besó.

—Que os divirtáis —su padre le palmeó la cabeza, como siempre hacía.

Daniel sintió que podía volver a respirar cuando salieron al exterior.

—Tu casa es muy...

—Agobiante —terminó Anna por él y rió mientras lo agarraba del brazo—. A mi madre le encanta llenarla con todo lo que encuentra. Hasta hace unos años no me di cuenta de lo tolerante que es mi padre —alegrándose de que Daniel hubiera llevado el descapotable, se colocó la falda y se sentó en el asiento—. ¿Dónde vamos a cenar?

Daniel se sentó en su asiento y puso el motor en marcha.

—En mi casa.

Anna, nerviosa, comenzó a temblar. Utilizando su mejor arma, la voluntad, aplacó el revoloteo del estómago. No había olvidado la sensación de control. Ella sabía cómo manejar a Daniel.

—Bueno.

—Estoy cansado de restaurantes, estoy cansado de gente —su voz estaba tensa y cansada.

Él también estaba nervioso, comprendió Anna, y sintió una oleada de placer. Se había inclinado un poco sobre ella al sentarse. Su voz tenía un timbre que podría hacer temblar los cristales de las ventanas, pero estaba nervioso ante la perspectiva de pasar la noche con ella. No era fácil, pero intentó no parecer petulante.

—¿De verdad? Yo pensaba que disfrutabas estando rodeado de gente —dijo con mucha calma.

—No tengo ganas de ver a todo el mundo mirándonos mientras cenamos.

—Es sorprendente lo rudas que pueden llegar a ser algunas personas, ¿verdad?

—Y si quiero hablar contigo, no necesito que medio Boston esté escuchándome.

—Naturalmente que no.

Daniel bufó y se volvió en su asiento.

—Y si estás preocupada por si es o no una invitación decente, tengo sirvientes.

Anna le dirigió una desabrida sonrisa.

—No estoy preocupada en absoluto.

Sin saber cómo tomárselo, Daniel la miró con los ojos entrecerrados. Anna estaba jugando con él, de eso estaba seguro. Lo que no sabía era de qué clase de juego se trataba ni de las reglas que en él regían.

—Esta vez parece estar muy segura de ti misma, Anna.

—Daniel —Anna estiró la mano para abrir la puerta y salió—, siempre estoy

segura de mí misma.

Anna decidió nada más verla que le gustaba la casa de Daniel. Estaba separada de la carretera por una línea de setos que le llegaba a la altura del hombro. La intimidad que proporcionaba no era tan fría e impersonal como una tapia, pero era igualmente inquebrantable. Mientras contemplaba los amplios ventanales, algunos ligeramente iluminados detrás de las cortinas, podía oler la mezcla de fragancias del jardín.

Guisantes dulces, reconoció. Sentía debilidad por ellos. Daniel había elegido una casa imponente, de tamaño suficiente como para albergar a una familia de diez miembros, pero no había olvidado decorarla con algo tan sencillo como las flores.

Esperó a que Daniel se reuniera con ella en el camino de la entrada.

—¿Por qué la elegiste?

Daniel contempló la casa a su lado. Vio el ladrillo que había palidecido ya por el paso del tiempo, y las ventanas, recientemente pintadas. Pero no la sentía realmente suya. Al fin y al cabo, había sido otro el que la había construido. Mientras respiraba el aire de la noche, no percibía la fragancia de las flores, sino la de Anna.

—Porque era grande.

Anna sonrió y se volvió para observar a un gorrión que descansaba en la rama de un arce.

—Supongo que es una buena razón. En el salón de mi madre parecías tan incómodo como si temieras derrumbar una pared. Esto te sienta mejor.

—De momento —musitó. Él tenía otros planes—. Desde estas ventanas se puede ver el crepúsculo —señaló y la agarró del brazo—. Algo de lo que dentro de unos años ya no se podrá disfrutar.

—¿Por qué?

—El progreso. Tirarán estos edificios y construirán bloques que lleguen hasta el cielo. No en todas partes, pero sí en muchas. Quiero empezar a construir mi propia casa el mes que viene —abrió la puerta de la casa, la condujo hacia el vestíbulo y esperó.

Lo primero que le llamó la atención fueron las espadas cruzadas colgadas de la pared. No eran esas espadas casi femeninas que se utilizaban en los duelos. Eran espadas gruesas, muy pesadas, dos sables mortales con las cuchillas desgastadas por el uso. Un hombre fuerte necesitaría utilizar las dos manos para levantar una de ellas. Incapaz de resistirse, Anna se acercó a ellas. No tenía ningún problema para imaginar el daño que una de aquellas armas podía hacer a un ser humano. Pero por mortales que fueran, no podía decir que le parecieran feas.

—Las espadas forman parte de mi clan. Mis antepasados las utilizaron —había orgullo y sencillez en su voz—. Los MacGregor siempre han sido guerreros.

¿Era desafío lo que percibía en su voz? Podría ser. Anna dio un paso adelante. El filo de las espadas estaba traicioneramente afilado.

—La mayor parte de nosotros lo somos, ¿verdad?

Su respuesta la sorprendió, pero quizá no debería haberlo hecho. Daniel sabía que Anna no era una mujer a la que la asustaran las armas o la sangre

derramada.

—El rey de Inglaterra... —casi escupió, ganándose al instante toda la atención de Anna— nos arrebató el nombre, pero no pudo quitarnos nuestro orgullo. Cuando tenemos que hacerlo, somos capaces de hacer rodar cabezas —la miraba con unos ojos profundos y brillantes. Anna no tenía ninguna duda de que sería capaz de blandir aquella espada con una fiereza semejante a lo de sus antepasados si lo consideraba justificado—. Principalmente las cabezas de los Campbell —sonrió y la agarró del brazo—. Creían que nos echarían de Escocia, pero no lo consiguieron...

Anna se descubrió a sí misma preguntándose qué aspecto tendría Daniel con la indumentaria típica de su país. La banda escocesa y la falda. No estaría ridículo, sino impresionante. Anna alzó la cabeza y se separó de las espadas.

—No, estoy segura de que no. Tienes muchas razones para sentirte orgulloso.

Daniel alzó la mano hasta su mejilla y la acarició.

—Anna...

—Señor MacGregor —McGee permaneció firme como una piedra cuando Daniel se volvió hacia él con una mirada que podría haber hecho temblar a cualquiera.

—¿Sí? —en una sola palabra, Daniel resumió todo tipo de maldiciones.

—Tiene una llamada de Nueva York, señor. El señor Liebowitz dice que es bastante importante.

—Muéstrole a la señorita Whitfield el salón, McGee. Lo siento, Anna, tengo que atender esta llamada. Volveré todo lo rápido que pueda.

—De acuerdo —aliviada por poder disfrutar de algunos minutos en soledad, Anna observó a Daniel abandonar el salón a grandes zancadas.

—Por aquí, señorita.

Anna se fijó en el acento del mayordomo, más marcado que el de Daniel y sonrió. Al parecer Daniel se rodeaba de todo aquello que sentía cercano cuando podía. Tras echar una última mirada a las espadas, siguió a McGee al interior del salón. A su lado, el salón de su madre parecía un armario. Era una estancia tan grande como todo lo que Daniel poseía.

—¿Le apetece tomar una copa, señorita Whitfield?

Anna se volvió distraída hacia él.

—¿Perdón?

—¿Le apetece una copa?

—Oh, no, gracias.

McGee le dirigió la más pequeña y devota de las reverencias.

—Por favor, llámeme si necesita algo,

—Gracias —volvió a decir ella, ansiosa por deshacerse de él. En cuanto estuvo a solas, giró sobre sus pies.

Enorme, sí, mucho más grande que cualquier otra habitación. Seguramente habían tenido que tirar algún tabique para hacer una estancia tan amplia.

La originalidad del tamaño era acorde con la originalidad del mobiliario. Había una mesa Belker de tamaño doble de las normales y un carrito para las bebidas de madera tallada con el detalle de un encaje. A su lado, una silla de

respaldo alto y asiento de terciopelo rojo. Posiblemente recibiría en ella a su corte, pensó y sonrió ante la idea. ¿Por qué no?

En vez de sentarse, Anna se dedicó a vagar por la habitación. Los colores eran muy llamativos, pero se sentía cómoda con ellos. Quizá llevaba demasiado tiempo viviendo con los colores pastel de su madre. El sofá ocupaba toda una pared y haría falta más de un hombre para moverlo. Con una risa, decidió que seguramente Daniel lo había elegido precisamente por esa razón.

Al lado de una de las ventanas, había una colección de cristal, Waterford, Baccarat... Un jarrón de cristal atrapaba las primeras luces del atardecer y jugaba con ellas entre sus aristas. Anna tomó un cuenco diminuto, que cabía en la palma de su mano, y se preguntó qué haría un objeto así entre gigantes.

Así la encontró Daniel, frente a la ventana y mirando sonriente aquella pequeña pieza de cristal. Se le secó la boca. Aunque él no dijo nada, puesto que no era capaz de pronunciar palabra, Anna se volvió hacia él.

—Qué habitación tan bonita —el entusiasmo añadía color a sus mejillas y profundizaba el color oscuro de sus ojos—. En invierno, con la chimenea encendida, debe ser espectacular —como Daniel continuaba en silencio, su sonrisa desapareció. Dio un paso adelante—. ¿Has recibido malas noticias?

—¿Qué?

—Tu llamada. ¿Te han comunicado algo preocupante?

Daniel había olvidado la llamada. De la misma forma que se había olvidado de todo. No le hacía ninguna gracia que una sola mirada de Anna pudiera atarle la lengua y hacerle un nudo en el estómago.

—No. Tendré que ir a Nueva York un par de días para enderezar unas cuantas cosas —entre ellas a sí mismo, pensó con pesar—. Tengo algo para ti.

—Espero que sea la cena —dijo, sonriendo otra vez.

—Eso también —se le ocurrió pensar que hasta entonces nunca se había sentido tan torpe con una mujer. Sacó una cajita de su bolsillo y se la tendió.

Hubo un momento de pánico. Daniel no tenía derecho a ofrecerle un anillo. Pero al momento regresó el sentido común, haciendo desaparecer el pánico. La cajita no era tan pequeña como para contener una sortija. Con curiosidad, Anna abrió la tapa.

El camafeo era casi tan largo como su pulgar y quizá el doble de ancho. Antiguo y precioso, descansaba sobre un lecho de papel de seda de color rojo. El rostro que en él aparecía era delicado y sereno, pero la cabeza estaba ligeramente inclinada hacia atrás, con un toque de orgullo.

—Se parece a ti —murmuró Daniel—, ya te lo dije en otra ocasión.

—Era de tu abuela —recordó. Conmovida, acarició aquel rostro—. Es precioso, de verdad —le resultó más difícil de lo que debería haber sido cerrar la caja otra vez—. Daniel, sabes que no puedo aceptarlo.

—No, no lo sé —le quitó la caja, la abrió, sacó el camafeo y el lazo con el que se ataba—. Te lo pondré.

Anna podía sentir ya los dedos de Daniel rozando su nuca.

—No debería aceptar un regalo tuyo.

Daniel arqueó una ceja.

—No puedes decirme que te preocupan los rumores, Anna. Si te importara

lo que la gente pudiera decir o pensar, no habrías ido a estudiar a Connecticut.

Daniel tenía razón, por supuesto, pero ella intentó mantenerse firme.

—Es un recuerdo de familia, Daniel, no estaría bien.

—Es mío y estoy cansado de verlo metido en una caja. Mi abuela querría que lo llevara alguien que supiera apreciarlo —con una suavidad sorprendente, colocó el lazo alrededor de su cuello y se lo ató. Encajaba en el sutil hueco de su cuello como si estuviera destinado a estar allí—. Ya está, ahí es donde debe estar.

Incapaz de resistirse, Anna alzó la mano para tocarlo. El sentido común parecía haberla abandonado.

—Gracias. Lo conservaré para ti. Si alguna vez quieres que te lo devuelva...

—No lo estropees —la interrumpió Daniel y la tomó por la barbilla—. Quería verte con él.

Anna no fue capaz de evitar una sonrisa.

—¿Y siempre consigues lo que quieres?

—Exactamente —complacido consigo mismo, le acarició la mejilla y dejó caer la mano—. ¿Quieres una copa? ¿De jerez, quizá?

—Preferiría no tomar nada.

—¿Una copa? —insistió.

—Tomaré un jerez, ¿hay alguna otra opción?

Daniel sentía que su nerviosismo se alejaba.

—Tengo un whisky escocés de primera, traído de contrabando, si quieres saber la verdad, por un buen amigo de Edimburgo.

Anna arrugó la nariz.

—Eso sabe a jabón.

—¿A jabón? —Daniel parecía tan asombrado que Anna soltó una carcajada.

—No te lo tomes como algo personal.

—Lo vas a probar —repuso Daniel mientras iba hacia el bar—. Jabón... —mientras lo servía, su voz se transformó en un susurro—. Esta no es una de esas bazofias que se toman en las conservadoras fiestas de Boston.

Maldito fuera, cuanto más lo conocía, más atractivo le resultaba. Anna descubrió su mano acariciando nuevamente el camafeo. Tomó aire y se recordó a sí misma la sensación que tenía tras el volante. Control. Cuando Daniel le tendió el vaso, fijó en él la mirada. Era un líquido muy oscuro y, pensó, probablemente tan letal como las espadas del vestíbulo.

—¿Puedes echarme un poco de hielo?

—No seas tonta —Daniel alzó su vaso y lo bebió de un trago, desafiándola. Anna tomó aire y bebió.

Caliente, potente y suave a la vez. Frunciendo el ceño, Anna bebió otra vez.

—Me veo obligada a rectificar, me gusta —le dijo, y le tendió el vaso—. Pero si me lo bebo todo no podré mantenerme en pie.

—Entonces tendremos que comer algo.

Anna sacudió ligeramente la cabeza y le tendió la mano.

—Si esa es tu forma de decirme que ya ha llegado la hora de cenar, acepto.



Daniel le tomó la mano y la sostuvo entre las suyas.

—Yo no soy un hombre de palabras bonitas, Anna. No soy refinado ni tengo intención de serlo.

El pelo flotaba alrededor de su rostro, indomable y magnífico. La barba le daba el aspecto del guerrero que, ambos lo sabían, llevaba en la sangre.

—No, no creo que tengas que serlo.

No, no era un hombre cultivado, pero sabía rodearse de belleza. Tampoco era el tipo de hombre tranquilo y distinguido al que Anna estaba acostumbrada, pero tenía una belleza intrépida y vigorizante, capaz de cautivar a una mujer.

Lo primero que vio al entrar en el comedor fueron el escudo y la lanza que colgaban de una de las paredes. Bajo ellos, había un aparador Chippendale que cualquier experto anticuario habría envidiado. La mesa del comedor era descomunal, pero sobre ella habían colocado la vajilla de porcelana china más adorable que Anna había visto en toda su vida. Se sentó en una silla que parecía sacada de un castillo medieval y se descubrió completamente relajada.

Los rayos anaranjados del último sol de la tarde se filtraban por la ventana. Mientras cenaban, la luz fue haciéndose más tenue. Con eficiente silencio, McGee encendió los candelabros y los dejó solos otra vez.

—Si le contara a mi madre lo buena que estaba esta cena, intentaría quitarte a tu cocinero —Anna mordió un pedazo de tarta de chocolate, comprendiendo por primera vez el significado de la frase «sabroso como el pecado».

Para Daniel era una fuente de inesperado placer verla disfrutar con la comida, saborear los platos que él mismo había elegido.

—Ahora entenderás por qué prefiero esto a los restaurantes.

—Desde luego —comió otro pedazo, porque a algunas cosas era imposible resistirse—. Voy a echar de menos la comida de mi casa cuando me mude a mi apartamento.

—¿Y a ti qué tal se te da?

—¿Qué tal se me da qué?

—Cocinar.

—Soy terrible —lo estudió mientras comía un nuevo pedazo—. No pongas esa cara, Daniel, no tienes por qué preocuparte tanto. Pretendo aprender a cocinar, aunque solo sea por espíritu de supervivencia —entrelazó las manos y apoyó sobre ellas la barbilla—. Supongo que tú tampoco sabes cocinar.

Daniel soltó una carcajada, pero después lo pensó mejor.

—No.

Anna descubrió que le encantaba sorprenderlo de ese modo.

—Pero, naturalmente, encuentras extraño que yo, como mujer, no sepa hacerlo.

Era difícil no admirar su lógica, incluso cuando se demostraba que era él el que estaba equivocado.

—Tienes la costumbre de acorralar a los hombres, Anna.

—Me gusta tu forma de intentar salir del apuro. Sé que esto puede ser un peligroso regalo para tu orgullo, pero eres un hombre interesante.

—Tengo un orgullo enorme, me cuesta mucho llenarlo. ¿Por qué no me

dices por qué te parezco interesante?

Anna sonrió y se levantó.

—En otro momento, quizá.

Daniel también se levantó y le tomó la mano.

—Habrá otro momento entonces.

Anna no creía en las mentiras, y en las evasivas solo cuando resultaba del todo imposible decir la verdad.

—Sí, eso parece. La señora Higgs hoy no ha parado de hablarme de ti —comentó mientras volvían al salón.

—Es una mujer adorable.

Anna no pudo menos que sonreír ante la satisfacción con la que Daniel lo había dicho.

—Espera que vuelvas a verla.

—Le dije que lo haría —advirtió la pregunta que encerraba la mirada de Anna—, y siempre cumplo mi palabra.

—Sí —Anna volvió a sonreír—, lo harás. Has sido muy bueno con ella, Daniel. La señora Higgs no tiene a nadie.

Daniel frunció el ceño, incómodo.

—No me consideres ningún santo, Anna. Pretendo ganar la apuesta, pero me gustaría hacerlo sin falsas pretensiones.

—No tengo intención de verte como un santo —se retiró un mechón de pelo del hombro—. Y yo tampoco tengo intención de perder la apuesta.

Cuando llegaron a la puerta del salón, Anna volvió a detenerse. Había velas, cerca de una docena, resplandeciendo alrededor de la habitación. La luna vertía sus rayos a través de la ventana, completando la iluminación de la sala. Sonaba una música, un tranquilo *blues*. Parecía proceder de las sombras. Anna sintió que se le aceleraba el pulso, pero continuó adentrándose en la habitación.

—Es adorable —comentó, reparando en la cafetera de plata que habían colocado al lado del sofá.

Mientras Daniel servía un brandy, Anna permaneció de pie, sintiéndose completamente a sus anchas.

—Me gusta tu aspecto a la luz de las velas —comentó Daniel mientras le tendía una copa—. Me recuerda la primera noche que te ví en la terraza, cerca del jardín. Había rayos de luna en tu rostro, y unas profundas sombras en tus ojos —le tomó la mano y, por un instante, tuvo la sensación de que estaba temblando. Pero la mirada de Anna permanecía firme—. En cuanto te ví, supe que tenía que tenerte. Y desde entonces, no ha habido un solo día ni una sola noche en las que no haya pensando en ti.

Habría sido fácil, demasiado fácil, ceder a los pensamientos que abarrotaban su mente. Si lo hiciera, podría sentir de nuevo su boca contra la suya y esperar el cosquilleo provocado por las enormes manos de Daniel sobre su piel. Habría sido fácil. Pero la vida que Anna había elegido, o quizá la que la había elegido a ella, no lo era.

—Un hombre en tu posición debería saber lo peligroso que es tomar decisiones de forma tan impulsiva.

—No —le tomó la mano y le besó los dedos, uno a uno, muy lentamente.

Anna sintió que sus pulmones dejaban de funcionar.

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, habló con calma y aparente despreocupación.

—Daniel, ¿estás intentando seducirme?

¿Llegaría a acostumbrarse alguna vez a aquella voz tranquila y a aquella lengua tan franca? Después de algo parecido a una carcajada, bebió un sorbo de brandy.

—Un hombre no seduce a la mujer con la que pretende casarse.

—Por supuesto que sí —lo corrigió Anna y le palmeó la espalda cuando Daniel se atragantó—. De la misma forma que seduce a las mujeres con las que no pretende casarse. Pero yo no voy a casarme contigo, Daniel —se volvió para acercarse a la cafetera y lo miró por encima del hombro—. Y tampoco voy a dejar que me seduzcas. ¿Café?

Daniel no solo la amaba, comprendió. Prácticamente, la adoraba. Había muchas cosas de las que no estaba en absoluto seguro en aquel momento, pero sabía, sin ningún tipo de duda, que no podía vivir sin ella.

—Sí, claro —se acercó hasta Anna y le tomó la mano. Quizá fuera mejor mantener las manos ocupadas—. No puedes decirme que no me deseas, Anna.

Anna sentía un hormigueo en todo su cuerpo. Daniel solo tenía que tocarla para hacerla temblar de deseo. Se obligó a mirarlo.

—No, no puedo. Pero eso no cambia nada.

Daniel dejó en la mesa la taza de café que ni siquiera había probado.

—Y un cuerno que no cambia nada. Has venido aquí esta noche.

—Solo para cenar —le recordó con calma—. Y porque, por alguna extraña razón, disfruto de tu compañía. Hay cosas que tengo que aceptar. Y otras a las que no puedo arriesgarme.

—Yo sí puedo.

Alargó los brazos y tomó suavemente su cuello, aunque le costaba ser delicado cuando lo que quería era arrastrarla hacia él y estrecharla en sus brazos. Sintió que se resistía, pero ignoró sus protestas y la acercó hacia él.

—Y quiero.

Cuando sintió su boca sobre sus labios, Anna aceptó una cosa más: era inevitable. Sabía que no podían estar juntos sin que se encendiera la pasión. Había ido a su lado libremente y en igualdad de condiciones. Entre ellos había un fuego que ella solo podía contener momentáneamente. Llegaría un momento, lo sabía, en el que nada podría impedir que los consumiera a ambos. Deslizó las manos por su espalda y dio un paso hacia él.

Cuando Daniel la condujo hasta el sofá, no protestó, sino que se estrechó con fuerza contra él. Solo un momento, se prometió a sí misma, solo un momento para saborear lo que aquello podría llegar a ser. Sentía la firmeza de su cuerpo contra ella. Sentía la desesperación, y, a pesar de todas sus buenas intenciones, estaba disfrutando de ella.

Daniel cubrió su rostro de besos. Murmuró su nombre una y otra vez contra sus labios, contra su cuello. Anna sintió el sabor del brandy en su boca cuando sus lenguas se cruzaron. El olor de las velas la rodeaba. El ritmo de la música latía bajo la melodía, urgiéndola, excitándola, seduciéndola.

Tenía que tocarla. Pensaba que se iba a volver loco si no conseguía hacer algo más. Entonces deslizó la mano sobre ella, sintió su suavidad, los acelerados latidos de su corazón, y supo que nunca tendría suficiente. Sus manos, tan largas y anchas, la acariciaban con una ternura que la hacía temblar. Cuando Daniel la oyó musitar su nombre en un susurro estremecido, tuvo que luchar contra sí mismo para no hacer lo que tanto deseaba. Buscó su boca y la encontró cálida y abierta para él.

Desesperado, buscó torpemente los botones delanteros de su vestido. Eran tan pequeños y sus manos tan grandes... Sentía el latido de la sangre en la cabeza. Entonces descubrió, para su más absoluto deleite, que su decorosa y elegante Anna llevaba ropa interior de encaje y seda.

Anna se arqueó contra él cuando Daniel la acarició, arqueada y estremecida. Aumentaba la tensión. Daniel la estaba llevando más allá de lo que Anna esperaba, más allá de lo que había anticipado en sueños. Deslizaba sus manos sobre su piel con una delicadeza exquisita. La tocaba, prolongaba hasta la tortura sus caricias, la encendía. Incapaz de resistirse, Anna dejaba que Daniel la guiara. El control había dejado de parecerle algo esencial. Sus ambiciones ya no eran tan importantes. Deseo. Era lo único. Y durante un instante de locura, se entregó completamente a él.

Daniel sentía una desesperación que crecía al compás de los latidos de su corazón. Sabía lo que quería y sabía que podría desearlo hasta la muerte. Anna. Solo Anna. Su boca ardiente sobre la suya, su cuerpo esbelto y delgado. Las imágenes que atravesaban su mente eran tan oscuras y peligrosas como cualquier tierra ignota. Anna se aferraba a él y parecía estar entregándole todo. La cabeza le daba vueltas. Y, de pronto, Anna enterró la cabeza en su cuello y se quedó completamente quieta.

—¿Anna? —preguntó con voz ronca.

—No puedo decir que no sea esto lo que deseo —el tira y afloja que batallaba en su interior la estaba haciendo sentirse débil y asustada—. Pero no puedo estar segura de lo que es —se estremeció y se apartó de él.

Daniel podía ver su rostro a la luz de la luna, la piel pálida, los ojos oscuros. Bajo su mano oía el palpitar rápido y firme de su corazón.

—No esperaba sentir algo así, Daniel. Necesito pensar.

El deseo ardía en el interior de Daniel.

—Yo puedo pensar por los dos.

Anna alzó las manos y acarició su rostro antes de que Daniel pudiera besarla otra vez.

—Eso es precisamente lo que temo —se sentó en el sofá.

Llevaba el vestido desabrochado hasta la cintura, con su piel blanca y delicada expuesta por primera vez a la mirada de un hombre. Pero no sentía ninguna vergüenza. Sin vacilar, comenzó a abrocharse los botones.

—Lo que está ocurriendo entre nosotros, y lo que pueda ocurrir entre nosotros, es la decisión más importante que voy a tener que tomar en mi vida. Y tengo que tomarla yo sola.

Daniel la tomó por los brazos.

—En realidad ya la has tomado.

Por una parte, Anna pensaba que Daniel tenía razón. Pero, por otra, la

aterroizaba que la tuviera.

—Tú estás seguro de lo que quieres, pero yo no. Y hasta que no lo esté, no puedo prometerte nada —los dedos que minutos antes parecían tan firmes comenzaron a temblar sin que Anna pudiera hacer nada para evitarlo—. Es posible que nunca pueda prometerte nada.

—Sabes que cuando te abrazo te sientes bien. ¿Eres capaz de decirme que cuando te acaricio no te sientes bien también?

—No, no puedo —cuanto más nervioso estaba Daniel, más se obligaba Anna a mantener la calma—. No puedo y esa es la razón por la que necesito tiempo. Necesito tiempo porque para tomar cualquier decisión, tengo que tener la cabeza despejada.

—La cabeza despejada —furioso y sufriendo por el deseo, se levantó y comenzó a caminar inquieto por la habitación—. No he tenido la cabeza despejada desde la primera vez que te vi.

Anna también se levantó.

—Entonces, te guste o no, ambos necesitamos tiempo para pensar.

Daniel tomó la copa de brandy que Anna había dejado sin terminar y la bebió de golpe.

—Eres tú la que necesitas tiempo —se volvió. Anna nunca lo había visto con un aspecto tan fiero, tan formidable. Una mujer inteligente protegería su corazón. Y Anna decidió esforzarse en recordarlo—. Voy a estar tres días en Nueva York. Ese es el tiempo que tienes. Cuando regrese, iré a buscarte y quiero que hayas tomado una decisión.

Con la barbilla alta, exponiendo su cuello esbelto y elegante, Anna lo miró con una gélida dignidad.

—No me des un ultimátum, Daniel.

—Tres días —repitió él, y dejó la copa en la mesa, antes de terminar partiéndola en dos—. Iré a buscarte a tu casa.

## Capítulo Seis

Cuando los tres días se convirtieron en una semana, Anna no sabía si sentirse furiosa o aliviada. Intentar prescindir de ambos sentimientos y continuar su vida como si no hubiera ocurrido nada, era imposible. Daniel le había dado un ultimátum y después ni siquiera se había molestado en aparecer para saber cuál había sido su decisión. Decisión que, por otra parte, ella no había tomado todavía.

Invariablemente, cuando Anna se encontraba con un problema, lo resolvía. Era una cuestión de analizar los diferentes niveles del problema y establecer prioridades. Pero en su relación con Daniel había demasiados niveles para intentar tratar con cada uno de ellos de manera racional. Por una parte, Daniel era un hombre rudo y enojosamente fanfarrón. Por otra, era divertido. Podía ser insoportablemente arrogante, e insoportablemente dulce. Sus aristas más rudas jamás podrían ser del todo suavizadas. Su mente era admirablemente rápida y astuta. Era un hombre capaz de reírse de sí mismo. Era autoritario. Y era generoso.

Si no conseguía analizar con éxito a Daniel, ¿cómo esperaba poder analizar sus sentimientos hacia él? Deseo. Había tenido muy poca experiencia con aquel sentimiento, a parte de sus ambiciones, pero lo reconocía. ¿Cómo podría reconocer el amor? Y si lo hacía, ¿qué podría hacer con él?

De lo único que Anna estaba segura era de que durante la ausencia de Daniel lo había echado de menos. Estaba tan segura de eso como al principio había estado convencida de que no le dedicaría un solo pensamiento. Y, sin embargo, no era capaz de pensar en otra cosa. Pero, si renunciaba, si arrojaba la precaución al viento y se mostraba de acuerdo en casarse con él, ¿qué ocurriría con sus sueños?

Podía casarse con él, tener hijos, dedicarle su vida... y vivir resentida con todo lo que habían construido juntos porque habría tenido que renunciar a su vocación. Eso significaba vivir media vida y Anna no creía que pudiera hacerlo. Si renunciaba a él y continuaba con sus planes, ¿eso también significaría vivir media vida?

Aquellas eran las preguntas que la atormentaban por la noche y acosaban su mente durante el día. Las preguntas para las que no encontraba respuesta. De modo que no había tomado ninguna decisión, sabiendo que, una vez que la tomara, eso sería el final.

Se obligaba a sí misma a continuar con su rutina. Para acallar sus especulaciones y sus preguntas, seguía asistiendo al teatro y a fiestas con sus amigos. Durante el día, se entregaba completamente al trabajo del hospital, con toda la energía nacida de la frustración.

Habitualmente, la primera persona a la que veía era a la señora Higgs. Anna no necesitaba haber estudiado medicina para saber que estaba empeorando. Antes de cumplir con el resto de sus deberes, pasaba en la habitación quinientos veintiuno todo el tiempo que consideraba necesario.

Una semana después de haber visto por última vez a Daniel y tras haberse asegurado de llevar en el rostro una sonrisa, Anna abrió la puerta de la habitación. En aquella ocasión, las contraventanas estaban cerradas y eran más las sombras que las luces en la habitación. Anna advirtió que la señora Higgs estaba despierta, con la mirada fija en las flores que se marchitaban en

la mesilla. Los ojos se le iluminaron al ver a la recién llegada.

—Me alegro de que hayas venido. Estaba pensando en ti.

—Por supuesto que he venido —Anna le dejó las revistas en la mesilla, sabiendo, intuitivamente, que no eran fotografías de colores lo que la señora Higgs necesitaba aquel día—. ¿Cómo no iba a contarte todos los chismes sobre la fiesta en la que estuve anoche?

Con el pretexto de arreglarle la cama, Anna leyó el último informe sobre la paciente. El corazón se le cayó a los pies. El deterioro no cesaba. Pero continuó sonriendo mientras se sentaba al borde de la cama.

—¿Te acuerdas de mi amiga Myra? —Anna era consciente de lo mucho que disfrutaba la señora Higgs con las salidas de Myra—. Ayer se puso un vestido sin tirantes, con un escote demasiado pronunciado para ser considerado discreto. Pensé que algunas de las invitadas de más edad se iban a desmayar.

—¿Y los hombres?

—Bueno, digamos que Myra no se perdió un solo baile.

La señora Higgs rió y se interrumpió para tomar aire, presa de un intenso dolor. Anna se acercó a ella inmediatamente.

—No te muevas, voy a llamar al médico.

—No —le tomó las manos con una fuerza sorprendente—. Lo único que hará será ponerme otra inyección.

Intentando tranquilizarla, Anna acarició aquellas frágiles manos y le tomó el pulso.

—Solo es para el dolor. No tienes por qué sufrir.

Ya más tranquila, la señora Higgs se recostó contra la almohada.

—Prefiero sentir dolor a no sentir nada. Ya estoy mejor —consiguió sonreír—. Hablar contigo es mucho mejor que cualquier medicina. ¿Todavía no ha vuelto Daniel?

Sin dejar de controlarle el pulso, Anna volvió a sentarse.

—No.

—Fue tan amable al venir a visitarme antes de marcharse a Nueva York. Imagínate, vino al hospital justo antes de salir para el aeropuerto.

El hecho de que Daniel fuera capaz de un gesto así, solo servía para aumentar la confusión de Anna.

—Le gusta venir a verte. Me lo dijo.

—También dijo que vendría a verme en cuanto regresara de Nueva York —miró las rosas marchitas que no dejaba retirar de la mesilla a ninguna de las enfermeras—. Es tan especial ser joven y estar enamorado.

Anna sintió una punzada de dolor. ¿Daniel la amaba? La había elegido, la deseaba, pero el amor era una cuestión diferente. Le habría gustado tener a alguien con quien hablar, pero Myra parecía muy preocupada últimamente y no había nadie más que pudiera comprenderla. Y difícilmente podía desahogarse con la señora Higgs cuando era ella la que necesitaba consuelo. Así que sonrió y le palmeó la mano.

—Debe haberse enamorado una docena de veces.

—Por lo menos. Enamorarse es como una montaña rusa, con subidas y

bajadas y siempre emocionante. Estar enamorado es como subirse a un carrusel, dando vueltas y vueltas al ritmo de la música. Pero amar... —suspiró al recordar—. Ese es el laberinto, Anna. Están las curvas, los caminos sin salida... Hace falta continuar en él, continuar siempre caminando. Yo disfruté del laberinto con mi marido, y cuando él murió nunca quise volver a adentrarme en aquel camino.

—¿Cómo era su marido?

—Oh, era joven y ambicioso. Lleno de ideas. Su padre tenía una tienda de ultramarinos y Thomas quería expandir el negocio. Era muy inteligente. Si viviera... Pero eso ya no importa. ¿Tú crees que hay cosas verdaderamente importantes, Anna?

Anna pensó en la salud, en los estudios. Intentó no pensar en Daniel.

—Sí, lo creo.

—Thomas era demasiado importante para morir joven, como un hermoso fogonazo. Aun así, consiguió hacer muchas cosas en tan pocos años. Cada vez que pienso en él, más lo admiro. Tu Daniel me recuerda a él.

—¿Por qué?

—En esa determinación que refleja su rostro. Unos rasgos que indican que puede llegar a hacer cosas sorprendentes —sonrió otra vez, luchando contra una nueva oleada de dolor—. Hay una expresión despiadada en su rostro que indica que es capaz de hacer lo que sea para conseguir lo que se propone, y, al mismo tiempo, se intuye una bondad básica en él. La misma bondad que le hacía regalar a Thomas un puñado de caramelos a los niños que no tenían dinero. La bondad que hace que Daniel sea capaz de visitar a una anciana a la que no conoce. He cambiado mi testamento.

Anna se enderezó, alAnnada.

—Pero...

—Oh, no te preocupes —cerró los ojos un momento, deseando que su cuerpo pudiera recuperar su antigua fuerza—. Veo en tu cara que te preocupa que te haya incluido en él. Thomas me dejó una pequeña herencia y yo la invertí. De esa forma he podido disfrutar de una vida cómoda. No tengo hijos y tampoco nietos. Ya es demasiado tarde para arrepentimientos. Necesito devolver algo de lo que he recibido. Necesito ser recordada —miró a Anna otra vez—. Le he hablado a Daniel sobre ello.

—¿A Daniel? —inquieta, Anna se inclinó hacia ella.

—Es muy inteligente, igual que Thomas. Le conté lo que quería hacer y él me explicó la mejor manera de hacerlo. Le he pedido a mi abogado que instaure una beca. Daniel se ha mostrado de acuerdo en que lo nombre albacea de mi testamento para que sea él el que se ocupe de todos los detalles.

Anna abrió la boca con intención de dejar el tema de la muerte a un lado y entonces se dio cuenta de que lo estaría haciendo solo por sí misma.

—¿Qué tipo de beca?

—Para chicas que quieran estudiar medicina —sonrió, complacida con la mirada de estupefacción de Anna—. Sabía que te gustaría. Estuve dándole vueltas a lo que podía hacer y entonces pensé en ti y en todas las enfermeras que han sido tan amables conmigo.



—Es algo maravilloso.

—Podría haber muerto sola, sin nadie que se sentara a hablar a mi lado. He sido afortunada —buscó la mano de Anna y la apretó con fuerza. Necesitaba sentirla. Anna apenas notó su presión—. Anna, no cometas el mismo error que cometí yo al pensar que no necesitaba a nadie. Toma el amor cuando se te ofrece. Déjalo vivir en ti. No tengas miedo del laberinto.

—No —murmuró Anna—, no lo haré.

No había ya apenas dolor, prácticamente nada. La señora Higgs fijo la mirada en la línea que separaba las luces de las sombras.

—¿Sabes lo que haría si pudiera vivir otra vez?

—¿Qué harías?

—Lo daría todo —consiguió sonreír—. Es una tontería pensar que tienes que dividir la vida en diferentes partes. Thomas lo habría hecho mejor —agotada, cerró los ojos otra vez—. Quédate conmigo un rato.

—Claro que me quedaré.

De modo que permaneció sentada en aquella habitación en penumbra. Mantenía la frágil mano de la señora Higgs entre las suyas mientras la escuchaba respirar. Y esperó.

Cuando cesó de respirar, luchó contra el enfado, contra la necesidad de negar lo que ocurría. Con mucho cuidado, se levantó y le besó la frente.

—No te olvidaré.

Con calma, sin perder el control, salió a buscar a la señora Kellerman. En medio de un aluvión de nuevas admisiones, la enfermera se limitó a dirigirla una breve mirada.

—Ahora tenemos mucho trabajo, señorita Whitfield.

Anna permaneció donde estaba. Cuando habló, lo hizo en tono paciente y autoritario.

—Tiene que llamar a un médico para la señora Higgs.

Instantáneamente alerta, la señora Kellerman se levantó.

—¿Está teniendo dolores?

—No —Anna cruzó las manos—, ya no.

Un brillo de comprensión cruzó el rostro de la enfermera y, pensó Anna, quizá también de arrepentimiento.

—Gracias, señorita Whitfield. Enfermera Bates, llame al doctor inmediatamente. Que vaya a la quinientos veintiuno —sin esperar respuesta, se dirigió ella misma hacia el pasillo. Anna la siguió hasta que llegó a la puerta y esperó. Minutos después, Kellerman regresó.

—Señorita Whitfield, no tiene por qué quedarse aquí.

Decidida a salirse con la suya, Anna la miró a los ojos.

—La señora Higgs no tiene a nadie.

Con gesto de compasión y, por vez primera, de respeto, la señora Kellerman retrocedió y posó la mano en su brazo.

—Por favor, espere fuera. Le diré al médico que quiere hablar con él.

—Gracias —Anna salió a la sala de espera y se sentó.

A medida que iban pasando los minutos, iba estando más tranquila. Aquello era a lo que tendría que enfrentarse día tras día durante el resto de su vida, se

recordó. Aquella había sido la primera vez, pensó, sintiendo un nudo en el estómago, pero no sería la última. La muerte llegaría a convertirse en una parte importante de su vida, algo contra lo que lucharía y algo a lo que debería enfrentarse. Empezando desde aquel momento, tendría que aprender a defenderse de ella.

Con un profundo suspiro, cerró los ojos. Cuando los abrió otra vez, vio a Daniel caminando hacia ella.

Por un momento, se le quedó la mente en blanco. Entonces vio las rosas que llevaba en la mano. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero consiguió controlarlas. Cuando se levantó, ya no sentía debilidad en las piernas.

—Imaginé que te encontraría aquí —todo en él hablaba de agresividad: su paso, su rostro, su voz.

Anna pensó por un instante en el lujo de poder arrojarle a sus brazos y llorar.

—Vengo aquí todos los días —eso no cambiaría. Más que nunca, sabía que no podía abandonar un trabajo que tanto amaba.

—He tardado más de lo que esperaba en arreglar los problemas que habían surgido en Nueva York —y había pasado unas noches terribles pensando en ella. Abrió la boca para continuar hablando en el mismo tono rudo y casi frío, pero vio algo en los ojos de Anna que lo detuvo.

—¿Qué ocurre? —le bastó verla mirar las flores que llevaba en la mano para adivinarlo—. Maldita sea —susurró una maldición y dejó caer el ramo de flores al suelo—. ¿Estaba sola?

El hecho de que fuera eso lo primero que preguntara, hizo que Anna le tomara la mano.

—No, estaba yo con ella.

—Eso está bien —la mano de Anna era como un trozo de hielo—. Déjame llevarte a casa.

—No —si Daniel continuaba mostrándose tan amable, iba a terminar haciéndole perder la compostura—. Quiero hablar con el médico.

Daniel comenzó a protestar, pero casi inmediatamente, deslizó el brazo por sus hombros.

—Esperaré contigo.

Se sentaron juntos en silencio. Anna sentía llegar hasta ella la fragancia de las rosas. Eran capullos muy frescos, húmedos todavía. Aquello formaba parte del ciclo de la vida, se recordó. No era posible apreciar la vida a menos que se comprendiera, que se aceptara el ciclo.

Cuando el doctor se acercó a ellos, Anna se levantó muy lentamente.

—Señorita Whitfield, la señora Higgs me habló muchas veces de usted. Es usted estudiante de medicina, ¿verdad?

—Sí, estoy estudiando medicina.

El médico asintió, reservándose su opinión.

—Supongo que ya sabrá que tuvimos que quitarle un tumor maligno hace algunas semanas. Tenía otro. Si la hubiéramos operado otra vez, habría muerto en el quirófano. Por eso decidimos hacerle pasar de la forma más agradable los últimos días de su vida.

—Lo comprendo —lo comprendía, sí, y también que algún día sería ella la

que tendría que tomar aquel tipo de decisiones—. La señora Higgs no tenía familia, me gustaría ocuparme personalmente de su entierro.

Su serenidad lo sorprendió tanto como lo que acababa de decirle. Estudió su rostro y decidió que, si aquella joven terminaba la carrera, le gustaría tenerla como médica residente en su sección.

—Estoy seguro de que no habrá ningún problema. Le diremos al abogado de la señora Higgs que se ponga en contacto con usted.

—Gracias —le tendió la mano. Liberman la encontró fría y firme. Sí, le gustaría verla trabajar.

—Tenemos que irnos —propuso Daniel en cuanto se quedaron a solas.

—Todavía no he terminado mi ronda.

—Hoy no la vas a hacer —la tomó del brazo y se dirigió con ella hacia el ascensor—. Tienes que dejarte descansar. Y no discutas —dijo, anticipándose a sus protestas—. Digamos que vas a tener que seguirme la corriente. Hay algo que quiero enseñarte.

Anna podía haber protestado. El hecho de saber que necesitaba fuerzas para hacerlo la hizo transigir. Iría con él porque sabía que al día siguiente regresaría para hacer todo lo que había dejado pendiente.

—Le pediré a mi chófer que nos lleve a casa —le dijo cuando estuvieron fuera—. Iremos en mi coche.

—He traído el mío.

Daniel se limitó a arquear las cejas y asintió.

—Espera un momento —caminó hacia el Rolls y le pidió a Steven que se marchara—. Iremos en el tuyo. ¿Te apetece conducir?

—Sí, sí —comenzó a caminar hacia su pequeño descapotable.

—Es muy bonito, Anna, la verdad es que siempre he admirado tu buen gusto.

—¿A dónde vamos?

—Hacia el norte. Yo te indicaré el camino.

Contenta de poder conducir, de sentir el viento en el rostro sin saber cuál era su destino, Anna salió de la ciudad. Por una vez, Daniel permitió que siguiera inmersa en sus propios pensamientos.

—Derramar algunas lágrimas no va a hacer de ti una persona más débil.

—No —suspiró y observó el sol iluminando la carretera—. Todavía no puedo llorar. Háblame de Nueva York.

—Es una ciudad de locos, pero me gusta —sonrió de oreja a oreja y estiró el brazo en el respaldo del asiento—. No es un lugar para vivir, al menos para mí, pero su excitación se te mete en la sangre. ¿Conoces Durnripple Publishing?

—Sí, por supuesto.

—Ahora se llama Durnripple & MacGregor —estaba muy satisfecho del modo en el que había desarrollado el trato o, mejor dicho, sobre cómo lo había forzado.

—Es una empresa de publicidad con mucho prestigio.

—El prestigio puede ser una condena —le dijo—. Lo que necesitaban era sangre nueva y dinero en efectivo.

—¿Y qué necesitabas tú?

—Diversificar mi negocio. No me gusta concentrar todos mis intereses.

Anna frunció el ceño, pensando en ello.

—¿Y cómo sabes lo que tienes que comprar?

—Empresas viejas en situaciones difíciles y nuevas compañías. Las primeras me dan algo que arreglar y las segundas —vaciló, buscando las palabras más adecuadas—, un terreno que explorar —dijo por fin.

—Pero no puedes estar seguro de que las empresas que compras vayan a funcionar.

—No todas lo harán. En eso consiste el juego.

—Lo dices como si fuera un vicio.

—Quizá; pero en eso consiste la vida —la estudió en silencio. Su rostro todavía estaba pálido y su mirada era demasiado serena—. Un médico sabe que no todos sus pacientes saldrán adelante. Pero eso no le impide aceptarlos.

Daniel la comprendía. Y Anna debería haberlo esperado.

—No, claro que no.

—Todos corremos riesgos, Anna, si estamos realmente vivos.

Anna continuó conduciendo en silencio, siguiendo las indicaciones de Daniel. Los pensamientos corrían a toda velocidad en su mente y sus sentimientos volaban libremente por su cuerpo. Rodaban por una carretera muy tranquila, que debería haberla tranquilizado, pero para cuando llegaron a la costa, se sentía tensa y llena de energía. Cuando llegaron a una pequeña tienda, Daniel le hizo un gesto con la mano.

—Para aquí.

Anna aparcó el coche en la acera, al lado de la tienda.

—¿Es esto lo que querías enseñarme?

—No, pero supongo que dentro de poco tendrás hambre.

Anna se llevó la mano al estómago antes de abrir la puerta.

—La verdad es que ya tengo hambre —pensando que no encontrarían nada más apetitoso que una caja de galletas, Anna lo siguió al interior.

Se trataba de una tienda diminuta y abarrotada, con latas alineadas en las estanterías y diferentes tipos de comida almacenada en armarios sin puerta. El suelo parecía recién encerado y en el techo chirriaba un ventilador destinado a aliviar el calor.

—¡Señor MacGregor! —de detrás del mostrador salió una gruesa mujer, evidentemente complacida con la visita.

—Ah, señora Lowe, tan hermosa como siempre.

La señora Lowe tenía una cara parecida a la de un caballo y lo sabía. Recibió el halago con una risotada.

—¿Qué puedo hacer hoy por usted? —inspeccionó a Anna sin ningún disimulo y sonrió, mostrando la falta de un incisivo.

—La dama y yo necesitamos todo lo necesario para un picnic —se inclinó sobre el mostrador—. Dígame que también hoy tiene carne asada, de esa que se deshace en la boca que me vendió la última vez.

—No queda ni un gramo —le guiñó el ojo—. Pero tengo un jamón que le hará elevar los ojos al cielo y dar gracias a Dios.

Con todo su encanto, Daniel tomó su mano regordeta y se la besó.

—Elevaré los ojos al cielo y le daré las gracias a usted, señora Lowe.

—Prepararé un sandwich para la dama. Y dos para usted —le dirigió una mirada tan astuta como amistosa—. Y puedo preparar también un termo de limonada, si está dispuesto a comprar el termo.

—Hecho.

Y tras otra carcajada, se perdió en la trastienda.

—Habías estado antes aquí —comentó Anna.

—Vengo de vez en cuando. Qué lugar tan pequeño —sabía que los Lowe llevaban solos el establecimiento, y lo mantenían bien limpio y surtido—. Estoy pensando que si pudieran añadirle una habitación, pusieran un mostrador y una plancha, la señora Lowe se haría famosa por sus sandwiches.

Anna lo miró a los ojos y sonrió.

—Lowe & MacGregor.

Daniel soltó una carcajada y se apoyó contra el mostrador.

—No, a veces es preferible ser el socio oculto.

La señora Lowe regresó con una enorme cesta de mimbre.

—Aquí tiene sus cosas, y devuélvame la cesta, que no es nueva —volvió a guiñarle el ojo—, pero el termo sí.

Daniel sacó la cartera y dejó en el mostrador billetes suficientes para hacer que Anna arqueara las cejas.

—Déle recuerdos a su marido, señora Lowe.

Los billetes desaparecieron rápidamente en un bolsillo.

—Que se diviertan.

—Lo haremos —Daniel salió y, sin abrir la puerta, dejó la cesta en el interior del coche—. ¿Me dejas conducir a mí?

Anna ya tenía las llaves en la mano. No había dejado que nadie se pusiera tras el volante, a pesar de que su padre se lo había insinuado y Myra no paraba de pedirle que se lo permitiera. Vaciló un instante y le tendió las llaves.

Segundo después, continuaban su camino. Anna nunca había visto una carretera tan estrecha, ni tan sinuosa. La vista que tenía sobre el acantilado era sobrecogedora. Se podía disfrutar desde allí de toda la gama posible de grises; con toques rojizos o partículas verdes. En algunos lugares, la roca parecía haber sido tallada con un hacha y en otros arrancada por un piolet. Las olas se estrechaban con fuerza contra las rocas y retrocedían para arremeter contra ella otra vez. Había violencia en aquel paisaje, pensó Anna. Una guerra cíclica y sin fin. Absorbiendo el olor del mar, se recostó en su asiento.

Fueron subiendo kilómetro a kilómetro. Los árboles que salpicaban los márgenes de la carretera crecían inclinados, sacudidos constantemente por el viento. Anna se preguntaba qué haría Daniel si se cruzaran con otro vehículo. Pero no le preocupaba. Observó una gaviota lanzarse en picado contra la superficie del mar y remontarse después hacia el sol.

Cuando la carretera volvió a nivelarse, Anna casi sintió una ligera decepción. Pero entonces vio el terreno que se extendía ante ella: un páramo rocoso, desolado, que alcanzaba hasta el borde del acantilado. Algo se desató en su interior, algo punzante como una flecha y dulce como un beso. Era una suerte de reconocimiento.

Daniel paró el coche y permaneció en su asiento, absorbiéndolo todo. Como siempre, aquel paisaje agreste lo arrastraba. Podía sentir el mar, sentir el viento. Aquel era su hogar.

Sin decir nada, Anna salió del coche. Se sentía sacudida por la turbulencia del lugar, pero experimentaba también una extraña paz. No sabía si se debía al aire o a la propia tierra, pero sentía que aquella sensación de movimiento constante y paz interior, siempre permanecería.

—Este es tu terreno —susurró cuando Daniel se acercó a ella.

—Sí.

El viento azotaba el pelo contra su rostro y lo apartó con gesto impaciente. Quería verlo todo claro.

—Es maravilloso.

Lo dijo con una sencillez que dejó a Daniel sin habla. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo desesperadamente que deseaba que Anna aceptara aquel lugar, que lo comprendiera. Más aun, no se había dado cuenta de lo importante que era para él que Anna amara aquel lugar como lo había amado él nada más verlo. El sol se reflejaba en su rostro mientras se llevaba la mano de Anna a los labios.

—La casa estará allí —señaló un punto y comenzó a caminar hacia él—, cerca del acantilado, para poder oír el mar y sentirte parte de él. Será una casa de piedra, de toneladas de piedra, para que se confunda con la roca y nada pueda derribarla. Algunas de las ventanas llegarán hasta el techo y la puerta principal tendrá la anchura de tres hombres. Aquí —se detuvo, indicando el lugar con la mirada—, irá una torre.

—¿Torres? —Anna lo miró, prácticamente hipnotizada—. Lo dices como si fuera un castillo.

—Exacto. Un castillo. Y el escudo de los MacGregor irá justo sobre la puerta.

Anna intentó imaginárselo y sacudió la cabeza. Lo encontraba al mismo tiempo fascinante e incomprensible.

—¿Por qué algo tan grande?

—Quiero que permanezca siempre en este lugar. Que lleguen a conocerlo mis bisnietos —se dirigió hacia el coche para buscar la cesta de la comida, dejándola sola un instante.

Sintiéndose tan incapaz de juzgar el estado de ánimo de Daniel como el suyo, Anna lo ayudó a extender la manta que la señora Lowe les había proporcionado. Además de los sandwiches, había un cuenco con patatas cocidas y bien especiadas y dos pedazos de tarta. Anna se sentó con las piernas cruzadas y la falda de flores sobre las rodillas y comió con la mirada fija en las nubes.

Estaban sucediendo tantas cosas y tan rápido, que tenía la sensación de que la vida se había suspendido en una especie de limbo. Ya no sabía si debía girar hacia la derecha o hacia la izquierda. El camino que alguna vez le había parecido tan claro, aparecía de pronto repleto de extrañas curvas. No podía ver el final. Daniel estaba en silencio y ella también permaneció callada, consciente de que estaba tan incómodo como ella.

—En Escocia —comenzó a decir Daniel como si estuviera hablando para sí—, vivíamos en una casa no más grande que el garaje de tu casa. Éramos

cinco, quizá seis cuando mi madre enfermó. Después de dar a luz a mi hermano, nunca volvió a estar del todo bien. Mi abuela venía todos los días a casa para ayudarla a cocinar y atender al bebé. Yo me sentaba al lado de mi madre para hablar con ella. Entonces no era consciente de lo joven que era mi madre.

Anna permanecía sentada con las manos en el regazo, mirándolo con intensidad. Semanas atrás, se habría limitado a escucharlo educadamente mientras él le hablaba de su pasado. En ese momento, tenía la sensación de que la mitad de su vida dependía de lo que Daniel pudiera decir.

—Continúa, por favor.

No era fácil para Daniel, que no tenía pensado hablar de ello. Pero, tras haber empezado, había descubierto que necesitaba contárselo todo.

—Mi padre volvía a casa de la mina, con la piel blanca y los ojos rojos. Dios, debía estar agotado, pero se sentaba al lado de mi madre para hablar con ella, jugar con el pequeño y escucharme a mí. Mi madre se mantuvo así durante cinco años y cuando yo ya había cumplido diez, nos dejó. Había sufrido terriblemente durante todo ese tiempo, pero jamás se quejó.

Anna pensó en la señora Higgs. Y en aquella ocasión dejó que las lágrimas corrieran por su rostro. Daniel no dijo nada y, durante algunos segundos, permaneció en silencio, escuchando el sonido del mar.

—Mi abuela vino a vivir con nosotros. Se hizo cargo de mí y me puso firme, me obligó a estudiar. A los doce años, comencé a trabajar en las minas, pero ya sabía leer, escribir y manejar los números mejor que muchos adultos. Y también era tan grande como algunos de ellos.

Soltó una carcajada y flexionó los dedos en un puño. En más de una ocasión había tenido que estar agradecido a su tamaño.

—Las minas eran el infierno. Polvo en los pulmones y en los ojos. Cada vez que la tierra temblaba, pensaba que iba a morir y deseaba que fuera rápido. Tenía quince años cuando McBride, el propietario de la mina, se fijó en mí. Se enteró de que se me daban bien los números y solía venir a buscarme para que lo ayudara. A su modo, era un hombre justo, de modo que me pagaba por las horas extras. Al cabo de un año, dejé la mina y me dediqué a la contabilidad. Tenía las manos limpias. Desde que empecé a trabajar, mi padre había guardado la mitad de mi salario en un tarro. Podríamos haber utilizado ese dinero para el día a día, pero él no lo habría permitido. Incluso cuando comencé a ganar más en la oficina, me obligaba a ahorrar la mitad del dinero. Y lo mismo hizo con mi hermano.

—Quería que pudierais salir de allí —musitó Anna.

—Exacto. El soñaba con que mi hermano y yo pudiéramos salir de la mina, alejarnos de todo aquello con lo que él había tenido que vivir —se volvió hacia ella, con los ojos resplandecientes por la furia—. Tenía veinte años cuando la galería principal se hundió. Estuvimos cavando durante tres días y tres noches. Desaparecieron veinte hombres, entre ellos mi padre y mi hermano.

—Oh, Daniel —se acercó hasta él y apoyó la cabeza en su hombro. Era más que tristeza. Podía sentir la furia, el resentimiento, la culpa—. Lo siento.

—Cuando los enterramos, me juré que aquello no era el final. Sería el principio. Hice todo lo que estuvo en mi mano para salir de allí. Cuando lo conseguí, ya era demasiado tarde para mi abuela. Había vivido muchos años y

solo me pidió una cosa antes de morir: que me asegurara de perpetuar mi linaje y no olvidara nunca mis orígenes. Pienso cumplir esa promesa, Anna... —le hizo volver la cabeza y mirarlo a los ojos—. Por ella y por mí, con cada una de las piedras que conformen esta casa.

Anna lo comprendía. Demasiado bien quizá para sus propios intereses. Y comprendió también que allí, en aquel acantilado azotado por el viento, en medio de aquella tierra yerma, se había enamorado irreversiblemente de él. Pero aquella certeza solo desencadenaba nuevas preguntas.

Se levantó y caminó hacia el lugar en el que Daniel había imaginado su casa. La construiría, estaba segura. Y sería magnífica.

—Estarían orgullosos de ti.

—Algún día regresaré a mi tierra para recordarlo todo. Y querré que vengas conmigo.

Anna se volvió y, mientras lo hacía, se preguntaba si habría estado esperando durante toda su vida el momento de hacer aquel movimiento. Quizá aquel fuera el primer paso en el laberinto.

—Me temo que jamás podré darte todo lo que quieres, Daniel. Y temo más todavía saber que voy a intentarlo.

Daniel se levantó y caminó hacia ella. Todavía quedaba mucho espacio entre ellos cuando se detuvo.

—Me dijiste que necesitabas tiempo. Yo te pedí que tomaras una decisión. Quiero saber lo que has decidido.

Anna dio un paso adelante, sintiendo que se colocaba al borde del abismo.



## Capítulo Siete

Anna quería darle a Daniel todo lo que le había pedido, darle cosas con las que él ni siquiera había soñado. Quería tomar todo lo que pudieran abarcar sus manos y entregárselo. En ese momento comprendía lo que dar un solo paso podía significar para ambos. Y se preguntaba si Daniel lo daría. Un solo paso hacia adelante cambiaría irrevocablemente sus vidas, incluso en el caso de que después pudieran retroceder. Un solo paso y nada podría alterar lo que había sido dicho, hecho o entregado. Anna creía en el destino, pero se enfrentaba a él con los ojos bien abiertos y la mente clara.

Aunque el sentido común batallaba por mantenerse al frente de lo que allí estaba ocurriendo, el corazón latía lenta y tercamente, dispuesto a empezar a dar órdenes. ¿Qué era el amor? En ese momento, lo único que Anna sabía de él era que se trataba de una fuerza mayor que la lógica con la que siempre había vivido. El amor había comenzado guerras, derribado imperios, enloquecido a hombres y arruinado a mujeres. Podría razonar durante horas, pero jamás disminuiría el poder de aquella fuerza que todo lo envolvía.

Permanecieron en los acantilados, con el viento rugiendo entre las rocas, aullando sobre la hierba, batiéndose contra aquella tierra que Daniel había elegido para llenarla de sueños y promesas. Si Daniel era su destino, ella se encontraría con él.

Daniel permanecía más fiero que nunca, casi amenazador, mirándola con ojos ardientes y el sol a su espalda. Zeus, Thor, podía haber sido cualquiera de ellos. Pero era un hombre de carne y hueso, un hombre que comprendía el destino y podía mover montañas para lograr aquello que había elegido.

Anna se tomó su tiempo, dispuesta a tomar la decisión con la cabeza fría y despejada. Pero las emociones que bullían en su interior no cesaban. ¿Cómo podía mirarlo, leer el deseo en su mirada y permanecer tranquila? Daniel había hablado de familia, de promesas, de un futuro que no estaba segura de poder compartir con él. Pero había algo que sí podían compartir, algo que podía darle, entregarle una sola vez. Dejándose llevar por el corazón, Anna dio un paso adelante y se arrojó a sus brazos.

Se unieron como un trueno, urgente, tempestuoso, fuerte. La boca de Anna buscó la suya con el caótico anhelo que la impulsaba. Sentía remontarse la fuerza, el fuego extenderse de manera incontrolable en su interior. Solo existían el aquí y el ahora.

Las manos de Daniel tocaban su pelo, sus dedos la acariciaban y dejaban caer al suelo las peinetas con las que se lo había recogido. Sentía la boca de Daniel inquieta y ansiosa, cubriendo su rostro, buscando sus labios y saboreándolos como si en ello le fuera la vida. Oyó su nombre, pronunciado con una voz grave y vibrante, y después pudo saborearlo cuando Daniel lo susurró contra su boca. Incluso cuando se presionaba con fuerza contra él, podía sentir la increíble y laxa flexibilidad que solo el cuerpo de una mujer podía experimentar. Su mente parecía avanzar con el placer de descubrir la magia de la sumisión mezclada con las más fieras demandas. Y, de pronto, sus pensamientos parecieron estallar en mil pedazos, dejando una sola frase en su mente: estaba donde quería estar.

Descendieron juntos hasta la hierba, abrazados con tanta fuerza que ni siquiera el viento podía interponerse entre ellos. Como amantes que hubieran

estado separados durante años, se abrazaban sin recelos, sin vacilación. Ansiosa por sentir su piel contra la suya, Anna tiró de la camisa de Daniel. Los músculos que desde que era un niño este había ido cultivando, se estremecieron. Excitada por su fuerza, Anna dejó que sus manos vagaran libremente y aprendió el júbilo vertiginoso de sentir a un hombre gemir bajo sus caricias.

Daniel la deseaba, allí, en ese preciso instante, y solo para él. Anna podía sentirlo en cada latido de su propio pulso. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo importante que era para ella estar segura de eso. Fueran cuales fueran los planes que Daniel tuviera para ella, los planes que tan escrupulosamente había diseñado, habían sido lanzados al olvido por una fuerza abrumadora. El deseo. Era un deseo puro, desesperado, suyo.

Daniel quería ser cuidadoso, delicado, pero Anna lo estaba llevando más allá de todo lo que hasta entonces había experimentado. Las fantasías, los sueños, palidecían frente a aquella novedosa realidad. Anna era mucho más que un objetivo que debía ser conquistado, mucho más que una mujer a la que cortejar. Sus manos eran finas, fuertes y curiosas. Su boca insistente y cálida. El deseo palpitaba a través de su cuerpo, se concentraba en la base del cuello y rugía en su cerebro. Lo ensordecía al igual que el estallido de las olas contra las rocas. Podía oler la hierba salvaje mientras enterraba los labios en el cuello de Anna, pero la esencia de Anna, sutil, serena, era mucho más penetrante que cualquier otra fragancia. Era tan pequeña y tan desgarradoramente suave, que Daniel tenía que luchar para que sus manos, endurecidas por el trabajo, fueran delicadas con ella mientras la desnudaba. Y aun así, Anna se arqueaba contra él con cada una de sus caricias, exigiendo mucho más.

Daniel no podía resistirse, no podía resistir ni un segundo más la presión que crecía en su interior. Resistiendo contra la pasión, dejó a un lado el resto de la ropa y se entregó a su deseo. La piel de Anna era blanca como la leche bajo el sol del verano y su cuerpo tan ágil y eficiente como su mente. Ninguna mujer, ni siquiera en sueños, lo había excitado más. Con un sonido que retumbó en su garganta, la buscó mientras ella gemía asombrada de placer.

¿Había algo más? Anna pensaba que era imposible, pero cada vez que los labios de Daniel rozaban su piel, estallaba en ella un nuevo e indescriptible deleite. ¿Debería haber sabido antes que un hombre y una mujer podían compartir algo tan oscuro y voluptuoso bajo el sol? ¿Podría haber sabido que ella, siempre tan disciplinada y racional, podría entregarse a la pasión sobre la hierba, al borde de un precipicio? Lo único que sabía era que no importaba dónde, y no importaba cuándo, pero siempre sería de Daniel.

Sus sentimientos eran más rápidos que su razón. Quería saborear cada nueva experiencia, pero antes de que hubiera tenido tiempo de absorber una de ellas, la derrumbaba otra nueva, hundiéndola en una mezcla de sensaciones que le resultaba imposible separar. Con una silenciosa risa, comprendió que no era necesario que se entendieran el uno al otro, que bastaba con que se sintieran. No sintió miedo cuando el deseo comenzó a crecer, sino una expectación salvaje.

La sangre palpitaba en sus venas y llenaba de tal forma su cabeza que Daniel creyó que iba a explotarle. El cuerpo de Anna ardía con el mismo fuego que el suyo, se movían al ritmo de la misma música. Pero Anna era inocente. Y él sabía, aunque anhelara tomarla con furia, rápidamente, que el control era

vital. Anna se aferraba a él, mecía sus caderas ofreciéndose desinhibida. Y el miedo de dañar algo tan precioso lo atenazaba. Cuando Anna se arqueó contra él, se separó de ella para tomar aire.

—Anna.

—Te deseo —musitó Anna como un trueno en su oído—. Te deseo, Daniel —al oírlo, un dulce dolor se extendió por el cuerpo de Daniel. Y, diciéndolo, Anna se sintió en la gloria.

—No te haré daño —Daniel alzó la cabeza; vio los labios de Anna curvados en una sonrisa y sus ojos nublados por el deseo.

—No, no me harás daño.

Daniel tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad mientras se deslizaba dentro de ella. Estaba tan caliente, tan húmeda, que la cabeza estuvo a punto de estallarle, rebosante ya de emoción. Había estado antes con otras mujeres. Pero nunca había sentido nada parecido. Se había entregado en otras ocasiones a la pasión. Pero nunca, nunca de aquella manera.

Anna lo sintió entrar en ella, penetrarla. Su virginidad desapareció en un instante y con un placer tan inmenso que ahogó en él todo dolor. Poder. Se derramaba sobre ella como el viento, como el trueno, eclipsando el asombro inicial. Embebida de aquella sensación, se aferraba enérgicamente a él. Lo oyó decir su nombre antes de sentir su boca sobre sus labios. Olvidados de todo control, se entregaron plenamente el uno al otro.

Daniel conocía la fábula del gato que se tragó el canario. Mientras permanecía tumbado en la hierba al lado de Anna, se sentía como un gato tras haberse comido al menos una docena de canarios. Y su satisfacción se reflejó en un somnoliento suspiro.

Había elegido a una mujer adorable e inteligente para convertirla en su esposa. Era una elección lógica para un hombre que pretendía levantar un imperio que se mantuviera en pie durante generaciones. Y era una auténtica suerte que se hubiera enamorado en el proceso y hubiera descubierto que aquella mujer era además cariñosa, dulce y apasionada. Su futura mujer, la futura madre de sus hijos, encajaba en él como un guante. Había decidido probar suerte y había acertado.

Anna permanecía en silencio a su lado, pero Daniel sabía, por el ritmo de su respiración y la mano que descansaba en la suya, que estaba perdida en sus propios pensamientos y en absoluto arrepentida de lo que había hecho. Su cabeza descansaba en el hueco de su hombro de forma tan natural, que habría jurado que no era la primera vez que estaban allí, tumbados en la hierba bajo un cielo inmensamente azul y observados solamente por las nubes. Sus hijos se tumbarían en esa misma hierba y dotarían de formas y sueños a las nubes. El no había tenido mucho tiempo para jugar cuando era niño. Con Anna, encontraría tiempo para hacerlo y ya no tendría que ir nunca en busca de un sueño.

Podría haberse quedado horas allí, con las olas, el viento y el sol. Tenía a su mujer, su tierra y aquello solo era el principio. Pero sabía, por supuesto, que pronto tendrían que volver a la ciudad. Lo que Daniel quería para él y para Anna no podía conseguirse en un lugar tan solitario. Pero continuó abrazándola mientras su mente forjaba docenas y docenas de proyectos.

—En mi casa hay sitio más que suficiente para los dos —dijo, medio para sí. Con los ojos casi cerrados y el halo dorado del amor, se imaginó a Anna en su casa. Ella se ocuparía de los detalles que él siempre olvidaba, los adornos, las flores, la música... —. Por supuesto, es posible que quieras cambiar algunas cosas. Incluso eliminar otras.

Anna observaba los rayos del sol jugando entre las hojas de los árboles. Acababa de avanzar un paso. Había llegado el momento de retroceder otro.

—Tu casa está bien tal como está, Daniel.

—Sí, bueno, al fin y al cabo es algo temporal —deslizó la mano por el pelo de Anna mientras miraba hacia el lugar en el que había construido su sueño. El sueño de los dos después de lo ocurrido. Y qué dulce le parecía poder compartirlo con alguien—. Cuando esté terminada esta casa, venderemos la casa de Boston. O quizá nos la quedemos, podré usarla para los negocios. Cuando me case, tendré que viajar menos.

Por encima de sus cabezas, las nubes corrían lentamente, demasiado altas para ser alcanzadas por el viento que susurraba entre la hierba.

—Viajar es muy importante para tu carrera.

—De momento —se encogió de hombros, y Anna sintió su brazo moverse bajo su cabeza—. Dentro de poco, vendrán a buscarme a mí. Y yo estaré aquí. No pienso casarme para pasar la vida separado de mi esposa.

La mano de Anna descansaba liviana sobre su pecho. Anna se preguntaba si Daniel sería consciente de lo petulante que sonaba la expresión «mi esposa». Habría empleado el mismo tono para describir un coche nuevo.

—No voy a casarme contigo, Daniel.

—Todavía tendré que volar a Nueva York de vez en cuando, pero podrás venir conmigo.

—He dicho que no voy a casarme contigo.

Con una risa, Daniel la hizo incorporarse hasta que quedó tumbada sobre él. Su piel, caliente por el sol, le resultaba adorable.

—¿Qué quieres decir con eso de que no vas a casarte conmigo? Claro que te vas a casar conmigo, Anna.

—No —posó una mano en su rostro. Su caricia era tan dulce como sus ojos—. No voy a casarme contigo.

—¿Cómo puedes decir eso ahora? —la había agarrado por los hombros. El miedo fue su primera reacción cuando percibió la calma y la paciencia que reflejaba su mirada. Parte de su éxito en los negocios nacía de su habilidad para transformar el miedo en enfado y el enfado en determinación—. Este no es momento para juegos.

—No, no lo es —se levantó lentamente y comenzó a vestirse.

Debatiéndose entre la estupefacción y la furia, Daniel la agarró por las muñecas antes de que pudiera ponerse la blusa.

—Acabamos de hacer el amor. Te he hecho el amor.

—Los dos hemos hecho el amor libremente —replicó—. Nos deseábamos el uno al otro.

—Y vamos a continuar deseándonos. Esa es la razón por la que te vas a casar conmigo.

Anna intentó soltar aire lentamente, sin hacer casi ningún ruido.

—No puedo.

—¿Por qué diablos no puedes?

Anna sentía que se le tensaban los músculos del estómago. Tenía la piel helada a pesar de la intensidad del sol. Anna quería que la soltara, pero sabía que Daniel ignoraría cualquier resistencia. De pronto, sentía la necesidad de correr, de correr más rápido de lo que había corrido en toda su vida. Aun así, permaneció completamente quieta.

—Quieres casarte conmigo para formar una familia y continuar trabajando y yendo a donde tus negocios o caprichos puedan llevarte —tragó saliva, consciente de que no le quedaba más remedio que continuar diciendo la verdad—. Y para que tú puedas hacer eso, yo tendría que renunciar a algo que he deseado desde que puedo recordar. Y no lo haré, Daniel, ni siquiera por ti.

—Eso es una tontería —la sacudió ligeramente, como si quisiera demostrárselo—. Si esa maldita carrera es tan importante, ve y termínala. Puedes estudiar estando casada conmigo.

—No —se liberó sin problema y continuó vistiéndose. No iba a dejarse ni intimidar ni hechizar por Daniel, aunque él fuera un experto en ambas cosas—. Si tengo que volver a la universidad como señora de Daniel MacGregor, jamás terminaré la carrera. Me lo impedirías aunque no quisieras.

—Maldita sea, eso es ridículo.

Permanecía gloriosamente desnudo con el sol a su espalda. Por un momento, Anna deseó abrir los brazos, invitarlo a volver a ella y mostrarse de acuerdo en hacer todo lo que él quisiera. Pero no cedió a sus deseos.

—No, no lo es. Y quiero terminar esa carrera, Daniel. Tengo que hacerlo.

—Así que prefieres tu carrera a mí.

Herido, enfadado, no le importaba que sus palabras fueran injustas. Estaba viendo cómo, la única cosa que podía hacerle sentir su vida completa, real, estaba alejándose de su lado.

—Quiero las dos cosas —tragó saliva. No podía juzgar la reacción de Daniel cuando todavía no estaba segura de cuál era la suya—. No me casaré contigo —repitió—. Pero estoy dispuesta a vivir contigo.

Daniel la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Que harás qué?

—Viviré contigo en tu casa de Boston hasta septiembre. Después buscaré un apartamento en el campus. Y luego...

—¿Y luego qué? —sus palabras cortaron el aire como un disparo.

Anna alzó las manos y las dejó caer.

—Después no sé lo que ocurrirá.

Anna alzaba la cabeza con orgullo mientras el viento agitaba su pelo. Pero su rostro estaba pálido, y sus ojos parecían inseguros. Daniel la adoraba hasta la locura y su enfado era cada vez mayor.

—Maldita seas, Anna, quiero que seas mi esposa, no mi amante.

Las dudas desaparecieron de los ojos de Anna para ser sustituidas por una furia que igualaba a la de Daniel. Ya no estaba pálida, su piel resplandecía de indignación.

—Y no te estoy ofreciendo ser tu amante —giró sobre los talones y comenzó a caminar hacia su coche.

Daniel la agarró del brazo y la hizo volverse tan rápidamente que Anna estuvo a punto de perder el equilibrio.

—¿Qué demonios estás ofreciéndome entonces?

—Vivir contigo —Anna no gritaba a menudo, pero cuando lo hacía, se empleaba a fondo. Si Daniel no se hubiera enfadado tanto, habría habido lugar para el respeto—, no convertirme en algo tuyo. No quiero ni tu dinero, ni tu casa ni una docena de rosas al día. Es a ti a quien quiero. Y solo Dios sabe por qué.

—Entonces cástate conmigo —todavía desnudo, todavía furioso, la estrechó de nuevo contra él.

—¿Crees que puedes tener todo lo que quieres simplemente porque lo grites y por ser tan fuerte? —Anna lo empujó y lo miró indignada.

Daniel se mesó desesperado los cabellos. ¿Cómo podía tratar un hombre con una mujer como aquella?

—Si tú no piensas en tu reputación, tendré que hacerlo yo.

Anna arqueó las cejas.

—Lo único que tú tienes que hacer es pensar en la tuya —y con aquella pose tan majestuosa que era capaz de adoptar sin ningún esfuerzo, lo recorrió de pies a cabeza con la mirada—. De momento no parece preocuparte mucho.

Con un movimiento de furia, Daniel se subió los pantalones. Cualquier otro hombre habría parecido ridículo. Daniel estaba magnífico.

—Hace unos pocos minutos, he conseguido seducirte —comenzó a decir.

—No te engañes —fría y confiada, Anna le ofreció su camisa—. Hace unos minutos hemos hecho el amor. Eso no ha tenido nada que ver con la seducción.

Daniel le arrebató la camisa y comenzó a ponérsela.

—Eres más fuerte de lo que pareces, Anna Whitfield.

—En eso tienes razón —satisfecha de sí misma, comenzó a guardar los objetos del picnic—. En una ocasión me dijiste que conseguías todo lo que querías. Ahora yo te estoy diciendo lo mismo. Si me quieres, Daniel, tendrá que ser con mis condiciones. Piensa en ello —lo dejó a medio vestir y se dirigió hacia el coche.

Apenas hablaron durante el camino de vuelta. Anna ya no estaba enfadada, sino, simplemente, agotada. Habían pasado demasiadas cosas en tan poco espacio de tiempo y ninguna de —ellas formaba parte de sus estudiados planes. Necesitaba tiempo para pensar, para evaluar y recargar energías. Daniel estaba ardiendo de furia. No hacía falta que hablara para que Anna lo supiera.

Al demonio con su mal genio, se dijo nerviosa. Dejaría que se enfadara. Al fin y al cabo, era algo que hacía perfectamente. Nadie parecía tan imponente como él cuando se enfadaba.

Su amante. Su propia furia comenzaba a bullir y esperó a que se sofocara. Ella no sería la amante de ningún hombre, se dijo a sí misma. Se reclinó contra el asiento y se cruzó de brazos. Y tampoco la esposa de ninguno hasta que estuviera preparada para ello. Y sabía, aunque al pensarlo se le acelerara el pulso, que sería mujer de un solo amante. Y a su propia y tranquila manera,

estaba tan decidida como Daniel a conseguirlo.

Vivir con él. Daniel se aferró al volante con fuerza mientras tomaba una curva a más velocidad de la que cualquier hombre razonable habría osado. Le estaba ofreciendo la mitad de todo lo que tenía, la mitad de todo lo que era. Y, lo más importante, le estaba ofreciendo su apellido. Y ella lo había rechazado.

¿Pensaría acaso que habría aceptado su virginidad si no pensara que se iban a comprometer el uno con el otro? ¿Qué clase de mujer rechazaría una honesta propuesta de matrimonio y optaría por rechazarlo, como una niña mimada negándose a aceptar algo que le convenía? Él quería una esposa, maldita fuera, una familia. Y ella quería un pedazo de papel que dijera que podía ponerle inyecciones a la gente.

Debería haber seguido su consejo desde el principio. Anna Whitfield era la última mujer de Boston que podía convenirle como esposa. Así que se olvidaría de ella. La dejaría en la puerta de su casa, le diría adiós y se iría a su casa. Pero todavía podía sentir su sabor en los labios, apreciar el tacto de su piel en los dedos, todavía podía oler la fragancia de su pelo mientras flotaba alrededor de su cuerpo... y del suyo.

—No pienso consentirlo.

Con un chirrido de frenos, Daniel paró el coche en frente de casa de Anna. En el jardín, la madre de Anna estaba podando unas rosas; al oír aquel estruendo, alzó la cabeza y agarró con fuerza las tijeras. El hecho de que no hubiera ningún vecino por los alrededores la alivió solo en parte mientras Daniel apagaba el motor.

—Eso —dijo Anna con perfecta calma—, es cosa tuya.

—Ahora escúchame.

Daniel se volvió lentamente y la agarró por los hombros. No quería discutir, no quería pelear; y en el momento en el que aquellos pacientes ojos castaños se posaron sobre su rostro, lo único que deseó fue abrazarla y hacer con ella el amor hasta que ambos estuvieran demasiado cansados para pronunciar una sola palabra.

Anna arqueó una ceja.

—Te escucho.

Daniel intentaba encontrar palabras para lo que necesitaba decir.

—Lo que ha sucedido entre nosotros no sucede con cualquiera. Lo sé.

Anna sonrió ligeramente.

—En esto tendré que creerte.

Daniel sentía crecer su frustración.

—Esa es una parte del problema —farfulló, mientras se ordenaba a sí mismo permanecer tan tranquilo como ella—. Quiero casarme contigo, Anna —al oírlo, la señora Whitfield dejó caer las tijeras con un golpe seco—. Quise casarme contigo desde el momento en que te vi.

—Eso es parte del problema —como la mayor parte de su corazón ya era de Daniel, Anna alzó ambas manos hacia su rostro—. Querías algo que te resultara conveniente y resulté ser yo. Querías que encajara sin fisuras en tu vida. Quizá pudiera hacerlo, pero no quiero.

—Ahora es más que eso. Mucho más...

Mientras la acercaba a él, Anna vio la llama del deseo en sus ojos y

después saboreó sus labios. Sin vacilar, sin artificio, Anna lo recibió con un beso. Sí, era mucho más que eso... quizá mucho más de lo que ninguno de ellos podía asumir. Cuando estaban juntos, todo lo de más parecía palidecer. Eso era lo que asustaba a Anna. Y era también lo que la emocionaba.

Desesperadamente, se apartó de ella.

—¿Te das cuenta de lo que tenemos cuando estamos juntos? ¿De lo que podríamos tener?

—Sí —su voz ya no era tan firme, pero la determinación no la había abandonado—. Y yo también lo quiero. Te quiero a ti, pero no casarme contigo.

—Quiero que compartas mi apellido.

—Y yo quiero compartir antes tu corazón.

—No estás en condiciones de pensar —tampoco él. Con recelo, dejó caer las manos de sus hombros—. Necesitas un poco de tiempo.

—No, yo no —antes de que pudiera detenerla, Anna había salido del coche—. Pero es evidente que tú sí. Adiós, Daniel.

La señora Whitfield vio que su hija caminaba a grandes zancadas hacia la casa. Segundos después, vio a Daniel conduciendo calle abajo a toda velocidad.

Pero, de pronto, al recordar de quién era el coche que conducía, Daniel disminuyó la velocidad y retrocedió. Salió del coche dando un portazo, dirigió una mirada feroz hacia la casa y se alejó caminando en dirección contraria.

Con la mano en el pecho, Anna corrió a refugiarse a su casa.

—¡Anna! —su madre alcanzó a su hija cuando esta empezaba ya a subir la escalera—. ¿Qué está pasando?

Anna quería estar sola. Quería subir a su habitación, cerrar la puerta y tumbarse en la cama. Tenía demasiadas cosas que asimilar, demasiadas cosas que saborear. Necesitaba llorar y no estaba segura de por qué. Esperaría, se dijo con paciencia.

—¿Que pasa, mamá?

—Estaba podando las rosas —nerviosa, la señora Whitfield señaló la cesta con la cabeza—. Y he oído, bueno, no he podido evitarlo, pero he oído...

Se le quebró la voz al ver la mirada de su hija, que de pronto le parecía increíblemente madura. Intentando darse un poco de tiempo para reaccionar, la señora Whitfield se quitó los guantes del jardín y los dejó en la mesa.

—Supongo que no nos estarías espiando, mamá.

—¡Por supuesto que no! Jamás se me ocurriría... —comprendió que estaba alejándose del tema que realmente le interesaba—. Anna, tú y el señor MacGregor ¿habéis a...? —la frase se quedó flotando en el aire.

—Sí —con una secreta sonrisa, Anna se apartó de la escalera—. Hemos hecho el amor esta tarde.

—Oh —era una respuesta muy débil, pero era la única que se le ocurría.

—Mamá... —Anna le quitó a su madre la cesta de las manos—, ya no soy una niña.

—Evidentemente —con un profundo suspiro, la señora Whitfield se enfrentó a sus deberes de madre—. Sin embargo, si el señor MacGregor te ha seducido, entonces...



—No me ha seducido.

La señora Whitfield pestañeó perpleja ante aquella interrupción.

—Pero has dicho...

—He dicho que hemos hecho el amor, no que me haya seducido —Anna agarró a su madre del brazo—. Quizá deberíamos sentarnos.

—Sí —temblorosa, dejó que su hija la llevara hasta el salón—, será mejor que nos sentemos.

Una vez allí, Anna se sentó con su madre en el sofá. ¿Cómo debería empezar? Ni en sus sueños más absurdos se había imaginado a sí misma sentada en aquel recargado salón, hablando con su madre de amor y de sexo. Tomó aire y decidió empezar.

—Mamá, nunca me había acostado con un hombre. Quería hacerlo con Daniel, no ha sido nada impetuoso, sino algo que he pensado detenidamente.

—Siempre he dicho que piensas demasiado —respondió automáticamente la señora Whitfield.

—Lo siento —acostumbrada a las críticas de sus padres, Anna posó las manos reposadamente en su regazo—. Sé que no es algo que te apetezca oír, pero no quiero mentirte.

El amor, la confusión y las convenciones se precipitaban en la mente de la señora Whitfield.

—Oh, Anna —en un raro gesto, la señora Whitfield se acercó a su hija—, ¿te encuentras bien?

—Claro que me encuentro bien —conmovida, Anna posó las manos en los hombros de su madre—. Me siento maravillosamente. Es como... si se me hubiera abierto algo por dentro.

—Sí —su madre pestañeó para alejar las lágrimas—. Así es como se siente una mujer tras haber hecho el amor. Sé que nunca hemos hablado mucho de estas cosas. Deberíamos haberlo hecho, pero como te pusiste a estudiar esas cosas, como estudiabas esos libros —recordó el impacto que había sufrido al echar un vistazo a uno de los libros de su hija—, supongo que no me consideré preparada para hacerlo.

—Nada es como dicen los libros.

—No, claro que no —le tomó las manos a su hija—. Los libros pueden cerrarse. Anna, yo no quiero que sufras.

—Daniel no me hará sufrir —todavía sentía un agradable calor al recordar cuánto se había esforzado Daniel para mostrarse delicado—. De hecho, está demasiado preocupado por no hacerme daño. Quiere que me case con él.

La señora Whitfield dejó escapar un suspiro de alivio.

—Pensaba que le había oído decírtelo, pero parecía que estabais peleándoos.

—No estábamos peleándonos, simplemente no estábamos de acuerdo. No voy a casarme con él.

—Anna —su madre se alejó de ella y la miró con expresión severa—, ¿qué clase de tontería es esa? Admito que no siempre te comprendo, pero te conozco suficientemente bien como para saber que no habría ocurrido nada entre vosotros si ese hombre no te importara mucho.

—Y es cierto —perdiendo parte de su compostura, Anna se llevó las manos

a los ojos—. Quizá demasiado. Y es eso lo que me asusta. Daniel quiere una esposa, pero la quiere casi de la misma forma que podría querer un zapato que le sentara bien.

—Esa es solo es su forma de hacer las cosas —sintiéndose en un terreno más seguro, la señora Whitfield se recostó contra el sofá—. Algunos hombres son poetas, otros soñadores, pero la mayoría son simplemente hombres. Conozco a chicas que creen que siempre debería haber palabras bonitas y música romántica, pero la vida es mucho más sencilla que eso.

Anna la estudió con curiosidad. Su madre, lo sabía por experiencia propia, nunca había sido un genio de la filosofía.

—¿Tú querías palabras bonitas?

—Por supuesto —la señora Whitfield pensó en su pasado con una sonrisa—. Tu padre es un buen hombre, un hombre muy bueno, pero la mayoría de sus palabras salen de los libros de leyes. Creo que MacGregor también es un buen hombre.

—Claro que sí. Y no quiero perderlo. Pero tampoco quiero casarme con él.

—Anna...

—Quiero vivir con él.

La señora Whitfield abrió la boca, la cerró otra vez y tragó saliva.

—Creo que necesito una copa.

Anna se levantó y se acercó al armario de las bebidas.

—¿Un jerez?

—Un whisky escocés. Doble.

La tensión se transformaba en diversión mientras Anna servía la copa.

—Daniel ha tenido una reacción parecida —le tendió la copa y la observó beber un buen trago—. Nunca te he ocultado nada.

El whisky comenzó a caldear el cuerpo de la madre de Anna.

—No, siempre has sido completamente sincera.

—Quiero mucho a Daniel —reconoció Anna con honestidad y dejó escapar un suspiro—. Estoy enamorada de él. No es algo que haya elegido, es algo que siento y que no soy capaz de controlar. Pero si me casara con él, perdería todo aquello por lo que he estado trabajando.

La señora Whitfield vació la copa de un trago.

—Tu carrera.

—Sé que tampoco lo comprendes. Nadie parece entenderlo.

Se pasó las manos por el pelo. Este cayó libremente por sus hombros y recordó entonces las peinetas que habían caído en la hierba. Las peinetas podrían ser reemplazadas. Pero otras cosas que había perdido en el acantilado eran irreparables.

—Lo que sé, en el fondo de mi corazón, es que si me caso ahora con Daniel, jamás la terminaré. Y si no lo hago, nunca me perdonaré a mí misma por no haberlo hecho. Mamá, he intentado explicarte en otras ocasiones que ser médico no es algo tan sencillo como que quiera hacerlo, sino que es algo que tengo que hacer.

—A veces tenemos que desprendernos de cosas que son muy importantes para conseguir otras, Anna...

—Y a veces no —desesperada por encontrar consuelo, se arrodilló a los pies de su madre—. Sé que es egoísta quererlo todo, pero he pensado mucho en ello. Quiero ser médico. Y quiero vivir con Daniel.

—¿Y Daniel?

—Él quiere casarse conmigo. No quiere entender nada más, pero lo hará.

—Siempre tan segura de ti misma, Anna —reconoció la mirada de su hija; clara, tranquila y reflejando siempre de una determinación implacable. Suspiró—. Nunca pedías nada y yo he sido una tonta al pensar que estabas completamente satisfecha. Pero, de repente, lo pides todo.

—Yo no decidí que tenía que ser médico, de la misma forma que no he decidido enamorarme de Daniel. Pero ambas cosas han sucedido.

—Anna, un paso como ese puede causarte mucho dolor, mucha tristeza. Si amas a Daniel, entonces el matrimonio...

—Este no es el momento y no puedo estar segura de que alguna vez vaya a serlo —frustrada, se levantó y caminó por la habitación—. Tengo tanto miedo de cometer un error... por él, y también por mí. Lo único que sé es que ahora, justo ahora, no quiero estar sin él. Quizá esté equivocada, ¿acaso crees que sería mejor que continuáramos siendo amantes en secreto? ¿O que sería más aceptable robar algunas horas de vez en cuando para estar juntos?

—No puedo decirte nada —musitó su madre.

—Oh, por favor —más asustada de lo que quería admitir, Anna se acercó a su madre otra vez—. Ahora, más que nunca, necesito que me comprendas. No es solo deseo, aunque el deseo también forma parte de mi decisión. Necesito estar con él, compartir sus sueños, porque no estoy segura de que vaya a ser capaz de compartirlo todo. Amarnos en secreto sería hipócrita. No quiero esconder lo que siento. Daniel significa demasiado para mí para hacer algo así.

La señora Whitfield miró a su única hija, miró sus ojos oscuros y serios y deseó poder tener respuestas para ella.

—¿Sabes a todo lo que tendrás que enfrentarte? ¿Sabes lo que dirá la gente?

—Eso no me importa.

—Nunca te ha importado —musitó su madre—. Sé que es imposible convencerte de que dejes de hacer algo cuando se te mete en la cabeza, y ya eres demasiado mayor para que te prohíba nada pero, Anna, no puedes pedirme que apruebe tu decisión.

—Lo sé —por un momento, apoyó la cabeza en el regazo de su madre—. Pero si en algún lugar, muy dentro de ti, pudieras comprenderme, aunque solo fuera un poco, sería suficiente para mí.

Suspirando, la señora Whitfield acarició la mano de su hija.

—No he olvidado lo que es estar enamorada. Quizá lo comprendo y quizá por eso tengo miedo por ti. Anna, siempre has sido una buena hija, pero...

Amia sonrió ligeramente.

—¿Pero?

—También has sido siempre muy desconcertante. Sé que nunca te he dicho que estoy orgullosa de ti, pero lo estoy.

Anna sintió una oleada de alivio en su interior.

—Sé que nunca te lo he dicho, pero yo necesitaba que estuvieras orgullosa

de mí.

—Tengo que admitir que siempre he esperado que te olvidaras de la medicina y te casaras con un hombre que pudiera hacerte feliz, pero una parte de mí, te observaba y se alegraba de tus éxitos.

Anna tomó la mano de su madre.

—No sé cómo decirte lo mucho que eso significa para mí.

—Creo que lo sé. Pero tu padre... —cerró los ojos, incapaz de imaginarse su reacción.

—Se enfadará, lo sé. Y lo siento.

—Creo que podré manejarlo —lo dijo en un impulso, pero descubrió que era verdad. Enderezó los hombros decidida.

Con una sonrisa, Anna alzó la cabeza. Por un momento, y por primera vez en su vida, su madre y ella se miraron de mujer a mujer.

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero —se levantó del sofá—. Y para eso no me hace falta comprenderte.

Con un suspiro, Anna apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

—¿Sería mucho pedirte que me desearas suerte?

—Como madre, sí —sonrió para sí—. Pero no como mujer.

## Capítulo Ocho

A medida que los días iban pasando, Anna comenzó a tener miedo de haber perdido. No recibía llamadas de teléfono, y tampoco airadas visitas. Dejaron de llegar rosas blancas a su puerta. Las únicas que quedaban en el salón eran un testimonio de lo que podía haber sido. Y estaban ya marchitándose.

Con una frecuencia cada vez mayor, se descubría a sí misma mirando por la ventana al oír pasar un coche, o abalanzándose al teléfono cuando sonaba. Cada vez que lo hacía, se maldecía y se decía a sí misma que no volvería a hacerlo. Pero, por supuesto, lo hacía.

Nunca abandonaba el hospital sin buscar antes en el aparcamiento el descapotable azul. Cada vez que salía de aquel enorme edificio, esperaba encontrarse con un hombre de hombros anchos y barba pelirroja esperándola impaciente en la acera. Daniel nunca estaba allí, pero ella nunca dejaba de mirar.

Era desconcertante darse cuenta de cuánto había llegado a depender de él, pero era más desconcertante todavía descubrir lo que realmente había llegado a depender de Daniel: su felicidad. Podía sentirse satisfecha sin él. Podía estar satisfecha con su vida y con su carrera. Pero Anna no estaba segura de que pudiera ser feliz a menos que Daniel pudiera ser parte de su vida.

Un día, mientras leía en voz alta para una pequeña paciente que se había roto una pierna, su cabeza comenzó a divagar. Para su enfado, se había descubierto soñando despierta varias veces al día durante las horas de trabajo desde que Daniel se había alejado de su vida. Se regañó a sí misma y se obligó a prestar atención a la paciente y al cuento. Pero como la arena, sus pensamientos comenzaron a dispersarse otra vez.

El cuento de final feliz que le estaba leyendo a aquella niña somnolienta no tenía nada que ver con la realidad. Desde luego, lo último que Anna quería era quedarse esperando a que llegara un príncipe con un zapato de cristal. Y, por supuesto, era demasiado pragmática para creer en palacios y magia que duraba solo hasta la media noche. Era bonito quizá, soñar con héroes y corceles de los cuentos, pero una mujer quería algo más en la vida real. En la vida real, una mujer quería... bueno, un compañero, supuso Anna, no un caballero o un príncipe al que siempre había que mirar desde abajo y admirar. Una mujer real quería un hombre real. Y una mujer inteligente no iba a quedarse esperando encerrada en una torre a que llegara el príncipe azul. Tendría que seguir viviendo su propia vida y tomar sus propias decisiones.

Anna siempre había creído que cada persona se labraba su propio destino y había estado dispuesta a luchar con paciencia y tesón para satisfacer sus deseos y necesidades. ¿Entonces a qué estaba esperando?, se preguntó bruscamente. Si era tan independiente como profesaba y pretendía ser, entonces, ¿qué hacía lamentándose y esperando a que sonara el teléfono? Cualquiera que permaneciera plácidamente sentado, esperando a que alguien lo llamara, era un tonto y un perdedor. Y ella no era ninguna de las dos cosas.

Mientras su mente se activaba, Anna continuó leyendo hasta que la niña cerró los ojos. Cerró entonces el libro y salió al pasillo. Mientras bajaba, se cruzó con uno de los médicos en prácticas, que parecía estar agotado, y sonrió. En ese momento, estaba segura de que no podría comprender la

envidia que despertaba en ella. Quizá solo pudiera comprenderlo otro estudiante de medicina. Aun así, al cabo de unos meses, ya no podría salir del hospital cuando le apeteciera. De modo que haría bien en aprovecharse del tiempo que todavía le quedaba.

Afuera hacía un tiempo terrible. El cielo estaba gris, de tormenta, y hacía tanto calor que la lluvia parecía convertirse en vapor nada más rozar el suelo. Cuando llegó a su coche, estaba empapada hasta los huesos. Condujo por la ciudad con la radio encendida y a todo volumen.

El edificio que albergaba la Oficina de Préstamo y Ahorro era sólido y señorial. Mientras corría por el camino que conducía hasta él, Anna se preguntó si Daniel habría hecho algunas reformas en el edificio. Las paredes del interior parecían recién pintadas y la moqueta era nueva, pero las transacciones continuaban haciéndose en discretos susurros. Anna se pasó una mano por el pelo, escurriendo el agua que lo empapaba y se dirigió hacia la primera oficinista que vio. Cruzó los dedos en la espalda y comenzó a hablar.

En el piso de arriba, Daniel examinaba los anuncios que iban a salir en los periódicos la semana siguiente. El director del banco había arrugado la nariz cuando se los había enseñado, pero el joven ayudante que Daniel había contratado se había mostrado entusiasmado. Algunas decisiones había que tomarlas por intuición. Y la intuición le decía a Daniel que los anuncios harían crecer sus negocios y su reputación. Y una cosa era tan importante como la otra. No solo iba a conseguir levantar el banco, sino que en menos de dos años, habría abierto otra sucursal en Salem.

Pero mientras germinaba aquella idea, su mente volaba muy lejos de los negocios. Recordaba un acantilado azotado por el viento y a una mujer de pelo azabache y ojos oscuros. La emoción que atravesaba su cuerpo era tan fresca como cuando había estado en sus brazos. Su sabor era una persistente sensación que nada podía sustituir. Incluso allí, en la intimidad de su despacho, podía oler su fragancia, dulce y serena.

Con un murmullo de impaciencia, apartó sus papeles y caminó a grandes zancadas hasta la ventana. Debería ver a otras mujeres. ¿No se habría jurado que lo haría en cuanto había dejado a Anna en su casa? Pretendía hacerlo, e incluso había comenzado a hacerlo. Pero cada vez que intentaba pensar en otra mujer, aparecía Anna. Estaba instalada en su mente con tanta firmeza que no había espacio para nadie más.

Daniel fijó la mirada en la lluvia que continuaba cayendo. Desde su ventana, Boston parecía una ciudad triste y gris. Igual que su estado de ánimo. En cuanto hubiera terminado con el papeleo y las reuniones, iría a dar un largo paseo al río, ya hiciera un tiempo espléndido o un tiempo atroz. Necesitaba estar solo, lejos de empleados y criados. Pero no lejos de Anna. Podría seguir el río hasta su desembocadura y jamás escaparía de Anna. ¿Cómo podía escapar de algo que estaba en su sangre, en sus huesos? Y Anna estaba allí. Por mucho que intentara fingir que tenía otras opciones, Anna estaba allí.

Quería casarse con ella. Daniel se apartó de la ventana y caminó por la habitación con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido. Había elegido el enfado en vez de la desesperación y la furia en vez del miedo. Maldita fuera aquella mujer, pensó otra vez. Quería casarse con ella. Quería despertarse cada mañana sabiendo que estaba a su lado. Quería llegar a casa por las noches y encontrarla allí. Quería ver crecer a sus hijos en su vientre. Y quería

todas esas cosas con una desesperación tan ajena a él como el fracaso.

¿Fracaso? Le bastaba pensar en aquella palabra para apretar los dientes. Todavía no estaba preparado para admitir un fracaso. Al infierno con las otras mujeres, decidió Daniel bruscamente. Solo había una. E iba a conseguirla.

Cuando sonó el teléfono de su escritorio, él se dirigía ya hacia la puerta. Maldiciendo, retrocedió y lo descolgó.

—MacGregor.

—Señor MacGregor, soy Mary Miles, jefa de cajas. Disculpe que lo interrumpa, pero hay una joven en el vestíbulo que insiste en verlo.

—Que mi secretaria le dé una cita.

—Sí, señor, eso es lo que le he sugerido, pero insiste en que tiene que verlo ahora. Dice que está dispuesta a esperar.

—No tengo tiempo para ver a cualquiera a quien se le ocurra pasar por aquí, señora Miles —Daniel miró el reloj. Anna ya habría salido del hospital. Tendría que ir a buscarla a su casa.

—Sí, señor —la cajera se sentía atrapada entre dos fuerzas inquebrantables—. Se lo he explicado, pero es una mujer muy insistente. Es muy educada, señor MacGregor, pero no creo que vaya a ceder.

Perdiendo la paciencia, Daniel soltó un juramento.

—Dígale —se le quebró la voz cuando las palabras de su empleada comenzaron a cobrar forma en su mente—. ¿Cómo se llama?

—Whitfield. Anna Whitfield.

—¿Y por qué la has dejado esperando en el vestíbulo? —le exigió—. Dile que suba.

La cajera elevó los ojos al cielo y se recordó a sí misma el ascenso de salario que les había dado el señor MacGregor cuando se había hecho cargo del banco.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Anna había cambiado de opinión. La victoria no lo había abandonado. Su paciencia, aunque le había costado, había tenido sus frutos. Anna estaba dispuesta a ser sensata. La verdad era que no se había imaginado hablando de su futuro matrimonio en la oficina, pero estaba dispuesto a hacer algunas concesiones. En realidad, estaba dispuesto a hacer un gran número de concesiones. Pero Anna había ido a buscarlo. Y él iba a tener todo lo que quería, sin perder siquiera el orgullo.

Llamaron a la puerta y casi inmediatamente, asomó la cabeza su secretaria.

—La señorita Whitfield quiere verlo, señor MacGregor.

Daniel asintió brevemente antes de que su mirada y con ella todos, sus pensamientos, se concentraran en Anna. Esta permanecía de pie, sobre la moqueta gris que recientemente había hecho instalar Daniel, goteando de la cabeza a los pies. La lluvia había lavado su rostro y transformado su pelo en una masa de rizos húmedos. Bastaba verla para quedarse sin respiración.

—Estás mojada —sus palabras parecieron más una acusación que una muestra de preocupación.

Anna lo miró sonriente.

—Está lloviendo —Dios santo, cuánto se alegraba de verlo. Por un momento, solo fue capaz de sonreír como una tonta.

Daniel no llevaba corbata y tenía desabrochados los primeros botones de la camisa. Su pelo mostraba que había estado pasando sus dedos nerviosos por él. Anna deseaba abrir los brazos y estrecharlo contra ella, pero continuó sonriendo serenamente sobre la alfombra.

Mientras sonreía, Daniel la miraba fijamente y durante varios minutos, ninguno de ellos dijo nada.

Daniel se aclaró la garganta y la miró con el ceño fruncido.

—Creo que una estudiante de medicina no debería cometer la insensatez de empaparse de esa manera —abrió la puerta de un Annario y sacó una botella de brandy—. Al final vas a pasar más tiempo en el hospital del que te gustaría.

—No creo que una tormenta de verano pueda hacerme mucho daño.

Por primera vez, se le ocurrió pensar en el aspecto que debía tener, con el pelo empapado y revuelto, la ropa pegada al cuerpo y los zapatos encharcados. Mantuvo la cabeza bien alta. Empapada o no, quería conservar la dignidad.

—De todas formas, bébete eso —le colocó la copa en la mano—. Y siéntate.

—No, no quiero estropear...

—Siéntate —repitió Daniel con uno de sus ladridos.

Anna arqueó una ceja y caminó hasta una silla.

—Muy bien.

Anna se sentó, pero él no. El dulce sabor de la victoria se había desvanecido. Le había bastado mirarla para saber que no había cambiado de opinión. No, Anna no. La verdad era que jamás se habría enamorado tan perdidamente de una mujer inestable. Anna no había ido a verlo para aceptar su propuesta de matrimonio y él no estaba preparado para aceptar su alternativa.

Curvó ligeramente los labios. Sus ojos adquirieron un brillo que cualquiera acostumbrado a hacer negocios habría reconocido. Tenía que guardar las distancias, se dijo Daniel. Tenía que evitar a toda costa que Anna Whitfield supiera que lo tenía al borde del abismo. Permitted que su mirada vagara sobre ella mientras Anna permanecía sentada, echando a perder el tapizado de la silla.

—¿Estás interesada en un préstamo, Anna?

Anna bebió el brandy, dejando que el alcohol calmara sus repentinos nervios. El tono amable y la sonrisa de Daniel no la engañaron ni un solo instante. Así que todavía estaba enfadado. ¿Qué otra cosa podía esperar? ¿Se habría enamorado ella de un hombre al que pudiera engatusar tan fácilmente? No, se había enamorado de Daniel porque era precisamente como era.

—En este momento no —se tomó su tiempo y contempló la habitación—. Tu oficina es muy bonita, Daniel. Elegante, pero no demasiado pomposa.

Había un cuadro abstracto en una de las paredes, pintado en diferentes tonos de azul. Aunque en principio solo parecían formas y líneas hechas al azar, la sensación de sexualidad era evidente. Anna desvió la mirada para fijarla en los ojos de Daniel.

—Definitivamente, nada retrógrada.



En cuanto la había visto estudiar aquel cuadro, Daniel había sabido que lo comprendería. Había pagado un precio desorbitante por aquel cuadro porque le gustaba y además su intuición le decía que su valor se dispararía en unos años.

—Eres una mujer que no se deja asustar fácilmente.

—Eso es cierto —y como lo era, no tardó mucho en relajarse—. Siempre he pensado que la vida es demasiado importante para pasar por ella dejándose ofender por todo. He echado de menos las rosas.

Daniel se apoyó contra su enorme escritorio.

—Creía que no te gustaba que te las enviara.

—Y no me gustaba. Hasta que dejaste de hacerlo —al fin y al cabo, incluso ella tenía derecho a algunos caprichos—. No había tenido noticias tuyas desde hacía varios días y me preguntaba si te habría asustado.

—¿Asustarme? —minutos antes, Daniel se debatía entre la tensión y el aburrimiento. Con Anna, todo parecía encajar nuevamente en su lugar—. Yo tampoco me asusto fácilmente.

—Entonces quizá te ofendí —sugirió Anna—, al elegir vivir contigo en vez de casarme contigo.

Daniel estuvo a punto de sonreír. ¿Alguna vez había dicho que le gustaba que las mujeres dijeran lo que pensaban... hasta cierto punto? No le parecía extraño que hubiera cambiado radicalmente de opinión.

—Me enfadaste —la corrigió—, podríamos decir que incluso llegaste a ponerme furioso.

Anna recordó su reacción.

—Sí, creo que esa es una expresión más adecuada. Y todavía estás enfadado.

—Desde luego. ¿Y tú todavía sigues empeñada en lo mismo?

Con aire pensativo, sacó un puro que rodeó con los dedos antes de encenderlo. Cuando tenía que hacer un negocio, pensó, sabía cómo tratar a su oponente. Cómo convencerlo de lo que él quería. El humo hacía espirales sobre su cabeza mientras observaba a Anna y esperaba.

—¿Por qué has venido, Anna?

Así que no pretendía ceder ni un ápice. Anna bebió otro sorbo de brandy. De acuerdo, entonces tampoco ella lo haría.

—Porque me he dado cuenta de que no quería pasar otro día sin verte —dejó la copa a un lado, mientras el humo ondulaba y se deshilachaba ante el rostro de Daniel—. ¿Te molesta?

Daniel dejó escapar un bufido de impaciencia. Los negocios y los asuntos personales no se regían por las mismas reglas. Aun así, estaba dispuesto a ganar.

—Es difícil que a un hombre lo moleste que la mujer con la que pretende casarse quiera estar con él.

—Estupendo —Anna se levantó e hizo un vano intento de alisarse la falda—. Entonces tendrás que cenar conmigo esta noche.

Daniel la miró con los ojos entrecerrados.

—Normalmente es el hombre el que tiene que hacer ese tipo de invitación.

Anna suspiró, sacudió ligeramente la cabeza y se dirigió hacia él.

—Has vuelto a olvidar el siglo en el que estamos. Pasaré a buscarte a las siete.

—Tú...

—Procura estar preparado para entonces —terminó y se puso de puntillas. Cuando posó los labios sobre la boca de Daniel, la encontró suave, relajada y completamente maravillosa—. Gracias por el brandy, Daniel. No te entretendré más.

Daniel recuperó la voz cuando Anna estaba ya a punto de salir.

—Anna.

Anna se volvió con una media sonrisa en los labios.

—¿Sí?

Daniel advirtió por aquella sonrisa que Anna esperaba, incluso anticipaba una discusión. Había que cambiar de táctica, se dijo al instante.

—Tendrá que ser a las siete y media. Esta tarde tengo una reunión.

Tuvo la satisfacción de ver una sombra de duda cruzar el rostro de Anna antes de que asintiera.

—Estupendo —cerró la puerta tras ella y dejó escapar un largo suspiro.

Desde su escritorio, Daniel sonrió, rió y terminó soltando una enorme carcajada. Aunque no estaba seguro de quién se había llevado la mejor parte, descubrió que no le importaba. Él siempre había estado dispuesto a probar juegos nuevos, a buscar nuevas normas. Le daría a Anna las cartas y le dejaría manejarlas. Pero todavía continuaba dispuesto a ganar.

Cuando Anna llegó a su casa, la lluvia se había transformado en una suave llovizna. Encontró la casa vacía, pero el perfume de su madre todavía flotaba en el vestíbulo. Satisfecha al saberse sola, subió al piso de arriba y se premió con un largo baño. Se sentía bien, descubrió, tomando la iniciativa. Una vez más, asumía ella el control de una situación, aunque reconocía que sus fundamentos eran más inestables de lo que deberían.

Daniel MacGregor no era un hombre al que se pudiera manipular fácilmente. Lo había aprendido casi desde el principio. Pero lo consideraba un hombre capaz de responder a una negociación. Su problema principal era evitar que se diera cuenta de lo que estaba dispuesta a entregarle.

Todo. Cerró los ojos y apretó la esponja, dejando que el agua caliente se derramara por su cuello y sus senos. Si lo descubría, si llegaba a saber que Anna le daría todo lo que él quisiera, la presionaría sin vacilar. Un hombre como Daniel no había llegado hasta la cima siendo un pusilánime. Así que tenía que igualarlo en fuerza y determinación.

Después de ir a buscarlo, disfrutarían de una cena tranquila en la que fluyera sin problema la conversación. Y a la hora del café, hablarían, racionalmente, de su situación. Antes de que la cena hubiera terminado, Daniel habría comprendido sus sentimientos y su postura. Anna se hundió en el agua y suspiró. ¿A quién estaba intentando engañar? Eso no se parecía ni remotamente a una cena con Daniel MacGregor.

Pelearían, discutirían, mostrarían sus desacuerdos y posiblemente reirían a placer. Era muy probable que Daniel gritara. Y que incluso ella lo hiciera.

Cuando la cena terminara, dudaba que Daniel hubiera llegado a comprender nada, excepto que quería casarse con ella.

Algo revoloteó en su interior al pensarlo. Daniel la deseaba. Podía haber pasado toda su vida sin que nadie la mirara como Daniel lo hacía. Sin que nadie hubiera abierto los candados con los que había encadenado la pasión. ¿Y qué habría sido entonces su vida?

Algo completamente insulso. Sonrió cuando aquella palabra apareció en su mente. Desde luego, no era la más adecuada para describir el caos en el que se había convertido su existencia. Deseaba a Daniel MacGregor. E iba a encontrar la manera de tenerlo.

Manteniendo la confianza en sí misma, ya tenía media batalla ganada, comprendió mientras salía de la bañera. Sabía que no sería difícil que su determinación fuera hundiéndose peldaño a peldaño mientras Daniel la miraba. Pero permitiría que sucediera aquella noche. Tras cubrirse el pelo con una toalla, se puso la bata. Iba a invitarlo a cenar. Y si esa estratagema podía proporcionarle alguna ventaja, iba a asegurarse de no perderla.

Abrió la puerta del armario y frunció el ceño. Normalmente, sabía exactamente qué era lo que mejor le sentaba en cada ocasión. Sin embargo, aquel día todo lo que sacaba del armario le parecía demasiado remilgado, sencillo o vulgar. Diciéndose a sí misma que era una tonta, sacó un vestido de seda color espuma de mar y lo dejó sobre la cama. Quizá fuera demasiado sencillo, pero no encontraba nada mejor para aquella velada. Si quería algo llamativo, pensó, debería haber asaltado el armario de Myra. Mientras pensaba en ello, oyó que llamaban a la puerta.

Se descubrió gruñendo ante aquella interrupción, algo tan impropio de ella que se regañó a sí misma mientras bajaba las escaleras. Al abrir la puerta, Myra entró precipitadamente en el vestíbulo y la agarró de las manos.

—Oh, Anna, cuánto me alegro de que estés en casa.

—Myra, ahora mismo estaba pensando en ti —nada más decirlo, descubrió la fuerza con la que su amiga se aferraba a sus manos—. ¿Qué te ocurre?

—Tengo que hablar contigo —por primera vez en su vida quizá, Myra descubría que le faltaban las palabras—. A solas. ¿Están tus padres?

—No.

—Estupendo. Antes necesito una copa. Invítame a un brandy.

—De acuerdo —extrañada, Anna comenzó a caminar hacia el salón—. Bonito sombrero.

—¿De verdad? —Myra alzó preocupada la mano hacia el sombrero color hueso con velo—. ¿No es demasiado recargado?

—¿Recargado? —Anna le sirvió un brandy—. Déjame ver si lo he entendido bien. ¿Me estás preguntando que si llevas algo demasiado recargado?

—No seas tonta, Anna —se miró en el espejo y se retocó el velo—. Quizá debería quitarle la pluma.

Anna miró la atrevida pluma que se rizaba sobre su oreja.

—Ahora ya estoy segura de que algo anda mal —comentó Anna.

—¿Y qué me dices del vestido? —Myra se quitó un abrigo de color rojo para mostrarle un elegante vestido de seda con encaje en los puños y en el cuello.

—Es precioso. Es nuevo, ¿verdad?

—Me lo he comprado hace veinte minutos.

Anna se sentó en el brazo del sillón mientras su amiga daba cuenta del brandy.

—No tendrás un vestido para mí, ¿verdad?

Myra dejó escapar una bocanada de aire y enderezó los hombros antes de vaciar la copa.

—Este no es momento para bromas.

—Ya lo veo —pero de todas formas sonrió—. ¿Y para qué es este momento?

—¿Cuánto tiempo puedes tardar en encontrar un vestido maravilloso y preparar una maleta?

—¿Una maleta? —observó que su amiga jugueteaba nerviosa con el encaje del cuello—. Myra, ¿qué es lo que pasa?

—Voy a casarme —dijo precipitadamente y después suspiró. Sentía tal debilidad en las piernas que tuvo que dejarse caer en el sofá.

—¿Casarte? —Anna la miró estupefacta—. Myra, sé que te gusta hacer las cosas rápido y durante estas últimas dos semanas no nos hemos visto mucho, ¿pero *casarte*?

—Creo que no me vendría mal decirlo varias veces, para que así dejara de quedarme sin respiración cada vez que oigo esa palabra. Prácticamente balbuceaba cuando tenía que hablar con el dependiente de la tienda y no quiero hacerlo otra vez. Si hay algo que no soporto, es hacer el ridículo.

—Casarte —repitió Anna por ambas—. ¿Con quién? —mientras Myra se abrochaba y desabrochaba el último botón de la chaqueta, Anna intentó imaginar el candidato—. ¿Con Peter?

—¿Con quién? No, por supuesto que no.

—Por supuesto que no —musitó Anna—. Ah, ya lo sé, con Jack Holmes.

—No seas ridícula.

—Steven Marlowe.

Myra jugueteó con el borde de su vestido.

—Anna, apenas conozco a ese hombre.

—¿Que apenas lo conoces? Pues hace seis meses, tú...

—Eso fue hace seis meses —la interrumpió Myra, sonrojándose por primera vez desde que Anna la conocía—. Y me gustaría que olvidaras todo lo que te escribí sobre él. Mejor aún, quema esas cartas.

—Querida, se autodestruyeron en el momento que las leí. Deberías utilizar papel a prueba de fuego.

A pesar de sí misma, Myra sonrió.

—Estás hablando con una mujer comprometida. He dejado todo eso en el pasado. Mira —susurró con la voz entrecortada por la emoción, y le mostró la mano izquierda.

—Oh —Anna no era particularmente aficionada a las joyas, pero el sencillo diamante que llevaba Myra en el dedo le parecía imposiblemente bello—. Es precioso, realmente precioso, Myra. Me alegro mucho por ti —se levantó e hizo levantar a su amiga para fundirse con ella en un abrazo. Rió feliz—. ¿Cómo es posible que me alegre tanto por ti? Todavía no sé con quién te vas a casar.

—Con Herbert Ditmeyer —Myra esperó a ver la expresión de asombro de su amiga y Anna no la decepcionó—. Lo sé, hasta yo estaba un poco sorprendida.

—Pero yo creía que tú... Siempre has dicho que era... —intentando recobrar la compostura, Anna se aclaró la garganta.

—Muy estirado —terminó Myra y esbozó una hermosa sonrisa—. Y lo es. Es estirado, bastante circunspecto y desesperadamente correcto. Pero también es el hombre más dulce que he conocido en toda mi vida. Durante estas últimas semanas... —se recostó en el asiento, con expresión soñadora y sorprendida al mismo tiempo—. No sabía lo maravilloso que es que un hombre te trate como si fueras algo especial. Realmente especial. La primera vez salí con él porque llevaba mucho tiempo pidiéndomelo y me daba pena no hacerlo. Y porque me sentía halagada —admitió—. Y la segunda vez salí con él porque me lo había pasado muy bien. Herbert puede ser tan divertido. Es de esa clase de hombres que, sin que te des cuenta, se te mete bajo la piel.

Conmovida, Anna observó el amor que florecía en los ojos de Myra.

—Lo sé.

—Tú siempre has sido amiga de él. He tenido suerte de que no se enamorara de ti. El caso es que llevaba años enamorado de mí —sacudió ligeramente la cabeza y sacó un cigarrillo del bolso—. Me lo dijo hace un par de semanas. Entonces yo intenté tomármelo con calma, no darle demasiada importancia. Al fin y al cabo, Herbert era tan dulce... y yo no quería hacerle ningún daño.

Anna le tomó la mano izquierda otra vez.

—No parece que te lo hayas tomado con mucha calma.

—No —todavía asombrada, Myra miró el diamante que brillaba en su dedo—. Porque de pronto, descubrí que no quería tranquilizarme en absoluto y que estaba loca por él. ¿No crees que es una locura?

—Creo que es maravilloso.

—Yo también —apagó el cigarrillo sin haber dado siquiera una calada—. Y esta tarde... esta tarde me ha puesto este anillo en el dedo y me ha dicho que vamos a volar a Maryland a las ocho para casarnos allí.

—Esta noche —Anna tomó la mano de su amiga otra vez—. ¿No crees que vas un poco rápido?

—¿Por qué esperar?

¿Por qué esperar? A Anna se le ocurrían cientos de razones, pero ninguna de ellas capaz de ensombrecer la mirada soñadora de Myra.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—No he estado más segura de algo en toda mi vida. Me gustaría que te alegraras por mí, Anna.

—Y me alegro —las lágrimas inundaron sus ojos mientras abrazaba a su amiga—. Sabes que me alegro.

—Entonces ponte este vestido —medio riendo, medio llorando, apartó a su amiga—. Vas a ser mi dama de honor.

—¿Quieres que vaya contigo a Maryland esta noche?

—Hemos decidido fugarnos porque es mucho más fácil que intentar tratar con la madre de Herbert. Ella no quiere que me case con su hijo y

probablemente nunca lo querrá.

—Oh, Myra...

—No importa. Herbert y yo nos queremos. En cualquier caso, yo tampoco quería una boda por todo lo alto. Se tarda demasiado en organizar todo eso. Pero quiero que mi mejor amiga esté conmigo. Te necesito, Anna. Deseo esto más que cualquier otra cosa en el mundo, pero estoy terriblemente asustada.

Anna se olvidó inmediatamente de cualquier posible protesta.

—Puedo estar preparada en menos de veinte minutos.

Myra sonrió radiante y le dio un último abrazo.

—Te creo.

—Pero quiero dejarles una nota a mis padres —ya tenía el lápiz en la mano.

—Ah, Anna —Myra se pasó la lengua por los labios—, sé que tu honestidad no te permite mentir, pero, ¿podrías no mencionar la razón por la que nos vamos a Maryland? Herbert y yo queremos mantenerlo en secreto hasta que se lo digamos a su madre.

Anna pensó un momento y comenzó a escribir. Les decía a sus padres que iba a hacer una corta excursión con Myra. Que querían ir a visitar a algunos anticuarios, cosa que ella probablemente haría, añadió para sí. Y que regresaría en uno o dos días. Firmó la nota y se la mostró a su amiga.

—¿Suficientemente vaga?

—Perfecta. Gracias.

—Venga, échame una mano —cuando salió al pasillo, se acordó de su cita—. Oh, tengo que llamar a Daniel para cancelar una cena.

—¿Daniel MacGregor? —Myra arqueó las cejas como solo ella podía hacerlo.

—Exacto —ignorando la mirada de su amiga, Anna se dirigió al teléfono—. Tengo que decirle que no puedo cenar con él esta noche.

—Puedes cenar con él en Maryland —Myra le quitó el teléfono de la mano y lo colgó—. Herbert me ha pedido que le busque un padrino.

—Vaya, pues este puede venirnos muy bien, ¿verdad?

—Desde luego —y con una sonrisa, Myra comenzó a subir las escaleras.

## Capítulo Nueve

Anna nunca había volado. A los veinte años, había navegado hasta Europa en un crucero de lujo. Había recorrido cientos de kilómetros en trenes, mecida por su tranquilo vaivén y observando el paisaje a través de las ventanas. Pero nunca había estado en el aire. Si alguien le hubiera dicho que se iba a montar en aquel pequeño aeroplano que parecía caber perfectamente en su jardín, habría pensado que estaba loco.

El amor, pensó mientras apretaba los dientes y entraba en el avión. Si no quisiera a Myra, habría dado media vuelta y habría salido corriendo para salvar la vida. Estaba convencida de que aquella pequeña lata con hélices podría despegar. Y le habría gustado tener la misma confianza en que pudiera aterrizar.

—Una gran máquina, ¿eh? —Daniel observó a Anna mientras esta se sentaba a su lado.

—Sí, una gran máquina —musitó Anna, preguntándose si llevaría paracaídas.

—¿Es tu primer vuelo?

Anna lo miró fijamente para contestar con un tenso y digno sí, pero entonces vio que Daniel no se estaba burlando de ella.

—Ya —contestó casi en un susurro—. Intenta vivirlo como si fuera una aventura —le sugirió.

Anna miró por la ventanilla y deseó estar fuera del avión.

—Estoy intentando no pensar en nada en absoluto.

—Anna, tú eres una mujer valiente y lo sabes —le sonrió radiante—. La primera vez siempre es una aventura. Pero después de unos cuantos vuelos, se convierte en algo rutinario y ni siquiera piensas en ello.

Anna se dijo a sí misma que debía relajarse y utilizó el viejo truco de comenzar relajando las puntas de los pies e ir subiendo por el resto del cuerpo poco a poco. No consiguió pasar de las rodillas.

—Supongo que tú ya estás acostumbrado. ¿Cuando vas a Nueva York viajas en este tipo de aviones?

Riendo suavemente, Daniel ajustó el cinturón de seguridad de Anna y después el suyo.

—Este es el avión en el que viajo a Nueva York. Es mío.

—Oh —en cuanto asimiló sus palabras, descubrió que el hecho de que fuera el avión de Daniel de alguna manera la tranquilizaba. Miró hacia Myra y Herbert, que viajaban con las manos entrelazadas. Una aventura, decidió. Y procuraría disfrutarla—. ¿Entonces cuándo nos vamos?

—Esa es mi chica —murmuró Daniel y le hizo una señal al piloto. La máquina comenzó a rugir y a los pocos minutos despegaron.

Aunque la ansiedad inicial había cesado, había un ambiente de tensión y celebración en el interior del aparato. Anna advertía los nervios de su amiga en su forma de retorcer el pañuelo que llevaba entre las manos y en su manera de hablar y reír. Herbert permanecía sentado, un poco pálido, tenso, y hablaba solo cuando lo interpelaban. La propia Anna oía las voces a su alrededor y observaba la tierra que se extendía a sus pies con una sensación de irrealidad.

Todo estaba ocurriendo tan rápido. Si no hubiera sido por las bromas de Daniel y por sus constantes burlas, la parte de celebración del vuelo se habría disuelto en la histeria. Él, advirtió Anna mientras lo veía coquetear con Myra, estaba disfrutando como nadie. Y mientras lo hacía, estaba consiguiendo que la futura novia no comenzara a trepar histérica por las paredes de la cabina. Daniel no era un hombre interesado, se dijo Anna. Era un buen amigo. Intentando apartar las preocupaciones de su mente, decidió intentar comportarse también ella como una buena amiga.

—Tienes un gusto excelente, Herbert.

—¿Qué? —Herbert tragó saliva y se ajustó el nudo de la corbata—. Oh, sí, gracias —miró a Myra con el corazón en los ojos—. Es maravillosa, ¿verdad?

—La mejor. No sé que habría hecho yo sin ella. Mi vida habría sido muchísimo más aburrida.

—Nosotros, que somos personas serias, necesitamos que alguien lleve un poco de alegría a nuestras vidas, ¿verdad? —le dirigió a Anna una sonrisa nerviosa—. De otro modo, nos centraríamos en nuestro trabajo y nos olvidaríamos de que hay otras muchas cosas fuera.

¿Personas serias? Anna jugueteó con aquella frase en su cabeza. Sí, suponía que lo era. Además, estaba llegando a la conclusión de que Herbert tenía razón.

—Y las personas alegres —musitó mirando a Myra y a Daniel—, necesitan a alguien serio en sus vidas para evitar que se lancen por cualquier precipicio.

—Voy a hacerla feliz.

Aquella frase parecía más una pregunta que una declaración. Anna tomó la mano de su amigo, intentando infundirle seguridad.

—Oh, sí, claro que vas a hacerla feliz.

El pequeño avión tomó tierra en el aeropuerto de Maryland. Habían dejado detrás la lluvia. Allí el cielo estaba claro como el cristal y plagado de estrellas. La luna tenía la forma de una sonrisa. Podía haber sido una noche elegida en un impulso, pero era realmente perfecta. Herbert tomó a Myra del brazo y la llevó hacia la pequeña terminal.

—El juzgado de paz que me han recomendado está a solo treinta kilómetros de aquí. Ahora voy a buscar un taxi.

—No será necesario —cuando entraron en la terminal, Daniel buscó a su alrededor con la mirada y le hizo un gesto a un chófer uniformado.

—¿Señor MacGregor?

—Sí, soy yo. Dale la dirección —le dijo a Herbert—. Me he tomado la libertad de buscar un transporte adecuado.

Sin grandes ceremoniales, el chófer tomó las maletas y salió. En la acera, los esperaba una limusina color gris perla.

—No me habéis dado mucho tiempo para pensar en el regalo de boda —explicó Daniel—. Esto es lo mejor que he podido conseguir.

—¡Es perfecto! —Myra lo abrazó entre risas— Absolutamente perfecto.

Daniel le guiñó un ojo a Herbert.

—Se supone que el padrino tiene que ocuparse de este tipo de detalles.

Anna esperó a que Myra y Herbert estuvieran instalados en el coche para decirle a Daniel:



—Ha sido un gesto muy dulce por tu parte.

—Soy un hombre dulce —replicó él.

Anna se echó a reír y aceptó la mano que le ofrecía.

—Quizá. Aunque yo no estaría demasiado segura.

En el interior, Myra ya había tomado a Herbert del brazo.

—¿Dos botellas de champán? —le preguntó a Daniel.

—Una para antes de la boda —Daniel sacó una de las botellas del recipiente de hielo—. Y otra para después —descorchó la botella y sirvió las copas—. Por la felicidad.

Unieron alegremente sus copas, pero cuando Daniel bebió, lo hizo mirando a Anna.

Mientras el líquido burbujeaba en su boca, esta se dio cuenta de que la aventura todavía estaba muy lejos de haber terminado.

Para cuando llegaron al juzgado de paz, una pequeña casa blanca, el champán y la tensión ya se habían agotado. Con su aplomo habitual, Myra se peinó y maquilló en el tocador de señoras mientras Anna permanecía a su lado, sujetándole el sombrero. Aunque se tomó su tiempo, Anna advirtió que tenía las manos firmes.

—¿Cómo estoy? —preguntó Myra, girando sobre sí misma en la diminuta habitación.

—Preciosa.

—Nunca me he considerado especialmente guapa, pero creo que esta noche estoy impactante.

Con mano firme, Anna la hizo volverse de nuevo hacia el espejo.

—Esta noche estás especialmente bella. Mírate otra vez.

Mientras miraba su reflejo y el de su amiga en el espejo, Myra sonrió.

—Él me ama de verdad, Anna.

—Lo sé —deslizó la mano por el hombro de su amiga—. Creo que formáis un gran equipo.

—Sí, lo sé —alzó ligeramente la barbilla y suavizó su sonrisa—. Creo que él todavía no es del todo consciente, pero lo será —tomó aire, se volvió y posó las manos en los hombros de su amiga—. No me gusta ponerme sentimental, pero como solo pretendo casarme una vez, creo que esta es la noche más adecuada para hacerlo. Eres mi mejor amiga y te quiero. Y quiero que seas tan feliz como lo soy yo en este momento.

—Estoy trabajando para ello.

Myra asintió satisfecha.

—De acuerdo. Entonces, vamos. Y escucha —posó la mano en el picaporte y se detuvo—, si tartamudeo en la ceremonia, no se lo cuentes a nadie... y menos a Cathleen Donahue.

Anna se llevó la mano al corazón con expresión solemne.

—No se lo diré a nadie.

En el salón, que contaba con una pequeña chimenea de mármol y estaba decorado con jarrones llenos de flores, Anna observó a su mejor amiga prometer amar y cuidar a su futuro esposo. Cuando sus ojos se humedecieron, se sintió ridícula y pestañeó intentando dominar las lágrimas. Era una tontería

llorar porque dos adultos estuvieran firmando un contrato. Al fin y al cabo, el matrimonio solo era eso, un contrato. Y esa era la razón por la que había que acercarse a él con sentido práctico y cierta prudencia. Pero una lágrima traicionera consiguió escapar por su mejilla.

Daniel le tendió inmediatamente un pañuelo, como había hecho ya en otra ocasión. Mientras se secaba las lágrimas, la ceremonia terminó y a los pocos segundos Anna se encontraba abrazando a una sorprendida Myra.

—Acabo de hacerlo —murmuró Myra, estalló en carcajadas y volvió a abrazar Anna.

—Y sin tartamudear ni una sola vez.

—¡Lo he hecho! —repitió Myra, mostrando su mano. Al lado del anillo de compromiso llevaba una alianza de oro—. ¡Me he comprometido y me he casado en menos de cinco horas!

Daniel tomó la mano que Myra todavía estaba admirando y se la besó con aire solemne.

—Señora Ditmeyer.

Riendo, Myra le estrechó la mano.

—Procura llamarme así esta noche, para que vaya acostumbrándome. Oh, Anna, creo que voy a llorar y a destrozar el maquillaje.

—No importa —Anna le tendió el ya arrugado pañuelo de Daniel—. Ahora ya has atrapado a Herbert —Anna abrazó con fuerza a su amigo.

Herbert soltó una carcajada y le devolvió el abrazo.

—Y yo la he atrapado a ella.

—Myra te complicará la vida.

—Lo sé.

—¿No es maravilloso? —Anna besó cariñosamente a Herbert—. No sé vosotros, pero yo estoy muerta de hambre. La cena de la boda la pago yo.

Con la recomendación del juez de paz y la ayuda del chófer, encontraron un bonito hospedaje en el campo, en la cima de una boscosa colina. Con un poco de persuasión y varios billetes, convencieron al propietario para que abriera el restaurante y les preparara una cena. Mientras los demás se dirigían al comedor, Anna, con la excusa de refrescarse, salió al exterior. Minutos después, abordaba de nuevo al propietario del hospedaje.

—Señor Portersfield, no sabe cuánto le agradezco que nos haya atendido.

Aunque él siempre se alegraba de recibir clientes, tener que atenderlos a aquella hora no le había sentado muy bien. Sin embargo, le resultaba imposible resistirse a la sonrisa de Anna.

—Mis puertas están siempre abiertas —le dijo—. Desgraciadamente, la cocina cierra a las nueve, de modo que la comida no estará al nivel de la reputación del restaurante.

—Estoy convencida de que será maravillosa. De hecho, casi puedo prometerle que mis amigos le dirán que es lo mejor que han comido en toda su vida —lo agarró del brazo y le hizo retirarse un poco—. ¿Sabe? Acaban de casarse hace media hora. Por eso quería arreglar algunas cosas con usted.

—Recién casados —el señor Portersfield no era un hombre insensible al romanticismo—. Siempre nos ha gustado tener recién casados en la posada. Si lo hubiéramos sabido con un poco de antelación...

—Oh, estoy segura de que las pocas cosas que necesitamos no van a suponerle ninguna molestia. ¿Le he comentado ya que el señor Ditmeyer es abogado del distrito en Boston? Estoy segura de que cuando regrese a Boston, se deshará en alabanzas sobre su hospedaje entre sus amigos. Y el señor MacGregor... —bajó la voz—, bueno, creo que no hace falta que le explique quién es.

El señor Portersfield no tenía la menor idea de quién podía ser, pero con que fuera alguien importante ya era suficiente.

—No, por supuesto que no.

—Un hombre en su posición no encuentra muy a menudo lugares tan tranquilos como este para relajarse. Comida casera, aire limpio. Puedo asegurarle que está muy impresionado con su establecimiento. Por cierto, señor Portersfield, ¿no podría conseguirnos un tocadiscos?

—¿Un tocadiscos? Tengo uno en mi habitación, pero...

—Perfecto —Anna le palmeó la mano e intentó sonreír otra vez—. Sabía que podría ayudarme.

Quince minutos más tarde, estaba de vuelta en el comedor.

En la mesa había una hogaza de pan, un recipiente con mantequilla y poco más.

—¿En dónde te has metido? —le preguntó Daniel cuando se sentó.

—Estaba arreglando algunos detalles. Por los novios —dijo, elevando su vaso de agua.

Mientras brindaban, Myra se echó a reír.

—Le estaba diciendo a Herbert que le esperan muchas comidas como esta... —señaló el pan y la mantequilla—, hasta que encontremos una cocinera.

Herbert le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—No me he casado contigo por tus habilidades culinarias.

—Estupendo —comentó Anna, y añadió—, porque no tiene ninguna.

Un chico medio dormido, de unos quince años, entró con un jarrón lleno de flores silvestres. Una rápida mirada al rocío de los pétalos, le indicó a Anna que acababan de cortarlas. Al parecer, el señor Portersfield estaba decidido a que las cosas salieran bien.

—Oh, qué bonitas —Myra alargó el brazo para tomar una mientras el chico se alejaba y comenzaba a correr mesas.

A los pocos segundos, el señor Portersfield entraba en la habitación con un fonógrafo entre los brazos. Y poco después, la habitación se inundaba de música.

—El primer baile será para los Ditmeyer —dijo Anna y señaló el espacio que el chico había despejado.

Cuando se quedaron solos en la mesa, Daniel untó mantequilla en un pedazo de pan y se lo tendió.

—Has conseguido muchas cosas en muy poco tiempo.

Hambrienta, Anna mordió un pedazo de pan.

—Y esto solo es el principio, señor MacGregor.

—¿Sabes? Cuando esta tarde me has invitado a cenar, no tenía ni idea de

que la cena iba a ser en una pensión campestre de Maryland.

Anna partió otro trozo de pan, lo cubrió con mantequilla y se lo tendió.

—Pretendía que fuera un poco más cerca de mi casa.

Anna miró hacia la improvisada pista de baile y vio a Myra y a Herbert sonriéndose mientras bailaban.

—Es extraño —comentó—, nunca me los habría imaginado juntos y ahora que los veo, me parece la pareja perfecta.

—Los contrastes —Daniel le tomó la mano y la encerró entre la suya. La mano de Daniel era ancha y fuerte. La de Anna suave y pequeña— hacen la vida más interesante.

—Últimamente estoy empezando a creer en ello —entrelazó los dedos con los de Daniel.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el señor Portersfield los llevó una fuente de ensalada.

—Les va a gustar —les dijo mientras la servía—. Está hecha con productos de nuestra huerta. Y el aliño es una vieja receta familiar —después de servir los platos, atusó brevemente las flores y se marchó.

—Hay que reconocer que parece mucho más contento que antes —comentó Daniel.

—Y tiene motivos para estarlo —murmuró Anna pensando en lo mucho que había pagado. Sonrió—. Daniel... —pensativa, hundió el tenedor en la ensalada—, acerca de lo del préstamo que has comentado esta tarde —mordió el primer bocado y descubrió que estaba tan sabrosa como les habían anticipado—, creo que quizá necesite uno... hasta que regresemos a Boston.

Daniel volvió la cabeza a tiempo de ver a Portersfield entrando en la cocina y miró de nuevo a Anna con expresión divertida. Nunca había necesitado a nadie para sumar dos y dos. Con una escandalosa risotada, enmarcó su rostro con las manos y la besó.

—Y para ti, libre de intereses, amor.

Hubo champán, las dos únicas botellas que había en el hospedaje, un asado que se derretía en la boca y un disco rayado de Billy Holliday. Cuando Daniel sacó a Myra a la improvisada pista de baile, esta no perdió el tiempo andándose con rodeos.

—Estás enamorado de Anna.

Como no encontró motivo alguno para negarlo, Daniel decidió ignorar su ruda franqueza.

—Sí.

—¿Y qué pretendes hacer?

Daniel bajo la mirada. En medio de su barba, tensó los labios.

—Podría decir que eso no es asunto tuyo.

—Podrías —confirmó Myra—, pero de todas formas pretendo averiguarlo.

Después de pensarlo durante algunos minutos, Daniel decidió que era mejor tener a Myra de su lado.

—Por mí, me habría casado esta misma noche, pero Anna es condenadamente cabezota.

—O inteligente —Myra sonrió al ver un fogonazo de furia en sus ojos—. Oh,

me gustas, Daniel. Pero reconozco a una apisonadora en cuanto la veo.

—Los iguales se reconocen fácilmente.

—Exacto —complacida, más que ofendida, Myra le seguía los pasos—. Anna está a punto de ser médico, probablemente se convierta en la mejor cirujana del condado.

Daniel la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué sabes tú sobre médicos?

—Conozco a Anna —replicó con rotundidad—. Y creo que sé lo suficiente sobre hombres como para saber que eso no te sienta demasiado bien.

—Quiero que sea mi esposa —murmuró—, no que se dedique a manejar cuchillos.

—Supongo que tendrías más respeto por la cirugía si tuvieran que extirparte el apéndice.

—No querría que fuera mi esposa la que lo hiciera.

—Si quieres a Anna, harás mejor en prepararte para asumir también su trabajo. ¿Le has pedido que se case contigo?

—Eres una entrometida.

—Por supuesto. ¿Se lo has pedido?

Americanas, pensó Daniel con fastidio. ¿Cuándo se acostumbraría a aquellas mujeres?

—Sí, se lo he pedido.

—¿Y?

—Dice que no se casará conmigo, pero que está dispuesta a vivir conmigo.

—Me parece sensato.

Daniel alzó la mano de Myra lentamente, de modo que ambos pudieran ver la alianza que brillaba en su dedo.

—Oh, esto es algo completamente diferente. Yo quiero mucho a Herbert, pero no me habría casado con él si no hubiera estado segura de que me acepta tal como soy.

—¿Y cómo eres?

—Entrometida, llamativa y ambiciosa —bajó la mirada hacia la mesa—. Y para él voy a ser una magnífica esposa.

Daniel la miró. Sus ojos podían estar inundados de amor, pero mantenía el semblante firme.

—Te creo.

Daniel acababa de acompañar a Myra a su silla cuando Portersfield entró con un carrito en el que trasladaba una tarta decorada con azúcar escarchada y capullos de rosa. Con un encanto considerable, le tendió a Myra un cuchillo de plata.

—Con todos los honores de mi hospedaje —le dijo, sabiendo que podía permitirse el lujo de ser generoso—, y nuestros mejores deseos para que sea el suyo un largo y feliz matrimonio.

—Gracias —descubriéndose a punto de llorar, Myra esperó hasta que Herbert unió su mano a la suya para cortar la tarta.

Cuando las copas de champán estuvieron vacías y ya solo quedaban las migajas del pastel, Anna buscó en el bolso y sacó una llave.

—Una cosa más —le tendió la llave a Herbert—: la suite nupcial.

Herbert se metió la llave en el bolsillo con una sonrisa.

—No pensaba que hubiera una suite nupcial en un lugar tan pequeño.

—Yo no lo he sabido hasta hace un par de horas —aceptó los abrazos de los recién casados y los observó salir del comedor.

—Me gusta tu estilo, Anna Whitfield.

—¿De verdad? —alentada por su éxito y por el champán, Anna le sonrió y, sin dejar de mirarlo a los ojos, metió la mano en el bolso otra vez—. Tengo otra llave.

Daniel miró la llave solitaria que descansaba en la palma de su mano.

—Parece que te gusta ocuparte de todo.

Anna arqueó una ceja y se levantó.

—Si no te conviene, siempre puedes despertar al señor Portersfield otra vez. Estoy segura de que te encontrará otra habitación.

Daniel se levantó, la agarró de la muñeca y le quitó la llave.

—Esta bastará.

Y, agarrados de la mano, abandonaron los restos de la cena de bodas.

Ninguno de ellos dijo nada mientras subían unas escaleras que crujían bajo su peso a cada paso. La tenue luz de una lámpara de cristal biselado los guiaba. Todas las puertas por las que pasaban estaban cerradas. La posada, tan recientemente agitada por la celebración de la boda, estaba en completo silencio. Cuando Daniel metió la llave en la cerradura y abrió la habitación, los recibió una extraña mezcla de olores que le hizo pensar en su abuela, en Escocia y en todo lo que había dejado tras él. Cuando Anna cerró la puerta tras ellos, ya solo fue capaz de pensar en ella. Ninguno de ellos había dicho nada todavía.

Anna encendió el interruptor de una pequeña lámpara que había sobre la puerta. Una sutil luz se derramó por la habitación, bañando sus pies. Las ventanas estaban abiertas, permitiendo el paso de la cálida brisa del verano. Las cortinas se movían suavemente, agitadas por ella. Y desde los árboles que se extendían bajo la ventana, llegaba hasta ellos el canto melancólico de un ave nocturna.

Anna esperó. En el acantilado, había sido ella la que se había acercado a Daniel. Necesitaba que fuera él el que lo hiciera en aquel momento. Sabía que su corazón ya era de Daniel, pero temía decírselo. Su cuerpo ya nunca pertenecería a otro hombre. Pero esperó, dejándose acariciar por la luz de la lámpara y la brisa del verano.

Daniel la miraba pensando que jamás la había visto más adorable, aunque ya tenía docenas de recuerdos suyos encerrados en su mente. Docenas de fantasías. Pasión, necesidad, amor, sueños... Anna estaba en medio de todos ellos. Su corazón dio el primer paso y él lo siguió.

Enmarcó su rostro entre las manos delicadamente. Tanto que Anna apenas podía sentir la presión de los dedos sobre su piel. Aquella caricia la conmovió. Los ojos de Daniel no abandonaron en ningún momento los de Anna mientras su boca descendía hasta la suya. Fue un beso suave, apenas el encuentro de unos labios y la mezcla de su aliento. Con los ojos abiertos y los cuerpos muy cerca, exploraron las sensaciones evocadas por el roce de sus labios y el lento

descubrimiento de sus lenguas.

Daniel solo tocaba su rostro; Anna no lo tocaba de ninguna manera. Y en cuestión de segundos dos corazones estaban latiendo al unísono.

Anna nunca sería capaz de decir el tiempo que permanecieron allí. Podrían haber pasado horas o segundos mientras sus anhelos iban elevándose hasta hacerse casi dolorosos. Con un gemido de deleite, Anna echó la cabeza hacia atrás y lo rodeó con los brazos. Por un instante, su beso se profundizó hasta el delirio. Anna sentía sus huesos convertidos en fuego líquido y su cuerpo transformado en una masa fluida de sensaciones. Disfrutando de aquella plenitud, se dejó caer en sus brazos en una completa rendición.

Aquello estuvo a punto de volverlo loco. Tener a Anna en sus brazos, fuerte y ardiente, elevaba su pasión. Pero tenerla allí, tan suave y flexible, era devastadoramente excitante. Lo fortalecía y lo debilitaba al mismo tiempo. Anna parecía estar filtrándose en su interior poco a poco, hasta que llegó un momento en el que dentro de él solo hubo espacio para ella.

Daniel retrocedió, estremecido por la intensidad de sus sentimientos y receloso de una posible unión. Pero Anna permaneció donde estaba, con la cabeza hacia atrás y los brazos alrededor de Daniel. Era más que deseo lo que Daniel leía en sus ojos, más incluso que reconocimiento. Era aceptación. Daniel esperó, con el cuerpo palpitante, hasta que sintió la mente de nuevo despejada. Entonces la desnudó.

La chaqueta finísima, casi transparente que Anna llevaba encima del vestido, fue descartada como si se tratara de una ilusión. Daniel dejó que sus manos vagaran por los brazos de Anna, por sus hombros desnudos para retroceder otra vez y poder sentir la textura de sus músculos y de su piel. Y, mientras él continuaba, hechizado por la sensación de su piel contra la suya, Anna le desabrochaba el nudo de la corbata y la dejaba caer. Lentamente, sintiendo cómo ardía su propia sangre ante aquel contacto, Anna deslizó la chaqueta de Daniel por sus hombros.

Daniel estaba perdiendo la cabeza otra vez, pero ya no parecía importarle. Mientras la brisa del verano suspiraba a través de la ventana, Daniel bajó la cremallera del vestido de Anna, haciendo que cayera delicadamente hasta el suelo.

Anna lo oyó contener la respiración y sintió el orgullo sensual y desenfrenado de su propio cuerpo. Mientras ella permanecía frente a él, Daniel parecía estar bebiéndola centímetro a centímetro con la mirada. Anna sentía que la piel le cosquilleaba como si Daniel la estuviera acariciando. El camafeo que él le había regalado descansaba en el hueco de su cuello. Daniel podía trazar su perfil con el dedo y sentir que volvía a la vida. La combinación de encaje que Anna llevaba bajo el vestido se ajustaba a sus senos y caía perezosamente hasta sus muslos. La luz de la lámpara revelaba la silueta de Anna, haciéndolo desear lo que otra vez había tenido.

Los dedos de Anna ya no eran firmes cuando le desabrochaba la camisa, pero sus ojos no abandonaron los de Daniel. Impulsada más por el deseo que por la confianza que en sí misma tenía, deslizó las manos por su pecho, haciendo que la camisa se uniera a su vestido en el suelo.

En algún lugar de la posada, un reloj marcó la hora, pero hacía mucho tiempo que Anna y Daniel se habían olvidado de cosas tan mundanas como el tiempo y el espacio. En un tácito acuerdo, descendieron los dos hasta la cama.

Bajo su peso, el viejo colchón gimió suavemente. Las almohadas de plumas cedieron. Daniel se colocó sobre Anna: necesitaba verla, necesitaba verla entera. Podría haber pasado horas así, pero Anna alargó los brazos hacia él.

Boca contra boca, calor, impaciencia. Piel contra piel. La lámpara arrojaba sus sombras sobre la pared. La brisa acompañaba sus suspiros. El ave nocturna continuaba cantando quejumbrosa en el bosque. Pero ellos ya no la oían. El mundo que ambos conocían, el mundo que ambos estaban tan determinados a descubrir, había sido reducido a las paredes de aquella habitación. Las ambiciones palidecían y morían frente a la desesperación de su deseo. El deseo de dar, de tomar y de experimentar. El deseo de poseer y ser poseído.

Daniel enterró la cabeza en su piel y al instante dejó de notar la fragancia a especias y flores secas que flotaba en la habitación. Ya solo existía la fragancia de Anna, no había otro sabor que el de Anna, ni otra voz que la de Anna. Lentamente, pero no tan delicadamente como la vez anterior, tomó su boca y descendió en un viaje abrasador hasta su cuello para continuar sobre el encaje y la seda que cubría sus senos. El deseo palpitaba en su sangre mientras Anna se tensaba contra él. Con las manos firmemente unidas, dejó que su lengua se detuviera en la sutil curva que se adivinaba bajo el encaje. En medio de un nudo de piernas, Daniel mordisqueaba suavemente su piel. Y, cuando Anna susurró su nombre, él se prometió elevarla a la emoción y la gloria de la locura.

A través de la seda, buscó el pezón con los labios hasta sentirlo endurecido y caliente bajo su boca. El cuerpo de Anna estaba tenso como la cuerda de un arco. Oyó su respiración temblorosa y se interrumpió un instante, para volverse casi inmediatamente hacia el otro con intención de darle el mismo placer.

Con despiadada lentitud, continuó recorriendo el cuerpo de Anna, intentando apagar ruegos que ella no sabía cuándo habían sido encendidos. Con la lengua y las palmas de las manos, la conducía una y otra vez al borde de la liberación. Anna jamás había imaginado que la tortura pudiera ser tan gloriosa o el placer tan doloroso. Cuando Daniel se deshizo de las últimas barreras que los separaban, Anna tenía la piel empapada en sudor.

Estaba atrapada en una nebulosa de delicias, placeres oscuros, y secretos desesperados. El ambiente estaba cargado, olía y sabía a él. Cada vez que la rozaba, encendía llamas en su cuerpo. Su barba rozaba la suave piel de su vientre activando sensaciones casi infernales. Anna buscó su pelo y lo acarició mientras lo veía convertirse en fuego bajo aquella tenue luz.

La mente le daba vueltas mientras cerraba los brazos alrededor de su cintura. Cabalgando todavía en la cresta de aquellas sensaciones, rodó con él sin dejar de buscar y encontrar con sus manos. Lo sintió estremecerse y presionó su boca contra su piel, degustando aquel deseo. Antes de lo que Daniel había anticipado, antes de que pudiera prepararse, Anna le hizo deslizarse en su interior.

En la cabeza de Anna estallaban todo tipo de sonidos. Quizá fuera su nombre en los labios de Daniel. Sentía algo frío recorriendo su piel. Podrían haber sido los fuertes dedos de Daniel acariciándola. Mientras echaba la cabeza hacia atrás, abandonada y encantada, vio los ojos de Daniel fijos en lo suyos. El azul frío y brillante de sus ojos era un reflejo de un fuego más intenso que ningún otro. Amor. Aferrándose a él, Anna se dejó arrastrar más allá de toda razón.



Satisfecha y casi sin respiración, permaneció muy quieta, con los ojos cerrados, queriendo guardar todo en su interior: la fragancia de Daniel, la sensación de su piel sobre la suya, el sonido de su respiración rápida y jadeante en su oído, la forma en la que su mano encerraba las suyas.

Era allí donde quería estar. Y si el resto del mundo, si las demás necesidades pudieran ser ignoradas, lo haría. Si Daniel se lo pidiera en aquel momento, si se lo demandara incluso, temía estar dispuesta a darle todo lo que él quería.

Sintió deslizarse una mano por su espalda con actitud posesiva. Estaba temblando y sabía que no podía hacer nada para evitarlo. Sabía que le pertenecía.

El cuerpo de Anna era tan pequeño y liviano mientras descansaba sobre el suyo... Podía sentir su temblor, los últimos jadeos del amor. No podía vivir sin ella. Podía hacer todo tipo de negocios y lanzarse al cuello de cualquier competidor, pero no podía seguir funcionando sin aquella mujer con la que unía en aquel momento sus manos.

Haría las cosas como ella quería, maldita fuera. Pero mientras la maldecía, continuaba abrazándola con fuerza.

—Mañana te mudarás a mi casa —iba a hacer las cosas a su manera, sí, pero no iba a renunciar a sus propósitos—. Cuando regresemos a Boston, harás las maletas y vendrás a mi casa. No voy a pasar ninguna otra noche sin ti.

Incapaz de decir nada, Anna lo miró fijamente. Había restos de deseo en sus ojos mezclados con la furia. ¿Cómo iba a poder manejar a un hombre como Daniel? Anna tenía la sensación de que le iba a costar más de unas semanas aprender a hacerlo.

—¿Mañana?

—Mañana. Vendrás mañana mismo a vivir a mi casa. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Anna se lo pensó un instante y sonrió.

—Será mejor que vayas haciéndome sitio en tu armario.

## Capítulo Diez

Anna hizo su primera ronda por su casa nueva guiada por un estirado y hermético McGee. Anna no sabía quién de los dos se sentía más incómodo. Acababan de subir las maletas a su habitación cuando a Daniel lo llamaron para que fuera a atender un asunto urgente en el banco. Daniel se había marchado enfadado, tras darle un rápido beso en la mejilla y pedirle a McGee, con aire ausente, que le mostrara la casa. Así que allí estaba, sola con un indignado mayordomo y una cocinera que apenas había asomado la cabeza por la cocina.

Su primera reacción fue pensar una excusa adecuada y marcharse al hospital, que era donde debía estar. Tomarse una tarde libre no era un lujo que pudiera permitirse más que Daniel. Y, sin embargo, en aquel momento Daniel estaba fuera y ella estaba allí. Algo en la actitud del hombre que la conducía por las escaleras la hizo mantenerse firme. Para Anna, el orgullo iba de la mano de la dignidad. Ella había tomado una decisión y, si un mayordomo iba a ser el primero en desaprobala, tendría que aceptarlo. Sabía que iba a tener que vivir con la desaprobación de la mayoría, así que no haría mal en comenzar a acostumbrarse a ello.

—Tenemos algunas habitaciones para invitados en este piso —le dijo McGee con su voz grave y su marcado acento—. El señor MacGregor también tiene su despacho en este piso, lo encuentra conveniente.

—Ya lo veo.

McGee pasó un dedo por una de las mesitas del pasillo para comprobar si tenía polvo antes de salir. Anna pensó por un instante que era una suerte, para cualquiera que se encargara de limpiar, que McGee no hubiera encontrado una sola mota.

—El señor MacGregor recibe a algunos socios de fuera de la ciudad, de modo que solemos tener un par de las habitaciones de invitados siempre preparadas. Este es el dormitorio principal —mientras lo decía, empujó una gruesa puerta.

La habitación era enorme, tal como a Daniel parecía gustarle, pero estaba escasamente decorada, como si apenas pasara tiempo allí. Anna pensó que su despacho estaría mucho más desordenado, lleno de muebles y papeles que revelarían mucho más sobre su personalidad que el dormitorio cuando, en realidad, aquella debería haber sido la habitación más personal. No había en ella ni fotografías ni recuerdos. El papel de las paredes era nuevo y las cortinas todavía parecían almidonadas. Anna se preguntó si alguna vez las habría corrido para asomarse a la ventana. La cama era preciosa, de roble tallado, y suficientemente grande para cuatro personas. Sus maletas descansaban en el suelo.

Anna esperaba sentirse incómoda la primera vez que entrara en aquella habitación. Pero lo que estaba experimentando era una sensación de vaga curiosidad. Había más de Daniel MacGregor en el acantilado que en aquella habitación en la que dormía cada noche. Pero aquel no era momento para ponerse a analizar un acertijo con el que no esperaba encontrarse. Alzó la barbilla con altivez cuando se volvió hacia McGee.

—El señor MacGregor no ha sido muy claro sobre las medidas que debía tomar el ama de llaves. ¿Debo considerar que eso es responsabilidad suya?

Si McGee hubiera podido, habría enderezado su ya estirada espalda.

—Viene una doncella tres días a la semana, de otro modo, la habría puesto en contacto con el ama de llaves. En cualquier caso, el señor MacGregor nos ha comentado a mí y a la cocinera que quizá usted quiera hacer algunos cambios.

Si Daniel hubiera entrado en casa en ese momento, Anna lo habría estrangulado. Pero se dedicó a mirar nuevamente a su alrededor.

—No creo que sea necesario, McGee. Creo que usted no solo es un hombre que conoce su trabajo, sino que es también consciente de su valor.

Aquel frío cumplido no suavizó en absoluto al mayordomo, algo que en realidad tampoco pretendía Anna.

—Gracias, señorita. ¿Quiere que continuemos viendo el resto del segundo piso?

—En este momento no. Creo que voy a deshacer el equipaje —y quedarse sola un rato, pensó desesperadamente.

—Muy bien, señorita —tras inclinar educadamente la cabeza, caminó hacia la puerta—. Si necesita algo, solo tiene que llamarme.

—Gracias, McGee, no creo que lo necesite.

En cuanto el mayordomo cerró la puerta, Anna se sentó en la enorme cama. ¿Qué había hecho? Todas las dudas que había intentado ocultar, echar a un lado o enterrar, salieron en aquel momento a la superficie. Había abandonado la que había sido su casa de la infancia, no para mudarse a un bonito apartamento, sino para meterse en una casa enorme y llena de recovecos en la que ella era una extraña. Una usurpadora. Y, para el estirado McGee, una suerte de Jezabel. Si no hubiera estado tan nerviosa, hasta lo habría encontrado divertido.

Había dejado a una madre nerviosa y a un padre estupefacto a cambio de una habitación semivacía. No estaba en el hospital, donde por lo menos los pasillos larguísimos por los que tenía que caminar le resultaban familiares. En aquella casa no había nada que le perteneciera, salvo los objetos que llevaba en las maletas que descansaban a los pies de la cama.

Lentamente, pasó la mano por la colcha blanca. A partir de aquel momento, pensó, noche tras noche, compartiría aquella cama con Daniel. Dormiría con él y se despertaría a su lado. Ya no habría más sencillos buenas noches y el refugio de su intimidad. Daniel estaría siempre allí.

¿Qué había hecho? Sintió que el pánico crecía. Intentando darse ánimos, tragó saliva. Continuaba acariciando la colcha con la mano. En un espejo situado en la pared, vio su reflejo: pequeña, pálida y con los ojos abiertos como platos. Vio también el reflejo de una cómoda de roble, de diseño claramente masculino. Le temblaban ligeramente las piernas cuando se acercó a ella. Sus dedos parecían entumecidos mientras quitaba la tapa a un frasco de colonia. Entonces olió la fragancia de Daniel, impetuosa, vivida y muy masculina. Cuando volvió a cerrar el frasco, sentía las manos firmes y competentes otra vez.

¿Qué había hecho?, se preguntó a sí misma por última vez. Exactamente lo que quería hacer. Con una pequeña carcajada de alivio, comenzó a deshacer las maletas.

No le llevó mucho tiempo distribuir sus cosas por la habitación. Solo se

había llevado la ropa y sus cuadros favoritos. Aun así, en cuanto hubo colocado sus cosas, se sintió más cómoda, de alguna manera, como si estuviera más en su casa. Por supuesto, tendría que conseguir una cómoda a juego con el mobiliario que Daniel había elegido para aquella habitación. Y tendría que cambiar aquellas cortinas por otras de un tejido más suave y agradable.

Miró complacida a su alrededor. Jamás se le había ocurrido pensar que tuviera que tomar tan pronto decisiones de índole doméstico. Quizá no fuera algo tan importante como decidir si había que operar o no a un interno, pero también le producía cierta satisfacción. A lo mejor podía intentar de verdad tenerlo todo. En aquel momento, pensó, iba a empezar arrinconando a Daniel y yendo a buscar un par de sillas cómodas para el dormitorio principal. Y también una buena lámpara para poder leer, pensó mientras salía al pasillo. Y, si fuera posible, añadiría un pequeño escritorio para ella. Desde luego, la habitación era suficientemente grande. Seguramente, en una casa de aquel tamaño, encontraría algunas cosas que pudieran servirle. Y si no, al día siguiente mismo, se iría de compras nada más salir del hospital.

Una vez en el primer piso, estuvo a punto de asomarse al salón y a la biblioteca para ver si podía conseguir algo por sí misma. Pero se contuvo por la sencilla razón de que era una mujer que comprendía el orgullo. Si asumía aquellas tareas ella sola, seguramente dañaría el orgullo de McGee. Así que encontraría una forma más discreta de hacer algunos cambios sin dañar el orgullo del mayordomo. McGee era parte de la vida de Daniel. Y si quería que las cosas salieran bien, tendría que asumir que también iba a formar parte de la suya.

Como no se le ocurría otro lugar más lógico en el que pudiera encontrarlo, se dirigió a la cocina. Unos pasos antes de llegar, oyó voces y se detuvo.

—Si la muchacha es suficientemente buena para el señor MacGregor, también lo es para mí —era una voz femenina con un acento escocés tan marcado como el del mayordomo—. No veo ninguna razón para que esté enfadado, McGee.

—No estoy enfadado —incluso a través de la puerta, Anna detectaba su fría indignación—. Esa chica no tiene derecho a entrar en esta casa sin haberse casado.

—Tonterías.

Al oír aquella exclamación, Anna decidió que iba a llevarse muy bien con la cocinera.

—Me gustaría saber desde cuándo es usted juez y confesor —continuó diciendo la cocinera—. El señor MacGregor sabe perfectamente lo que hace, así que si la muchacha no mereciera la pena, no le habría prestado la menor atención. Lo que yo quiero saber es qué aspecto tiene. ¿Es guapa?

—Bastante guapa —murmuró McGee—. Pero al menos tiene el buen sentido de no hacer ostentación de su belleza.

—Hacer ostentación de su belleza —repitió la cocinera, mientras la propia Anna vocalizaba indignada la frase—. Una mujer se arregla para gustar a un hombre y se dice que está haciendo ostentación de su belleza. Y si no se arregla, entonces tiene sentido común. No sé qué es más ofensivo. Ahora ocúpese de sus asuntos y yo me ocuparé de los míos. Si no, voy a estar demasiado ocupada para echarle un vistazo antes de la cena.

Anna estaba intentando decidir si debía retroceder o irrumpir en la habitación cuando un grito de dolor la hizo precipitarse a la cocina. McGee estaba ya inclinado sobre una mujer de pelo blanco. En el suelo, entre ellos, había caído un cuchillo con el filo manchado de sangre. Cuando Anna corrió hacia ellos, la sangre seguía goteando.

—Déjeme ver.

—Señorita Whitfield.

—¡Apártese!

Olvidándose de los buenos modales, empujó al mayordomo para que se apartara. Le bastó una mirada para darse cuenta de que el corte que la cocinera tenía en la muñeca le atravesaba una arteria. Inmediatamente, la presionó con los dedos y la sangre dejó de gotear.

—No es nada señorita —la tranquilizó la cocinera, pero tenía el rostro cubierto de lágrimas—. No quiero molestarla.

—Tranquila —Anna tomó un trapo limpio y se lo tiró a McGee—. Hágalo tiras y después traiga mi coche.

Acostumbrado a responder a la autoridad, McGee comenzó a cortar el trapo. Sin soltar la muñeca de la cocinera, Anna la condujo hasta una silla.

—Procure tranquilizarse —le pidió.

—Estoy sangrando —fue todo lo que pudo decir la cocinera, que estaba ya blanca como el papel.

—No va a pasar nada —continuó diciéndole Anna, sabiendo lo difícil que sería manejar a aquella enorme mujer si se derrumbaba—. McGee, átele una de esas tiras en el brazo, aquí —señaló el lugar en el que había que aplicar el torniquete mientras ella continuaba apretando las venas con los dedos—. Muy bien, ¿cómo se llama usted?

—Sally, señorita.

—De acuerdo, Sally. Ahora quiero que cierres los ojos y te tranquilices. No demasiado fuerte —le advirtió a McGee—. Traiga el coche rápidamente. Va a tener que conducir usted.

—Sí, señorita —a más velocidad de la normal y sin su habitual dignidad, McGee abandonó la habitación.

—Ahora dime, Sally, ¿puedes andar?

—Lo intentaré. Estoy un poco mareada.

—Es normal —musitó Anna—. Apóyate en mí. Vamos a salir al coche por la puerta de la cocina. En menos de cinco minutos estaremos en el hospital.

—En el hospital —la cocinera comenzó a temblar—. No me gustan los hospitales.

—No tienes por qué preocuparte, yo estaré contigo. Trabajo allí. Y te aseguro que algunos de los médicos son muy atractivos —mientras hablaba, ayudó a levantarse a la cocinera y comenzó a caminar hacia la puerta—. Tan atractivos que te preguntarás por qué no te has cortado antes —cuando llegaron a la puerta, McGee ya estaba allí para ayudarla a soportar la mayor parte del peso de aquella mujer.

—Un buen trabajo de primeros auxilios, señorita Whitfield —el doctor Liederman se lavaba las manos mientras hablaba con Anna—. Sin lo que ha

hecho usted, esta mujer se habría desangrado antes de llegar al hospital.

Anna había examinado atentamente la herida y había estimado que se necesitarían unos diez puntos en cuanto la arteria comenzara a cicatrizar.

—Es un lugar terrible para un corte.

—Hemos tenido suicidas que no han conseguido hacer un trabajo tan fino. Ha sido una suerte que no se haya dejado llevar por el pánico.

Anna arqueó una ceja, preguntándose si el médico consideraría que aquello era un cumplido.

—Si la sangre me diera miedo, sería una triste cirujana.

—Cirujana, ¿verdad? —aquella joven no había elegido un camino fácil. Liederman la miró por encima del hombro mientras terminaba de lavarse las manos—. Hace falta algo más que habilidad para manejar el bisturí, ya lo sabe. Se necesita tener confianza y seguridad en uno mismo.

—Yo pensaba que era arrogancia —repuso Anna, con una pequeña sonrisa.

Liederman tardó algunos segundos en volverse hacia ella, también sonriente.

—Sí, es un término más preciso. Ahora, en cuanto a nuestra paciente, se encontrará débil durante un día o dos y probablemente no pueda usar esa mano durante un par de semanas.

—¿Quiere que le cambie el vendaje cada día?

—Sí, y manténgalo seco. Y quiero que venga dentro de quince días para quitarle los puntos —se volvió para secarse las manos—. Aunque supongo que podría hacerlo usted misma.

Anna volvió a sonreír.

—No lo dudaría, dentro de unos meses.

—¿Sabe, señorita Whitfield? Tiene muy buena fama en este hospital.

Aquello la sorprendió, pero consiguió disimular la satisfacción que le producía aquella confesión.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Lo sé de muy buena tinta —dejó la toalla a un lado y la miró fijamente—. Me lo han dicho las enfermeras.

Anna sonrió entonces complacida.

—Lo agradezco.

—Creo que está estudiando el último año de la carrera. La he visto lo suficiente como para saber que es una persona con confianza en sí misma. ¿Tiene usted buenas notas?

Anna alzó la barbilla con orgullo.

—Excelentes.

El médico la observó con una pequeña risa.

—Un dato a tener en cuenta. ¿Dónde quiere hacer la residencia?

—Aquí.

El médico le tendió la mano.

—Venga a verme cuando termine los estudios y hablaremos de ello.

Anna le estrechó la mano.

—Lo haré.

¿Dónde diablos se había metido todo el mundo? Daniel había llegado a casa y la había encontrado vacía. Estaba tan impaciente por estar con Anna que había subido los escalones de dos en dos antes de irrumpir en el dormitorio. Tuvo que mirar dentro de los cajones de la cómoda para asegurarse de que Anna realmente había estado allí. Aunque le encantó ver su ropa al lado de la suya, no era aquel el recibimiento que tenía en mente. Tras echar un rápido vistazo al segundo piso, bajó otra vez.

—¡McGee! —maldiciendo a sus sirvientes, se detuvo en la escalera y frunció el ceño. Ya era suficientemente malo que su mujer no estuviera en casa para que además hubiera desaparecido su mayordomo—. ¡McGee!

Abriendo de par en par todas las puertas por las que pasaba, regresó al vestíbulo. No esperaba que lo recibiera una orquesta, pero sí que al menos a alguien se le hubiera ocurrido quedarse en casa para cuando él llegara. Cuando llegó a la cocina, estaba ya fuera de sus casillas.

—¿Dónde diablos está todo el mundo?

—¿Quieres hacer el favor de dejar de gritar? —Anna entró en la cocina, hablando en voz baja, pero no exenta de firmeza—. Acabo de meterla en la cama.

—Un hombre tiene derecho a gritar en su propia casa —comenzó a decir Daniel, pero entonces vio la sangre que cubría la blusa y la falda de Anna—. ¡Dios mío! —con dos grandes zancadas, acortó la distancia que los separaba—. ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde te has herido? ¡Te llevaré ahora mismo al hospital!

—Ya he estado allí —pero no pudo impedir que Daniel la levantara en brazos—. Daniel, esta sangre no es mía. ¡A mí no me pasa nada, Daniel! —estaban ya cerca de la puerta de la cocina cuando consiguió detenerlo—. La que ha sufrido un accidente ha sido Sally, no yo.

—¿Sally?

—Tu cocinera.

—Ya sé quién es Sally —replicó y la estrechó aliviado contra él—. ¿No estás herida?

—No —suavizó su tono. Daniel estaba temblando, algo que jamás habría creído posible—. Estoy perfectamente —consiguió decirle antes de que cerrara la boca sobre sus labios.

La pasión se elevó súbitamente y, a través de ella, Anna sintió el alivio de Daniel, un alivio casi salvaje. Conmovida, permitió que le ofreciera todo el consuelo que deseaba ofrecerle.

—Daniel, no pretendía asustarte.

—Pues me has asustado —la besó con firmeza—. ¿Qué le ha pasado a Sally?

—Al parecer tenía las manos mojadas y, mientras cortaba la verdura, no estaba prestando demasiada atención a lo que estaba haciendo. Se le resbaló el cuchillo y se hizo un corte en la muñeca. Se ha cortado una vena. Esa es la razón por la que hay tanta sangre. Ha sido un corte muy serio, pero McGee y yo la hemos llevado al hospital. Ahora está descansando. Necesitará tomarse

un par de días libres.

Daniel reparó entonces en el cuchillo y en la sangre que cubría el suelo y el fregadero. Soltó un juramento y estrechó a Anna entre sus brazos.

—Iré a verla.

—No, por favor —desde su posición, en medio de su abrazo, Anna consiguió detenerlo—. Ahora está durmiendo y creo que es mejor que descanse tranquila hasta mañana.

Su cocinera, al igual que el mayordomo y el resto de sus empleados, eran responsabilidad suya. Daniel miró el cuchillo otra vez y volvió a soltar un juramento.

—¿Estás segura de que está bien?

—Estoy segura. Ha perdido mucha sangre, pero yo estaba justo en la puerta de la cocina cuando se ha cortado. Y en cuanto McGee se ha dado cuenta de lo que yo pretendía hacer, no ha podido mostrarse más colaborador.

—¿Y dónde está él?

—Aparcando mi coche. Mira, acaba de llegar —rectificó al verlo entrar por la puerta de la cocina.

—Señor MacGregor... —un poco pálido, pero tan correcto como siempre, McGee se detuvo justo en la puerta—. Ahora mismo limpiaré todo este desastre. Me temo que hoy la cena tendrá que demorarse.

—Ya me ha comentado la señorita Whitfield que le has servido de mucha ayuda.

Algo, que podría haber sido una ligera emoción, cruzó el rostro del mayordomo.

—Me temo que ha sido poco lo que he hecho yo, señor MacGregor. La señorita Whitfield es muy eficiente y, si se me permite decirlo, señor, muy valerosa.

Anna tuvo que tragar saliva para contener una carcajada.

—Gracias, McGee.

—Y no te preocupes por la cena. Ya nos las arreglaremos nosotros solos.

—Muy bien, señor. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, McGee —la puerta de la cocina se cerró tras ellos—. Daniel, ¿te importaría dejarme ya en el suelo?

—No —comenzó a subir las escaleras—. Esta no es la bienvenida que me habría gustado ofrecerte.

Anna descubrió en aquel momento lo agradable que podía llegar a ser que alguien la tratara como si fuera un objeto precioso.

—Yo tampoco había planeado que las cosas fueran de esta manera.

Daniel se detuvo en las escaleras y la besó en el cuello.

—Lo siento.

—No ha sido culpa de nadie.

Dios, sabía tan bien. Aquella mujer podía satisfacer todos sus deseos, todas sus necesidades.

—Has echado a perder esa blusa.

—Ahora estás hablando como Sally. Cuando íbamos al hospital, también me lo ha dicho.



—Te compraré una nueva.

—Muchas gracias —soltó una carcajada—. Daniel, ¿no tenemos nada más importante que hacer que ocuparnos de mi blusa?

—¿Sabes en qué he estado pensando durante todo el tiempo que ha durado esa maldita reunión?

—No, ¿en qué?

—En hacer el amor contigo. En mi cama. En nuestra cama.

—Caramba.

Mientras Daniel empujaba la puerta, ella entrelazó las manos alrededor de su cuello. El pulso comenzaba a acelerársele, impulsado por la anticipación y la imaginación.

—¿Sabes en lo que estaba pensando yo mientras deshacía las maletas?

—No, ¿en qué?

—En hacer el amor contigo. En tu cama. En nuestra cama.

Al oírsele decir a Anna, aquella habitación en la que Daniel normalmente apenas reparaba, se convirtió de pronto en algo muy especial.

—Entonces deberíamos hacer algo al respecto —y manteniéndola en sus brazos, se tumbó con ella sobre la colcha blanca.

Vivir con Daniel, despertarse a su lado y dormir con él fue mucho más fácil de lo que Anna había imaginado. Tenía la sensación de que aquel largo período de su vida en el que había vivido sin él, no había sido nada más que una espera. Pero durante las primeras semanas que pasaron juntos, tuvieron que adaptarse el uno al otro. Aunque Anna había vivido casi siempre con sus padres o en internados, siempre había conseguido moverse a su ritmo y proteger su intimidad.

Despertarse con alguien al lado era algo completamente novedoso para ella. Especialmente cuando ese alguien era un hombre que consideraba las horas que pasaba durmiendo como una pérdida de tiempo. Daniel MacGregor no perdía el tiempo ni en el desayuno ni en la cama. Las mañanas eran para trabajar y el trabajo comenzaba en cuanto abría los ojos.

Como el ritmo vital de Anna era completamente diferente, normalmente se descubría a sí misma bajando a tomar el primer café de la mañana cuando Daniel estaba ya terminando la segunda taza. Las despedidas eran breves y precipitadas, sin sombra alguna de romanticismo. Daniel y su maletín salían por la puerta antes de que la mente de Anna hubiera comenzado a funcionar. Aquello no era exactamente una luna de miel, pensó Anna en más de una ocasión, mientras se sentaba frente a su solitario desayuno, pero era una rutina a la que podría acostumbrarse.

Para cuando salía hacia el hospital, Daniel ya estaba trabajando. Y mientras ella arreglaba camas y leía en voz alta a los pacientes, él se dedicaba a jugar a la bolsa y a planear fusiones y absorciones empresariales. Viviendo con él, Anna había podido hacerse una idea más exacta de lo poderoso que era Daniel y lo poderoso que podría llegar a ser. Ella misma había atendido una llamada de un senador y había tenido que transmitirle un mensaje del gobernador de Nueva York.

La política, comenzaba a darse cuenta, era un aspecto de la carrera de

Daniel del que hasta entonces no había sido consciente. Daniel también tenía contactos e intereses en el campo de la cultura. No era raro que se recibieran en la casa telegramas de algún productor conocido o algún dramaturgo en ciernes. Aunque rara vez asistían al ballet o a la ópera, Anna se había enterado de que Daniel hacía cuantiosas contribuciones a las artes. Algo que la habría complacido mucho más si no hubiera sido consciente de que para él solo eran un negocio más.

La cultura, la política, las aventuras bursátiles o los proyectos de construcción de su futura casa eran todos asuntos de Daniel. Anna sabía que aquellos asuntos ocupaban la mayor parte de su tiempo y de su vida, y, sin embargo, cuando le preguntaba por ellos, él contestaba con el equivalente a una palmadita en la cabeza. Cada vez que lo hacía, Anna intentaba ignorar la frustración que le causaba. Con el tiempo, se decía, Daniel aprendería a compartir sus problemas. Con el tiempo, sería capaz de brindarle su confianza y su respeto.

La vida y el tiempo de Anna se distribuían entre el hospital, sus estudios y la preparación del último año de carrera. Daniel rara vez le preguntaba por el tiempo que dedicaba a la medicina y, cuando lo hacía, mostraba simplemente un educado interés.

Pasaban las veladas cenando o tomando café en el salón. Ninguno de ellos hablaba de ambiciones o de su futuro profesional. Y aunque eran felices el uno al lado del otro, ambos parecían haber cubierto con un velo una parte importante de su vida. Y ninguno de ellos quería ser el primero en levantarlo.

Hacían muy poca vida social y pasaban la mayor parte del tiempo solos en casa. Cuando salían con alguien, solía ser con los recién casados Ditmeyer. De vez en cuando iban al cine y permanecían sentados en las butacas con las manos entrelazadas, olvidándose de las tensiones del día o las inseguridades del futuro. Estaban conociéndose el uno al otro, aprendiendo las costumbres, los caprichos y las cosas que los irritaban. El amor que compartían se hacía cada vez más profundo. Pero, aun así, ambos echaban algo de menos en su relación. Daniel quería casarse. Y Anna que llegaran a ser verdaderos compañeros. Y todavía no habían aprendido la forma de combinar ambas cosas.

El calor del verano se hizo mucho más intenso en agosto. Las calles ardían y el aire era casi irrespirable. Aquellos que podían escapaban al mar. Durante los fines de semana, Daniel y Anna solían salir de la ciudad. En dos ocasiones, fueron al terreno que Daniel poseía en Hyannis Port. Allí podían hacer el amor tan libre y desinhibidamente como la primera vez. Podían dormir o simplemente tumbarse sobre la hierba. Y fue allí donde, inesperadamente, Daniel comenzó a presionarla otra vez.

—La semana que viene van a empezar a desbrozar el terreno —le comentó mientras compartían la última botella de Chablis.

—¿La semana que viene? —Anna alzó la mirada sorprendida y descubrió a Daniel contemplando el lugar en el que se asentaría la casa. Estaba segura de que Daniel la estaba visualizando como si estuviera ya construida y elevándose bajo el sol—. No sabía que iban a empezar tan pronto.

Daniel no se lo había dicho, pensó. Ni siquiera le había enseñado, aunque ella se lo había pedido, los planos de aquella casa que tan importante era para él.

Daniel apenas se encogió de hombros.

—Me habría gustado empezar antes, pero tenía que arreglar algunas otras cosas.

—Ya entiendo —y, por supuesto, tampoco había considerado importante mencionarle esas otras cosas. Anna ahogó un suspiro e intentó aceptarlo—. Sé que la casa es importante para ti, y que será preciosa. Pero creo que echaré de menos esto —cuando Daniel la miró, Anna alargó la mano para acariciarlo—. Es un lugar tan tranquilo, tan solitario... solo agua, rocas y hierba.

—Todas estas cosas seguirán aquí cuando se construya la casa. Y después viviremos en ella —al advertir que Anna retiraba ligeramente la mano, se la retuvo entre las suyas—. No va a ser rápido, las mejores cosas nunca lo son. Quizá no podamos vivir en esta casa hasta dentro de dos años. Pero nuestros hijos crecerán aquí.

—Daniel...

—Claro que sí —le agarró la mano con fuerza al tiempo que la interrumpía—. Y cada vez que hagamos el amor en esta casa, recordaremos la primera vez que estuvimos en este lugar. Estoy seguro de que dentro de cincuenta años, todavía recordaré la primera vez que hicimos el amor.

Cuando se mostraba tan sensible, a Anna le resultaba imposible resistirse a él. Era mucho más peligroso cuando hablaba con aquella dulzura que cuando gritaba. Por un instante, Anna estuvo a punto de creerlo. Entonces pensó en lo lejos que para ello tendrían que ir.

—Me estás pidiendo promesas, Daniel.

—Sí, claro que espero promesas.

—Pero no te voy a prometer nada.

—¿Por qué? Eres la mujer que quiero y la mujer que me quiere. Ya es hora de que nos comprometamos —sin soltarle la mano, se metió la otra en el bolsillo y sacó una cajita de terciopelo—. Quiero que te pongas esto, Anna —con un rápido movimiento, abrió la cajita para mostrarle un reluciente diamante.

Anna sintió que algo le atenazaba la garganta. En parte debido al asombro de ver algo tan bello. El resto era el miedo a lo que simbolizaba aquella sortija: promesas, votos, compromisos. Anna quería, anhelaba, y temía.

—No puedo.

—Claro que puedes —cuando comenzó a sacar la sortija, Anna puso las manos en sus hombros.

—No, no puedo. No estoy preparada para esto, Daniel. He intentado explicártelo.

—Y yo he intentado comprenderlo —pero su paciencia tenía un límite. Y, durante el tiempo que llevaba viviendo con ella, había tenido que conformarse con la mitad de lo que necesitaba—. No quieres casarte, por lo menos todavía, pero esta sortija no significa matrimonio, es solo una promesa.

—Una promesa que no puedo hacerte —pero que estaba deseando hacer. Y cada día que pasaba lo deseaba más—. Si acepto la sortija, te estaré haciendo una promesa que podría llegar a romper. Y no quiero hacerte eso. Eres demasiado importante para mí.

—Eso no tiene sentido.

Esperaba sentir frustración. Incluso cuando había comprado la sortija, sabía

que Anna no iba a ponérsela. Y, por extraño que pareciera, sabía también que estaba actuando correctamente. Pero saberlo no aliviaba su dolor.

—Para mí es muy importante que aceptes esta sortija.

—Oh, Daniel, te conozco —le enmarcó el rostro con las manos—. Si acepto esta sortija, me estarías presionando para que aceptara la alianza de matrimonio en menos de un mes. A veces tengo la sensación de que hablas de nuestra relación como si fuera una fusión de dos empresas.

—Quizá lo haga —el enfado relampagueaba en sus ojos, pero estaba controlándolo. Había descubierto que era capaz de hacerlo cuando Anna estaba enfadada con él—. Quizá sea la única manera en la que soy capaz de verlo.

—Es posible —se mostró de acuerdo Anna—. Y yo estoy intentando comprenderlo.

—Lo dices como si esto fuera una prueba —respondió Daniel con rotundidad—. Y no estoy seguro de si soy yo el que está a prueba o lo eres tú.

—No es eso, Daniel. Lo haces parecer como si me estuviera comportando de forma fría y calculadora.

—No más calculadora que una fusión.

—Para mí, lo que ocurre entre nosotros no es un negocio, Daniel.

¿Y lo era para él? Daniel se dio cuenta con cierto desagrado de que lo había sido, pero no estaba seguro de que continuara siéndolo.

—Quizá ya sea hora de que me digas cómo ves nuestra relación.

—Me asustas —lo dijo tan rápido y con tanta vehemencia que ambos se quedaron en silencio durante algunos minutos.

—Anna... —tras la declaración de Anna, que era lo último que esperaba, hablaba con voz baja y casi tentativa—, jamás te haría ningún daño.

—Lo sé —pensó en la sortija y en la casa que con el tiempo se elevaría a sus espaldas sintiendo todos los nervios en tensión—. Si pudieras, creo que me tratarías como si fuera de cristal, como si fuera algo que necesita ser protegido, cuidado y admirado. De alguna manera, me resulta más fácil tratarte cuando te olvidas de eso y me gritas.

Daniel no podía fingir que la entendiera. Se levantó y se colocó tras ella.

—Entonces te gritaré más a menudo.

—Estoy segura de que lo harás —musitó Anna—, mientras siga frustrándote o mostrándome en desacuerdo contigo. ¿Pero qué ocurrirá cuando te dé todo lo que quieres? —se volvió, con los ojos brillantes por la emoción—. ¿Qué sucederá cuando diga que sí y ceda a todo lo que tu quieres?

Daniel la tomó de las manos, temiendo que se volviera otra vez.

—No sé de qué estás hablando.

—Creo que en el fondo sí me comprendes. Y creo que sabes también que parte de mí desea lo mismo que tú. ¿Pero alguno de nosotros podría saber si lo hago por mí misma o para complacerte? Si te dijera que sí y me casara mañana contigo, tendría que renunciar a todo lo demás.

—No te estoy diciendo que lo hagas. Jamás lo haría.

—¿Estás seguro? —cerró los ojos un instante, esforzándose por recobrar la compostura—. ¿Puedes decirme, puedes estar seguro de que aceptarás a la doctora Whitfield tal como me aceptas a mí?

Daniel abrió la boca, con intención de contestar rápidamente, pero la mirada de Anna era demasiado oscura, demasiado vulnerable. No podía hacer otra cosa más que decirle la verdad.

—No lo sé.

Anna dejó escapar un suspiro. ¿Le habría mentido Daniel si hubiera sabido lo mucho que deseaba oír otra respuesta? Y si le hubiera mentido, ¿habría aceptado ella la sortija de compromiso?

—Entonces creo que ambos necesitamos tiempo para estar más seguros — Daniel le soltó las manos y ella lo abrazó—. Si acepto la sortija, lo haré con todo mi corazón, con todo lo que soy y lo haré para siempre. Cuando eso ocurra, Daniel, me quedaré a tu lado para siempre. Eso puedo prometértelo. Pero ambos tenemos que estar seguros de lo que queremos.

—La guardaré —la sortija estaba de nuevo en su bolsillo. Anna estaba en sus brazos. Estaban solos, acariciados por la brisa. Cuando Anna elevó su rostro hacia él, Daniel besó sus labios—. Pero no esto —murmuró y se tumbó con ella en la hierba.

## Capítulo Once

Anna se tomó con mucha calma la noticia de que tendrían que recibir al gobernador. Tanto sus padres como sus abuelos recibían a grandes dignatarios de vez en cuando. Sabía cómo organizar un menú apropiado, qué vinos servir y qué brandy ofrecer. No era hacerlo lo que la molestaba, sino que Daniel hubiera asumido sin preguntarle nada que lo haría.

Podría haberle dicho que no, se regañó Anna mientras conducía a su casa desde el hospital. Podía haberle recordado que entre el hospital y los estudios no tenía tiempo para pensar si tenía que servir ostras Rockefeller o *coquilles* St Jacques como aperitivo. Podía haberlo hecho y habría obtenido un breve momento de satisfacción. Y habría pasado después un buen rato sintiéndose culpable por ser tan mezquina.

Al fin y al cabo, se dijo, aquella sería la primera cena que ofrecían como pareja. Y para Daniel era muy importante. Él quería, Anna lo sabía, presentarla en público, al igual que ofrecerle al gobernador una cena memorable. Aquello debería enfurecerla. Pero la verdad era que lo encontraba divertido. Anna sacudió ligeramente la cabeza mientras admitía que su amor por Daniel tenía extraños efectos en su sentido común.

Así que Daniel podría presentarla en público. Ella no iba decepcionarlo. E intentaría disfrutar del tiempo que empleara en preparar la cena tanto como de su trabajo.

De hecho, si quería ser sincera consigo misma, tenía que admitir que para ella organizar una cena era tan natural como recitar los huesos de una mano. Lo que le recordó que tenía que examinar la mano de Sally en cuanto llegara a casa.

A casa. Sonrió al pensarlo. Solo habían pasado tres semanas desde que compartía el dormitorio de Daniel. Un dormitorio que ya había hecho suyo. Podía tener dudas sobre el mañana, sobre el futuro, pero no tenía ni una sola duda sobre el presente. Era feliz.

Vivir con Daniel había añadido una dimensión a su vida que nunca había esperado. Pero, si eso era cierto, ¿cómo podía explicar que seguir como hasta entonces le pareciera lo mejor? Pensar en el matrimonio la hacía estremecerse. Y sentir desconfianza. ¿Pero de quién desconfiaba? ¿De Daniel o de sí misma?

No había olvidado que Daniel la había acusado de estar poniéndolos a ambos a prueba. Quizá lo estuviera haciendo, pero solo porque tenía tanto miedo de hacerle sufrir como de sufrir ella.

Había momentos en los que todo le parecía perfectamente claro. Se casaría con él, tendrían hijos y compartiría su vida. Ella sería cirujana y desarrollaría sus habilidades en todo su potencial. Daniel se sentiría tan orgulloso de sus éxitos como ella de los de su marido. Podría tener aquello de lo que disfrutaba cualquier mujer y mucho más.

Pero después se recordaba el manifiesto desinterés de Daniel por su trabajo en el hospital. Recordaba cómo se encerraba Daniel en su despacho para trabajar en asuntos de los que nunca hablaba con ella. Y que Daniel jamás había hecho mención a los libros de medicina que Anna había colocado en su dormitorio. O que tampoco había mencionado una sola vez que, en

cuestión de semanas, ella tendría que regresar a Connecticut... ni si planeaba él irse con ella.

¿Podían dos personas compartir una vida, compartir el amor y no compartir lo que era más importante para ambos? Si Anna hubiera tenido la respuesta a esa única pregunta, habría dejado de hacerse ninguna otra.

Anna sacudió la cabeza y aparcó en frente de su casa. Se negaba a mostrarse pesimista en aquel momento. Estaba en su casa y aquello era suficiente.

Cuando entró en la cocina, encontró a Sally sacando algo del horno.

—Se supone que no deberías estar usando esa mano.

—Ya he reposado todo lo que necesitaba —sin darse la vuelta, alcanzó una taza—. Hoy ha llegado un poco tarde.

—Ha habido un accidente de coche. Había montones de heridos en emergencias. He tenido que vendar algunas manos.

Sally sirvió una taza de café y la colocó sobre la mesa.

—Debería haber estado operando también usted.

Con un pequeño suspiro, Anna se sentó a tomar el café.

—Sí. Es tan duro que no me dejen hacer ni siquiera cosas sin importancia que ya soy capaz de hacer. Ni siquiera me dejan tomar la tensión.

—Pronto podrá hacer cosas muchísimo más importantes.

—Eso es lo que intento decirme, solo un año más, uno más. Pero estoy tan impaciente...

—Usted y el señor MacGregor tienen eso en común —sabiendo que sería bienvenida, Sally se sirvió un café y se sentó con Anna—. Ha llamado para decir que llegaría tarde y que no hacía falta que lo esperara a cenar, pero a mí me ha parecido que prefería cenar con usted.

—Puedo esperar. ¿Te ha dolido la mano?

—La siento un poco anquilosada nada más despertarme, pero en cuanto me pongo a trabajar apenas me duele —alzó la mano, mostrando la cicatriz que tenía en la muñeca—. Hicieron una costura muy limpia. Yo no podría haberlo hecho mejor —sonrió radiante y bajó la mano—. Aunque no creo que coser tejidos humanos tenga mucho que ver con coser un mantel.

—La técnica es casi la misma —Anna le palmeó la mano herida—. Puesto que Daniel va a llegar tarde, quizá este sea un buen momento para hacer la lista y preparar el menú de la semana que viene. Tengo algunas ideas, pero si tienes alguna especialidad... —se interrumpió y olfateó con gusto—. Sally, ¿qué es lo que tienes en el horno?

—Una tarta de melocotón. Es una receta de mi abuela.

—Oh —Anna cerró los ojos, para disfrutar plenamente de aquella fragancia. Pastel de melocotón en una noche de verano—. ¿A qué hora va a llegar Daniel?

—A las ocho ha dicho.

Anna miró el reloj.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que preparar ese menú me va a quitar mucha energía —sonrió mientras se levantaba para ir a buscar una libreta y un bolígrafo—. Y creo que voy a necesitar comer algo para reponerla.

—¿Un trozo de tarta, quizá?

—Sí, no estaría mal.

Cuando Daniel llegó, Anna estaba todavía en la cocina. La mesa en la que Anna y Sally continuaban sentadas estaba cubierta de recetas de cocina y listas interminables. Entre ellas reposaban media tarta de melocotón y los restos de una botella de vino blanco.

—No me importa que queramos impresionar al gobernador —comentaba Anna—. No vamos a servir *haggis*. Ya sé que es un plato típico escocés, pero yo me pondría verde si tuviera que comer vísceras.

—Menuda cirujana va a ser con tantos remilgos.

—Una cosa es ver o tocar vísceras y otra muy diferente tener que comérmelas. Yo voto por un pollo al vino.

—Buenas noches, señoras.

Anna se levantó y la sonrisa que ya iluminaba su rostro se hizo más radiante en cuanto vio a Daniel.

—Daniel —le tomó las manos—. Sally y yo estamos preparando la cena para el gobernador. Me temo que puedo haberla ofendido con lo que he dicho de los *haggis*, pero creo que nuestros invitados se sentirán más cómodos comiendo pollo al vino.

—Eso os lo dejo a vosotras —respondió Daniel y se inclinó para darle un beso—. Las cosas se han prolongado más de lo que pensaba, me alegro de que no me hayas esperado para cenar.

—¿Cenar?

Todavía no le había soltado las manos, aunque principalmente para no perder el equilibrio. Hasta que no se había levantado, no se había dado cuenta de lo mareada que estaba.

—Sally y yo solo queríamos probar la tarta de melocotón. ¿Quieres un poco de tarta?

—Más tarde. Aunque no me importaría tomar una copa de vino si queda algo —tenía los ojos irritados de leer páginas y páginas impresas.

—Oh —Anna miró extrañada hacia la botella, preguntándose cómo había llegado a estar casi prácticamente Vacía.

—Antes me ducharé.

—Iré contigo —Anna buscó entre los papeles que había encima de la mesa hasta que encontró lo que buscaba—. Me gustaría leerte la lista de invitados para que me digas si me he olvidado de alguien antes de mandar las invitaciones.

—Estupendo. Ya puedes retirarte, Sally. Yo mismo me serviré la tarta cuando esté listo.

—Sí, señor, gracias.

—Pareces cansado, Daniel. ¿Has tenido un día difícil?

—No más que otros —Daniel rodeó la cintura de Anna con el brazo mientras comenzaban a subir las escaleras—. Han surgido algunos problemas con un trato que estoy intentando cerrar. Pero creo ya hemos resuelto la mayoría.



—¿Quieres hablarme de ello?

—No me gusta traer los problemas a casa —la estrechó ligeramente contra él—. He pasado la tarde con tu padre.

—¿De verdad? —sintió un vuelco de emoción en su interior, pero no alteró la voz—. ¿Cómo está?

—Muy bien, y sigue manteniendo separados los asuntos profesionales de los personales.

—Sí —Anna tensó ligeramente la sonrisa cuando llegaron al final de la escalera—, supongo que es lo mejor.

—Me ha preguntado por ti —le hablaba ya en un tono más delicado. Durante aquellas tres semanas, había llegado a conocer a Anna.

—¿Sí?

—Sí.

Anna fue la primera en entrar cuando Daniel abrió la puerta del dormitorio. Hacía tanto calor que lo primero que hizo fue asomarse a la ventana.

—Quizá, si lo contratara, dejara de evitarme.

—Simplemente está preocupado por su hija.

—No tiene por qué preocuparse.

—Él mismo se dará cuenta cuando venga a cenar la semana que viene.

Anna lo miró, con la lista de invitados todavía en la mano.

—¿Va a venir mi padre?

—Claro que sí.

Anna dejó escapar un largo suspiro antes de sonreír otra vez.

—Supongo que tengo que agradeceréte.

—En parte, pero me parece que ha sido tu madre la que más ha tenido más que ver con su decisión.

Dejó la chaqueta y la corbata en una de las sillas que Anna había hecho llevar al dormitorio. Mientras se desabrochaba la camisa, podía oler la veraniega fragancia de los melocotones que desbordaban el frutero colocado en una mesa al lado de la ventana. Pequeños detalles. Cosas importantes. Daniel dejó de desnudarse para abrazar a Anna.

Anna sintió la intensa ráfaga de emoción que acababa de asaltar a Daniel. Le rodeó la cintura con los brazos, dejando que fluyera en su interior el mismo sentimiento. Daniel la besó en la frente antes de apartarse.

—¿Y ese abrazo por qué? —preguntó Anna.

—Por estar aquí —contestó Daniel—, por ser tú —se quitó los zapatos con un suspiro de alivio—. No tardaré mucho. ¿Por qué no me lees el resto de la lista? —economizando movimientos, Daniel se desprendió del resto de la ropa y se metió en el baño.

Anna frunció ligeramente el ceño y miró el montón de ropa que Daniel acababa de dejar en el suelo. Se preguntaba si ella llegaría a acostumbrarse alguna vez a ser tan descuidada con sus cosas. Ignorando las evidentes alternativas, caminó sobre la ropa. Una mujer que se agachaba a tomar las cosas que un hombre tiraba, podía terminar teniendo graves problemas.

—Vendrán el gobernador y su mujer, por supuesto —le explicó a Daniel—. Y también el concejal y la señora Steers.

Daniel contestó con una cruel y ajustada descripción del concejal. Anna se aclaró la garganta y puso una nota en la lista para sentar a aquella pareja en particular en el otro extremo de la mesa, lo más alejada posible de los anfitriones.

—Myra y Herbert. Los Maloney y los Cook —alzó la voz al oír el sonido del agua. Todavía acalorada, se desabrochó los tres primeros botones de la blusa—. Los Donahue y también John Fitzsimmons para equilibrar la presencia de Cathleen —Anna miró la lista y pestañeó porque se le nublaba la vista.

—¿John qué...?

—Fitzspimmons... simmons. Fitzsimmons —repitió cuando consiguió decirlo apropiadamente—. Y Cari Benson y Judith Mann. Myra me ha dicho que están a punto de comprometerse.

—Judith Mann tiene una anatomía... —Daniel intentó reprimirse—. Es una mujer muy atractiva —se corrigió—. ¿Y quién más?

Anna entró en el baño con los ojos entrecerrados. Detrás de la cortina, Daniel esbozaba una minúscula sonrisa.

—¿Perdón?

Para absoluta sorpresa de Daniel, Anna corrió la cortina.

—¿Qué anatomía tiene Judith Mann?

—¿Y cómo voy a saberlo? —por su propio bien, mantenía la cabeza bajo la ducha—. Será mejor que corras la cortina. Terminarás mojándote.

—¿Y cómo lo sabes? —quiso saber Anna y se metió completamente vestida bajo la ducha.

—¡Anna! —riendo, observó el agua empapando su blusa—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Intentando conseguir una respuesta —ondeó la lista empapada frente a él—. ¿Qué es lo que sabes sobre la anatomía de Judith Mann?

—Solo lo que cualquier hombre sin problemas en la vista puede ver con sus propios ojos —la tomó por la barbilla y la miró atentamente—. Y ahora que lo pienso, estoy viendo también otra cosa.

Anna tuvo que apoyar la mano en el pecho enjabonado de Daniel para no perder el equilibrio.

—¿Y qué es lo que ves?

—Estás borracha, Anna Whitfield.

—¿Perdón? —replicó Anna muy digna.

Aquella altiva respuesta le encantó. Daniel le apartó delicadamente el pelo de los ojos.

—Estás borracha —repitió.

—No seas ridículo.

—Claro que estás borracha. Tan borracha como un deshollinador irlandés y dos veces más bonita. Y yo pronto lo estaré.

—No niego que tú seas capaz de emborracharte, pero yo no he estado borracha ni un solo día de mi vida. Solo estás intentando eludir mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

Anna abrió la boca, pero volvió a cerrarla y sonrió de oreja a oreja.

—No me acuerdo. ¿Alguna vez te he dicho que tienes un cuerpo magnífico?

—No —la estrechó contra él antes de comenzar a desnudarla—. ¿De verdad?

—Esos pectorales tan desarrollados.

La blusa de Anna cayó con un amortiguado «plaf» fuera de la bañera.

—¿Y dónde están esos pectorales tan magníficos a los que te refieres?

—Justo aquí —murmuró Anna, posando la mano sobre su pecho—. Los deltoides son muy firmes. Y, por supuesto, los bíceps también son impresionantes, no excesivamente abultados, simplemente duros —deslizó los dedos por su hombro mientras Daniel le quitaba la falda—. No solo reflejan fuerza, sino también disciplina. Como el abdomen, delgado y firme —contuvo la respiración mientras exploraba aquella parte de su cuerpo.

—Dime, Anna —le susurró Daniel al oído mientras comenzaba a dibujarlo con la lengua—. ¿Y cuántos músculos tengo?

Anna echó la cabeza hacia atrás dejando que el agua corriera sobre ella.

—Hay cerca de seiscientos músculos en el cuerpo, todos ellos sujetos por los doscientos seis huesos que conforman el esqueleto.

—Fascinante. Me pregunto en cuántos de mis músculos has llegado a fijarte.

—Podríamos empezar por las extremidades inferiores. Me encanta tu forma de caminar.

—¿De verdad?

—Tienes un paso firme y arrogante, pero no jactancioso. Eso, naturalmente, tiene que ver con tu personalidad, pero para ello también se necesitan unos músculos antigraavedad —se agachó lo suficiente para acariciarle la pantorrilla—. Los gemelos, —continuó mientras subía por su pierna—, y... —con un sonido de aprobación, deslizó las manos por su trasero.

Daniel sonrió de oreja a oreja, disfrutando del momento. Nunca había recibido una lección tan interesante de una mujer.

—Yo pensaba que esos músculos tenían más que ver con la acción de sentarse. La de cosas que se aprenden en clase de anatomía.

Cerró la ducha y tomó una toalla que colocó sobre ambos.

—Los glúteos superiores —con un murmullo de aprobación, Anna colocó las manos nuevamente sobre su trasero—, tienen que tener suficiente fuerza para no doblarse hacia adelante mientras se camina.

—Algo que no debemos hacer —respondió Daniel, levantándola en brazos—. Sobre todo cuando se lleva una preciosa carga.

—Y además son unos de tus músculos más atractivos.

—Gracias —tiró la toalla a un lado y se tumbó con ella en la cama. El aire cálido de la noche refrescaba sus cuerpos empapados.

—Estos son los abductores, los músculos del interior de los muslos.

—Dime dónde están.

—Justo aquí —acarició suavemente su piel mientras Daniel besaba sus labios.

Con los ojos medio cerrados, Anna suspiró y buscó su cuello.

—Oh, creo que no me estás haciendo caso —musitó.

—Claro que sí. Los abductores, aquí están —presionó sus muslos—. Justo

aquí, donde tu piel es suave como la seda. Y aquí —su mano viajaba ya hacia la sensible zona en la que las caderas se unían con los muslos—. ¿Y qué músculos son esos?

—Esos son... —pero solo fue capaz de gemir mientras se arqueaba contra él.

Daniel le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—¿Ya te has olvidado?

—Acaríciame —le pidió Anna—. No me importa dónde.

Con un sonido de triunfo, Daniel acariciaba, amasaba, presionaba su piel. Anna era como una arcilla que anhelara ser moldeada. Como el fuego, tentadora y desafiante. Como una mujer, se suavizaba, se tensaba, pedía y entregaba. Sus manos se mostraban tan ávidas como las de Daniel, sus labios igualmente hambrientos. El aire caliente de la noche secó su piel, pero el deseo volvió a empaparla.

Cada vez, pensó Anna en medio de su deseo, cada vez que hacían el amor era más emocionante, más hermoso. Las aristas del deseo no perdían jamás su filo. Ya fuera en un campo de hierba o sobre un colchón de plumas, era algo explosivo. Tanto a la luz del día como en la oscura y secreta noche, el frenesí era idéntico. Anna nunca cesaba de desearlo. De todas las preguntas que se hacía a sí misma, solo estaba segura de aquella respuesta: el deseo por Daniel jamás cedería.

Rodaron sobre la enorme cama, anhelantes el uno del otro, perdidos el uno en el otro. Presa de aquella pasión salvaje, Anna se erguía, arqueaba su cuerpo con los ojos cerrados y el pelo convertido en una masa de seda salvaje y húmeda. La luz que se filtraba desde el baño la rodeaba de un halo que parecía vibrar con su placer. Arrebatado por el deseo, Daniel se arrodilló, colocándose de manera que ambos pudieran derramar en el otro su placer. Laxos, vibrantes, se dejaron caer otra vez y dieron el último paso hacia la pasión.

Anna lo rodeaba con las piernas. Enterraba el rostro en el cuello de Daniel y respiraba agitadamente. Hundía los dedos en su espalda, sintiendo su piel cubierta en sudor. Y cuando Daniel se hundió en ella y comenzó a moverse, se sintió como si acabara de subir a un carrusel, como si volara en una montaña rusa y desde ella se estuviera adentrando en el laberinto.

—Estás fascinante —Daniel la miraba fijamente mientras ella estudiaba su propio reflejo en el espejo—. Absolutamente fascinante.

A Anna le complacía oírlo, aunque nunca había sido muy aficionada a los cumplidos. El vestido dejaba sus hombros desnudos y caía suavemente hasta sus tobillos. Diminutas perlas se desmigajaban por el corpiño y la falda del vestido. Myra la había convencido para que se lo comprara, pero la verdad era que había necesitado poca persuasión. En realidad, había tenido que emplear una buena parte del dinero que había ahorrado durante el otoño en aquel modelo, pero confiaba en poder equilibrar sus cuentas. La mirada de Daniel y la satisfacción que ella misma sentía al mirar su reflejo en el espejo, hacían que mereciera la pena aquel gasto.

—¿Te gusta?

¿Cómo podría explicarle que, aunque conocía cada centímetro de su

cuerpo, le bastaba mirarla para quedarse sin respiración? Anna tenía razón al pensar que quería exhibirla en público. Cuando un hombre tenía algo exquisito, necesitaba compartirlo. No, no podía explicarlo.

—Me gusta tanto que ya estoy deseando que termine la noche.

Anna echó un último vistazo al espejo, tanto para verse a ella como para verse a él.

—Y tú estás maravilloso con esmoquin. Elegantemente bárbaro.

—¿Bárbaro?

—Eso nunca cambia —le tendió las manos—. Por mucho que cambie todo lo demás, eso nunca cambiará.

Daniel se llevó sus manos a los labios y se las besó.

—Dudo que pudiera hacerlo, de la misma forma que tú nunca dejarás de ser una dama... incluso después de excederte con el vino y con la tarta de melocotón.

Anna intentó permanecer muy seria, pero estalló en carcajadas.

—Nunca me dejarás olvidarlo.

—Dios, no. Esa ha sido una de las noches más fascinantes de mi vida. Estoy loco por ti, Anna.

Anna le enmarcó el rostro con las manos.

—¿Sabes? Esa es una de las cosas en las que no quiero que cambies nunca.

—No lo haré. Me gusta verte llevar el camafeo —deslizó el dedo sobre él, algo que se había convertido ya en una costumbre.

—Significa mucho para mí.

—Pero no llevarías mi sortija.

—Daniel...

—No llevarías mi sortija —continuó Daniel—, pero sí te pones el camafeo. Y me gustaría que también llevaras esto —sacó una caja del bolsillo y esperó.

Anna cruzó las manos.

—Daniel, no tienes por qué hacerme regalos.

—Creo que eso ya lo he averiguado —pero todavía tenía que averiguar la manera de aceptarlo—. Es posible que solo quiera hacértelos porque me apetece. Sígueme la corriente —contestó, haciéndole sonreír.

—Eso ya me lo has dicho otras veces —cuando Daniel le devolvió la sonrisa, Anna tomó la cajita—. Gracias —la abrió y se quedó sin palabras.

—¿No te gustan?

Anna consiguió sacudir la cabeza. Perlas y diamantes, simplemente. Desbordantes de belleza, los pendientes descansaban sobre un lecho de terciopelo negro y parecían tener vida propia. Desde las sencillas esferas perladas, goteaban los diamantes engarzados con la forma de una lágrima. Las primeras destellaban, los segundos resplandecían y juntos conformaban una anonadante unidad.

—Daniel, son... —sacudió la cabeza y lo miró—. Son absolutamente hermosos. No sé qué decir.

—Ya lo has dicho todo —aliviado, tomó la caja y sacó los pendientes—. Supongo que tendrás que darle las gracias a Myra. Le pedí consejo. Y dijo algo

sobre que la clase y el brillo eran la mejor combinación.

—¿Ah sí? —murmuró Anna mientras Daniel le ponía los pendientes.

—Ya está —complacido, dio un paso hacia atrás—. Sí, te quedan muy bien. Y quizá consigan que los hombres mantengan la mirada lejos de tus hombros desnudos.

Riendo otra vez, Anna se llevó la mano a uno de los pendientes.

—Ah, así que había un motivo ulterior.

—Es difícil no preocuparse de que mires a tu alrededor y veas a alguien que te guste más que yo.

—No seas tonto —tomandoselo como una broma, lo agarró del brazo—. Será mejor que bajemos, nuestros invitados deben estar a punto de llegar. Si no, McGee nos mirará con mala cara por llegar tarde y ser imperdonablemente maleducados.

—Ah —mientras cruzaban la puerta, Daniel le tomó la mano—, pero si haces lo que quieres con él.

Anna lo miró con fingida inocencia mientras bajaban las escaleras.

—No sé lo que quieres decir.

—Te sirvió bizcochos calientes para desayunar un día laborable. A mí jamás me ha hecho nada parecido.

—Ah, están llamando a la puerta —se detuvo al final de la escalera—. Prométeme no fulminar a nadie con la mirada... Ni siquiera al concejal.

—Yo nunca fulmino a nadie con la mirada —mintió mientras la conducía al pasillo para recibir a sus invitados.

En menos de veinte minutos, el salón estaba repleto de gente y del bullicio de las conversaciones. Aunque Anna era perfectamente consciente de que Daniel y ella a menudo eran el centro de las conversaciones, estuvo charlando tranquilamente con los diferentes grupos. No había necesitado la advertencia de su madre para saber que su decisión haría que algunas personas se alejaran de ella. Pero jamás había tomado una decisión pensando en lo que podían pensar los demás.

El saludo de Louise Ditmeyer fue un poco frío, pero Anna lo ignoró y continuó charlando con ella mientras la guiaba hacia un grupo de amigos. En más de una ocasión, descubrió a alguien lanzando miradas especulativas en su dirección. Miradas a las que se enfrentaba con una sorprendente calma. Aquel era su estilo. Anna no tenía idea de que su fría confianza en sí misma y su gracia natural hacían más por acallar los rumores que el apellido de su familia o todo el poder de Daniel.

Si alguna sombra hubo durante la noche, fue su incapacidad para contestar cuando el gobernador le preguntó su opinión sobre la fábrica textil que proyectaba levantar Daniel. ¿Cómo iba a tener una opinión o a hacer siquiera un comentario inteligente? Daniel ni siquiera se lo había comentado y ella tuvo que enfrentarse sin ningún tipo de información con la admiración del gobernador hacia un proyecto que llevaría cientos de empleos e ingresos al estado. A falta de respuestas, Anna le contestaba manteniendo la sonrisa. No había tiempo para enfadarse mientras presentaba al gobernador y a su esposa a otra pareja. Solo hubo tiempo para la envidia al ver que la mujer del gobernador parecía estar muy involucrada en el trabajo de su esposo. Pero, presionada por sus deberes de anfitriona, Anna empujó aquella decepción al

último rincón de su mente.

Hasta la llegada de sus padres, no estuvo realmente nerviosa. Pero cuando estos entraron, se acercó a su padre conteniendo la respiración.

—Me alegro de que hayas venido —se puso de puntillas para darle un beso a su padre, aunque no estaba segura de cómo iba a reaccionar.

—Tienes buen aspecto —no había frialdad en su tono, pero sí cierta reserva.

—Tú también. Hola mamá —le dio un beso a su madre y sonrió cuando esta la abrazó para darle ánimos.

—Estás preciosa, Anna —le dirigió una rápida mirada a su marido—. Y parecen felices.

—Soy feliz, mamá. Dejadme traer una copa.

—No te preocupes por nosotros —respondió su madre—, tienes muchos invitados. Ah, mira, acaba de llegar Pat Donahue. Ve a recibirlo.

—De acuerdo, mamá —cuando comenzaba a alejarse, su padre le tomó la mano.

—Anna... —al verlo vacilar, Anna le estrechó la mano con fuerza—, me alegro de verte.

Era suficiente. Anna le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó.

—Si me acerco un día a tu oficina, ¿serías capaz de hacer novillos y venir a dar una vuelta conmigo?

—¿Me dejarás conducir tu coche?

Anna esbozó una sonrisa radiante.

—Quizá.

Su padre le guiñó el ojo y le palmeó la cabeza con un gesto familiar entre ellos.

—Atiende a tus invitados.

Cuando se volvió, descubrió a Daniel cerca de ella, sonriéndole. Anna caminó hacia él con el corazón en la mirada.

—Ahora estás todavía más hermosa —susurró Daniel.

—¿Qué es todo esto? —Myra se acercó y se interpuso entre ellos—. Se supone que el anfitrión y la anfitriona no tienen que tener tiempo para hablar entre ellos en una situación como esta. Daniel, creo que deberías rescatar al gobernador de las garras de nuestro apreciado concejal antes de que pierda el apetito.

Cuando Daniel susurró una grosería, Myra se limitó a asentir.

—Exacto. Y ahora, Anna, ¿por qué no nos acercamos a donde está Cathleen aburriendo mortalmente a los Maloney? Me muero por verla atragantarse al ver tus pendientes.

—Sé más sutil —le advirtió Anna mientras caminaban entre los grupos de invitados—. Recuerda la belleza de la sutilidad.

—Por supuesto, querida. Pero apreciaría que te aseguraras de alzar la cabeza de vez en cuando, para que pueda verlos bien.

—Vaya, Cathleen, qué bonito vestido.

Cathleen se interrumpió en medio de una disertación sobre sus múltiples compromisos veraniegos para estudiar a Myra. Anna no estaba del todo

segura, pero tuvo la sensación de que los Maloney suspiraban al unísono.

—Gracias, Myra. Supongo que debo felicitarte y expresarte mis mejores deseos. No te había visto desde que te fugaste con Herbert.

—No, no nos habíamos visto —Myra dio un sorbo a su bebida, ignorando aquella desagradable descripción sobre su matrimonio. Cuando alguien era feliz, la envidia era lo más fácil de ignorar.

—Supongo que las fugas deben tener su encanto, aunque la verdad es que en mi caso preferiría un tipo más rutinario de matrimonio.

—Cada uno hace las cosas a su manera —replicó Myra, e intentó recordarse que aquella era la fiesta de Anna.

—Oh, desde luego —Cathleen asintió ligeramente—. Pero es una pena que Herbert y tú hayáis decidido convertirlos en ermitaños después de habernos privado de una gran boda.

—Me temo que todavía no estamos en condiciones de recibir a gente a gran escala. Hasta que no terminemos de decorar la casa, no podremos recibir nada más que a los íntimos. Supongo que lo comprendes.

Advirtiendo que había llegado el momento de intervenir, Anna se acercó un poco más.

—Estoy segura de que has estado muy ocupada este verano, Cathleen.

—Oh, desde luego —le dirigió a Anna una fría sonrisa—. Aunque al parecer otras parecen haber alcanzado sus objetivos en menos tiempo. Me fui unos días al mar y, cuando regresé, me enteré de que Myra y Herbert habían huido y de que tú habías cambiado de dirección. ¿También tengo que felicitarte a ti?

Anna posó la mano en el brazo de Myra para silenciarla.

—Por supuesto. Has traído un bonito bronceado de la playa. Yo este año la he echado de menos, no he podido encontrar tiempo para ir al mar.

—Estoy segura —alzó su copa y bebió lentamente.

No le resultaba fácil aceptar que dos de las mujeres que habían debutado con ella hubieran atrapado a dos de los hombres más influyentes de la ciudad. Especialmente cuando ella tenía puestos los ojos en Daniel.

—Dime, Anna, si llegara la ocasión y tuviera que presentaros a ti y a Daniel, ¿cómo debería hacerlo? Soy tan ingenua para estas cosas.

Incluso Anna estaba empezando a perder ya la paciencia.

—¿Por qué debería importarte?

—Oh, claro que me importa. De hecho, estoy pensando en organizar pronto una cena. Y no tengo la menor idea de cómo escribir vuestra invitación.

—Yo no me preocuparía por ello.

—Oh, pero yo sí —abrió los ojos de par en par—. Odiaría dar un paso en falso.

—Es una pena.

Pero Cathleen parecía decidida a llevar las cosas hasta el final.

—Bueno, al fin y al cabo, una no sabe cómo dirigirse educadamente a la querida de un hombre —entonces dejó escapar un gritito al sentir la bebida de Myra deslizándose por su corpiño.

—Oh, cómo he podido ser tan espantosamente torpe —meciéndose sobre sus tacones, Myra supervisó el daño que había hecho al vestido de Cathleen.



Era casi suficiente como para satisfacer a Myra—. Me siento tan ruda... Vamos, Cathleen, estaré encantada de ayudarte a limpiarte el vestido.

—Yo misma lo haré —respondió Myra entre dientes—. Y por favor, mantente alejada de mí.

Myra encendió un cigarrillo y soltó el humo mirando hacia el techo.

—Lo que tú digas.

Sintiéndose obligada, Anna intentó agarrarla del brazo.

—Ven, déjame llevarte al baño.

—Aparta las manos de mí —siseó—. Tú y la imbécil de tu amiga —y, meciendo sus faldas, se abrió paso entre los invitados.

—Sutil —suspiró Anna—, ¿no habíamos hablado ya de sutilidad?

—No se lo he tirado a la cara —repuso Myra—. Para serte sincera, llevaba mucho tiempo deseando hacer algo así. Y esta ha sido la primera vez que he sentido que podía hacerlo y sentirme absolutamente justificada —le sonrió abiertamente a su amiga—. ¿Tenemos tiempo para tomar otra copa antes de cenar?

## Capítulo Doce

Quizá si Daniel no hubiera oído el incidente con Cathleen Donahue, podría haber manejado la situación de manera diferente. Pero lo había oído. Quizá si su enfado ante aquella ofensa no le hubiera corroído las entrañas, su relación habría continuado como hasta entonces. Pero no fue así. Durante el resto de la noche, consiguió continuar haciendo el papel de agradable anfitrión. Sus invitados regresaron a sus casas bien alimentados y satisfechos. Pero él apenas podía esperar a que se fuera el último de ellos.

—Tenemos que hablar —le dijo a Anna, antes de que esta pudiera exhalar siquiera un suspiro de alivio.

Como era algo que de alguna manera esperaba, Anna asintió. Podría haber engañado a otros con su amena conversación y su generosidad durante toda la noche, pero ella había sentido su tensión y su enfado. De tácito acuerdo, subieron al piso de arriba, para refugiarse en la privacidad del dormitorio.

—Algo te ha molestado —comenzó a decir Anna y se sentó en el brazo del sillón, aunque estaba deseando desnudarse y tumbarse en la cama—. Sé que tenías un negocio con el gobernador. ¿Ha salido algo mal?

—Mi negocio con el gobernador va estupendamente —se acercó a la ventana y sacó un puro—. Mi vida personal es el problema.

Anna cruzó las manos sobre el regazo, un gesto que hacía siempre que estaba enfadada o nerviosa.

—Ya entiendo.

—No lo entiendes —se volvió entonces hacia ella, preparado para lanzar sus acusaciones—. Si me comprendieras, no habría ninguna discusión sobre nuestro matrimonio, simplemente sería un hecho.

—Simplemente sería un hecho —repitió Anna, esforzándose en recordar que no le serviría de nada enfadarse—. Daniel, nuestro principal problema parece ser nuestro diferente punto de vista sobre el matrimonio. Para mí no será nunca simplemente un hecho, para mí es el paso más importante que dos personas pueden dar en su vida. Y no puedo dar ese paso contigo hasta que no esté lista.

—Si es que alguna vez lo estás —replicó Daniel.

Anna se humedeció los labios. Detrás de su creciente enfado crecía también el arrepentimiento.

—Si alguna vez lo estás —repitió.

El enfado que había estado conteniendo durante toda la velada lo estaba atormentando.

—Así que no me harás ninguna promesa, Anna. No me darás nada.

—Ya te dije que nunca te haré una promesa que no esté en condiciones de cumplir. Pero estoy dispuesta a darte todo lo que pueda, Daniel.

—No es suficiente —dio una calada a su puro y observó a Anna a través de las volutas de humo.

—Lo siento. Si pudiera, te daría algo más.

—¿Si pudieras? —la furia lo azotaba, cegándolo a la razón—. ¿Si pudieras? Nada te detiene, salvo tu cabezonería.

—Si eso fuera cierto, sería una estúpida —se levantó, ya había llegado el

momento de enfrentarse a él. De enfrentarse a sí misma, de hecho—. Y quizá lo sea, porque espero que respetes mis necesidades y ambiciones tanto como respetas las tuyas.

—¿Y qué diablos tiene que ver eso con el matrimonio?

—Todo. Dentro de nueve meses tendré mi título.

—Un pedazo de papel —le espetó Daniel.

Todo en Anna se tornó frío: su piel, su voz, sus ojos.

—¿Un pedazo de papel? Me pregunto si te referirías a tus transferencias, acciones y contratos como pedazos de papel... Pedazos de papel que al parecer encuentras demasiado importantes para hablar de ellos conmigo. O quizá, como en el caso de la fábrica textil de la que me ha hablado hoy el gobernador, no me consideres suficientemente inteligente como para comprender tu trabajo.

—Jamás he dudado de tu inteligencia —respondió—. ¿Qué tienen que ver las transferencias y las acciones con nosotros?

—Forman parte de ti, al igual que mi título forma parte de mí. He dedicado años de mi vida para obtenerlo. Creía que lo comprendías.

—Te diré lo que comprendo —rígido por el enfado, apagó el puro en el cenicero—. Lo que comprendo es que estoy cansado de ser relegado por detrás de tu precioso título.

—Maldito seas, Daniel, es imposible discutir contigo —luchando para no perder el control, apoyó las manos en la cómoda—. No es un asunto de posiciones, esto no es una competición.

—¿Entonces qué es? ¿Qué demonios es?

—Una cuestión de respeto —respondió con más calma y se volvió hacia él—. Una cuestión de respeto.

—¿Y no tiene nada que ver con el amor?

Daniel hablaba tan raras veces del amor que Anna estuvo a punto de derrumbarse. Las lágrimas inundaron sus ojos y suavizaron su voz.

—El amor es una palabra vacía si no va acompañada del respeto. Preferiría no ser amada por un hombre que no es capaz de aceptar lo que soy. No tener que darle mi amor a un hombre que no es *capaz* de compartir conmigo ni sus problemas ni sus éxitos.

El orgullo de Daniel no era menor que el de Anna. Aunque sentía que Anna se estaba alejando peligrosamente de él, se aferró a su orgullo como si fuera lo único que le quedaba.

—Entonces quizá preferirías que dejara de amarte. Y puedes estar segura de que lo intentaré —y sin más, giró sobre sus talones. Segundos después, Anna oía cerrarse de un portazo la puerta principal.

Podría haberse tirado en la cama y haber cedido a las lágrimas. Deseaba hacerlo... quizá demasiado. Pero como no podía, solo había una cosa que quedaba por hacer. Con los movimientos de una autómatas, comenzó a hacer las maletas.

El viaje a Connecticut fue tan largo como solitario. Semanas después, Anna todavía lo recordaba vividamente. Condujo durante la noche, hasta que asomaron las primeras luces del amanecer. Agotada, se registró en un hotel y

durmió durante todo el día. Cuando se despertó, intentó olvidarse de lo que había dejado detrás. Los primeros días los pasó buscando un apartamento cerca del campus. Necesitaba intimidad y se permitió el lujo de tener una casa para ella sola. Los días los dedicaba a planificar y preparar el curso. Y era una pena no poder llenar de la misma manera las noches.

Por el día, Anna era capaz de apartar a Daniel de su mente durante largos períodos de tiempo. Pero por la noche, cuando se tumbaba en la cama, se recordaba lo que había sido dormir acurrucada contra él. Cenaba sola en la pequeña mesa de su diminuta cocina y recordaba cómo prolongaban Daniel y ella la conversación sobre el café, simplemente por el puro placer de hablar.

Se negó a instalarse un teléfono. Habría sido demasiado fácil llamarlo. Y cuando comenzaron las clases, se entregó a ellas con un casi desesperado alivio.

Sus compañeros advirtieron el cambio que se había operado en ella. La normalmente amable, aunque ligeramente reservada, señorita Whitfield, se mostraba completamente retraída. Rara vez hablaba, a menos que fuera para preguntar o responder alguna pregunta en clase. Aquellos que vivían cerca de su apartamento veían la luz de su ventana invariablemente encendida, fuera cual fuera la hora a la que regresaran a casa. El estudio incesante estaba provocándole unas ojeras en las que los profesores habían comenzado a reparar. Pero ella bloqueaba cualquier comentario o pregunta con firmeza.

Los días se desdibujaban, tal como ella pretendía y, si estudiaba lo suficiente, podía ceder al olvido durante seis horas por la noche, sin pensar en nada en absoluto.

Connecticut en septiembre era un lugar muy hermoso, pero Anna tenía poco tiempo para fijarse en aquella belleza. Los intensos colores y las ricas fragancias del otoño eran ignoradas en favor de las revistas médicas y las clases de anatomía. Durante años anteriores, había conseguido disfrutar de aquel ambiente mientras se entregaba a los estudios. Pero aquel año, si por un momento se detuviera a admirar el alboroto de las hojas al caer, solo podría pensar en el acantilado y el rugido del mar golpeando las rocas. Y entonces se preguntaría si, en aquel momento, Daniel estaría construyendo su casa.

Para defenderse de aquellas imágenes, había evitado todo contacto con Myra, aunque su amiga le enviaba largas y enfadadas cartas. Pero cuando le llegó un telegrama de Myra, comprendió que no iba a poder esconderse eternamente. El telegrama decía simplemente:

*SI NO QUIERES QUE APAREZCA EN TU CASA DENTRO DE VEINTICUATRO HORAS, LLAMA PARA IMPEDÍRMELO.*

Con el telegrama en medio de los apuntes sobre el sistema circulatorio, Anna aprovechó el descanso entre dos clases para llamar a su amiga. Armada con una buena cantidad de monedas, las metió en el teléfono y esperó.

—¿Diga?

—Myra, si vienes a mi casa, tendrás que dormir aquí, y no me sobra ninguna cama.

—¡Anna! Gracias a Dios. Estaba empezando a pensar que te habías tirado al Atlántico —la oyó suspirar—. Me resultaba más fácil creer eso que el que

fueras capaz de no contestar a mis cartas.

—Lo siento, he estado muy ocupada.

—Has estado escondiéndote —la corrigió Myra—. Algo que yo estaba dispuesta a tolerar siempre que no te escondieras de mí. Estaba muy preocupada, Anna.

—No tienes por qué estarlo, estoy estupendamente.

—Por supuesto.

—No, no estoy bien —admitió, consciente de que a Myra no podía mentirle—. Pero he estado muy ocupada, estoy hasta arriba de libros y apuntes.

—¿No has llamado a Daniel?

—No, no puedo —cerró los ojos y apoyó la frente contra el frío metal del teléfono—. ¿Cómo está? ¿Lo has visto?

—¿Que si lo he visto? —Anna casi podía ver a Myra elevando los ojos al cielo—. Se volvió loco la noche que te fuiste. Nos despertó a Herbert y a mí cerca de las dos de la madrugada, preguntando que si estabas allí. Herbert bajó a tranquilizarlo. Ese hombre es realmente asombroso... me refiero a Herbert. No hemos visto mucho a Daniel últimamente, pero he oído que pasa mucho tiempo en Hyannis Port, supervisando la construcción de la casa.

—Sí, me lo imagino —podía imaginárselo allí, observando las máquinas removiendo la tierra y a los hombres colocando las piedras.

—Anna, ¿sabes que Daniel oyó la conversación que tuviste con Cathleen la noche de la cena?

Anna intentó dejar de revolcarse en la pena y sacudió la cabeza.

—No, no me lo dijo. Oh... —recordó la furia subterránea que había percibido durante toda la velada. La misma furia que había volcado después sobre ella. Aquello explicaba la fuerza de su enfrentamiento.

—Oí que le decía a Herbert que le gustaría retorcerle el cuello a Cathleen. Aunque yo lo habría aprobado, Herbert lo convenció para que no lo hiciera. Al parecer todo aquel asunto lo sacó de sus casillas. Ese hombre tiene la idea de que debería protegerte de cualquier clase de insulto. Es realmente dulce, aunque es evidente que somos capaces de cuidar de nosotras mismas.

—No puedo casarme con Daniel solo para que no me insulten —musitó.

—No. Y aunque yo también creo que Daniel se merece una buena patada en el trasero, juraría que su corazón está donde tiene que estar. Daniel te ama, Anna.

—Solo una parte de mí —cerró los ojos, deseando ser más fuerte—. Siento haberte metido en todo esto.

—Oh, por favor, sabes que me encanta estar en medio de estos líos, Anna. ¿Quieres que hablemos de esto? ¿Te gustaría que fuera a verte?

—No, de verdad, por lo menos de momento —se frotó la sien y se echó a reír—. Me alegro de no haber contestado a tus cartas. Hablar contigo es muchísimo mejor.

—Entonces dame tu número de teléfono. No hay ninguna razón por la que no podamos hablar por teléfono en vez de escribirnos.

—No tengo teléfono.

—¿No tienes teléfono? —se hizo una sorprendida y significativa pausa—.

Anna, querida, ¿cómo sobrevives?

Anna dejó de frotarse la frente y soltó una auténtica carcajada.

—Digamos que en unas condiciones un tanto primitivas. Te sorprendería ver mi apartamento —y se preguntaba si Myra comprendería el entusiasmo que sentía pasando la mayor parte de la tarde junto a otra docena de estudiantes alrededor de un cadáver—. Mira, te prometo que me pondré a escribirte esta noche. Incluso es posible que te llame la semana que viene.

—De acuerdo entonces. Pero quiero darte un consejo antes de que cuelgues. Daniel es un hombre, de modo que es capaz de actuar en contra de lo que él mismo desea. Intenta recordarlo.

—Gracias. Dale recuerdos a Herbert.

—Lo haré. Y cuento con esa carta que me has prometido.

—Esta misma noche te la escribiré —le prometió otra vez—. Adiós, Myra.

Cuando colgó el teléfono, Anna se sintió más tranquila que desde hacía semanas. La verdad era que se había hecho cargo de su propia vida cuando había dejado Boston. Se había alquilado su apartamento y se había matriculado en las clases. Era ella quien decidía el tiempo que dedicaba al estudio y se sentía responsable de su propio éxito o de su fracaso. Pero no había sido feliz. Y también de eso era responsable, se recordó mientras caminaban por el pasillo. Había llegado el momento de enfrentarse al hecho de que había tomado su propia opción. Si tenía que vivir tal como parecía haber elegido, sola, tendría que intentar hacerlo lo mejor posible.

Miró el reloj. Faltaban diez minutos para la siguiente clase. En aquella ocasión, salió fuera y disfrutó del otoño, en vez de dirigirse al edificio de al lado a enterrar la cabeza en un libro.

Por primera vez, disfrutó de la sinfonía de color que deliberadamente había ignorado durante semanas. Vio a otros estudiantes corriendo a las clases o tumbados en la hierba, leyendo bajo la luz del sol. Contempló el tejado y el ladrillo rojo del viejo hospital. Y vio el descapotable azul aparcado en la acera.

Por un instante, no fue capaz de moverse. Se sintió como si hubiera retrocedido en el tiempo y acabara de salir del hospital de Boston para encontrarse con Daniel. Se aferró con fuerza a los libros que llevaba. Pero aquello no era Boston, pensó con calma. Y el de Daniel no era el único descapotable azul de la costa oeste. Simplemente había sido una jugarreta del destino el que hubiera salido justo en el momento de verlo. Recobró la compostura y comenzó a caminar en sentido contrario. Segundos después, regresaba hacia el coche, con intención de verlo más de cerca.

—¿Quieres dar una vuelta?

Al oír su voz, sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho. Cuando se volvió, un placer no exento de deseo transformó su expresión.

—Daniel, ¿qué estás haciendo aquí? —¿y a quién le importaba?, se dijo. A ella le bastaba con verlo.

—Parece que esperarte —quería tocarla, pero si la acariciaba, quedaría atrapado. Deliberadamente, mantuvo las manos en los bolsillos—. ¿A qué hora terminas la última clase?

—¿La última clase? —se había olvidado del día en el que estaba—. Ah, dentro de una hora o así. Solo tengo una clase más.

—De acuerdo, entonces volveré dentro de una hora.

¿Volver? Aturdida, Anna lo vio rodear el coche y montarse en el asiento del conductor. Antes de darse cuenta siquiera de que pretendía hacerlo, Anna abrió la puerta del asiento de pasajeros.

—¿Qué haces?

—Me voy contigo —respondió bruscamente.

Daniel le dirigió una larga y fría mirada.

—¿Y las clases?

Anna miró desesperada alrededor del campus antes de montarse en el coche.

—Pediré prestados los apuntes. No es difícil conseguirlos —pero era casi imposible pasar una hora con él.

—Tú no eres uno de esos estudiantes que faltan a clase.

—No, no lo soy —aturdida, dejó los libros en su regazo—. Mi apartamento no está lejos. Podemos tomar allí un café. Gira a la izquierda al pasar el hospital y después...

—Ya sé dónde está —la interrumpió.

Pero no añadió que lo había sabido casi desde antes de que hubiera firmado el contrato de alquiler.

Durante los cinco minutos del trayecto, en la mente de Anna bullían todo tipo de pensamientos. ¿Cómo debería tratarlo? ¿Educadamente? ¿Seguiría todavía enfadado? Por primera vez desde que lo conocía, Anna no era capaz de calibrar su estado de ánimo. Para cuando se detuvo el coche, tenía los nervios a flor de piel. El, por su parte, parecía completamente tranquilo.

—No esperaba a nadie —comenzó a decir mientras subían a su apartamento, situado en el segundo piso del edificio.

—Te habría llamado si hubieras tenido teléfono.

—No he tenido tiempo de pensar en instalar un teléfono —respondió mientras abría la puerta—. Entra —lo invitó.

En el momento en el que entró, Daniel se dio cuenta de lo increíblemente pequeño que era aquel lugar. En la zona del salón, Daniel casi podía tocar todas las paredes extendiendo los brazos. Anna tenía un diván, una mesita de café y una lámpara y al parecer no había tenido necesidad de nada más.

—Siéntate —le ofreció, descubriendo la desesperación con la que necesitaba quedarse un momento a solas—. Iré a preparar un café.

Sin esperar respuesta, voló hasta la cocina. En cuanto estuvo solo, Daniel estiró las manos. No solo se había fijado en lo pequeña que era la habitación, sino también en sus pequeños toques de encanto. Anna había puesto cojines de colores llamativos sobre el sofá y un cuenco lleno de caracoles marinos sobre la mesita del café. No podía permanecer sentado y tampoco quería seguir solo. Apretó los puños otra vez y la siguió a la cocina.

No sabía si podría cocinar en aquel minúsculo espacio, pero era obvio que estudiaba allí. En la mesa situada al lado de la ventana había una máquina de escribir portátil y montones de libros y apuntes. Lápices consumidos, pero con la punta afilada descansaban sobre las tazas del café. Daniel estaba fuera de su elemento. Lo sentía, pero luchó contra aquella sensación.

—El café estará dentro de un momento —comentó Anna, intentando llenar el

silencio. Daniel estaba otra vez a su lado y ella no había tenido tiempo suficiente para tranquilizarse. Lo que no podía saber Anna era que él estaba sintiendo prácticamente lo mismo—. No tengo nada más que ofrecerte. Esta semana todavía no he ido de compras.

Estaba nerviosa, se dijo Daniel al advertir las ligeras alteraciones de su voz. La observó con curiosidad y vio que le temblaban las manos ligeramente al tomar las tazas. Daniel sintió que se aflojaba un poco el nudo que tenía en el estómago. ¿Cómo podía acercarse a ella? Sacó una silla y se sentó.

—Estás pálida, Anna.

—No me ha dado mucho el sol. Durante las primeras semanas el horario siempre es terrible.

—¿Y los fines de semana?

—Los paso en el hospital.

—Mmm. Si ya fueras médico, deberías diagnosticarte exceso de trabajo.

—Pero todavía no lo soy —bajó la cafetera y vaciló un instante. Al cabo de unos segundos, se sentó frente a él. Aquella situación se parecía demasiado a otras que habían vivido en el pasado. Pero no tenía nada que ver con ellas—. Hoy he hablado con Myra. Me ha dicho que ya has empezado a construir la casa.

—Es cierto —había estado viendo cómo removían el suelo y colocaban los cimientos. Y no había significado nada para él. Nada en absoluto—. Si las cosas van bien, para el verano que viene la parte más importante de la casa ya será habitable.

—Debes estar contento —el café le sabía a serrín y apartó la taza.

—Tengo los planos en el coche. A lo mejor te apetece verlos.

Anna sintió una intensa presión en el pecho mientras alzaba la cabeza. Daniel vio sorpresa en sus ojos y se maldijo a sí mismo por ser tan tonto.

—Claro que me apetece verlos.

Por un instante, Daniel fijó su ceñuda mirada en sus propias manos. Él era un jugador, ¿no? Había llegado ya el momento de darse otra oportunidad.

—Estoy pensando en construir un edificio de oficinas en la ciudad. Negocios pequeños y alquileres bajos, pero creo que el valor de la propiedad se duplicará en cinco o seis años —añadió una cucharada de azúcar al café, pero no lo removió—. He tenido algunos problemas con la fábrica textil. Tu padre está intentando cerrar todos los detalles para que pueda empezar a producir en primavera.

Anna mantenía la mirada fija en la de Daniel.

—¿Por qué me lo estás contando?

Daniel se tomó un minuto para responder. No le resultaba fácil hacer confesiones. Pero la mirada de Anna era tan oscura, tan paciente. Por difícil que le resultara, sabía que la necesitaba tanto como a su propio orgullo.

—A un hombre no le gusta admitir que está equivocado, Anna. Pero le gusta menos tener que enfrentarse al hecho de que su mujer lo haya abandonado porque no es capaz de admitir sus errores.

No hubiera podido decir nada que le hiciera amarlo más.

—No te abandoné, Daniel.

—Huiste.



Anna tragó saliva.

—De acuerdo, huí. De ambos. ¿Te das cuenta de que en estos últimos cinco minutos me has ofrecido mucho más que durante todo el tiempo que pasamos juntos?

—Jamás se me ocurrió pensar que podías querer saber algo sobre fábricas e hipotecas —comenzó a levantarse, pero cambió de opinión al advertir la impaciencia que se reflejaba en la mirada de Anna—. Será mejor que me digas en qué estás pensando.

—La primera vez que entré en tu dormitorio me di cuenta del poco tiempo que pasabas allí. Al cabo de un tiempo, averigüé por qué. Estabas tan decidido a salir adelante... Cuando hablabas del hogar y la familia que deseabas, ya tenías en la cabeza que la formarías tú mismo. Yo solo formaba parte de tu plan.

—No habría familia alguna sin ti, Anna.

—Pero lo que tú quieres es darme una familia, no compartirla. Nunca me ofreciste la posibilidad de ver los planos de esa casa que querías que fuera para los dos. Nunca me preguntaste mi opinión, ni me pediste ninguna sugerencia.

—No, y mientras observaba cómo ponían los cimientos de la casa, me di cuenta de que iba a tener la casa que quería, pero no el hogar que necesitaba —dejo la cucharilla en el plato haciendo ruido—. Nunca pensé que realmente te importara.

—No sabía cómo demostrártelo —sonrió ligeramente—, qué estupidez. Como necesitaba mantener un poco de distancia, se levantó para asomarse a la ventana. Qué extraño, trabajaba allí cada noche y no se había fijado en el arce que crecía en el jardín. Era precioso. ¿Cuántas cosas bellas estaría apartando de su vida?

—Parte de mí, deseaba compartir esa casa contigo más que cualquier cosa en el mundo —añadió.

—Pero solo una parte.

—Sí, supongo que está también la otra parte, la que tú no puedes aceptar y que es la que nos separa. ¿Sabes? Nunca me preguntaste por mi trabajo en el hospital, ni por mis libros, ni siquiera me has preguntado nunca por qué quiero ser cirujana.

Daniel se levantó. Ya se había enfrentado a sí mismo. Llegaba el momento de enfrentarse a ella.

—Un hombre nunca le pregunta a la mujer que ama por sus amantes.

Anna se volvió, debatiéndose entre el enfado y la confusión.

—Daniel...

—No me pidas que sea razonable —la interrumpió—. Estoy casi dispuesto a arrastrarme si tengo que hacerlo, pero no me pidas que sea razonable.

Anna bufó y sacudió la cabeza.

—De acuerdo, no lo haré. Digamos entonces que algunas mujeres pueden tener dos amantes y ser felices intentando dar a cada uno de ellos lo que necesita.

—Debe ser una vida muy dura.

—No si la mujer que ama tiene dos amantes que están deseando darle lo

que ella necesita.

No había espacio para los dos en aquella pequeña cocina. Daniel se mecía sobre sus talones, con las manos hundidas en los bolsillos.

—¿Sabes? He pensado mucho en tu carrera durante estas últimas semanas. Más, imagino, de lo que pretendía hacer la primera vez que te vi. A veces, Anna, era consciente de que tú necesitabas algo más, pero necesitaba bloquear esos pensamientos. Pero cuando me dejaste y tuve que volver a pasar las noches solo, no me quedó otro remedio que pensar. Recordaba lo bien que atendiste a la señora Higgs. Y el aspecto que tenías cuando salías por las tardes del hospital. Te recordaba en la cocina, con la blusa llena de sangre explicándome, con toda la calma del mundo, cómo habías tratado la muñeca de Sally. Ella me explicó que el médico le había dicho que le habías salvado la vida. Eso lo has aprendido ahí —señaló sus libros—. Supongo que no es difícil de comprender, pero yo no quería hacerlo —tomó un libro y lo sopesó mientras la miraba—. No, nunca te he preguntado por qué querías ser cirujana. Pero te lo pregunto ahora.

Anna vaciló un instante, temiendo que pudiera decir algo cortante, o peor aún, mostrarse condescendiente. Daniel había ido a jugar, lo sabía, y ella también lo haría.

—Tengo un sueño —le dijo quedamente—, quiero hacer algo diferente, transformar la medicina en algo distinto.

Daniel la miró en silencio, con los ojos entrecerrados, intensamente azules.

—Yo también tengo un sueño —dijo al cabo de un rato y dejó el libro en su sitio. Por primera vez, caminó hacia ella—. Este apartamento es muy pequeño, Anna, pero creo que hay sitio suficiente para dos.

Oyó que Anna tomaba aire antes de abrazarlo.

—Necesitaremos una cama más grande.

—Esa es mi chica —con una carcajada, la levantó en brazos y se permitió el placer de sus labios. El alivio se extendía por su cuerpo como vino caliente—. Te he echado de menos, Anna. No puedo volver a quedarme sin ti.

—No —con el rostro enterrado en su garganta, aspiró su fragancia, llenándose de ella—. Otra vez no, Daniel. Sin ti no me sentía viva. Intentaba llenar el día con las clases, estudiando y alargando el tiempo que estaba en el hospital, pero nada significaba nada. Quiero que estés conmigo, necesito que estés a mi lado.

—Y me tendrás. Con una cama más grande y tres teléfonos bastará.

Con una risa, Anna fundió sus labios con los suyos. Daniel podía tener todos los teléfonos que quisiera siempre que ella pudiera tenerlo a él.

—Te amo.

—Nunca me lo dijiste —tembloroso, se separó de ella—. No me lo dijiste ni una sola vez.

—Tenía miedo de hacerlo. Pensaba que si te enterabas de lo mucho que te amaba, lo utilizarías para hacerme renunciar al resto de mi vida.

Daniel comenzó a negarlo, pero se maldijo a sí mismo, porque sabía que era cierto.

—¿Y ahora?

—El resto de mi vida no significa mucho para mí si no estás a mi lado.

—Una vez te dije que te imaginaba mirando a tu alrededor y descubriendo a alguien que te gustaba más que yo. No estaba bromeando.

Anna lo sacudió suavemente.

—Pues deberías.

¿No se daría cuenta de lo adorable que era? ¿De lo majestuosa que era? ¿O de lo torpe que podía hacerle sentirse a un hombre con solo una sonrisa?

—No creo que pueda dar nunca por sentado que estás enamorada de mí. Es posible que actúe como si lo estuviera haciendo, pero no será verdad. Eres la respuesta a todo lo que necesito, Anna, y quiero ser tuyo.

Anna apoyó la mejilla en su hombro. Jamás se le había ocurrido pensar que la confianza que Daniel tenía en sí mismo pudiera vacilar. Y lo amaba más al saberlo vulnerable.

—No estaba segura de que pudiera darte todo lo que parecías necesitar.

—Yo quería una esposa, una mujer que estuviera en casa cuando yo llegara del trabajo. Que pusiera flores en los jarrones y cortinas en las ventanas. Una mujer que estuviera satisfecha con lo que yo pudiera darle.

Anna miró los libros que se acumulaban en su mesa y al hombre que estaba frente a ella.

—¿Y ahora?

—Estoy empezando a pensar que de una mujer así me aburriría en menos de una semana.

Anna se llevó las manos a los ojos para contener las lágrimas.

—Yo también lo creo.

—No voy a ceder —con voz repentinamente dura, la estrechó contra él—. Vas a casarte conmigo, Anna, al día siguiente de que obtengas tu título. Serás la doctora Whitfield durante menos de cuatro horas.

—Daniel, yo...

—Muy pronto pasarás a ser la doctora MacGregor.

Anna se quedó paralizada. Respiró tres veces antes de atreverse a hablar.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, yo siempre hablo en serio. Y presentaré a mi esposa como la mejor cirujana del estado. Quiero compartir tu sueño, Anna, tanto como tú quieres compartir el mío.

—No será fácil para ti. Mientras tenga que hacer la residencia, el horario será terrible.

—Y dentro de veinte años, miraremos hacia atrás y nos preguntaremos cómo pudimos superarlo. Me gusta mirar a largo plazo, Anna. Antes quería que te casaras conmigo porque pensaba que encajabas en el puesto que tenía preparado para mi futura esposa —tomó la mano de Anna entre las suyas—. Ahora te pido que te cases conmigo por ser exactamente como eres.

Anna lo miró detenidamente. Aquella vez no habría posibilidad de retroceder.

—¿Todavía tienes la sortija?

—Claro que sí —se metió la mano en el bolsillo—. Me he acostumbrado a llevarla conmigo.

Riendo, Anna enmarcó su rostro con las manos.

—Me la pondré ahora mismo —mientras Daniel deslizaba la sortija en su dedo, Anna tomó su mano—. Quiero prometerte algo, Daniel. Lo haré lo mejor que pueda.

—Con eso me basta.

## Epílogo

Anna había dormido a ratos durante la noche. Había rechazado el catre que le habían ofrecido, prefiriendo quedarse en la silla que había al lado de la cama de Daniel. De vez en cuando, durante la noche, Daniel había susurrado algunas cosas en sueños. Y cada vez que le había oído decir su nombre, Anna había intentado tranquilizarlo, hablando con él y compartiendo sus recuerdos hasta que se dormía otra vez.

Solo había abandonado la habitación en una ocasión para ver cómo estaba Shelby. El resto del tiempo lo había pasado observándolo dormir y escuchando los para ellas familiares sonidos de las máquinas.

Había cambiado el turno de enfermeras. Alguien le había llevado café antes de abandonar el trabajo. La luna comenzaba a ocultarse. Anna pensaba en el hombre que amaba, en la vida que habían construido juntos y permanecía sentada en silencio a su lado.

Justo antes del amanecer, se inclinó para apoyar la cabeza en la cama, al lado de la mano de Daniel. Cuando este despertó, vio a Anna su lado, durmiendo ligeramente.

La desorientación inicial duró solo unos segundos. A pesar de que las drogas todavía no habían abandonado su cuerpo, recordaba el accidente con total claridad. Pensó un instante en su coche. Le tenía mucho cariño a aquel juguete en particular. Entonces sintió la presión en el pecho y vio los tubos que habían conectado en su brazo.

Inmediatamente, comenzó a recordar algo más que el accidente. Recordaba a Anna inclinándose sobre él, hablándole, dándole confianza mientras lo trasladaban en la camilla por los pasillos del hospital. Recordaba el miedo que había visto reflejado en sus ojos y antes de quedar inconsciente, el pánico a que la alejaran de ella.

Aunque era extraño, creía recordar que se había visto a sí mismo desde algún lugar mientras los médicos y las enfermeras revoloteaban a su alrededor. Después, parecía haber vuelto a ser absorbido por su cuerpo, pero era una sensación muy vaga. Recordaba algo más. A Anna inclinándose sobre él, maldiciéndolo y besándole la mano. Después se había quedado dormido otra vez.

Anna parecía cansada, advirtió. Se dio cuenta entonces de lo extraño que sentía su propio cuerpo. Furioso por su debilidad, intentó sentarse, pero no lo consiguió. Como aquel esfuerzo lo había dejado exhausto, alargó la mano para acariciar la mejilla de Anna. Esta se despertó al instante.

—Daniel —tomó su mano.

En cuestión de segundos, Daniel pudo ver todo tipo de sentimientos en sus ojos: terror, alivio, tristeza, debilidad y fuerza. Con toda su fuerza de voluntad, Anna consiguió controlar las ganas de apoyar la cabeza en el pecho de Daniel y llorar.

—Daniel... —su voz era tan fría y serena como la primera vez que Daniel la había oído—, ¿me conoces?

Aunque le costaba, Daniel arqueó una ceja.

—¿Cómo demonios no voy a conocer a la mujer con la que he vivido durante casi cuarenta años de mi vida?

—Cómo demonios —se mostró de acuerdo Anna, permitiéndose el placer de rozar sus labios.

—Estarías más cómoda si te acostaras conmigo.

—Quizá más tarde —le prometió y le levantó un párpado para examinarle la pupila.

—No empieces a pincharme, quiero un médico de verdad —consiguió esbozar una sonrisa.

Anna apretó uno de los botones que había al lado de la cama.

—¿Ves bien? ¿No tienes la visión borrosa?

—Puedo verte bastante bien. Estás tan guapa como la primera vez que bailamos un vals.

—Alucinaciones —contestó Anna con rotundidad y alzó la mirada cuando llegó la enfermera—. Por favor, llame al doctor Feinstein. El señor MacGregor ya se ha despertado y quiere un médico de verdad.

—Sí, doctora MacGregor.

—Me encanta que te llamen así —musitó y cerró los ojos un instante—. ¿Han sido mucho los daños, Anna?

—Tienes una conmoción cerebral, tres costillas rotas y...

—No me refiero a mí, sino al coche.

Anna apretó los dientes y cruzó los brazos.

—Nunca cambiarás. No sé por qué me he molestado en preocuparme. Y siento haber molestado a los chicos.

—Los chicos —la luz de sus ojos no era tan fiera como siempre, pero al menos estaba allí—. ¿Has llamado a los chicos?

Daniel acababa de reaccionar exactamente como Anna necesitaba que lo hiciera para estar segura de que se encontraba bien.

—Sí, supongo que tendré que pedirles disculpas.

—¿Y han venido?

Anna conocía demasiado bien las tácticas de su esposo.

—Por supuesto.

—¿Y qué pensabais hacer?

Anna lo cubrió con las sábanas.

—Queríamos estar preparados para cuando te despertaras.

Daniel la miró con el ceño fruncido y casi consiguió señalar hacia la puerta.

—Bueno, pues díles que entren.

—No les he dejado pasar la noche aquí. Están en casa.

Daniel se quedó boquiabierto.

—¿En casa? ¿Quieres decir que no se han quedado aquí? ¿Que han dejado a su padre en su lecho de muerte y han ido a beberse su whisky?

—Sí, me temo que son unos chicos muy irresponsables, Daniel. Han salido a su padre. Mira, aquí llega el doctor Feinstein —le palmeó cariñosamente la mano antes de salir—. Os dejaré solos.

—Anna.

Anna se detuvo en la puerta y sonrió.

—¿Sí, Daniel?

—No me dejes mucho tiempo solo.

Anna lo vio entonces como lo había visto años atrás: indomable, arrogante y suficientemente fuerte como para reconocer sus necesidades.

—¿Alguna vez lo he hecho?

Salió de la Unidad de Cuidados Intensivos para dirigirse a su despacho. Cerró la puerta y se permitió el lujo de llorar durante veinte minutos. Había llorado allí en otras ocasiones, cuando había perdido a algún paciente. Pero aquella vez las lágrimas eran producto de un alivio demasiado intenso para controlarlo y de un amor tan fuerte que nada podía minarlo. Después de lavarse la cara varias veces con agua fría, descolgó el teléfono.

—¿Diga?

—Caine.

—Mamá, estaba a punto de llamar. ¿Está...?

—Tu padre quiere veros —dijo con tranquilidad—. Tiene miedo de que os bebáis su whisky.

Caine soltó una maldición y Anna comprendió que estaba intentando dominar sus emociones.

—Dile que no lo hemos tocado. ¿Estás bien?

—Estoy magníficamente. Dile a Rena que me traiga una muda de ropa cuando venga.

—Estaremos allí dentro de media hora.

—Es una vergüenza que un hombre tenga que estar al borde de la muerte para conseguir que sus hijos vengan a verlo —apoyado contra las almohadas y cubierto de vendas, Daniel recibió a sus hijos.

—Un par de costillas rotas —dijo Serena alegremente, y le agarró el pie desde donde estaba sentada, a los pies de la cama. Había pasado la noche en vela, abrazada a Justin.

—¡Ja! Dile eso al médico que me ha puesto este tubo en el pecho. Y ni siquiera me has traído a mi nieto —la fulminó con la mirada antes de volverse hacia Caine—. Ni a mi nieta. Irán al colegio antes de que los haya vuelto a ver. Ni siquiera sabrán quién soy yo.

—Le enseñamos tu fotografía a Laura una vez a la semana —respondió Caine. Continuaba sosteniendo la mano de Diana entre las suyas y se preguntaba qué habría hecho si hubiera tenido que pasar las siguientes veinticuatro horas sin su fuerza serena e inquebrantable—. ¿Verdad, cariño?

—Todos los domingos —se mostró de acuerdo Diana.

Con un malhumorado murmullo, Daniel se volvió hacia Grant y Gennie.

—Supongo que tu hermana tendrá una excusa cualquiera para no estar aquí —le dijo a Grant—. Y me parece bien que Alan esté con ella, aunque sea mi primogénito. Al fin y al cabo, van a darme otro nieto dentro de un par de semanas.

—Una excusa cualquiera —dijo Grant suavemente mientras Caine sonreía y se observaba las uñas.

—Tienes muy buen aspecto, muchacha —le dijo a Gennie—. Las mujeres florecen cuando llevan a un hijo en su vientre.

—Y se expanden —respondió Gennie, llevándose la mano a su abultado vientre—. Dentro de un par de semanas, ya no podré ni llegar al caballete.

—Procura utilizar un taburete —le ordenó—. Una mujer embarazada no debería pasarse el día de pie.

—Y tú procura estar fuera de aquí y caminando por tu propio pie para la primavera —le dijo Grant, mientras le pasaba el brazo por los hombros a su esposa—. Tendrás que venir a Maine para ser el padrino del bebé.

—El padrino —se pavoneó—. Es una vergüenza que un MacGregor tenga que ser el padrino de un Campbell —ignoró la sonrisa de Grant, aunque curvó ligeramente los labios y miró a Gennie—. Pero lo haré por ti. ¿Estás descansando todo lo que debes?

Anna le rodeó la muñeca con la mano para tomarle el pulso.

—Se olvida de que yo estaba embarazada durante los tres últimos meses de residencia. Y no me he sentido mejor en mi vida.

—Yo también me encontré perfectamente durante el embarazo —comentó Serena—, supongo que esa es la razón por la que me he quedado embarazada otra vez.

Daniel no tardó ni un segundo en asimilar aquella información.

—¿Otra vez?

Serena se levantó para besar a Justin y después miró a su padre sonriente.

—Otra vez. Dentro de siete meses...

—Bueno, entonces...

—Nada de whisky, Daniel —dijo Anna, anticipándose—. Al menos no hasta que salgas de la Unidad de Cuidados Intensivos.

Daniel frunció el ceño, murmuró algo y abrió los brazos todo lo que podía.

—¡Ven aquí, pequeña!

Serena se inclinó sobre la cama y abrazó a su padre.

—No te atrevas a darme un susto como este otra vez —susurró con fiereza.

—No, no, ahora nada de regañinas —musitó, mientras le acariciaba el pelo—. Eres tan mala como tu madre. Cuida de ella —le ordenó a Justin—. No quiero que mi próximo nieto nazca delante de una tragaperras.

—Ocho contra cinco a que es una niña —fue la respuesta de Justin.

—Hecho —sonriendo, se volvió hacia Diana—. Tú también tendrás que alcanzarlos.

—No seas tan ansioso —respondió Diana y le tomó la mano.

—Un hombre tiene derecho a mostrarse ansioso cuando llega a cierta edad, ¿verdad, Anna?

—Y una mujer tiene derecho a tomar sus propias decisiones a cualquier edad.

—¡Ja! —enormemente complacido consigo mismo, miró a su alrededor—. Nunca os he comentado que vuestra madre luchaba por la igualdad de derechos antes de que eso se pusiera de moda, ¿verdad? Vivir con ella ha sido toda una prueba. Y deja de tomarme el pulso, mujer. La mejor medicina para un hombre es su familia.

—Entonces quizá deberíamos darte un poco más.

Anna le hizo un gesto con la cabeza a la enfermera que estaba en la puerta



y, con un suspiro, se apoyó contra la cama. Ya habían quebrantado la mayor parte de las reglas del hospital. ¿Por qué no vulnerar una más? Sintió que Daniel se aferraba con fuerza a su mano cuando Shelby entró en la habitación en una silla de ruedas empujada por Alan.

—¿Qué es esto? —preguntó, y habría intentado levantarse si Anna no se lo hubiera impedido.

—Esto —comenzó a decir Shelby, destapando el bulto que llevaba en el regazo—, es Daniel Campbell MacGregor. Tiene ocho horas y veinte minutos de vida y quiere conocer a su abuelo.

Alan tomó al niño para dejarlo en los brazos de su padre. Había pasado la noche rezando para poder hacerlo.

—Qué visión —murmuró Daniel, sin molestarse en apartar las lágrimas de sus ojos—. Un nieto, Anna. Tiene mi nariz. Mira, me está sonriendo —cuando Anna se inclinó hacia adelante, se echó a reír—. Y no me vengas ahora con ninguna tontería sobre los efectos de la anestesia. Reconozco una sonrisa en cuanto la veo —alzó la mirada y sonrió a su hijo—. Has hecho un buen trabajo, Alan.

—Gracias —fascinado todavía con su hijo, Alan se sentó al borde de la cama. Cubrió con una mano la mano con la que su padre sostenía la del bebé. Tres generaciones de MacGregor se contemplaron satisfechas.

—Campbell —dijo Daniel bruscamente—. ¿Habéis dicho Campbell? —miró a Shelby.

—Desde luego que sí —Shelby le dio la mano a Alan para poder levantarse. Hacía menos de nueve horas que había dado a luz, pero se sentía fuerte como un toro. Desde luego, tan fuerte como cualquier MacGregor—. Será mejor que vayas acostumbrándote a la idea de que la mitad de tu nieto lleva la impronta de los Campbell —cuando su hermano se echó a reír, alzó la barbilla con gesto altanero—. Y muy probablemente sea su mejor mitad.

Los ojos de Daniel relampaguearon. Anna advirtió satisfecha que el color volvía a su rostro. Daniel abrió la boca para decir algo, pero soltó una enorme carcajada.

—Menuda lengua tiene esta chica. Por lo menos habéis tenido la sensatez de llamarlo Daniel.

—Le puse así en honor a alguien a quien quiero y admiro.

—Aduladora —hizo un gesto, casi a su pesar, para que Alan le retirara al bebé y tomó la mano de Shelby—. Estás guapísima.

Shelby sonrió, un poco sorprendida por las lágrimas que de pronto empañaron sus ojos.

—Y me siento guapísima.

—Deberíais haberla oído maldecir al médico —Alan le dio un beso en la sien, absolutamente encantado con ella—. Ha amenazado con levantarse e irse a casa a tener el bebé sin que él interviniera. Y lo habría hecho, si el pequeño Daniel no hubiera decidido que las cosas fueran diferentes.

—Bien por ti —decidió Daniel y decidió que su nombre le sentaba muy bien a su nieto—. No hay nada peor que tener a un médico revoloteando a tu alrededor cuando lo único que quieres es hacer bien las cosas —después de dirigirle a Anna una sonrisa, se volvió hacia Shelby—. Y ahora, quiero que vuelvas a la cama, que es donde tienes que estar. No quiero tener que preocu-

parme por ti— Nos has hecho un gran regalo.

Shelby se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Y tú me diste otro a mí: Alan. Te quiero, viejo gruñón.

—Igual que todos los Campbell. Vete a la cama.

—Me temo que vais a tener que salir todo de la habitación antes de que me llamen la atención.

—Ahora mismo nos vamos, Anna.

—Si vuestro padre descansa lo suficiente —se volvió para dirigirle una significativa mirada—, saldrá de la Unidad de Cuidados Intensivos mañana por la mañana.

No fue una despedida rápida ni tampoco tranquila, pero al final Anna consiguió hacerlos salir de la habitación. Fingió no oír los murmullos de Daniel, emplazando a Justin a jugar una partida de poker un poco más tarde o pidiéndole a Caine los puros que tenía escondidos en el despacho. Si no hubiera hecho aquellas peticiones, se habría preocupado. Por mucho que Daniel protestara, ella sabía que las visitas eran tan agotadoras para él como convenientes. Hasta que no estuviera satisfecha de su estado de salud, procuraría que fueran más cortas. El truco consistiría en hacerle pensar que la idea era suya. Anna tenía ya años de práctica con su marido.

—Y ahora —se acercó a la cama y le despejó un mechón de pelo de la frente —, tengo una docena de cosas que hacer que he dejado pendientes mientras revoloteaba innecesariamente a tu alrededor. Y, mientras tanto, quiero que duermas.

Estando a solas con Anna, Daniel ya podía mostrar su debilidad.

—No quiero que te vayas todavía, Anna. Sé que estás cansada, pero necesito que te quedes a mi lado un poco más.

—De acuerdo —se sentó a su lado—, pero descansa.

—Hemos hecho un buen trabajo, ¿verdad?

Anna sonrió, sabiendo que estaba hablando de sus hijos.

—Sí, hemos hecho muy buen trabajo.

—¿No te arrepientes de nada?

Anna sacudió la cabeza, sorprendida.

—¿A qué viene esa pregunta tan tonta?

—No —Daniel le tomó la mano—. Anoche soñé. Soñé contigo. El sueño empezaba la noche que nos conocimos, con aquel primer vals.

—El baile del verano —musitó Anna. Le bastaba sonreír para ver otra vez la luna y oler las flores que los rodearon aquel día. Era extraño, ella también había soñado con el pasado—. Era una noche preciosa.

—Eras tú la que estabas preciosa —la corrigió Daniel—. Y yo te deseaba más de lo que había deseado nada en toda mi vida.

—Eras tan arrogante —recordó Anna sonriente—, y desesperantemente atractivo —se inclinó y lo besó suavemente. La misma pasión que habían compartido en los primeros momentos renacía en ellos—. Todavía lo eres, Daniel.

—Estoy viejo, Anna.

—Los dos hemos envejecido.

Daniel se llevó la mano de su esposa a los labios. Sintió en ellos el frío de la sortija que tantos años atrás le había regalado.

—Y te sigo deseando más de lo que he deseado cualquier otra cosa en mi vida.

Ignorando todas las normas, Anna se tumbó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro.

—Voy a echar a perder mi reputación en el hospital —cerró los ojos—, pero merece la pena.

—¡Mira quién habla de reputación! —rozó su pelo con los labios. La fragancia seguía siendo la misma después de tantos años—. Es extraño, Anna, todavía me sigue apeteciendo muchísimo la tarta de melocotón.

Anna se quedó completamente quieta durante un instante, después abrió los ojos y soltó una carcajada. Como si fueran otra vez unos jóvenes traviesos, inclinó la cabeza hacia él.

—La tendrás en cuanto te cambien de habitación.